

*El Mono del Sagüé*

Little Havana's Monkey

novela

*Joaquín J. Delgado*

*Derechos reservados*

Copyright 2011 & 2012 by the author.  
No part of this book may be reproduced,  
stored in a retrieval system or transmitted  
without the prior permission of the author,  
except by a reviewer who may quote passages  
for a particular news medium.



ISBN 0-938873-29-6



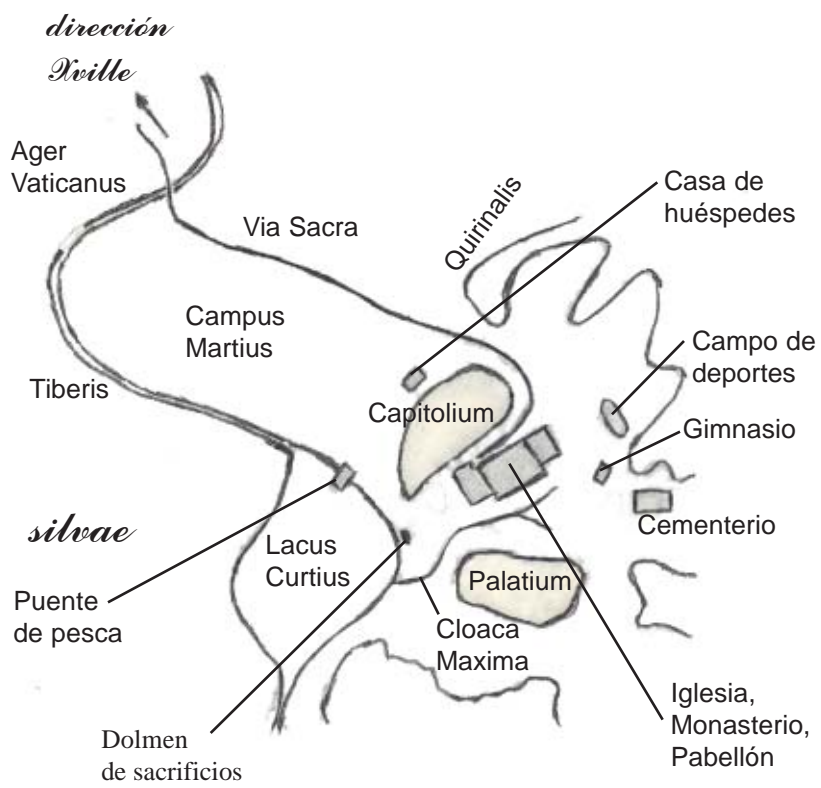
El infierno ya no existe:  
se consumió en el enorme  
incendio de los que fueron  
a quemarse en él.

*Jack  
por  
Manuel "Matias" Perpa*

OLIMPO  
Miami, Florida

joachim@gate.net

*El predio de los monjes*  
plano por el novicio J



*Monasterio*



dibujo del Padre Daniel, OSB

*La Madre Superiora*



*Anna de Noailles*

**ÍNDICE**

El Fugitivo.....	007
El Gavilán.....	012
Primer Reporte Sobre los Hombres.....	016
Hogar, Dulce Hogar.....	028
La Demonuca.....	032
Abominación y Trastorno.....	040
La Mujer Bella.....	045
Segundo Reporte Sobre los Hombres.....	049
La Bendición del Santo.....	061
El Árbol de la Ciencia.....	064
La Diosa del Amor.....	069
Tercer Reporte Sobre los Hombres.....	078
Giovanni.....	102
Cuarto Reporte Sobre los Hombres.....	109
Ad Maiorem Dei Gloriam.....	128
Las Exequias del Diablo.....	137
Quinto Reporte Sobre los Hombres.....	153
La Madre Superiora.....	161
Sexto Reporte Sobre los Hombres.....	182
El Juicio Final.....	206

## I. El Fugitivo

Siendo humano —y no feo— fui transfigurado en mono. ¡Que nadie jamás en tal se halle! La brutal maldición de dos sodomitas malvados y locos me transformó en mico. Y, por añadirle martirio a mi desgracia —aunque por bien luego lo tuve— mono ya, me quedó el uso de la razón humana.

“*Hieródulas, Kâdeschot, sodomías*, taras cananeas, alma de la sangre —resonaban las palabras de la imprecación en mi mente.” ¡Que Dios desautorice a todos los magos, a los adivinos, *au démon qui s’empare de l’home* y a todas las blasfemias!

Por la saña de aquellos brujos perversos, inventores de tantas vilezas, padecí mucho que no merecía. Huyéndoles, durante la mismísima transmutación, me interné en un inmenso bosque de arrayanes y robles que estaban plagados de muérdago parasitario, como los infortunados moradores de la abadía que dejaba atrás. De allí fui a parar a una selva pantanosa. En ésta última, casi siempre oculto entre la floresta, superé cuarenta días azarosos y cuarenta noches espantadizas. Azuzado e iluminado por un hambre atroz, me alimenté de las larvas y los grillos que hallaba en el palio de la jungla porque la necesidad es una gran maestra.

Me agitaba una intensa desazón. Se cascaba una nube y caía un diluvio sobre mí. Se desmandaba el viento y yo caía a la marisma. ¡*Fu!* Y, en todo momento, el implacable pensamiento me turbaba con horribles visiones: las garras del águila, las pezuñas del puma, las fauces del caimán y hasta los colmillos de la culebra. Ya fuese por desgarramiento, sofocación o ponzoña, imaginaba que iba a morir en las mismas espesuras donde hallaba las frutas desabridas y los granos duros con que me sustentaba. Hubiese perecido seguramente sin el rabo largo que, durante mis múltiples fugas contra la depredación y el aniquilamiento, me sostenía al vuelo entre las ramas de los árboles y me facilitaba los giros salvadores.

Huía entre tinieblas y borrascas. Surgían animales cazadores por todas partes desde que aparecía la trémula luz en las ramas de la selva hasta la noche. ¡*Tuxtax, tuxtax, tuxtax!* Me desesperaba el tanto huir, pero huía porque la mala estrella y la pifia fulminan en la jungla. En la tierra tapizada de lóbrego légamo, donde era extranjero, nadie había oído hablar del bien y del mal, ni de la piedad, ni del arrepentimiento de los espíritus débiles, ni de la duda —aparentemente, los animales no son filósofos. Vivía como sardina entre tiburones. Hasta mis ensueños eran pesadillas de los espantos que roían mis jornadas.

Al menos, era un mono instruido. El examen meticuloso del saber humano y el cultivo de la razón me habían abierto las puertas de la ignorancia: sabía lo mucho que desconocía. Por eso, desconfiaba de la parca: me parecía misteriosa y no deseaba entregármelo prematuramente. Como nada más tenemos una vida, razoné sólidamente que debía cuidarla. “*Serva me, Domine!* —imploraba cada día al rayar el alba.”

Precisado a dormir entre las víboras y acometido por las garrapatas, la vida salvaje me llegó a disgustar aún más que la horrenda civilización que había conocido. ¡Mira que pasarte una madrugada mirándote de hito en hito con una serpiente cascabel no es cosa de juego!

Una vez, en mi trastorno, escuché las palabras de aquella culebra marrullera: “El primer día de la creación —me dijo— fue una noche porque no había sol. El segundo día, en el que Dios juntó las aguas, sacó al vacío la tierra seca y creó las plantas, tuvo que ocurrir después del tercero, cuando el Creador fijó el sol y la luna en el firmamento... o tal vez el tercero haya sido el primero de todos. Al cuarto día, Dios llenó la tierra y el aire de organismos complejos, capaces de crear a otros; fue así como Su capricho preparó la llegada de las bestias salvajes y del *Homo sapiens*, durante el quinto. En el sexto día, el Creador retocó el cielo y la tierra para que les gustasen al valiosísimo *hombre*... ¡ja, ja ja! Y finalmente, en el séptimo día, Dios descansó. ¿Crees que Dios se canse, J.?” No sé por qué dicen que las serpientes son sabias.

Los brutos, al igual que incontables humanos, aparentan tener mucho sentido común, tanto como para no desear más. La lógica animal enseña a no esperar salvación. Al puma no le remuerde quitarle la vida al conejo atrapado que se revuelca en su sangre, convulsionado por la muerte, porque también el perseguidor obedece a Dios cuando se alimenta. Dice la serpiente que tal vez el alma del conejo vuelva a la tierra a animar a otro cuerpo después de beber en la laguna del olvido. ¡Y opina que cuanto creo de la vida y del alma es un fenómeno histórico!

Al igual que la amistad humana, la sociedad de bestias se basa estrictamente en la reciprocidad de intereses: la que te puede comer no es tu amiga y las demás te aprovechan si pueden. Por ventura, inversamente a los hombres, las bestias no se embuten con envanecimientos intelectuales ni les dan preceptos a sus semejantes.

Radicalmente inadaptado al reino animal —que realmente es el caos de las bestias del Señor— resolví resurgir de aquel charco de carrizales y acechanzas. La misma voz interior que me había urgido a huir mientras me hacía mono, ahora me gritaba: “¡Sal de aquí, J.!”



¡Cuán distinta había sido mi vida hasta poco antes en el suelo de lagunas y empinados ribazos! Había llevado en mis manos las vinajeras para el culto. Había sostenido por las cadenas la cazoleta de tapa perforada en la que se iban quemando brasas de fragante incienso. Había querido conocer las verdades reveladas que nadie entiende. Pero ya las jarritas de agua y de vino, el turíbulo y las enseñanzas de tan recrecido importe habían quedado atrás para siempre.

— ¿Hasta cuándo durará este injusto suplicio, Señor? —pregunté desesperado al fin, harto de aquel trance. *Quousque tandem?* (Porque Dios prefiere el Latín.)

— ¡Huye de aquí —me volvió a decir la voz—: *discedete!*

Concebí las palabras dirigidas a mi pensamiento por Dios. Siguiendo Su consejo, partí inmediatamente de las crueles tinieblas donde el sueño es un peligro. Aunque, a decir verdad, ya traía en voluntad la recomendación que me dio Dios.

Anduve tres días rumbo al sol naciente, siempre huyendo de las fauces *des carnivores du bon Dieu*. Por fin, salvé una cerca clavada en el pantano por el hombre y descubrí una carretera. Siguiendo la autopista, hallé un letrero que indicaba: *RestArea*. Y, arrastrando mi sombra entre las hierbas, esperé la ocasión de subirme a un vehículo que fuese rumbo a la ansiada jungla de concreto.

No me antojaré jamás de volver a pisar el lugar de tormentos que dejé. Nadie sabe que es feliz hasta que lo acomete la desgracia.

Por la noche, un camión cargado de melones se detuvo al borde de la carretera. El conductor se bajó de la cabina a orinar. Mientras se desalteraba a la luz de la luna, bajo estrellas a medio ciclo, cantaba en voz alta: “¡*Ven, devórala otra vez!*” Sin que el entretenido hombre me viera, me acerqué sigiloso al vehículo. Con la agilidad del mono, porque mono era, subí al carro y me oculté entre las frutas.

Partimos. El runrún del motor diesel me pareció una larga sinfonía y los zarandeos del viaje un mecer de cuna. Aquella noche, dormí a pata suelta después de saciarme de frutas... y también de un saltamontes que se posó a mi lado impensadamente, impulsado por una ventolina. De esta suerte, abandoné los bosques de fieras, los ásperos abrojos, los olorosos venenos y las marismas donde pululan tantísimos insectos gigantes y molestos.

Temprano en la mañana (al que madruga Dios lo arruga) el camionero que me transportaba empezó a detenerse en las dársenas de los *groceries* de Jayalía y de Miami. En cada parada, mientras el buen hombre y mal cantante descargaba las cajas de melones con su carretilla, me asomaba a

lo alto de la cama de su furgón a inspeccionar el barrio: ninguno me convino por falta de árboles donde treparme.

Al medio día, tuve que decidirme por un flamboyán de flores rojas cercano a la Avenida 37 del Sagüé —ó Sagüéj para los que dicen *South-west*. Desmonté porque, como el vagón del camión se iba vaciando, en la próxima siguiente parada el chofer iba a advertir mi presencia en los residuos de frutas y, ¡cómo no!, en mis propias deyecciones.

El arrabal salido del mundo de leyes mal observadas donde me apeé parecía bueno para los monos. Los patios reverdecidos estaban bien segados y las matas habían florecido: hojas verdes, lilas y vino, flores amarillas, azules, cárdenas, rojas y blancas salpicaban el paisaje. Balanceándome de rama en rama y saltando de techo en techo, llegué a una barriada de casas monoplanas entre matas de aguacates, mangos, mamoncillos, cocos, palmas y cítricos, donde me hice un hábitat.

Circunspecto, en compañía de ardillas, cotorras y palomas, me paseé durante varios días por todas las ramas. Como había conocido ya las costumbres y los temperamentos salvajes de quienes no deben de ser porque no piensan, valoraba a los hombres y a las bestias domésticas con mayor lucidez.

El barrio era tranquilo, civilizado, bastantemente alejado de las caóticas franjas miamenses donde imperan los crímenes atroces. Los humanos mayores salían de sus residencias por las mañanas a trabajar y los niños se iban a la escuela a adquirir costumbres y persuasiones sin sentido antes que les llegara el uso de la razón. Exceptuando las horas punta, las calles solían estar vacías. Por las tardes, llegadas las mortecinas lumbres, cada cual se encerraba dentro de su casa climatizada a hacer lo que le pluguiese —corrientemente comida, televisión y sexo.

Todos los animales entusiastas de las frutas comíamos muy bien porque los frutales estaban paridos. En el tórrido estío, hincábamos los dientes en los mesocarpios de drupas, hesperidios y bayas con gran placer y sosiego. Así quedaron atrás los días cuando el estómago me hostigaba. Sin embargo, aún gozando de la buena dieta, buscaba por las casas y los patios alguna familia capaz de amar a un cuadrúmano. Consideraba que era la única manera de remediar mi necesidad.

Estaba decidido a solicitar empleo de mascota entre los seres humanos que hallan razones ciertas y evidentes en las transacciones comerciales. Naturalmente, no me hacía ilusiones de aquellos ciudadanos porque los pueblos nunca han hecho nada importante. Pero siempre hay rey que nos mande y Papa que nos excomulgue. Pensaba que, de lograr ser adoptado por gente creyente, iba a dormir al abrigo de las tormentas —los truenos

y los fucilazos me asustaban mucho, como a los perros— y, además, iba a ampliar mis posibilidades de hallar a algún entendido en materia de maldiciones diabólicas que me sacase del triste y humillante estado simiesco en que me hallaba.

De deseos nunca hubo empachos.

## II. El Gavilán

La mayor parte de los seres humanos no se asocia con los osos, las serpientes ni los gatos monteses. Tienen sus preferencias por ciertos animales —y aún más, por ciertas razas dentro de cada especie. Casi todos toleran bien a los canes y a los félidos. Los animales ciudadanos o residentes del suburbio en que me hallaba, es decir, aquellos con documentación apropiada, eran mayormente perros. Entre los gatos abundaban los *sans papiers*. Yo, de mono, era ilegal y vivía entre las sombras, *sans carte d'identité*.

Tuve suerte de ser omnívoro en la carrera de la vida. Tanto en la selva como en los patios afortunados de Miami, comía mayormente frutas e insectos. A veces me desayunaba con los huevos que las lagartijas escondían en las casetas de los jardines y con las lagartijas mismas. Cuando hallaba flores y hojas que me sabían bien, las comía también.

Los animales del barrio vivían en estado salvaje: cada cual miraba por sus propios intereses. Los irracionales, como los humanos ricos, no se juzgan a sí mismos y creen que todo marcha muy bien cuando ellos se sienten satisfechos. Casi todos los cuadrúpedos eran carnívoros y algunos eran caníbales. A los gatos les encantaba chillar cuando copulaban. Los perros eran promiscuos y mayormente de impreciso linaje: los machos se turnaban amistosamente para montar con sigilo a cualquier perra ruina.

Naturalmente, los animales consentidos por los seres humanos no viven en paz y concordia los unos con los otros. A fe que así lo ha mandado Dios. Los perros, óptimos guardianes del hombre contra su prójimo, perseguían constantemente a los gatos y mataban a los polluelos de los sinsontes que caían de sus nidos; me mostraban sus colmillos cuando descendía de los árboles o de los techos a recoger golosinas. Los gatos, además de cazar a los ratones, odiados por el hombre, acechaban a las palomas silvestres que descendían a beber en los charcos, con intenciones de comerles las pechugas. Las lagartijas devoraban incontables moscas, mosquitos y cucarachas detestadas por los mortales —y a las mariposas también. Los pájaros negros se comían a las lagartijas y sacaban de las horadaciones practicadas en los árboles los huevos de los pájaros carpinteros.

A pesar de las nuevas experiencias ópticas, no era feliz de mono. Mi vista era buena y distinguía los matices: veía dos de los tres colores primarios y sus mezclas. Aunque, en realidad, ciertos colores, como el blanco, no los percibía como las personas sino que los tenía registrados

en la memoria de mi existencia humana. Reconocía claramente el rojo de los gustosos guindos silvestres (*Surinam cherries*), pero confundía el color de la hierba con el de las adormideras.

Nuestro distrito era visitado a diario por miles de aves, algunas de las cuales agujereaban los frutos de mi aguacate. Las cotorras y los periquitos emigrados picaban bayas entre las hojas de las palmas. Las garzas descendían sobre los céspedes recién cortados para embucharse a los insectos descubiertos en la hierba. Los azulejos picoteaban miriápodos y gusanos en las ramas de los cítricos. Y, sobre todo, nos sobrevolaban dos tipos de palomas: unas de plumaje gris azulado y otras pardo rojizo; entre las apizarradas, las había casi negras con iridiscencias verdes en el cuello y completamente blancas o con algunas plumas blancas.

Aquél entorno no era el jardín del Edén ni el aguacate podía ser el árbol de la ciencia. A la última hora del día, aparecía un gavián color ceniza que agarraba con la misma facilidad a una ardilla que a un cachorro o a un gatito... y descontentamente a un mono. Ninguna presunta presa de por allá parecía opinar que el miedo a la muerte fuese un error o que éste supusiese saber que aquella no es buena. No habiendo sido engendrado sino creado por una maldición y gozando de entendimiento —las experiencias sintetizaban mis observaciones— no consideraba ningún yerro escapar de la muerte.

El pájaro carnicero se posaba en lo alto de un poste del alumbrado público a esperar el momento del crepúsculo, cuando las palomas volvían a su refugio nocturno entre las ramas de una uva caleta. En el preciso momento del oscurecer, el gavián tomaba vuelo y parecía clavarse entre las hojas del árbol. Del guirigay sobresalía la detonación de un corto chillido y un sacudir de alas. A la vez, se advertía el derrame de un desmenuce de plumas. De inmediato, el ave rapaz se apoyaba en el aire batiendo sus largas alas y se perdía en el anochecer, llevándose a una paloma entre las garras. *Mors certa, hora incerta*. “Troyanos, no creáis en el caballo —se entreoiría por la uva caleta entre las que habían conservado la vida.” Se me ocurrió entonces que las palomas carecen de espíritu para defenderse, de lo que el gavián se aprovecha.

Poco después del amanecer, las palomas salían de su mansión en las opacas sombras del follaje y se hacían al aire como cabras sin pastor. Me parecía que el miedo al gavián las inquietaba y las ofuscaba. Después de volar un buen rato desorganizadamente, siguiéndose las unas a las otras, se restablecía la calma entre ellas y se posaban en los tendidos eléctricos a tomar el sol. Observándolas, me vino a la mente la idea de que ninguna

paloma resulta vencida por la edad: unas mueren de piojillo, otras entre las pezuñas de los gatos y aún otras entre las garras del gavián.

De vez en vez, en pleno día, el agresor carnívoro —la blanca causa del acabamiento— enarcaba su vuelo en el azul del cielo. Cruzando el arco iris que le recordaba a Dios Su promesa de no mandar más diluvios sobre la tierra, el gavián escudriñaba con su penetrante vista los patios que yo frecuentaba. Y en el momento menos pensado, caía de las alturas, marcando con su negra sombra cualquier ardilla que anduviese descuidada en la luz del sol; la atrapaba entre sus garras y, con su pico matarife, le desgarraba la carne viva. En una ocasión, la presión de las zarpas del pájaro en la cabeza del roedor indujo el salto de un ojo. *Magna avis fera.*

Aquel bruto —ciudadano del no-ser porque no pensaba— observaba estrictamente las leyes de Dios. Su concepto del poder podría ser hasta noble. En verdad, jamás se supo quién o qué representaba los intereses del Cielo por aquellos patios bienaventurados: no teníamos religión. Aparentemente, Dios no les ha dado los mismos derechos a todas Sus criaturas.

Por culpa del gavián, me sentía bien a ratos y mal de continuo. Mi razón, llena de lógica sin contenido, se le adelantaba a la experiencia: preveía el asedio. Por no arriesgarme a sufrir igual suerte que las ardillas y las palomas, pasaba el día agazapado en los recodos de sombra de mi árbol y salía solamente durante las noches que la luna tenía cuernos. Si transitaba por un patio, lo hacía más rápido que una gallina en Etiopía. En verdad, el pájaro rapaz no aniquila a la presa inocente por gozar de su agonía sino que, naturalmente, se la come. Y yo soy tan imperfecto que no puedo entender la perfección de la obra de Dios.

Me volvió a abrumar un gran miedo y volví a perder el sueño que hace olvidar las penas —a quien no posee la gracia de la profecía le vale más conocer que dudar. Los días nítidos se volvieron tan desgraciados como las noches negras. Pensé que, por mi bien y por mi vida, tenía que ser adoptado. Siendo tan pequeño, abandoné cualquier esperanza de pugnar contra el gavián. Si fuera preciso, lucharía contra el ave de rapiña en otra ocasión, con ingenio de persona y en mejores circunstancias.

Deseé vivir civilizadamente con una familia humana, como los perros, porque mi sentimiento no era el del antropoide que añora la vida sanguinaria de la jungla. Los hombres son carniceros también, pero abaten a sus víctimas en lugares apartados y viven como si no lo supieran.

Azuzado por el recelo al pájaro carnicero, me puse a buscar un hogar. Con esfuerzo y esperanza todo se alcanza. Debía decidir en qué casa iba a solicitar asilo humanitario —o simiesco realmente. Mi gran aspiración

era convertirme en refugiado para obviar el yugo de las leyes de Dios en los descampados. Por tal, consideraba con urgencia a quién me le iba a acercar.

Comencé a husmear por las casas en cuyos jardines no se posaban las palomas que atraían al gavilán. De esta suerte, me puse a estudiar las familias que ocupaban los cuatro solares en torno al aguacate.

No podía pasarme de mono toda mi juventud, que sólo es una. *Post nubila Phoebus.*

### III. Primer Reporte Sobre los Hombres

Las ramas y las raíces del frondoso y truncado aguacate donde me alojaba se alargaban por los patios de cuatro propiedades. En mi melindrosa búsqueda de protectores, comencé a observar a los ocupantes de las cuatro viviendas. “¡Dios, hazme merced topando con uno bueno! —decía entre mí.” ¡Son tantos los misterios de Dios que la gente ignora!

Sé que no se debe prejuzgar a nadie. Quien toma buey por vaca, a la hora de ordeñar se desengaña.

En la casa más cercana vivía un viejo maniático, huraño y tacaño, incapaz de darle un trozo de pan a un perro. Creo que, de haberse enterado aquel veterano que yo mordía los aguacates que colgaban sobre su patio, me habría apedreado. O aún peor, me habría delatado a los acechadores que abastecen de animales a los campos de muerte del gobierno de Miami-Dade County. O podría acabar en las jaulas del *Humane Society* y ser adoptado por cualquier perverso deseoso de hacer experimentos conmigo, o por una familia de gente antipática, o hasta por algún santero de esos que degüellan a los animales por su fe bulera.

Vivía este hombre con su esposa y un hijo alienado, buen ciudadano de cualquier país donde hubiese nacido. La mujer era muy peleona con los suyos y conversadora con los vecinos. El hijo, quien rayaba ya los cincuenta, era más vago que la quijada de arriba; el muchacho mataba el tiempo fumando bajo cualquier sombra mientras se reía a carcajadas con sus propios pensamientos. Creía en el libro del Cielo y ponderaba mucho la fe. Los vecinos comentaban que estaba chiflado —aunque, como veremos, tampoco ellos poseían gran cordura. Sin embargo, él sentía afecto por los gatos y les servía cacharros de leche a escondidas de su padre porque amaba al bien tontamente. Decía que cierto gato gris era amigo suyo. Yo, sin ser visto, tomaba el pozuelo tan pronto el hijo entraba a la casa y lo bebía en la seguridad de árbol. Luego, cuando llegaba el gato gris, lanzaba la calderuela sobre él con bastante buena puntería. Naturalmente, aquel gato me tenía por un mal mono e, instintivamente, deseaba rasguñarme; en el idioma felino, me llamaba unas veces “el pecedorcillo” y otras “el hijo-de-puta mono”.

El hijo memo y la mujer dormían hasta la tercera hora de la mañana o más tarde. Más que soñadores, eran dormilones. Para ellos, siempre era domingo. Es buen oficio no tener ninguno. Ambos creían que Dios favorece a quienes le imploran y se ensaña en quienes no le temen. La



vieja sostenía que Dios prefiere a la religión protestante sobre todas las otras y que, por el bien de los demás, se les debe imponer ésta por el hierro y mantenerla con el fuego —su hijo disentía porque era católico, como su padre. Al principio, me interesaron porque eran gente de iglesia.

El viejo, *au contraire*, se levantaba de madrugada y salía silenciosamente de su casa, llevando entre las manos una vara plegable y un saco. *Quid inest in sacco?* Antes del amanecer, regresaba con el saco lleno de plátanos, mangos, mamoncillos, guayabas, mameyes, toronjas, mandarinas, naranjas y papayas de los patios cercanos. Evidentemente, no éramos los animales los únicos que infringíamos las leyes de la propiedad privada: aquel patriarca las profanaba desembarazadamente al amparo de las tinieblas. ¿No sabía acaso que las leyes son la razón humana? Creo que no. El anciano tomaba lo ajeno espontáneamente, tal como el sol evapora el agua; nunca supe si era socialista o si, simplemente, anteponía el provecho particular al interés común. Tal vez les hubiese hallado a las leyes de la pertenencia cierto espíritu velado por las palabras, algo así como “mejor robarlo que pedirlo”.

La familia tenía otra hija que los visitaba de vez en cuando. La hija y su marido no querían recibir al hermano entorpecido en su casa —cosa que los situaba mal con la vieja. Según decían ellos, el muchacho lerdo era muy mal educado. No lo podían invitar a su casa a cenar porque, cuando veía la comida, anunciaba desdeñosamente: “Esto es una mierda.” Si no lo vigilaban, se comía la carne y el postre de todos antes de sentarse a la mesa. Sin que se las brindasen, abría las botellas de vino y se emborrachaba. Luego, con los zapatos puestos, se echaba en la cama de cualquier habitación a dormir la mona. Cuando la hermana se quejaba del mal comportamiento de su hermano, la vieja la reprendía con voz enronquecida: “Tú y el comemierda de tu marido la tienen cogida con el muchacho.” No se entendían. Aquellas pláticas me parecían algo así como si una muda le tratase de describir a una sorda cómo mira un ciego.

Como la vieja hablaba muy alto, la oía regañar al marido, casi siempre en defensa de su hijo consentido. “¿Y qué tiene que ver que el muchacho se lleve un sándwich al baño? Tendrá hambre y ganas de cagar.” El viejo, a no ser que estuviera muy enfadado, hablaba muy bajo y yo no lograba descifrar lo que decía. “No le digas tarado —lo amonestaba la vieja— porque tu madre se emborrachaba y se meaba en el piso de su casa.” De vez en vez, la vieja reprendía a su hijo. “Mi’jito: cuando mees en el lavabo, abre la llave del agua fría porque apesta mucho.” El muchacho simplemente no hablaba con sus padres, prefiriendo siempre el televisor. La veterana era muy sincera en la defensa de su hijo. “Es normal —

comentaba en voz alta en el *laundry room*— que un hombre soltero ensucie las sábanas.”

Tuve que excluir a toda la familia del panorama de mis aspiraciones anímicas. Aquel aciano era incapaz de amar a su prójimo humano y, mucho menos, a un consocio antropoide. La vieja era inaguantable, torpe para lograr que la gente la quisiese mejor. El hijo, tan a salvo de la penetración ideológica, sólo servía para hacer sombra cuando había sol. *Tam piger erat quam asinus!*

En una de las casas contiguas vivía una familia compuesta por el marido, la mujer y un niño de unos diez años. La mujer padecía de un histerismo vocinglero de origen erótico. Solía salir desnuda a la terraza por las noches. El niño había aprendido a imitar los gritos de la madre, por lo que la casa era muy desasosegada cuando estaba ocupada. Los alaridos de la madre y los del niño me alborotaban los nervios y tenía que hacer grandes esfuerzos por no escandalizar yo también. El marido cuidaba a un can grande que quería mucho. Dicho perro, cuya masculinidad había sido sacrificada por razones humanitarias, no era normal —no entendía de hembras; sin embargo, la castración no le había disminuido el olfato: husmeaba mi presencia y, con mucho recelo, escudriñaba los matorrales de su patio siguiendo mi rastro. Naturalmente, yo temía ser sorprendido y mordido por el perro eunuco.

El infantil marido era un gran fanático del *baseball* y la vana mujer del *shopping*. Después de muchos dispendios, incurrieron en deudas exorbitantes; mientras más derrochaban, más cerca estaban de perderlo todo. Cuando se vieron anclados por los compromisos que habían adquirido, se empezaron a recriminar mutuamente sus faltas. *Aliena vitia in oculis habemus, a tergo nostra sunt*. Por fin, cuando más confundidos estaban, iniciaron el proceso del divorcio. Ambos adultos eran personas decentes pero muy embrolladas. De haber tenido voz humana, o de haber podido escribir, les hubiese indicado que su método de aprendizaje era muy malo. Les hubiese sugerido declarar la bancarrota legal contra sus acreedores. Sobre todo, les habría aconsejado concentrarse mucho más en su vida sexual porque, según pude apreciar desde la ventana de su habitación, ésta era muy parca. Aquella extraña pareja no sentía los placeres extremos del clima caliente.

Algunas veces, cuando el marido salía al patio a darle de comer al perro, coincidía bajo el aguacate con el vecino alienado. Ambos se alegraban de tener con quién conversar pacíficamente y de poder hablar

de los deportes que seguían por la televisión. A ambos les gustaba más admirar que comprender.

El pelotero era una persona sumamente sociable. Abrumado por las desavenencias con su mujer y el estado violento de su hogar, buscaba el fenómeno religioso. Le disgustaba seguir la razón humana: quería escuchar palabras divinas. Pero no le pudo sacar nada al alienado porque éste, si bien no había perdido el hábito de creer, no era predicador.

El dueño del perro se sabía los datos deportivos de cientos de jugadores de *baseball*; certificaba resultados de juegos de pelota por venir y afirmaba, lleno de un extrañísimo e incomprensible orgullo, que el equipo de Miami era bueno. Según el ido, en la isla de Cuba se preparaban unos corredores negros para las olimpiadas de verano persiguiendo a las gallinas por el campo, y los negros jamaíquinos se entrenaban para las olimpiadas de invierno en trineos que se deslizaban por el fango a gran velocidad. Cuando se hartaban de venerar a los atletas de todos los deportes, regresaban a sus respectivas casas a enfriarse. ¡Y pensar que aquellos dos hombres estaban emparentados conmigo por eso de descender del mono!

*Ab ovo.* Aquel matrimonio, en vía de disolución, no me pareció tampoco sobrado de amor para un mono. Por el contrario, consideré que hasta el perro castrado iba a sufrir con la disociación de sus patronos: tal vez terminase él mismo en las jaulas de muerte del County. Por tal, excluí también de mi lista la casa señaladísima de gritos y monólogos colectivos. No eran ellos tampoco mis presuntos benefactores.

La casa que yacía diametralmente opuesta a la del viejo hurraño, por el traspatio, recibía la mayor frondosidad del aguacate. En ella siempre reinaba el silencio. Durante los días que viví en el linde de los cuatro patios, los visitó el *rescue* varias veces. En algunas ocasiones, los paramédicos se marchaban solos y, en otras, se llevaban a algún enfermo de vejez. Una vez, salió al patio un anciano demacrado e intentó levantar la pértiga para tumbar algún aguacate, pero no pudo y se volvió adentro.

En una ocasión, un sujeto rompió el silencio inesperadamente con una máquina de cortar hierba. Era un individuo muy atezado, con pinta de nativo de alguna América. Aparentaba ser de una de esas tribus en las cuales los monjes misioneros jamás eyacularon. Se puso a segar el césped por toda la propiedad. El ruido del motor de aquel aparato me asustó tanto que me eché a temblar porque los micos son así. Antes de marchar, el hombre les tocó la puerta a los ancianos para cobrar.

En aquella casa no se gemía, ni se lloraba, ni se rezaba. Sus ocupantes parecían haber cumplido simplemente con su misión viviendo.

Aparentemente, el Cielo no les había concedido la gracia de la verdad. Como era de esperarse, tampoco tenían mascota. Necesitaban más bien aquellas personas envejecidas y enfermas quién las cuidase a ellas.

En pocos días, ambos ocupantes de la vivienda se sumergieron juntos en el silencio de la hora suprema. La noche de la víspera del Gran Silencio, los perros y los gatos del vecindario, plateándose en los reflejos de la luna, aullaron y maullaron bajo el firmamento. En el último día de sus vidas, se oyó en la casa el *Claro de Luna* de Ludwic van Beethoven. Fue una hermosa despedida.

Había excluido a aquellas personas de mi lista con cierta conmisericordia. Pero aprendí de ellos cómo dejar la vida conformemente. De todo en todo, la fortuna me seguía siendo adversa.

Dos operarios de la funeraria, empleados de ínfima categoría sin grandes virtudes cívicas, pasaron por la casa a justipreciar el escenario de los deshechos. Allegaron a la casa un vehículo negro. Ambos iban vestidos de gris. En vez de meter los cadáveres en el carruaje funeral, se pusieron a cargarlo de aguacates. Conversaban desenfadadamente mientras arrancaban las frutas con la vara larga que había sido propiedad del anciano. Yo los escuchaba en silencio, agazapado en una horqueta alta de la mata.

— No se oye a nadie —dijo uno en su salvaje natural. ¿Quién llamó?

— Las puertas están abiertas —observó el otro.

— Pagaron por anticipado.

— De no ser así, hubieran tenido que irse al velorio a pie. ¡Ji, ji, ji!

En ese momento, llegó el padre del muchacho chiflado con la policía. “¡Arréstelos que me están robando los aguacates! —gritó a todo pulmón.” Los policías detuvieron a los dos operarios y les preguntaron qué hacían allí. Las explicaciones de los hombres no les satisficieron y llamaron por radio a la estación. A los pocos minutos, aquello se llenó de ambulancias, investigadores, funerarios y reporteros.

El viejo avaro consiguió permiso para sacar los aguacates de la carroza funeral. A los hombres de gris los arrestaron por homicidio porque los paramédicos opinaron que los occisos habían sido envenenados. “¡Hajá, son asesinos! —exclamó el hijo del viejo.”

Eran grandes los llantos de los detenidos, unos cubanos recién inmigrados. Explicaban que aquel escenario de crimen no era de creer, que había sido inducido por las circunstancias, pero nadie los escuchaba. Por fin apareció una nota sobre la mesita de noche de los difuntos explicando que se marchaban voluntariamente, por mano propia. Un detective leyó en voz alta el aviso de sus proyectos funerales:

“Hace tres días ya que escuchamos aullidos de perros en la noche. Creemos llegado el momento. En plenitud de facultades y por determinación propia, apartamos el fantasma de nuestros cuerpos gastados, enfermos y débiles. Nadie puede soportar el poder de la muerte. La inútil ancianidad nos estorba tanto a nosotros mismos como a los demás. A la triste vejez la sigue siempre el sueño largo. Que nuestras sombras descendan al seno de la tierra y nuestras vidas se desvanezcan en el aire o vaguen en el cielo con las estrellas.

“Ningún dios nos cegó el entendimiento: nunca lo tuvimos. Jamás comprendimos las historias del Tártaro bajo las sombras, ni de los campos Llorosos ni de los campos Elíseos. No despreciamos a los dioses ni los juzgamos. Con gran curiosidad, atravesaremos el linde que nadie cruza dos veces.

“Para evitar rapacerías y disputas cuando no nos volvamos a oír en el mundo, hemos testado. A nuestros sobrinos, quienes prefieren que se les mantenga a pagar tributos, y a quienes no les importamos en absoluto, no les dejamos nada. Le hemos legado nuestra casa y cuenta de banco (hay quienes creen que el papel es plata) a la *Humane Society* para el cuidado de los animales desvalidos.

“Si alguien se siente estimulado a llorar por nosotros o a celebrar los misterios llamados sagrados lo puede hacer porque no nos importa — terminaba la nota. Adjuntamos la reseña de nuestra propiedad en el cementerio, del servicio funeral prepagado y del sitio donde hemos archivado nuestro testamento.”

Consabido el hecho, el viejo avaro preguntó si los servicios fúnebres y los féretros estaban en rebaja aquella semana. Nadie le supo responder, pero les pareció a todos muy lógico suponer que, con el abaratamiento de los entierros, más personas se quisieran morir. No obstante, con una muerte por persona, las funerarias y los cementerios tienen los entierros y las cremaciones demasiado bien calculados para andarse con cortes de precios.

Aclarado el caso, el jaleo fue cediendo y la perturbación componiéndose. Los visitantes se marcharon. El viejo y su hijo se llevaron los aguacates a su casa. Al rato, llegó una ambulancia sin luces ni sirenas; en ella arribaron otros hombres y se llevaron la envoltura mortal de los dos viejos.

Una voz profunda dijo por allí: “El alma tuvo que salir de la muerte para venir a la vida. Ahora... ¡quién sabe!” El comentario, que parecía haber salido de la casa de los interfectos, quedó flotando entre las hojas del aguacate. Siempre he sospechado que lo dijo el otro vecino del que no he hablado.

Como se me estaban agotando las posibilidades de adopción, tuve que volver la vista a la otra casa contigua a la del ochentón hosco. Era la morada más desvencijada y desatendida del barrio. Tenía el techo feo, tal vez debilitado anteriormente por el comején o el tiempo. En ella vivía un cuarentón delgado y vivaracho que recibía visitas de mujeres jóvenes a cada rato.

Aquel hombre, cuyo nombre era larguísimo y lleno de consonantes, era conocido como Alfabeto. Ingeniero de profesión, natural de Carajizal del Palmiche, laboraba en los hangares de una aerolínea. A pesar de los escándalos que lo persiguieron —iba a ser motejado de “diablo” por los cuidadores del orden público— jamás me pareció un ser un indolente, capaz de echarme la cadena al pescuezo y entregarme a la policía de los animales. Él era compasivo con todos los brutos y yo lo consideré un camarada.

Tenía Alfabeto un viejo perro guardián, capón también, que murió por aquellos días. Contrariamente a los ancianos fallecidos en la casa de atrás —quienes, por ley, tenían que ser procesados— Alfabeto enterró a su perro debajo de la mata de aguacates. Como de todos los animales aliados al hombre por la naturaleza los perros son los más amados, me convenía relacionarme con una persona en estado de viudez canina. Sin embargo, la misma noche en la que me proponía preséntamele a Alfabeto, se armó una espeluznante batahola en su casa.

Resulta que, por la Calle Ocho del Sagüé, está muy arraigada la tradición de las casas de citas breves. Muchos moteles del también llamado *Tamiami Trail* alquilan habitaciones por la hora. El negocio lleva algo más de medio siglo rindiendo servicios, ganancias e impuestos, y es muy bienquisto del colectivo local. No obstante, como el comercio carnal está tan mal definido en las leyes y la moral, las autoridades se sienten movidas a tenderles trampas a aquellos ciudadanos que intercambian dinero *cash* por actos amorios en los moteles. Muy mal hecho. *Leges bonae ex malis moribus procreantur.*

Durante la puesta en práctica de un *sting* policiaco, una mujer hermosa, metida en una falda muy breve, requirió de amores a Alfabeto. En el mismo estacionamiento de un *Home Depot*, donde mi amigo había estado examinando materiales de construcción, la joven lo invitó a cruzar la Calle Ocho e ingresar con ella a un motel para gozar de un *good time*. Le garantizó una tremebundísima peripecia sexual por cincuenta dólares. Él accedió a la parte sexual, pero se negó a entrar en un motel de mala muerte. Alegó que vivía muy cerca y que, además de tener allí muy buena

pornografía, condones y vino, se podía ahorrar los quince dólares que suponía el motel. Como la policía había invitado a los reporteros de la televisión local —quienes se especializan en ampliar las payasadas de las autoridades— ya ninguno de ellos quería perderse el espectacular arresto de Alfabeto y le radiaron permiso a la presunta prostituta para acompañarlo a su casa.

Yo me había introducido en la casa de mi amigo por una ventana entreabierta. Cuando Alfabeto llegó con la mujer policía, me escondí en lo alto, detrás del frontispicio de una vitrina, desde donde los vigilaba. Como no estaba informado de lo que verdaderamente estaba sucediendo, llegué a imaginarme a aquella mujer tan hermosa de madre adoptiva.

“¡Al fin solos! —exclamó Alfabeto lleno de emoción, como caballo que tasca el freno.” Y, repentinamente, sin mayor provocación, empujó a la joven sobre el sofá, le subió la falda y le mordió una nalga. “*Auch!* ¡Ay, coño! —gritó, o más bien rechifló la dedicada agente policial.” Inmediatamente, una tercera voz, la de un hombre, salió del receptor de radio que la mujer llevaba debajo de la blusa:

“*What’s your position?*”

“*I’m under him right now* —respondió la mujer.”

“*Agent down. Send in the SWAT team* —bramó la tercera voz.”

En su ansia erótica, Alfabeto no oía ni entendía nada. Al minuto, cuando ya tenía desnuda a la mujer, un tremendísimo golpe cayó contra la puerta de la entrada. Se oyeron gritos: “*Police, open up. No, it’s better to break down the door. Let the camera through, please.*”

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó al fin Alfabeto, relajando su dinamismo sexual.

—¡Abre la puerta! —exigió la mujer y consintió Alfabeto.

—¡No, deja que la rompan! —sonó una voz en la misma ventana abierta por la que yo había entrado. ¡Traigan la cámara, coño!

La puerta, que no estaba en muy buenas condiciones, cedió al siguiente porrazo. Varios agentes, blandiendo armas automáticas, cascos y escudos antimotines se metieron en la casa y tomaron todas las habitaciones. Yo estaba asustadísimo entre la gritería y la confusión que armaron. A Alfabeto lo atraparon entre cuatro o cinco y trataron de esposarlo.

— Oye, chico, ¿qué pasa? —preguntó mi amigo.

— ¡Métele con la pistola eléctrica que es peligroso! —sugirió alguien.

— Sí, que así sale mejor por televisión —gritó un reportero.

— Nada de cámaras, que estoy en cueros —protestó la agente.



Ya para entonces, le estaban disparando con el *taser gun* al pobre Alfabeto y golpeándolo con las porras. *Homines malos baculo verberant*. Él gritaba: “¡Hijos de la gran puta!” Por fin, abrumado por el alto voltaje, perdió momentáneamente el sentido. Cuando la situación estaba completamente controlada y la mujer policía se había vestido, las cámaras de vídeo entraron, captándolo todo, y los reporteros irrumpieron en la sala.

En el momento en que Alfabeto volvía en sí, los reporteros se disputaban la oportunidad de interrogarlo. Buscando sacarle partido al escándalo, una muchacha ambiciosa berreó su pregunta por encima de las demás voces:

— ¿No le da vergüenza, Sr.?

— ¡Qué cojones “vergüenza”? —devolvió a su vez el preso, mirando algo mareado el lente de la cámara en tanto que les mostraba las esposas. ¿Y qué quieren que haga, si soy viudo? ¿Les gusta a ustedes hacerse la paja? Bueno, me imagino que sí. ¿Y por qué la policía no se dedica a atrapar a los asesinos y a los ladrones que andan sueltos por Miami? ¿Acaso no saben que cuando no se ejecutan las leyes el estado se pierde? Ah, no, a esos no porque son peligrosos. ¡Partida de gallinas! ¡Agentes de comemierdurías y pendejancias! Y todos ustedes, los reporteros, son hipócritas y perversos. Predican entre los niños la depravación contra natura, pero desean que me prendan por querer templar naturalmente. ¿Es que pago impuestos para que me hagan esto? ¿Cómo es que estos policías, malversadores de las contribuciones, no se inmiscuyen en las puterías de los barrios bajos ni en las de las casas de los millonarios? Y para responderte más directamente la pregunta: vergüenza no, comemierda, me siento orgulloso de ser putero.

— ¿No le parece que se trata de una cuestión moral? —preguntó lleno de decoro un reportero viejo.

— Usted habla de moralidad porque ya no puede templar, bribón —replicó Alfabeto. Yo me cago en todas tus moralidades. Las virtudes te apesgan y te sobran porque son vicios disfrazados. ¡Qué cara más dura tienes, cabrón!”

Entonces, un policía con barras de sargento en la camisa se le acercó a Alfabeto. “Todo lo que diga —le advirtió ante la cámara con una sonrisa— puede ser utilizado en contra suya ante la justicia. Si el fiscal determina que usted debe de ser acusado de intento de violación y de agresión contra un miembro de la policía, va a necesitar un abogado.” Acto seguido, el reportero viejo de gran pundonor llamó aparte al sargento y le dijo:



“*We can't put this shit on TV, Sergeant. The public will take his side.*”

“*Can't you spin the story a bit?*”

“*Sure, we can. But this is wrongly entertaining. Maybe next time.*”

Cuando se fueron los de la televisión, como salvajes de clima caliente, el sargento y varios policías más le propinaron una segunda golpiza a Alfabeto y le comunicaron varios artículos de creencia. Luego se lo llevaron. “El látigo corrige al injusto —pensarían.” Por una parte, estaban indignados de que mi amigo hubiese podido desnudar, morder, ¡y casi penetrar! a la mujer que todos ellos deseaban impotentemente; por la otra, estaban frustrados de no haber podido salir en el noticiero de la noche explicando la gran hazaña que habían realizado atrapando al abominable e impenitente libertino del Sagüé. Pensaban que, siendo ellos injustos, les podrían imponer justicia a hombres como Alfabeto con persecuciones y suplicios. Felizmente, como todos eran gordos y chaparros y estaban en una condición física deplorable, no le hicieron gran daño con sus golpes al duro Alfabeto. Sin una queja, mi amigo resistió, lo que los enfadó aún más. Pero al minuto se cansaron y lo dejaron.

“Más barato estaría el pan si no lo comiera tanto holgazán —protestó Alfabeto.” Definitivamente, el contrato social estaba muy gastado en Miami. Vivíamos en tiempos de gran ignorancia, decepcionados de que aunque se extirpe al corrupto quede intacta la corrupción.

Aquella noche había luna llena y opté por ocultarme del gavián en la casa de mi amigo. Cuando el reloj de la sala dio las once, puse el noticiero. Me fue trabajoso dominar el telecomando del televisor con mis dedos toscos y mis pezuñas. En treinta minutos de noticias tontas, opiniones idiotas, principios nacidos de prejuicios, crímenes horribles y anuncios, nadie habló de mi amigo. Los cronistas, tanto hombres como mujeres, recitaban las noticias haciendo pequeñas contorciones, como si les picaran las almorranas, y muchas muecas. Se mencionó brevemente la actividad policial en las calles de Miami, sin aludir a los moteles de citas breves ni mostrar el vídeo ni, mucho menos, dejar oír las protestas de Alfabeto.

Como el *show* no valía para satisfacer las necesidades de un público adicto al pasatiempo, al siguiente día el inservible preso fue puesto en libertad. Alfabeto regresó a casa algo vapuleado pero victorioso. Hasta la plebe comprende que *necessitas non habet legem*. Por tal, tuvieron que soltar a mi amigo sin formularle cargos. En la antigüedad, la empresa milenaria de la prostitución se practicaba en los templos.

Pudiendo elegir, Dios se hizo hombre y no mujer. Yo comprendía el derecho consuetudinario de Alfabeto a la gratificación genital, pero

detestaba el escándalo. Seguía pensando que mi amigo era un hombre de muchos arrestos.

La misma mañana de su regreso, Alfabeto recibió múltiples llamadas de unos contratistas con quienes él había contactado el día anterior. Escuchándolo, me enteré que él deseaba poner una cerca alta alrededor del patio trasero de la casa para hacerle espacio a un cachorro de puro pastor alemán, nacido en Haití y sin brescar, que le había prometido una amiga. Como todos los precios de cercas que le daban por teléfono le parecían excesivos, castigaba de palabra a sus interlocutores: “¡Pero qué coño se creen, que el dinero crece en los platanales? Se quejan de que no hay trabajo y, cuando se les ofrece empleo, quieren atracar. ¡Pues, nada para ustedes!” Al fin, volvió al mismo *Home Depot* donde había conocido a la policía-hetera y compró los materiales que iba a necesitar. En el mismo estacionamiento donde había cuadrado el negocio anterior, contrató a tres indocumentados. Los puso a trabajar cavando el jardín, cementando los postes de acero galvanizado y estirando los rollos de alambre. Por la tarde del día siguiente, la cerca estaba tendida. “Me ha costado la tercera parte de lo que me pedían los contratistas —le comentó por teléfono a la amiga que le iba a traer el cachorro haitiano; además, como yo no ando sacando permisos en el ayuntamiento para mantener vagos, me he ahorrado doscientos dólares y la pérdida de tres días esperando allá por los papeles y acá por la inspección.”

Alfabeto se sentía ufano de sí mismo. Además de actuar libremente contra las regulaciones, no mandaba a pintar su casa, ni la remozaba, ni la reparaba para que no se la revalorizaran y le subieran los impuestos. Cada cual mira por sí y Dios por todos. Demostró ser un hombre de carácter. En verdad, era uno de esos seres vigorosos quienes unas veces obligan a las sociedades a evolucionar y otras las hunden completamente.

A pesar del afecto que le había tomado y el respeto que le tenía, considerando el bullicio anterior y la próxima llegada del cachorro de pura sangre, me pareció que Alfabeto no se podría ocupar de mí —ni, mucho menos, buscarme un bendecidor en la Iglesia. Por eso, decidí aventurarme al otro lado de la gran mata de mangos en busca de almas menos conflictivas.

El día en que me disponía a franquear permanentemente la mata de mangos, apareció una mujer joven y muy linda a la puerta de Alfabeto. Era la mujer policía que le había tendido la trampa la semana anterior. Empujó la puerta, que aún no estaba reparada, y halló a Alfabeto bebiéndose una copa de coñac sentado en una poltrona de la sala. *Femina intrans Alphabetum solum in sella sedentem videt.*

—Disculpa —le dijo ella— pero tenía que volver.

— ¿Pero vas a seguir puteándome? —Alfabeto la saludó.

— De ninguna manera. Mírame: vengo vestida ligeramente, sin compañía ni micrófono.

— ¿Y qué se te ofrece? Mira que para ti la sinceridad es una trampa para ganarte la confianza de los románticos.

— ¡No! Cuando me mordiste la nalga, sentí un dolor muy grande, acompañado de un gusto aún mayor. Me recordó el día que le entregué la virginidad a uno que vale mucho menos que tú. Palideciendo y enrojeciendo, no he dejado de pensar en ti desde aquel momento. *Femina Alphabeto osculum dat.*

— ¡Venga, coño! —exclamó él, *de sella surgens*.

— Siento mucho lo que te pasó. Vengo a hacerte lo que te prometí en la Calle Ocho, pero gratis que es legal y honrado.

— Bueno, ya eso suena mejor... aunque tus buenas acciones han sido peligrosas, sin gran devoción a la justicia.

Sin más atascos ni dilaciones se metieron en la habitación como sacados de sentido. *Femina in lecto punitur*. Él la desnudó y le acarició el... *eam corporis partem nominare non convenit*. Le besó apasionadamente el vientre, los ijares, las caderas y los muslos. Jadeaban, chillaban y se decían inenarrables indecencias el uno al otro. *Blandita, non imperio, fit dulcis Venus*. Claramente, ambos vinieron en conocimiento.

De cierta manera, Alfabeto me demostró que errando se aprende a acertar. Me alegré de que la buena fortuna le fuera parcial. Pensé que también a mí me vendría bien una mona... pero ya eso era mucho pedir.

Lo mío era sobrevivir.

#### IV. Hogar, Dulce Hogar

La vida en el costado norte del mango titánico tenía fama de ser muy serena —con excepción del detestable gavián que andaba atajando las empresas de sus desemejantes por allá también. Emigré a aquel lado, ilusionado de conseguir alargar mi suerte. Según el libro del Génesis, Dios le dijo al hombre: “Arréglatelas como puedas.”

Había sólo dos casas entre el tupidísimo árbol y la esquina. En una habitaba una señora con su hijo soltero, un buen muchacho gangoso y algo papamoscas. En la otra hallé una familia trabada de gran amor y sin mascota.

La primera casa tenía dos plantas. La propietaria, dentro de la cual iba cayendo ya la tarde, era muy reservada. Vivía del retiro de su difunto esposo, tal vez oscurecida por el duelo de los días que ya no eran. Se la veía como cargada de luto cuando se ocupaba del jardín. Proyectaba una fría prudencia adquirida con el peso de la vida y se guardaba sus recuerdos tras la sombra de los ojos. Mujer juiciosa de ojo visionario, evitaba el contacto con los demás vecinos. Le huía sobre todo a una mujer bisoja de muy buenas carnes y gentiles meneos que vivía al cruzar la calle.

El hijo, como hemos dicho, parecía más mostrenco que avisado porque seguía muy vagamente los lances de la razón. Por las noches, se quedaba mirando los programas frívolos de la televisión hasta ahogar los ojos en el sueño. Laboraba de día como conserje en un colegio. Basándose en una conversación que había tenido varios años atrás con la vecina bizca, decía que ésta estaba loca —lo que no era cierto. El muchacho célibe se había sentido agredido moralmente por ella en el curso de una conversación baladí. Desde entonces, con santa indignación, le atribuía a la bisoja unas fogosidades misteriosas.

Algunas veces, el joven se ejercitaba con pesos en el patio de su casa. Cuando hacía los *bench presses* acostado en una tabla, mirando al cielo, me quedaba muy quieto entre el follaje por miedo a que me descubriese. No quería ser visto, ni adoptado, por esta familia porque toda la segunda planta de la casa, al igual que el mirador y los poyos de las ventanas, estaban muy expuestos a las incursiones del gavián. Desde la copa del mango, había visto al depredador caer sobre los tejuelos y trincar a las pichonas. Algunas veces, el ave rapaz señoreaba imperturbable por el balcón en espera de una presa, metiéndome mucho miedo. Las palomas habían sufrido tantas bajas en el techo plano que ya no querían

posarse en éste a ninguna hora del día —¡y mucho menos de noche!  
*Quae nocent docent.*

Tanto la madre como el hijo ignoraban, o no les importaba, la tragedia carnicera que se operaba en la segunda planta de su casa cuando las nubes se deslizaban bajo la luna. No sé de dónde creerían que caían las plumas al patio de la casa. Pero entiéndaseme bien: se trataba de una buena familia, muy humana. De hecho, la muerte de sus vecinos ancianos, con quienes habían trabado amistad, los había entristecido mucho. (Al morir tan resignados, los viejecillos habían hecho ilustre por todo el barrio un nombre sin previa gloria.)

Por lo que a mí me concernía, no podía andarme con torpezas queriendo a aquellos dos. No me convenían tampoco, digámoslo claro, porque asistían a una iglesia sin sacerdote en la que no podría hallar bendecidor.

La impotencia aborrece hasta llegado el momento del desaliento, y la ilusión maltrata hasta que se consume el antojo. En la clase de religión había aprendido que Dios no nos engaña pero que nos prueba. Estaba resignado a la prueba por la que pasaba porque acusar a Dios de obrar caprichosamente es blasfemar.

La casa de la esquina era grande y descansaba en un lote doble. Tenía el patio completamente cercado con barrotes y disponía de una moradita de suegros en un apartado. Vivían allá el padre, bombero de oficio, y la madre, maestra de escuela. Los cónyuges mismos eran corrientes, pero tenían un niño y una niña, que parecían dos angelitos.

Merodeé mucho por aquella casa, esperando de ser amparado al requerirlo. Desde que llegaba el primer rayo blanco tras la aurora, espiaba a la familia subido a la copa de un naranjo en el traspatio. Se descubría en sus actos que todos eran cariñosos con los animales. El padre devolvía a sus nidos los pichones de sinsontes que caían. La madre alimentaba y abrevaba a los periquitos que bajaban al pilón del jardín. El niño practicaba en el patio con su escopeta de aire, disparando *pellets* contra las latas y los contenedores plásticos vacíos —jamás contra un animal. La niña se entusiasmaba con los perros y los gatos que pasaban por la acera de su casa y los convocaba: “*Kitty, kitty, kitty...*” ó “*Doggy, doggy, doggy...*”

Tanto el niño como la niña eran tranquilos y estudiosos. Él tenía unos once años y ella seis. ¡Encantadora casta humana! Valió la pena trasponer el mango porque, de aquel lado, hallé a los mejores apadrinadores del barrio. Por demasía, todos iban a misa los domingos. Tal vez en la iglesia pudiese despojarme de mi aspecto.

Sonó mi hora cuando demediaba un día en el que se vio pintado el arco bajo las nubes. La niña jugaba con sus muñecas en la terraza. Descendí del naranjo envuelto en el aura del débil y dejé que ella advirtiera mi triste presencia. Maravillada, con un destello en los ojos, la niña llamó a su madre y a su hermano. Inmediatamente, mi aspecto miserable les agarró el corazón a todos. El niño me echó un pedazo de pan blando, untado con mantequilla, que saboreé agradecido y consumí sin prisa. Cuando la madre se me acercó, establecí domesticidad permaneciendo muy quieto y confiado. Como la cautelosa mujer no se decidía a cogerme, me le acerqué y le abracé una pierna. Entonces la niña, impulsada por un *élan du cœur*, corrió a abrazarme y yo le musité una hablilla de mico al oído. ¡Ya me querían! ¡Después de haber errado sin estrella, Dios me tomaba de la mano!

Al día siguiente, la madre me echó una trailla de perro al pescuezo y me metió en su automóvil para visitar al veterinario. Los niños nos acompañaron porque ya éramos inseparables: yo hacía monadas y me dejaba acariciar, ellos reían. Después de esperar mi turno entre perros y gatos, me metieron en el salón de tratamientos. El veterinario me pesó, me miró los dientes y me sacó sangre. Propuso castrarme y yo “¡Prrffssp!” me cagué en la mesa. Los niños protestaron vivamente. La madre dedujo que, habiendo tan pocos monos en Miami, la proliferación no era un factor de consideración y denegó la recomendación del de la bata blanca. Por fin, el veterinario me inyectó contra la rabia y nos vendió unas pastillas contra los gusanos que se les alojan en el corazón a los perros. Gracias a la visita que le hicimos al veterinario, me enteré ser un mono ardilla, oriundo de la costa Pacífica de Centroamérica. En Costa Rica y Panamá me hubiesen llamado un mono tití. El gavilán no se podía imaginar que yo, y todo el taxón, estaba en las listas de las especies en peligro de extinción —¡pero me la iba a pagar!

Con el certificado de vacunación, había quedado legalizado en el país. Por nombre completo me habían puesto *Wacky*, porque los animales no tenemos apellido.

Aquel mismo día, cuando regresamos a casa, ocurrió un suceso extraordinario con el que relumbró mi estrella. Estando la niña y yo jugando en la terraza del traspatio, sentimos un aleteo sobre la cerca. Era el gavilán, que se había posado en un poste y nos miraba con los ojos fijos en el pensamiento, listo para atacar. Aquel pájaro enorme estaba empeñado en degustar carne de mico. Me abracé a la niña, chillando de pavor —ofende a tu enemigo cuando puedes. Como esperaba, ella se contagió con mi miedo y se puso a gritar también. Inmediatamente, se

asomó a la puerta el hermano. La niña le dijo llorando y temblorosa: “¡Un buitre nos quiere comer!” Sin pensarlo, *simul et dictum et factum*, el niño levantó la escopeta y le metió un *pellet* entre los ojos flamígeros al pajarazo. El enemigo cayó para no levantarse más y yo sentí un gran alivio. “¡*Hahae!* —exclamé para mis entrañas —tal te la da Dios.” El gavilán quedó tieso en la hierba, con la mirada temible apagada para siempre. Al menos aquel día supe más que el diablo. Y con la vida del asesino se fueron los lamentos de muchos oprimidos.

Era tanta la felicidad de aquella casa que no me importaba ser mico ni mascota. Les pagaba el afecto que me daban con acciones que los maravillaban a todos. Le ponía las latas en posición a niño para que practicara el tiro al blanco —o el tiro a un presunto gavilán. Le apagaba la hornilla de la cocina a la señora cuando se le olvidaba la cafetera o la marmita del arroz en el fuego. Ayudaba a la niña a armar rompecabezas. Avivaba al padre para que fuese a trabajar cuando no oía el reloj despertador. Les recogía el periódico en cuanto se lo tiraban en el portal y la correspondencia en cuanto el cartero la metía en el buzón. Siempre hacía de cuerpo y orinaba en una esquina apartada del patio. Me dejaba bañar y perfumar cada vez que querían. Acompañaba a los niños cuando miraban cartones por televisión y me reía con ellos.

En verano, cuando la señora libraba de maestra y los niños de alumnos, salíamos en excursiones cortas. En nuestros paseos, comíamos en la playa mirando al mar perderse en el arco del horizonte y nadábamos juntos. Con las ondulaciones de su cabellera rubia abandonadas al aire, la niña jugaba en la arena, se mecía en los columpios y corría sobre la grama de los parques. A veces visitábamos las tiendas de mascotas, donde me compraban gorras y juguetes.

Cuando el calor aflojaba, me llevaban a la iglesia por la noche y me dejaban dentro de la camioneta mientras oían misa. Alguna vez, un cura oficiante vino hasta la ventanilla del vehículo y me saludó. Cautelosamente, poniendo el rostro más humilde y devoto que puede un mico, empecé a hacerles monadas a los sacerdotes con miras a sacarle una bendición a alguno de ellos.

No me apresuré a persignarme delante de ningún canónigo porque el que expone lo que no debe oye lo que no quiere.

## V. La Demonuca

Llevaba ya un año de existencia antropoide entre resplandor y sombra: los jirones de sol pasaban ante mis ojos y las noches cruzaban como negruras silenciosas por mi tiempo. La esperanza me sostenía sufriendo el maleficio bajo el azul del crepúsculo en la verdinegra hierba. Mientras no te mueras, espera.

Aquella buena familia me había dado muy buena posada. La princesa niña de piel nevada y dorados cabellos me alimentaba con frutas y nueces —en muy poco oro hay gran valía. Su madre, quien aún tenía rostro de buen año, me refrescaba en la pereza de las tardes del verano. Por las mañanas, el niño jugaba conmigo a la pelota en la hierba, donde ningún vecino humano me avistaba. Sin dejar su asiento en el *back porch*, el padre, que era algo patizambo, nos animaba a correr por el traspatio.

Pero aquellos preciados gozos no le duraron a mi contraria fortuna. Mudó mi suerte un día. En un momento, se perdieron la placidez y el bienestar de los que disfruté. Cosa o persona sin pero no hay en el mundo entero.

Con el correr de los meses, sin que se declarasen incendios de ningún tipo en el *County*, el bombero se había empezado a ausentar de su casa y de su familia frecuente y prolongadamente. En verdad, las escapadas nocherniegas del marido nos hicieron perder el sosiego a todos. La esposa, que era una mujer de seso sano, nada decía, pero con la mirada ciega en un punto imaginaba algún perjuicio.

Un buen día, en el locutorio, el marido le comunicó a la mujer su antojo de divorciarse. Ella, sin dejarse encandilar por la luz de la verdad, exigió inmediatamente la custodia de sus hijos. Con tono reposado, él se la dio a cambio de quedarse con la casa. Ella accedió —tal vez, al disiparse la incertidumbre haya cobrado valor. Y, sin decir más, el patizambo se cacheó por un bolígrafo para firmar el contrato.

“¡Qué puerco ha resultado éste! —decía para mis adentros. ¡Hum! ¿Cómo puede alejarse así de sus hijos?” Aunque, según he podido observar, cualquier trastornado nos puede parecer normal.

El bombero llevaba varios meses revolviendo yerros en su mente. Me imagino que todos los seres humanos nos parecemos en la idiotez. ¿Por qué será que los principios y los actos de las personas se contradicen tan a menudo?

Enviciado de buen amor, el patojo había vencido a los dioses de la moral. Se había afanado por una rubia muy teñida, de hechos muy livianos.



Una semana antes que la señora y los hijos desalojaran el hogar, escoltó a la amante a la casa de suegros para dormir con ella.

El pobre bombero estaba embebecido con el dulzor del amor carnal. Muy pronto, la pasión que lo inflamaba lo arrastraría a consumir muchas bajezas.

La recién llegada era una mujer vana y coqueta, incapaz de disgustarse con ella misma. No sufría las mancillas de sus faltas porque no tenía conciencia. Le pedí permiso a Dios para tenerle mala voluntad.

La mujer oxigenada presumía de la hermosa ondulación de sus senos. Le gustaba andar por casa en un negligé de seda clara que le marcaba todo el cuerpo. Ante la vista de cualquiera —preferentemente de hombres— derribaba el reborde de la bata de casa sobre un lado y descubría braguillas de satinada transparencia. No era rubia.

En el encantado lecho, el atontado bombero amplificaba su pasión. Se sentía enlazado paradisiácamente con Venus: le admiraba a la bruja todas sus gracias e imaginaba las que no tenía.

Bajo el sobredorado de aquella hembra, se ocultaba un ser muy feo. Era odiosa, inhumana, insensible con su prójimo, *dénuée de tout sens moral*, frívola, dilapidadora, amante del placer y feroz en la avaricia. Ejercía su libertad contra cualquiera, sin miramientos con nadie, practicando el mal con la conciencia tranquila. A mi modo de ver, era una enferma llena de vida.

Desde la llegada de la nueva mujer, los niños sintieron y expresaron malquerencia por su padre. Por los niños, detesté a ambos amancebados.

Aquella demonuca, tan dispuesta a sembrar el desastre en la casa ajena, tenía la misma mirada turbia del gavián. Desde que me vio, resolvió quedarse conmigo. Por evitar mi desdicha y la de los niños —es decir, en defensa de seres inocentes— y también por confianza en la razón, le traté de insinuar al niño, por señas, que actuara con la escopeta. Si le disparaba fortuitamente un *pellet* en un ojo a la bruja, podría causarle un entuerto, un patatús o hasta la baja definitiva en caso que la trataran de sanar en un hospital de Miami. *Necessitas dat legem, non ipsa accipit*. No pudo ser. Por oposición de Dios, el buen muchacho no me entendió y aquella pájara de presa logró nuestro perjuicio.

Antes de la partida de la señora y los hijos, el bombero y Elvira — así se llamaba la demonuca— me secuestraron y me encerraron en una caja de madera. Me metieron en el portabultos de un automóvil, sin comer, beber ni dormir. En mi encierro, aguardaba el pasaje de aquí para allá o la nada vasta y negra. Pasé dos noches terribles, de esas que comprimen el pecho, considerando cómo el gusano carcome la carne putrefacta.

Cuando me sacaron de la caja, medio muerto, me echaron una cadena al pescuezo y perdí la libertad. Colegí de las conversaciones burlonas del libidinoso bombero y su complaciente acompañante que les habían mentido a la buena mujer y a los niños, diciéndoles que otro gavilán me había robado. Ninguno de los dos se conmovió de ver a los chiquillos partir llorando sin mí. La demonuca se mofaba de que la madre de los críos no hubiese podido contener las lágrimas por el mono. Yo los miraba alternativamente y decía para mí: “¡Hijos de puta!”

Elvira me ató a la reja de una ventana en el cobertizo posterior de la casa, junto a su dormitorio. Vuelto una sombra oscura en el hueco de la ventana, me tocó presenciar las orgías febriles entre ella y el enamorado bombero. Al principio, la demonuca fue muy fogosa en el amor. Yo escuchaba los impetuosos jadeos de Adán y Eva. Elvira decía que ardía de pasión —como si sintiese el delirio de Pasifae por el toro. Él, borracho de amor y perdido en el gusto de sus exaltadas emociones, alucinaba lo que no era cuando sorbía el viento por ella.

Contrariamente a su carácter, el patizambo reía mucho por aquellas fechas —quien mucho ríe es loco. Hallaba gran dulzor en la boca perversa de aquella hembra. Aunque es menester decir verdad: sin cumplimiento, si el espejo no mintió, la rubia era puta mas no fea. Desnudándose bajo una luz muy tenue, Elvira bailaba como la llama de una vela unos aires de música erótica. Fingía. Sólo el instinto de lo bello la juzgaba bien cuando la refulgencia rojiza de la tarde envolvía su impudor.

A los pocos días, se formalizó el nuevo matrimonio y el traspaso de la propiedad a favor de la fresca esposa. Desde aquel hito, la entusiasta amante se empezó a enfriar. *Iam cupiditas non tanti erant quanti ante.* Las sombras destacaban caricias que se aceleraban y se acortaban. Del fuego en las entrañas de Elvira apenas quedó un leve rescoldo. Se evaporó todo el perfume de aquella flor. Él, aunque desamado, seguía creyendo que comiendo se abre el apetito y continuaba cacareando dulces y ansiosas palabras de amor.

Todos somos carnales y hay gente de toda laya. La rubia trajo a casa otro amante mucho más apuesto e impetuoso que el bombero. El nuevo amador, además de tener los pies derechos, baboseaba mejor los senos tibios de Elvira y danzaba con más garbo sobre su vientre. ¡Ah, el imperio de la verdad y la razón! Con larga cuerda, no hay mujer cuerda. He aquí la explicación que Elvira le dio al patizambo con palabras mucho más cursis que las mías: “Cuando una hembra con hambre de orgasmo se

arrebata por la furia volcánica de un macho, no quiere ni puede pasarse sin él: así que déjame ser feliz, bombero.”

He aquí la historia de una infidelidad digna de contarse. Sin dimes y diretes, los tres adúlteros se hicieron muy buenos amigos. El amor tiene muchas debilidades y tan cabrón se es con un cuerno como con muchos. Por tal, el marido llevaba todas aquellas peripecias con más resignación que paciencia.

A la postre, la demonuca y el amante mandaron al bombero a dormir en la casa de suegros, lejos del encanto divino de la música y la danza. Allá, sujeto por el yugo del amor, el marido tenía que esperar abnegadamente el turno de yacer con Elvira: en anticipación a sus citas, desde la casa principal se escuchaba la repercusión de sus pisadas inquietas en la noche y el mullir de sus puños las almohadas.

También el famoso Abraham del Génesis le prestaba su mujer, Sara, a faraones y caudillos. Claro que Abraham recibía regalos de los amantes de Sara, sosteniendo así la dignidad del cornudo, mientras que al bombero le ocurría lo opuesto. Él componía ramos de rosas para Elvira, suspirando con sueños relapsos.

La situación no parecía ser muy ventajosa para quien sufragaba los gastos de aquel hogar. Pero el patizambo no creía en la honra ni se arredraba ante las penas eternas. Con todo, hallaba tan bella a Elvira como a la mujer ajena —porque lo era, además— y se atuvo algún tiempo a la tolerante decisión de su conciencia. Pensaría tal vez que el amo no coge todas las uvas.

Mi dieta empeoraba a medida que los deseos de la demonuca por el bombero se apagaban. Nadie me hacía caso ya. Con la partida de mis protectores, había perdido todas las flechas de mi carcaj. Atado a la reja, desesperaba en el tiempo que me comía la vida. Y me atormentaban. Para asearme, me atacaban sin miramientos de mi talla con el escandaloso bullir de una manguera de agua.

Como se mira a un templo, contemplaba yo la inalcanzable mata de mangos con sus hojas onduladas por bocanadas de aire; en ella, los libres pájaros se respondían sus cantos. En aquel paso, hasta desesperaba de ver los inaccesibles rayos del sol entre el follaje de los limoneros. Me sentía enloquecer. Poniendo a Dios ante mis ojos, pedía mi libertad.

Amparada en la fama de sus virtudes, Elvira redujo el número de visitas que le hacía al marido porque se sentía mucho más a gusto con el amante. Cuando el bombero estaba trabajando, ella le deslizaba la lista de los *groceries* por debajo de la puerta. Ya la demonuca hacía su celeste aparición en la cama del de los pies torcidos solamente una vez al mes, la

noche antes de pagar las cuentas de la hipoteca de la casa, la electricidad, el agua, los teléfonos portátiles (el suyo y el del amante), la letra de su camioneta, etc.

La última vez que Elvira le cogió la mano a su marido fue contra la puerta. La última vez que le vio la cara haciendo el amor, él estaba mirando por la ventana. Amor con amor se paga, los demás pagan *cash*. Una tarde, él la precisó en la terraza:

— ¿Es verdad que no me quieres, Elvira?

— Claro, chico: decídete a creerlo —cuidó ella de decirle.

— Si yo fuera muy rico, ¿me querrías?

— Seguramente.

— En tal caso, ¿soportarías siempre mi presencia?

— Con mucho gusto.

— ¿Lo dices seriamente?

— ¡Sí, coño, yo soy así!

Un buen día, el bombero comenzó a entender que el amor que se alimenta de regalos siempre tiene hambre y que no se debe intentar ahogar un pedo, aunque sea húmedo. Primero dudó lo que había creído, luego se sintió engañado...

Escuché la conversación telefónica que el mal padre sostuvo con su primera esposa, intentando la reconciliación. Él le pidió perdón a ella y a Dios por sus malas acciones cuando estuvo extraviado en su extraño sopor. Culpó a la fragancia delicada, como de alelís, con la que la hembra lo había narcotizado. Ella le dio las gracias por haberse divorciado. Él no comprendía —lo que no me sorprendió porque era denso. Ella le dijo que estaba comprometida con un antiguo enamorado —quien bien ama tarde olvida— un buen hombre, médico de profesión, estéril aunque no impotente, quien la trataba muy bien y adoraba a sus niños. También de su parte —le confesó la ex— se trataba de uno de esos recuerdos tercos de amor que no se olvidaban. “Chico, las religiones falsas también tienen sus mártires —me hubiese gustado poder decirle al bombero cuando colgó el auricular muy consternado.”

Por fin, se disolvió el tratado de paz entre los triunviros y el bombero *cornutto* desapareció entre el humo de la frustración. Antes de marcharse, me miró y se sonrió perversamente. Dejó escapar un poco agasajador “¡Ssst!”—no sé qué recuerdos exaltarían su memoria— y me dejó atado. ¡Gracias a Dios no me pateó! Dicen que los maridos burlados se vuelven duros de corazón y malos de sentimientos. Verdaderamente, no le tenía lástima a aquella víctima de su propia fantasía; por el contrario, el riguroso castigo de llevar una existencia sin meta me pareció bien merecido.

Supimos una última vez del bombero por medio del periódico televisivo. Una noche, mientras guiaba entre visiones vaporosas la carroza de los *firefighters*, arrolló a un anciano. Se disculpó diciendo: “Llevaba prendidas las luces de emergencia y la sirena pitando; como el viejo no sabía para dónde correr, le pasé por encima.” Así, sin ninguna cortesía, mandó al abuelo al fondo de lo desconocido a buscar lo nuevo. La policía no se tomó en serio el desatino del bombero porque era un empleado público, como ellos, miembro de un sindicato hermano —y los muertos se olvidan pronto en Miami.

Muy pocos sospechábamos que a la raíz de la chifladura del bombero —que existía dormido— y del despachurre del anciano, estaba el atractivo satánico de la demonuca. Ni el diablo pudo hacer a Elvira peor de lo que ya era.

Llegaba otro verano y los árboles se volvían a llenar de frutas. Hacía ya un año que había sido maldecido por los monjes y aún no lograba la bendición de un sacerdote. Me desesperaban mis ligaduras. No obstante, pese a la adversidad, esperaba a que mi suerte cambiase. Y así fue. A la corta o a la larga, el tiempo todo lo alcanza.

Como ni Elvira ni su amante trabajaban, no se continuaron pagando los *biles*. Les cortaron la luz y sudaron bochornosamente en la casa sin climatizar. Una madrugada, llegó un camión-grúa y se llevó la camioneta de ella. No tenían servicio telefónico. La asistencia pública apenas les daba para comer. Y, en la mala situación, yo pasé más hambre que un ratón de ferretería, mucha más que en la selva.

Con miras a poder comprar tinte de pelo y dormir sin sudar la gota gorda, Elvira se propuso seducir al vecino tonto de la casa de dos plantas. Provocativamente vestida, con dulces ojos negros, flanqueaba la cerca y se metía en el patio colindante. El vestido no hace a la mujer: es el desnudo. “Lo que gusta que luzca —decía ella.” Pero aquello no le produjo de inmediato los resultados esperados porque, en primer lugar, el muchacho —ya muy adaptado al amor en solitario— les temía a las mujeres y, en segundo, la madre le tenía limitados los gastos personales a diez dólares diarios.

La demonuca empezó a convencer al pollo de que no hay mujer que no lo dé sino hombre que no lo sepa pedir. Se recostaba contra la puerta de la casa y lo arrastraba hacia sí. Lo bamboleaba en un desvergonzado ruqui-ruqui que iba creciendo hasta que una voz salida de la segunda planta la increpaba a apartarse del timbre.

La madre del muchacho lerdo, una mujer que hablaba poco y callaba mucho, albergó sospechas. Los lamentos que Elvira se sacaba del pecho ¡con gran alteración! ante ella le valían más condenas y reproches que conmiseración.

A Elvira no le incomodaba que los demás la trataran de mujer ligera. Contaba la historia que quería, prefiriendo mentir que callar. Filosóficamente, estaba entre las que sostienen que es mejor ser puta que necesitada.

— Soy una desdichada —lloró una vez la demonuca en el portal de sus vecinos. ¡Uhuhu!

— Más bien me pareces puta —le reveló la sabia madre del tarugo. ¿No te gustaría trabajar con las manos en vez de trocar la raja en mercancía? (*Demonuca nullum verbum respondet.*)

— ¿Por qué callas? —indagó la madre, temiendo que a la otra le gustara su mal.

— Bueno, pensándolo bien, me conformo con mi suerte —admitió Elvira con cierta armonía contenida en su voz. (Dios nos manda a buscar la verdad como podamos.)

Antes de marcharse, el bombero canceló las tarjetas de crédito que Elvira había esgrimido con liberalidad. Desesperados, como cazadores sin tiros perdidos en la selva, ambos amantes indagaban por todas partes el paradero del marido. Les pedían a los vecinos que, de avistarlo en cualquier lugar, le dijeran que volviese urgentemente. “Díganle que ha sido una tontería dejarme sabiendo que lo pude haber querido —transmitía Elvira.” Derramando lágrimas de genuina pena, la rubia prometía para el marido —y el amante lo juraba por su propia madre— hasta veinticuatro noches de placer por mes si enderezaba las finanzas de la casa. *Necessitas ante rationem est.*

Por fin, el banco repositó la casa. Una mañana, al rayar el alba la ventana de la alcoba, una ayudanta del *sheriff* ejecutó la orden judicial, hablándoles sin agasajos a ambos ocupantes de la vivienda. Dentro de la habitación aún era de noche cuando los amantes salieron del sueño para caer en la pesadilla. Se adivinaba el comienzo de una poco romántica peregrinación.

Aprisioné los ojos dulces de la gendarme con los míos angustiados. Ella me vio tan sumiso y enflaquecido que me desató sin contar con nadie más porque era la autoridad. Yo me escapé porque estaba harto de la cadena. “Ve delante cuando huyeres —me decía la voz interior.” En un santiamén, trepé chillando de alegría hasta la cúspide del mango. Desde allá, pude ver cómo los empleados de una compañía de mudanzas sacaban

todos los muebles de la heredad enajenada a la calle. A los amantes los tuvieron que llevar esposados porque aún consideraban que la casa era suya y muy bien habida. Alegaba ella y clamaba él, con escandalosa vehemencia, que subsisten aún los tradicionales preceptos humanitarios que protegen a los desamparados.

El deseo de fraternidad invade más fácilmente a dos que a muchos.

Al día siguiente, Elvira apareció bajo los ecos de los truenos de una apremiante tormenta. Volvió sin el amante —¡algo aprende el apóstata! Golpeó la puerta del muchacho, disfrazando su pena con una gran pasión. En la sala de la casa, le ofreció himeneo. Él se puso contento porque los besos son a menudo mensajeros del glande.

Con reservas seguramente, la madre consintió al enganche —ella sabía ignorar lo que conocía. El muchacho era sumamente torpe para el amor. Dos años atrás, había vuelto frustradísimo de su última cita sentimental. Traía los ojos cargados de lágrimas porque su *date* le había echado repelente. “Al menos, esta vez no meterás el pan en horno frío — opinó la madre en voz alta, encogiéndose de hombros.”

En la habitación, el tosco joven halló bajo las negras cejas de aquella mujer un tratado nuevo sobre las artes amatorias. Los ojos de la hembra chispeaban. Por voluntad propia, ella se disponía a hacer el amor con él. ¡Él entendió y acató!

Abrasada de amor caliente, la demonuca se desvistió. Él prácticamente se arrancó la ropa del cuerpo. *Apud lectum stant*. En realidad, Elvira tenía una muy bonita piel bronceada y lindos, sexísimos muslos. “¡*Ahh, ay, ay, iiii, uuf!* —bufaba el despeitado amante, pegado a ella, bastante embrollado.” La demonuca tuvo que apartarlo de un empujón para lograr quitarse los pantaloncillos.

El aguacero comenzó a azotar el vecindario con un raudal intemperante. Yo me había refugiado debajo del alero del techo y miraba por las ventanas. Elvira indujo al tonto al amor gritando: “¡Más, más, más por favor que me hace mucha falta!” Los relámpagos iluminaban la noche. No sé cuál ley humana o divina hollaba la demonuca pero, desde la ventana, parecía que le hacía un gran bien al mozo.

Busqué refugio del aguacero —y sobre todo de los truenos pavorosos— en la parte de la casa menos flagelada por la tormenta. Mirando caer el agua en el haz de luz de un farol, consideré que el tiempo me tragaba.

De mono, me estaba perdiendo muy buenos momentos de mi propia vida.



## VI. Abominación y Trastorno

Sin posibilidades de apadrinarme convenientemente en el sector de mi primer hábitat, donde había vivido más de un año de mono, lo abandoné. Mi salida fue sin vuelta. Atrás, encubierta por acopiadas floraciones rojas y blancas, quedó la enardecida demonuca, revolcándose con el muchacho de pocas luces por eludir la canícula —y por embolsarse diez dólares.

Yo estaba decidido a colonizar el bloque fronterero de propiedades, justo al norte. En dicha parcelación, la menor densidad de viviendas y los trabados jardines me aportaban óptimos escondrijos. Mi proyectado ecosistema se centraba en un tupido mamoncillo.

En la casa esquinera, al cruzar la calle, vivía la señora bisoja que el muchacho tardo llamaba “la loca”. Pero era un dicho de mala lengua. Ella era un ser sufrido y católico, como cualquier otro —tal vez abrumada por bascas. Decidí amistarla. Yo sabía ya que nadie es más cuerdo de lo que quiere el vecindario y que los rumores se fortalecen corriendo. Por la bizca me aventuré a atravesar la vía una noche sin luna.

Ella se llamaba Ana. Era solitaria y andaba como envuelta en un velo de tristeza —la realidad de su memoria era atroz. De su boca, naturalmente rosada, salían pocas palabras por aquellos días. Se quedaba en casa cuidando el jardín mientras su marido, un *flight attendant* de voz atiplada y algo extraviado, trabajaba. Unos vecinos opinaban que ella se había casado con él porque era bizca y no podía ver las cosas como los demás. Otros estimaban que él se había casado con ella por presiones sociales. Naturalmente, los comentarios de los vecinos suelen estar basados en razonamientos toscos y, aunque parezcan estar acertados, no son de fiarse.

Poco después del matrimonio, entre los cónyuges sucedió una hija. La muchacha, desvariaba aún más que el padre. Tenía entonces unos dieciocho años. Enemiga de los estudios y del trabajo, ejercía el ocio con gran diligencia y conversaba furiosamente por teléfono con gente de su calibre. *Stultus stulta loquitur*.

La bizca tenía un perro sato llamado Popolón. El animal había llegado hambriento a su puerta y ella lo había amparado. Lo bañaba frecuentemente y lo obligaba a llevar un lacito rojo en torno al cuello. Todas las mañanas, sacaba a Popolón al jardín para que hiciese *la toilette* antes del desayuno. Algunas veces, lograba que la hija vaga le diese una vuelta al animaluco por el vecindario porque, metido en casa, éste sufría de *dépaysement*.



Una mañana, bajé del techo por una mata alta de flores amarillas y comencé a travesear con el perro, que era más grande que yo. Popolón era noble, muy juguetón y poco ladrador. Tal como yo anhelaba, Ana salió al patio y quedó admirada de lo que vio. “¡Ay, que chulería! — exclamó encantada, bizqueando.” Ella jamás me había visto porque los niños me habían tenido en el traspatio, al abrigo de todas las miradas, y la demonuca me había atado.

En ese preciso momento, salía el marido por la puerta de la casa. Era un tipo delgado, de paso rápido. Me pareció ser una especie de demonio frívolo. “¡Aaaay, un mono! — exclamó con cierto afeminamiento, moviendo ligeramente el torso y la cabeza como péndulo invertido mientras le retemblaban las pestañas.”

Ana y yo estábamos en la pasarela de cemento, orillada por rosales, que lleva de la puerta a la cancela de madera del patio. Cuando el tipo nos pasó por el lado, en la faz pecosilla de Ana afloró un marcado disgusto. Ninguno de los dos cónyuges aprovechó el momento para callarse.

— ¡Es mío! —le advirtió ella, cogiéndome bruscamente y acomodándose entre sus senos.

— ¡Allá tú! —afirmó el marido desde la calle, sonriéndose a sí mismo en el espejo retrovisor de su automóvil. A mí no me gustan los monos. Eso sí, que duerma en tu habitación. *Jiii, jí, jí.* A ver si te caga la cama.

— ¡Pues a mí sí me gusta y aquí se queda! —soltó ella, radiante de alegría. Vete a volar.

— Esta noche duermo en Nueva York.

— Por mí, como si no duermes.

— El domingo pasado te confundieron con la Virgen en la iglesia — le devolvió él con gran sarcasmo.

— Tú sabrás por qué.

— Uno de los monaguillos te miró a los ojos y le dijo al otro: “¡La Madre de Dios!” *Jíiii, jíii, jí.*

El hombre uniformado se metió en el auto y, sin despedirse, se alejó conduciendo. Ana me miró a los ojos y me dijo secamente: “A ver si tenemos suerte esta vez y se cae el avión.” De poder hablar, le hubiera respondido: “A la que mal marido tiene nunca se le muere.” Claro, yo me he equivocado muchas veces...

Indudablemente, aquellos esposos no se querían bien. Los dioses del amor jamás habían tenido santuario en aquella casa o bien se habían aburrido y abandonado sus altares. La mujer aguantaba el peso del matrimonio mal llevado y el marido era raro. Me imagino que, al menos, les serviría de consuelo el hecho de que más vale guerra declarada que paz

simulada. Ambos presumían que alcanzarían la libertad si el otro moría. Por suerte, iban a misa todos los domingos.

A los pocos días, después de cerciorarse de mi fidelidad, mi nueva ama me llevó a otro veterinario. El doctor me extrajo sangre de nuevo, me volvió a vacunar contra la rabia, me recetó pastillas contra los gusanos y mencionó las ventajas de la castración. Yo me volví a cagar del susto *in mensa*. “¡Nóooo! —gritó mi patrona, terriblemente alterada.” Por segunda vez, una mujer me salvaba los testículos... y, a juzgar por la facha del veterinario, tal vez hasta el tubo de mear.

Ana resultó ser un hada guiña para mí. Me volvió a legalizar con otro certificado de vacunación y otro permiso de vida. Me nombró *Papito*.

Ana, Popolón y yo dormíamos en la misma habitación. De rato en rato, ella se tendía en un canapé a leer un buen libro. Cuando se sentaba frente al espejo de su tocador, se le vaciaba la mirada.

La patrona y sus dos mascotas comíamos a la misma hora y hacíamos de cuerpo casi a la misma vez. Ella no era buena cocinera pero no les negaba carne al can ni fruta al mono. Por las tardes, Ana me limaba las uñas y me daba mimos en el portal de la casa. Yo, a mi vez, le acariciaba sus sedañas crenchas de cabellos claros. Algunas veces, salíamos los tres a pasear por el barrio. En verdad, el trajecito de marinero que el ama me ponía me quedaba algo ridículo. Inevitablemente, los vecinos se reían. Pero ella pensaba que nos veíamos muy bien y parecía sentirse halagada por las risas.

Por las tardes, el marido de Ana se duchaba después de correr en un campo de deportes cercano. Casi siempre armaba una gran escandalera en el baño —ya he dicho que era raro. Gritaba algo así como: “*Shúu, Shúu, Shúu... ¡aaaah, aaay, aaaaaay!*” Durante aquellos alborotos, Ana hacía una mueca de desprecio y se ponía de mal humor.

Como Ana no cocinaba para el marido, él se desaparecía después de ducharse. Algunas veces, se encerraba en su habitación a mirar la televisión. Los fines de semana, él se iba a casa de su madre.

Los domingos, la doña me llevaba a misa vestido de encaje. En el umbral de la iglesia conocí al Padre Juan, un sacerdote con fama de santo. A petición de mi dueña, el Padre Juan me permitía esperarla afuera, trepado en un pino junto a la entrada de la iglesia. Así crecían mis esperanzas de recibir la bendición de sus manos un día. “*Redde mihi corpus meus!*”

La única vecina que tenía buena amistad con mi patrona era una lindísima española que frecuentaba la iglesia. Ambas mujeres vivían en

casas contiguas. Algunas veces, yo acompañaba a mi dueña a la casa de la mujer bella a tomarnos una taza de café. Una mañana, inesperadamente, Ana le hizo a su amiga —y confidente desde aquel momento— la espeluznante confesión de sus infortunios conyugales:

— Yo me casé muy joven, sin haber conocido hombre —le dijo a la mujer bella, mirando sin ver. Mi suegra se aprovechó de mi inocencia y me casó con su hijo para tapar su secreto.

— ¿Cómo que un secreto? —le preguntó la otra, porque a todas las mujeres les pica mucho la curiosidad.

— Sí, para tapar. Ese desvergonzado con quien me casaron es maricón.

— ¿Homosexual dices?

— No, he dicho “maricón”.

— Entiendo.

— En casi veinte años de casados que llevamos, se acostó conmigo una sola vez, la noche de bodas, y eso porque estaba borracho. Las demás borracheras las debe de haber cogido con otros de su calaña. (Al marido le encantaba revolverse con la turbamulta de Miami Beach y con los de las congas de la Calle Ocho.)

— ¿Fue así cómo concebiste a tu hija?

— Así es. La muchacha es hija de un maricón borracho: por eso salió boba.

— ¡Dios mío!

— Eso mismo decía yo cuando pasaban los años. Algunas veces pensaba que era culpa mía y me compraba ropa provocativa, me perfumaba... y hasta andaba desnuda por la casa. Pero nada, todo fue en vano. Una vez, el muy degenerado me preguntó si quería un consolador.

— ¡Cuánto sadismo!

— Él sí tiene uno y dice que es “divino”. Con ese trastorno habrá de vivir... y morir.

— ¡Qué bestia! ¿Y no buscaron ayuda psicológica?

— ¡Jamás quiso! Él es un maricón convencido y se siente muy a gusto en ese mundo de relaciones contranaturales. Cree en la grandeza de la mariconería y le llama a la moralidad “pudor estúpido”. Dice que a la buena nalga la hinca sabrosamente la estaca.

— ¡Qué desgracia! Pero, si él alimenta esa anomalía sexual, como dices, es mejor que no te toque porque te puede infectar con el virus del SIDA. Los homosexuales son promiscuos. ¿Nunca pensaste dejarlo?

— ¡Claro que sí! —exclamó Ana, muy concentrada. ¡Cuántas veces he soñado con alejar de mí, para siempre, esa cara loca! La soñada imagen de su cadáver me hace feliz... o al menos me alegra un poco.

— Por favor, no hables así. Rezaré por ti.

— Esta vida sin sentido me ha cambiado mucho.

— Dios aprieta pero no ahoga, Ana.

— He soportado esta carga tanto tiempo por mi hija. Si el muy sinvergüenza no vuela contra una tormenta bien pronto, le voy a plantear el divorcio y echarlo de mi casa.

— Espero que eso no se convierta en un negocio de mucho papel y tinta y poca justicia.

— Ya tengo el asunto en manos de un buen abogado: le voy a partir el ojo al diablo.

— Me parece bien: se lo merece por desnaturalizado.

— Y por maricón.

— Tú, tranquila, que las mujeres tenemos nuestros derechos.

— Soy una desgraciada. No tengo ya padres ni hermanos, estoy mal casada con un vicioso y mi hija anda abarraganada con uno más comemierda que ella. No tengo más que un perro y un mono... La vida me ha negado hasta una felicidad mediocre.

— Prométeme —le pidió la mujer bella con lágrimas de compasión en los ojos— que se lo contarás a un sacerdote.

— ¿De qué me pueden servir las jaculatorias y los responsos? (Como a mí, le parecía que Dios había desoído sus ruegos.)

— El padre Juan es muy entendido en todos estos asuntos. ¿Me lo prometes?

— Bueno, sí.

Y así, *grâce au mariage blanc de ma maîtresse*, me acerqué al padre Juan.

## VII. La Mujer Bella

La mujer bella telefoneó al Padre Juan inmediatamente. Con pocas palabras, dio fe del prolongado ultraje matrimonial de que su amiga era víctima. Le contó al anciano sacerdote que Ana era objeto de múltiples insultos y humillaciones, los cuales no pormenorizaba por pudor. También expresó el temor de que la desesperación exacerbase la paranoia de la casada abusada y que, tal vez, la empujase a la violencia. Antes de colgar el receptor, el sacerdote había accedido a reunirse con Ana lo antes posible.

Quedó establecido que, aquella misma noche, durante la cena navideña que se iba a celebrar en la iglesia, el Padre Juan escuchara la amarga historia de Ana. Ambas mujeres se animaron con la buena nueva. Ambas deseaban intensamente el fin de los baldones del aeromozo contra su inocente mujer.

Esperando la hora del *Christmas party*, las dos mujeres conversaron larga y adictamente. La plática comenzó con un intercambio de ripio, tonterías y repeticiones de las acusaciones contra el *flight attendant*. Al rato, la mujer bella —a las mujeres les encanta contarse sus intimidades— compendió la historia de su vida. Yo escuchaba tan atentamente que temí revelar la humanidad que llevaba dentro de mi piel de mono:

La bella era oriunda de un pueblo encajado en el sistema montañoso del norte de España. Su familia había sido muy pobre. Al igual que sus tres hermanas, nació en la pequeña casa de sus padres. Era la tercera hembra que llegaba. Una entendida asistió a la madre en su nacimiento porque la familia no podía pagarle a la partera.

El padre de aquella mujer esbelta, nariz respingada, labios carnosos y ojos azules había sido minero y aficionado al vino. A los pocos días del alumbramiento, inscribió a la niña en la iglesia parroquial. Como estaba algo bebido, no pudo precisar en cuál día de diciembre había parido su mujer. El párroco decidió inscribirla el octavo día, que es la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Su padre tuvo que abandonar la mina cuando los médicos le diagnosticaron silicosis en el primer grado. Laboró primero en una fundición y luego labrando piedras en una cantera. Bebió vino veinte años más. A los cincuenta y seis, cuando ya sus hijas habían crecido, murió de cáncer en el pulmón.

La bella contó cómo, cuando su padre trabajaba en la fundición, la Guardia Civil lo arrestó por blasfemo. Alguien lo había acusado anónimamente de haberse cagado en Dios, en la Virgen y en las madres de los doce Apóstoles. Por tal, tuvo que comparecer ante un magistrado

católico —porque el hombre hace al hombre juez del hombre. Como el minero tenía chispa, se supo defender: “No; eso es falso —refutó. Estaba trabajando en la fundición, cuando vino un compañero y me echó una gota de acero hirviendo en la espalda. Yo le dije: ‘Por Dios y sus Apóstoles, Luis María, ¿no ves que me has echado acero fundido en la espalda y, la verdad, es molesto?’” Resultó absuelto.

A pesar del duro trabajo y de las desavenencias por cuenta del vino, la familia era muy unida. La mujer bella pasó los primeros seis años de su vida jugando de arriba abajo por la “calella” del pueblo. Aprendió muy pronto a detestar todos los vicios: desaprobaba de los fumadores, los jugadores, los drogadictos, los mujeriegos y, sobre todo, los beodos.

*Antiquis temporibus*, en su pueblo, las casas no tenían cuarto de baño. Toda la familia evacuaba en el río. Casi siempre, buscaban una hoja de higo ó un “taruco” de maíz para asistir con la limpieza antes de lavarse el trasero en la corriente. Ella nos contaba, con una bellísima sonrisa en los labios carmesí, que el papel periódico era un rarísimo lujo en su casa. Algunas veces, le preguntaba a su madre: “¿Hay papel para limpiarse el culo?” La madre se encogía de hombros y le respondía: “¿Y quién lo parió, fía?” Resignada —pero feliz— ella se agachaba a la orilla del río, hacía sus necesidades, y se pasaba una piedra lisa por aquel culito —¡que llegó a ser tan perfecto!— antes de estregarlo con la mano.

Un día muy nublado, la mujer bella y una de sus hermanas salieron a buscar champiñones para cenar. Se perdieron entre los prados y se les hizo tarde cerca de un bosque. La noche estaba por caer. No lograban hallar el camino de regreso al pueblo. Bajaba la niebla y el sol se perdía ya detrás de los hayedos, los eucaliptos y las encinas. Asustadas, lloraron y sus hondos gemidos cruzaron el aire. Ella levantó los ojos al vacío estrellado, donde está el Cielo de Dios, y rogó fervorosamente —la niña no había reñido jamás con Sus leyes. De imprevisto, una figura vestida de negro salió de entre las brumas y se les acercó. “Hola, guapinas, ¿de donde sois? —les preguntó.” Por fin, ella se sobrepuso al miedo tan grande que sentía y articuló el nombre de su pueblo. “Seguid por ahí —les dijo el embozado, señalándoles un camino entre los prados— y no os apartéis de él hasta llegar al pueblo.” En media hora, llegaron a casa con los champiñones. Sin aquel socorro, las niñas hubiesen quedado errando entre los prados y las arboledas toda la noche. Y aquella misma noche bajaron unos lobos de la montaña.

La familia de la de rosadas mejillas cocinaba y se calentaba con una estufa en la que quemaban leña y carbón. Desde muy pequeña, buscaba los sacos de carbón para su casa en la parada del tren de vapor. Cuando la

locomotora se detenía a coger agua en una aldea cercana, barría el remanente del mineral menudo en los carros descargados. Llenaba su saco y lo llevaba a casa, tambaleándose bajo el gran peso.

Emprendedora, la niña recogía castañas en los bosques y las vendía en la plaza de Oviedo, la capital. El conductor del autobús le extendía crédito para el billete de ida. Negociaba rápidamente las castañas, justo por debajo del precio de las demás vendedoras. Inmediatamente, compraba chocolate, queso y latas de bonito que entregaba a su madre. De vuelta a casa, pagaba su deuda de transporte.

La niña también recolectaba caracoles con su padre en los confines de la franja de su parroquia. En la búsqueda, llegaban algunas veces hasta los bosquetes de acebos que tachonan los altos pastizales. Al pie de nevadas peñas calares, la niña admiraba la belleza del valle verde, surcado por las sinuosas veredas amarillentas y rojizas que unen las aldeas y los caseríos. Jamás vio mayor belleza que la de las montañas de su patria.

Ayudaba a criar conejos y patos. Asistía a su madre durante la recogida de habas, patatas, escandias y maíz en una pequeña tierra de labor que la mujer trabajaba. Cada tres años, sembraban la tierra de trébol —que le inyecta a los terrenos el nitrógeno del aire— para infundirles vida a las cosechas. Durante el año de reposo de la tierra, atendía un huerto de frutos y hortalizas a la orilla del río, en el predio de nadie. En los años buenos, criaban un gocho en la cuadra con las mondas de las patatas y los poquísimos desperdicios de casa.

En la escuela del pueblo, la niña aprendió a leer, a escribir y a efectuar las operaciones aritméticas básicas. En aquellos tiempos, una maestra enseñaba todos los grados, desde el primero hasta el sexto, en una misma y única aula. En cada fila de pupitres sentaba a los niños de un mismo nivel. A la niña no le gustaba andar despeinada. La maestra lo sabía y, cuando no se sabía la lección de gramática, le pegaba y la desgreñaba.

Un día, llegaron unos actores ambulantes a la escuela buscando niñas para una obra de teatro. La maestra les recomendó a las niñas mejor vestidas. La mujer bella andaba con un suéter deshilachado y se limpiaba la nariz en la manga porque tenía catarro. Al sentirse marginada, se puso de pie y preguntó: “¿Y yo?” Los actores la eligieron porque era muy bonita y no temía hablar.

La primera vez que la niña actuó, su madre le tuvo que descifrar el pliego para que se lo aprendiese de memoria. Estaba en primer grado y todavía no sabía leer. Le fue muy bien de actriz, tan bien que el público le tiró monedas al escenario. Muchos años después, recordaba rozagante cómo los actores le ayudaron a recoger su propina.

Pasaron dos años y retornaron los actores ambulantes. Buscaban a la niña. Ella hizo el papel de Genoveva de Brabante con gran éxito. Desdichadamente, tal vez por la llegada de los televisores, los actores no volvieron más por el pueblo y, a los pocos años, ya no quedaba memoria de sus actuaciones por ninguna parte.

La mujer bella de piel blanquísima recordaba con hilaridad sus juegos de niña. Saltaba cuadros dibujados en la tierra. Salía a comer cerezas y manzanas por los prados ajenos y sobre las parcelas cercadas con muros de piedras. Dejaba caer piedras desde lo alto del puente al río. Algunas veces, las niñas se agachaban sobre el poyo de una ventana y concursaban por ver cuál “mechaba” más lejos.

A los catorce años, harta de la estrechez de su casa, la mujer bella comenzó a buscar otro aire en qué volar. Dejó atrás la niñez y se fue a trabajar de sirvienta a la ciudad. Aprendió bien pronto que tampoco allá, donde se trabajaba tan duro, se salía de la pobreza. Asumió contrarios pareceres con aquella gente rica y pidió la firma de sus padres para irse al extranjero. Por medio de una amiga del pueblo, consiguió su primer contrato y marchó a Europa. Trabajó en las fábricas de Suiza y aprendió otros idiomas.

A los dieciocho años, aquella beldad, gloria de mis ojos, encendía fuegos en todos los hombres. De hecho, desarmaba a los varones con su belleza. Fueron muchos los pretendientes de varias naciones que tuvo. El enamorarse de ella era cosa frecuente y normal entre los mozos que la conocían. Yo, aunque mono, le tenía bienquerencia —ni miento ni me arrepiento.

Naturalmente, la *femina pulchra* se enamoró de quien quiso. Uno, algo aventurero, la conquistó enseñándole matemáticas y gramática — porque le gustaban. La llevó primero al altar y luego a su patria en Miami. El marido y la mujer parecían incompatibles en todo y, sin embargo, se amaban. Ella era muy religiosa y él totalmente agnóstico. A ella le gustaba la música popular y él la aborrecía. En la playa, a ella le agradaba el arenal caliente bajo el sol y él prefería sumergirse en el mar. A él le prendaban los libros y ella prefería la televisión. Sin embargo, los unían los hijos, los viajes de recreo y las conversaciones más simples y significativas.

Ella rezaba mucho por su marido, pensando que éste no se esmeraba lo suficiente por ser eterno y la podía dejar viuda en el Cielo. Tanto el marido como la mujer eran dados a hacer caridad. Y fue por hacer el bien que la mujer bella concertó la cita entre la bizca y el Padre Juan.

Los agravios a los indefensos afligían e indignaban a la vez a la mujer bella —porque en la fe de Cristo también hay pasión.



## VIII. Segundo Reporte Sobre los Hombres

La tarde de la celebración anticipada de la Navidad fue fresca sin ser fría. El Padre Juan había dado permiso para que yo asistiese a la fiesta con mi ama, siempre que llevara puestos un pañal, por profilaxis, y una trailla por gobernario. Antes de las siete p.m., los feligreses parroquianos comenzaron a estacionar sus vehículos en el parqueo de la iglesia. La mujer bella, su marido, mi ama y yo llegamos entre los primeros.

La gala se efectuó en el patio interior del colegio adscrito a la iglesia. Por si llovía, los organizadores de la fiesta habían erigido dos grandes tendejones sobre unas cuarenta mesas —la lluvia siempre puede sorprender en Miami porque el tiempo es voluble en la estación seca y los pronósticos de los meteorólogos no son de fiarse. En cada mesa se sentaron a comer doce buenos cristianos.

A mí me tocó quedarme junto a la mujer bella y su marido para que mi ama pudiese contarle al Padre Juan, sin interrupciones, sus dificultades matrimoniales. Tan linda se veía aquella noche Joanyza —así se llamaba la mujer bella— que relinchaban como caballos todos los hombres que la miraban. ¡Ah, qué violento sería del mundo si aquellos simplones no hubiesen creído en un Dios que premia y castiga! Para Joanyza, sin embargo, a cada puerta su llave. Por tal, solamente la tocábamos su marido y yo.

En una pequeña mesa cercana a la nuestra, Ana se sentó con el Padre Juan. Le relató sus largas penas. ¡Qué duro le debe ser a la gallina decir que está mal galleada!

— Tenemos que comprar papeletas para las rifas —propuso Joanyza.

— ¿Y vino? —preguntó su marido.

— Claro —respondió la bella— la iglesia lo necesita.

— Las recaudaciones de las misas no son suficiente, ¿verdad?

— No, no lo son.

— ¡Miserables! —exclamó el marido. Hay que llenarles el estómago y darles mucho vino para ablandarles el bolsillo.

— ¿Qué críticas? Tú ni siquiera vienes a misa.

— Según Blaise Pascal, Jesucristo no vino a salvarnos a todos —la mortificó él.

— ¡Calla, diantre! —le reprochó ella, sonriendo. ¿Qué sabe ese imbécil?

— Sabía del poder que no puede y de la gracia que no alcanza.

A las siete-y-media, se nos mandó a visitar las mesas donde estaba la comida. En camino, pasamos junto a la mesa donde nuestra amiga se desahogaba con el Padre Juan. Ya ella le había contado a él que su pasado era un triste recuerdo y su presente, sin porvenir, espantoso. “Realmente, no sé lo que es un hombre —se quejaba ella.”

Hasta aquel momento, cuando vi tan de cerca al sacerdote, no había notado que fuese tan viejo. Delgado, espigado y serio, proyectaba una imagen de respeto.

“Démosle gracias a Dios por traernos a celebrar el nacimiento de Su hijo —nos dijo el Padre cuando pasamos por su lado.” Era consabido que el Padre Juan vivía santamente. Se tomaba muy en serio sus votos de pobreza, castidad y obediencia. Comía muy poco para que los *homeless* desamparados tuviesen más; jamás sostuvo una relación carnal, y les aconsejaba la abstención a los jóvenes hasta el momento del matrimonio; y obedecía, al pie de la letra, cuanto le ordenaba el Señor Obispo.

También poseía el Padre Juan los dones de agradecer y apaciguar. Mi ama, quien tanto había lagrimado, parecía sosegada a su lado. *Mulier straba verbis Patri Iohannis delectatur.*

— ¿Qué le habrá dicho el Padre Juan a mi amiga que la tiene tan serena? —indagó por indagar Joanyza.

— Le habrá dicho que es madre de milagro y virgen por falta de uso —adivinó por adivinar su marido.

De vuelta a la mesa, el matrimonio compartió su cena conmigo. Como conocían mi predilección por el arroz, me dieron del congrí que les sirvieron. No me brindaron vino. ¡Cuán distinta era aquella sociedad a la selva y al cautiverio en los que había vivido!

— El Padre Juan es un santo —manifestó Joanyza, henchida de certidumbre.

— No lo dudo —ratificó el marido. Hay que ser muy virtuoso y tener mucha paciencia para escuchar, sin protestar, tantas confesiones de masturbaciones, adulterios y amagos de pecar con el pensamiento.

— No te metas a juzgar si no quieres errar —falló ella.

En la mesa contigua a la nuestra estaba sentada una señora que disfrutaba la mezcla del canto con el vino. Con voz de soprano, muy alegre, entonó muchísimos villancicos. Yo me abstuve de chillar pero, para mis oídos, aullaba —los monos, o al menos yo, tenemos la escucha muy subida. Me asustaban mucho los aúllos de las bestias depredadoras de la tierra. A las personas, no obstante mi disconformidad, les gustó la trova de la mujer y al Padre Juan le causó una buena impresión.

Pasada la medianoche, después del reventar de palmas durante la tómbola de baratijas, nos pidieron que nos fuéramos. Me alegré creyendo que la soprano se iba a callar pero, animada de devoción, siguió entonando por el parqueo hasta su auto.

El Padre Juan estuvo muy ocupado con otra gente y no salió a despedirnos. Me había hecho a la idea de robarle una bendición aquella madrugada, pero el libro del destino estaba cerrado. “¡Bah! —terminé diciéndome, decepcionado.”

En el aparcamiento, Joanyza le pidió informes detallados a Ana mientras su marido me sujetaba por la correa. A él no le interesaba de qué hablaban. Yo, sin embargo, me devanaba los sesos por saber cómo lograría mi bendición. “*Venitne Pater Iohannes a domo?* —me preguntaba y deseaba preguntarles.”

Por fin, cuando ya andábamos rumbo a casa en el auto, mi ama anunció con lágrimas rectas cayéndole de los ojos bizcos que el Padre Juan le había prometido ir a bendecir su casa en los próximos días. Por suerte, las mujeres lo dicen casi todo.

Ni mi patrona ni yo cabíamos dentro de nosotros mismos de alegría. Ambos soñábamos con una bendición del santo clérigo. Ella se imaginaba ya ser mujer libre y yo hombre a secas. Nadie podía entender la razón de mi alboroto, pero todos se aventuraron a presumir que chillaba de alegría por la buena fortuna de mi ama. “¡Qué inteligente es Papito! —encomió mi dueña, muy ufana.” En realidad, estaba completamente fuera de mí. Invoqué muchas veces, en el lenguaje de Dios: “*Pater Iohannes, i ad domum meum!*”

Al desmontarnos del automóvil frente a nuestra casa, un hombre y una mujer cruzaron la calle a pie para encontrarnos. Aparentemente, nos habían estado esperando. Dado que en nuestro barrio los faroles del alumbrado público solamente se prenden de día, no les podíamos ver las caras. “Buenas noches —casi gritó ella con voz de pito desde el medio de la vía, avisándonos que nos detuviésemos.” Ana se puso nerviosa viéndolos avanzar, pero el marido de Joanyza la calmó: “¡Ah, mira quienes son: la rubia que deportó el sheriff y el muchacho de la casa de dos plantas!” Aguardamos silenciosamente. Yo temblé de pavor e indignación cuando se acercó aquella perversa.

De repente, la demonuca extendió los brazos para cogerme. Instintivamente, mi ama me protegió entre sus senos y dio media vuelta.

— Ese es Wacky, mi mono querido —gritó Elvira.

— ¡Qué Wacky ni qué ocho cuartos! —le devolvió mi dueña con gran enfado. Éste es mi mono, Papito.

— ¡Ay, Wacky, cuánto te he extrañado! —reventó hipócritamente la demonuca. Adoro esa cabecita pequeña, esos labios finos, ese hocico redondito, esas orejas peludas, y esa cola larga y fuerte. Te quiero más que a la niña de mis ojos. ¡Cuánto he sufrido sin tu compañía! Yo lo crié desde que lo trajeron de Brasil, hace cinco años.

— Mire, ¡váyase pa'l carajo! —le aconsejó Ana. Este mono es de Costa Rica y no tiene tanta potencia en el rabo.

— ¡Depravada! ¡Qué le habrás hecho a mi Wacky? —la acusó Elvira y volvió a tratar de cogerme. Me has robado a mi mono. (Mi ama me apretó más fuerte porque con aquella zorra no estaba seguro ningún pollo.)

— Si ella lo dice es verdad —interrumpió el muchacho sonso mientras mi doña buscaba el amparo del marido de Joanyza.

— ¿Qué coño sabes tú, idiota? —le preguntó Ana.

— La única vez que hablé contigo, loca de mierda —le soltó él, disfrazado de discernimiento y cordura, porque más tira coño que sogame miraste a la portañuela con mucha insistencia. Hinchabas el pecho para que te tocara las tetas. Eres una mujerzuela.

— ¡Atrevido! —reaccionó mi dueña. ¡Retrasado! ¡Putero!

— Mi novia jamás ha mentido —gritó el muchacho, prendiendo a Ana por el gaznate. (Los dogmas vienen de los hombres y de las mujeres, jamás de Dios.)

Aproveché el momento de confusión para arañarle la mano y morderle un dedo al agresor. Él se retiró, bastante dolido. Entonces se armó la de San Quintín.

Tal vez por remediar un mal con otro, el marido de la mujer guapa sentó al muchacho en la acera de un gaznatón. Caído, el muchacho rompió a llorar. Joanyza sacó el teléfono celular del bolso y llamó al 911. La demonuca se le fue encima con intenciones de despedazar el aparato, pero Ana le echó una zancadilla y cayó al pavimento: el contén se le vino encima tan rápido a Elvira que no atinó a quitárselo de la cabeza. ¡Puuuuf! (La rubia no entendía la relatividad.) Detrás del cristal de una ventana, Popolón protestaba, agitadísimo. “*Uauau, uauau, uauau, wuuf* — resonaban los ladridos en la noche.”

Como ninguno de los dos agresores estaba en pie, pudimos esperar a la policía en paz —aunque sin concordia porque hubo insultos y recriminaciones. ¡Cómo chillaron las sirenas! La madre del muchacho salió de su casa para asegurarse de que el hijo en lloros estaba bien. Le

echó una mirada significativa al mozo, diciéndole: “Eran diez dólares y nada más.”

Los primeros dos agentes llegaron muy pronto. “*Who called the police?* —preguntó uno de ellos.” La mujer bella levantó el brazo: “*I did!*” Ana dio una corta y acertada explicación del intento de hurto del simio con violencia y del asalto a su persona. La demonuca se quejaba, tirada sobre la acera: “¡Ay, ay!” El muchacho ya estaba casi restablecido del efecto sedante del soplamocos. Levantándose, declaró que, como su novia no se ensuciaba la boca con embustes, la bellaca y falsaria bisoja se merecía la cogida de cuello que le había dado. Lo esposaron.

Al rato, llegaron los paramédicos y ayudaron a la demonuca a incorporarse. El despachurre la había puesto triste: tenía un chichón en la cara y una cortada en la frente. Los socorristas del *rescue* le limpiaron las heridas y se las vendaron.

La rubia de piel dorada acusó a mi ama de haberle robado a su querido Wacky. “Yo lo amo —anunció bañada en lágrimas vivas, casi convincentes.” Los vendajes de la cabeza también le aportaban cierto aire de formalidad.

Los policías les tomaron los datos y las declaraciones a todos los allí presente y esperaron por un indagador. Poco después, llegó una investigadora. Le preguntó a la rubia si tenía pruebas de lo que alegaba. Ella sólo atinó a decir, palpando el chichón que tenía en la cabeza, que Wacky era suyo y de un ex marido.

— Wacky se baña con orine —le aseguró la demonuca a la investigadora, tratando de aportarle cierta consistencia a su caso.

— Ella no sabe lo que dice —refutó mi ama. Papito utiliza el rabo como si fuera una brocha para marcar donde vive.

— ¿Cuánto mide el mono? —les preguntó la agente a ambas.

— Mide 33 cm (14 pulgadas) de cuerpo y 39 cm (16 pulgadas) de cola—respondió Ana.

— Bueno, eso lo sabía yo —alegó la demonuca.

— ¿Y cuánto pesa? —le preguntó la investigadora a Elvira.

— ¡Huí, pesa como cinco libras!

— Eso no es cierto —interrumpió mi dueña. Papito pesa 1.1 Kg, o sea, casi dos libras y media.

— Él pesaba cinco libras —adujo la demonuca con gusto de exageración. Esta mujer lo está matando de hambre.

— ¿Alguien tiene la propiedad del mono? —preguntó por fin la investigadora.

— Si mi ex marido apareciera... Él es bombero, ¿sabe? Fue el que arrolló al viejo contra la acera. Él les puede decir que Wacky es mío.

— ¡Yo sí tengo pruebas! —exclamó Ana, eufórica.

En un santiamén, mi propietaria me puso en el pecho de la mujer bella —me gustó aquello— y se disparó hacia la entrada de su casa. Impulsada por una gran cantidad de energía sexual reprimida, metió la llave en la cerradura con buen tino y empujó la hoja de la puerta con fuerza. Se oyó un chillido de goznes y Popolón se apartó para no ser atropellado. A los tres minutos, salió la dueña de nuevo a la calle. Llevaba en la mano mi certificado de vacunación y mi tarjeta de identidad del County.

— Aquí mismo lo dice: “Papito” —clamó mi amiga con voz triunfal. Dice el veterinario que puede vivir quince años en las selvas de la Costa Atlántica pero que cuando son adoptados pueden llegar a veinte.

Cuando la investigadora vio el certificado, mandó a esposar a la demonuca. Gracias al acaso, la diabla no sabía nada de mi primera inscripción legal en casa del bombero. *Le hasard domine l’histoire*.

Entonces apareció otra vez en la escena de los hechos la madre del chico. Produjo una revista impresa en papel periódico, *The Flyer*, que llevaba abierta en la sección de *Lost and Found*. Se la mostró a la agente. A la luz de su linterna, la investigadora leyó:

“Mono centroamericano perdido. Recompensa: cinco mil dólares. Animal diurno y arbóreo. Peso: dos libras y media. Tamaño: un pie y medio de cuerpo y cola de igual tamaño. Extremidades posteriores largas. Pelaje: corto, suave y brillante. Color del dorso y las extremidades: amarillento naranja o bermejo. Color de la cara, las orejas y el cuello: blanco. Color de la corona de la cabeza, la boca y la nuca: negro. Pulgar de las patas posteriores: largo y oponible. Parte superior de la cabeza: peluda. Masa cerebral: grande. Entiende mandatos en Español, Francés, Inglés y Latín. Contacto: P. Lamberto, OSB.”

La investigadora se acercó al vehículo policial donde estaban sentados la demonuca y el muchacho, esperando ser conducidos al hospital —galera donde los pacientes que pueden gritar rehúsan las autopsias— para que los examinara un médico. Aunque cualquiera se puede morir sin que lo ayude un médico.

— ¿Ha sido éste el motivo del asalto? —les preguntó la analista, mostrándoles el anuncio clasificado.

— Yo no sé nada de eso —respondió el muchacho. (Era cierto que no leía periódicos ni revistas. Elvira seguía sumida en su mutismo.)

— Esta muchacha trajo el periódico a mi casa esta tarde —advirtió la madre, apuntándole con el dedo a Elvira. Mi hijo no sabe siempre lo que hace ni lo que dice, pero ella sí.

Así demostró la madre la intención aviesa de la demonuca. Aquella señora, que solamente hablaba si lo que tenía que decir era más valioso que el silencio, se las agenció para que soltaran al hijo mentecato. Y, demostrando con pruebas la grosera tramoya, logró también frenar los logros afectivos de la rubia *vis-à-vis* el chico inepto.

La vieja historia de la mujer intrigante y el hombre simple se había repetido —la demonuca era reincidente. Así y todo, para el tiempo en que se vive, el caso tuvo un buen fin. Por suerte para el muchacho, todos los males del corazón inmaterial se curan. ¡O, los misterios dementes y la prostitución sagrada! Además, mi ama, una mujer de muy buenos sentimientos, no quiso presentar cargos contra él por el asalto.

Yo seguía siendo mono. *Id nomen me non decet.*

¡Ca! Evidentemente, el asunto era de dinero. Existía una recompensa de cinco mil dólares por un mono como yo —era yo realmente. Y ya Elvira no se conformaba con alquilar su cuerpo por diez dólares y un tumbadero: quería consumir un *business* más rentable. Quería de nuevo que alguien le dorara el pico u otra cosa.

“El escándalo acompaña a este mal bicho —declaró Joanyza, indignada contra la demonuca. Primero le sopló el marido a la madre de dos niños, luego sedujo a uno privado de sentido común y ahora le ha querido robar el mono a mi amiga. ¿Y qué más estará tramando?”

Hasta aquel momento, la pérfida pintarrajeada había meado contra el viento. Así y todo, era temible tanto tumbada como de pie. Aquella conjura no había concluido.

Todos los presentes pensaron en algún mono de idénticas características a las mías que era buscado por otra persona. Yo, con todo, cuando oí el nombre del Padre Lamberto supe que se avecinaba un gran peligro.

Me alarmé. En mi mente resonaba la maldición de los monjes sodomitas: “*Monk-à-monkey, Cebidae, Saimiri oerstedii, focashteh, Kedeschim.*” De no haberme tenido la mujer bella tan abrazado y calentito, creo que me hubiese puesto a temblar... o hasta me hubiese cagado — porque los monos son así de asustadizos.

Cuando todos se habían marchado, Joanyza me devolvió a los tiernos brazos de mi ama. Se había hecho muy tarde.

— ¿Qué hará la justicia? —preguntó Ana.

— Nada —manifestó el marido de Joanyza. Los policías de Miami son poco más que chóferes de maleantes. Las cárceles se desbordan de delincuentes. Las calles se llenan de bribones. Aquí no ha ocurrido nada. Tal vez le llenen un expediente. Pero si la rubia seduce a un agente o dos, ni eso.

— Ésta, además de puta, es bandolera —observó mi dueña al despedirlos. Tiene que ser muy mala para querer quitarme a Papito. ¡Y cómo engatusó al bobito...!

Pasaron varios días desde la celebración de la Navidad en la iglesia hasta la visita del Padre Juan. Ana esperaba nerviosamente la bendición de su casa. Por momentos, su exaltación rayaba en la histeria. Para serenar los nervios, ella, Popolón y yo dábamos incontables vueltas por el barrio. En nuestros recorridos, pasábamos frecuentemente frente a las casas que circuían el inmenso aguacate donde yo había residido. De paseo en paseo, nos fuimos poniendo al corriente de los últimos acontecimientos del vecindario.

Cuando yo vivía con la familia del bombero, poco después del sepelio de los dos ancianos, había aparecido por el arrabal un abogado. El leguleyo les preguntó a todos los vecinos cuáles creían ellos que habían sido los “verdaderos” deseos de los nonagenarios respecto a la disposición de sus bienes. Casi todos le respondieron que no estaban enterados de nada y que, en realidad, aquel asunto no era de su incumbencia.

El día en que los empleados de la *Humane Society* se personaron en la casa de los difuntos, volvió el abogado acompañado por los sobrinos de los viejos. Fue uno de esos días raros de cielo frío. Llevaban un sobreseimiento judicial. Los sobrinos, unos seres lenguaraces y agresivos, de la peor calaña, comentaristas de todo y conocedores de nada, insultaron a las señoras perreras innecesariamente. ¡Con cuánta razón los habían desheredado sus tíos!

El caso estuvo en el juzgado todo el tiempo que la demonuca me tuvo preso. Se habló de que el abogado había alegado ante los magistrados unos derechos naturales de los sobrinos de los difuntos. A la larga, sin embargo, el testamento a favor de la sociedad para la protección de animales resultó validado por la corte.

Terminado el juicio, los sobrinos tuvieron que pagar todos los gastos del proceso. Acto seguido, denegaron pagar el sueldo del *lawyer* porque había perdido el caso. El abogado los demandó a ellos y nadie supo en qué terminó aquello.



Como el barrio era residencial, la casa no se pudo utilizar para refugio de brutos. La *Humane Society* puso la propiedad en venta. El momento de vender no pudo ser peor: las almas generosas de los gobernantes — espléndidas con el caudal ajeno— habían creado una terrible depresión en la economía del país, prestándoles dinero para adquirir casas a quienes no las podían pagar; en la hecatombe que sobrevino, los bancos no financiaban nada y casi nadie podía obtener crédito. Total, que los precios de los bienes raíces caían después de haberse encarecido artificialmente. La casa no se podía traspasar y les producía a los perreros pérdidas en concepto de impuestos atrasados, recogida de basura, primas de seguro contra los elementos y los accidentes, mantenimiento del patio, batallas contra el comején y hasta costos mínimos de agua y electricidad.

Por fin, por los días en que Ana me adoptó, los protectores de los animales malbarataron la casa de la discordia. El pelotero, ex marido de la mujer histérica, la compró con la ayuda de sus padres por menos de la quinta parte de lo que había sido su valor. Según él mismo le dijo a mi ama, quería poder vigilar de cerca a su ex mujer para saber cómo trataba a su hijo, porque tenía intenciones de disputar la custodia del muchacho gritón. “Y pensar —pensé— que aquel descalabro se hubiese podido arreglar fácilmente en la cama.”

Seguimos recorriendo el *city block*. Popolón se orinaba en la cerca del pelotero y ponía al perro capón de mal humor. O eso creía nuestra ama. “¡Caramba —decía para mí— el eunuco se acuerda de los aguacatazos que le di: por eso nos enseña los colmillos!”

Como el tiempo estaba fresco, el hijo del viejo avaro se sentaba en un sillón del pequeño portal de su casa a fumar. Le seguía dando leche a los gatos a espaldas de su padre. Cuando no estaba fumando, se arrancaba los pelos de la nariz y de las orejas con la mirada perdida en la distancia. A menudo se reía solo, sacándose los mocos descuidadamente con el índice y el pulgar.

Por pasar el tiempo, el muchacho hablaba de tenis y de política con el solitario fanático del baseball. Por matar el hastío de las tardes, deducían sólidamente algunas necedades. Decían, por ejemplo, que el cachorro de pastor alemán de Alfabeto, nacido en Haití, no podía ser de buena raza y que, de no haber emigrado, se lo habrían comido.

Entonces nos tocó en suerte presenciar el segundo escándalo de Alfabeto. Aquel atardecer, el barrio estaba envuelto en un gran silencio.

Repentinamente, aparecieron media docena de patrulleras y un camión colmado de gente armada. Los seguían muy de cerca los reporteros.

Los policías abatieron la cerca nueva de Alfabeto con la defensa del camión e irrumpieron en el patio. Le dispararon casi a quemarropa (ó a quemacuero) al pastor alemán. El hermoso animal murió con un simple: “¡Uh!” Asaltaron la casa —la puerta todavía estaba rota de la primera incursión policial. Al minuto, sacaron al de Carajizal de Jaruco en calzoncillos, esposado. Voceando opiniones insensatas e ingeniosidades de gorilas ante los micrófonos y las cámaras, los uniformados sentaron al detenido en el portal de su casa. Las luces potentes de los vehículos de las televisoras iluminaron al hombre claramente. *Ecce Homo!* Se le veía colgar por un lado de la calza todo el bálano y un buen trozo del miembro viril. Ana no le quitaba ojo al acontecimiento.

Las autoridades le dieron preferencia para interrogarlo a una famosísima reportera fea y como lesbianona. Con la cara cubierta de polvos colorantes, el esperpento se puso frente a la cámara y le preguntó a Alfabeto:

— ¿No es verdad que usted se estaba masturbando a menos de mil pies (333 metros) de un colegio?

— ¿Dónde? —preguntó a su vez Alfabeto, indignado y apesadumbrado por la muerte de su perro.

— Aquí mismo, en su casa. Un destacamento especial de la policía lo ha observado y captado en vídeo masturbándose con la puerta abierta.

— Mire, no joda. La policía me rompió la puerta de la entrada hace varios meses.

— No diga malas palabras.

— Digo lo que me sale de los cojones. ¿Y por qué coño ahora me han matado al perro y me han roto la cerca?

— Usted aparece en todos los ordenadores de las fuerzas del orden como un tipo peligroso.

— Sí, un tipo peligrosísimo que se acuesta con mujeres.

— No estoy hablando de eso.

— Pues, yo sí... ¡Cojones, mirándote de cerca: qué fea eres, hija de puta!

La mujer mandó que dejaran de filmar y se retiró. Sus lágrimas, mezcladas con los polvos, le llenaban la cara de fango mediático. Los reporteros de todas las estaciones empezaron a protestar y a imprecicar al de Carajizal. Decían que era insensitivo y malo, razones suficientes para castigarlo.

“A ver, que alguien me enseñe el vídeo —gritó Alfabeto. Estos reprimidos sexuales con uniforme son unos tarugos, una vergüenza de la razón humana: ninguno se ha destacado jamás en lo útil. Decididamente, no vivimos en una época de grandezas.”

Entonces apareció el mismo viejo moralizante que había entrevistado a Alfabeto la noche de la primera incursión en su casa. Mandó a apagar las luces y a detener todos los vídeos antes de interrogar a Alfabeto:

— Cuéntenos lo que ha sucedido, por favor —le pidió humildemente a mi amigo.

— ¡Que no me estaba masturbando, coño! Yo tengo una novia policia que está buenísima.

— Comprendo. Entonces, ¿cómo se ha producido esta situación?

— Me he duchado con agua caliente y mucho jabón hace una hora. Eso siempre estira y pone lacios todos los pelos del cuerpo. También, como la tarde está fresca, el miembro se me ha recogido. Cuando me senté en la poltrona de la sala, sentí que tres o cuatro manojos de pendejos (*pediculus pubis*) habían quedado atrapados entre el pellejo y la cabeza de la pinga. Como se puede imaginar, eso es muy doloroso. Me quité los pantalones y los calzoncillos y, ya con la picha y los huevos entre las manos, fui sacando los moños de pelos de la trampa del prepucio. Eso ha sido todo. Estoy en mi casa, ¿no?

El reportero de la parte del pueblo que manda y dirige se levantó para irse. El jefe de la operación policial se le acercó y le preguntó si lo iba a entrevistar a él. El periodista le dijo, riendo:

*“Are you out of your fucking mind, Sergeant? You broke the fence in front of several witnesses. You killed a dog. Your own video agrees with what the man says. What were you thinking?”*

Al poco rato, todos los policías de la democracia se marcharon. Asumiendo el puesto de juez-legislador, el desorientado pelotero adujo que mi amigo era muy mal hablado y se merecía lo que le había ocurrido. Ana se puso al borde del berrinche: protestó con mayor fiereza que cuando apagaron las grandes luces fijas en Alfabeto. “¡Eso no puede ser verdad! —le gritó al pelotero, silenciándolo.”

“Aquí se les confiere autoridad a los peores —dijo Alfabeto cuando le quitaron las esposas, acomodándose sus partes viriles dentro del pequeño calzoncillo.” Varias personas, Ana entre ellas, aplaudieron. Alfabeto no dejó marchar a los reporteros, policías y curiosos sin hacerse oír: “Desgraciados: quieren convertirme en malhechor cibernético para darse el gusto de descubrirme. Y el populacho que no piensa, como por ejemplo mi vecino comemierda amante del béisbol, cree que todos ustedes actúan

muy bien. Los reporteros son misioneros que se afanan en volvernos tan estúpidos como ellos mismos. Los policías son delincuentes uniformados... y brutos. ¿Por qué no se ganan el pan haciendo algo provechoso, así como recoger tomates y frambuesas en el campo?”

Absolutamente nada de lo que ocurrió allí se mencionó en el periódico hablado. Unos vecinos llamaron a la oficina del alcalde para reportar el atropello perpetrado contra Alfabeto. Y él se decidió a llamar a un abogado para demandar a la policía.

Súbitamente, mi ama musitó en mis oídos y en los de Popolón: “¡Qué feliz debe de ser la amante de un hombre como Alfabeto!”

## IX. La Bendición del Santo

Los amaneceres no duermen. Pasó la Navidad. Pasó el Año Nuevo. A principios de enero, el Padre Juan llamó para anunciar su visita. Entonces se elevó el estado de nuestras esperanzas.

Amaneció Dios el día acordado. Desde muy temprano en la mañana, yo acechaba por las ventanas en espera del santo hombre. Mi ama, aquel espíritu oscurecido hasta entonces en el duelo de la vida, estaba ansiosa; dio en callar, pero sus ojos extraviados estaban fijos en un mismo pensamiento.

Casi al mediodía, vi llegar al Padre. Iba solo, vestido de sotana, con una casulla de sobretodo. Bajó del auto acarreando una caldereta de dos asas y un aspersorio de mango metálico.

El Padre Juan no tuvo necesidad de tocar a la puerta ni de esperar a que le abriesen. Con un chillido, yo le había comunicado a mi ama su llegada. Ella suspendió el paso. Me subí a una silla, le di media vuelta al cerrojo, destrabé el espigón del marco de la puerta e induje el giro de la hoja sobre los goznes.

A mi señora se le iluminó el rostro de alegría cuando vio al prelado en el patio de su casa. Ambos sentimos el corazón latir deprisa. “¡Gloria a Dios! —exclamó Ana.” Yo chirrié. El alboroto andaba suelto por toda la casa.

Le dimos la bienvenida al Padre Juan. Mi ama lo hizo como persona y yo como simio. Popolón corrió a meterse en el dormitorio de Ana, ya fuese asustado por los atavíos del Padre Juan o porque no entendía de religión... o quizás por nuestros gritos.

El presbítero llevaba en su maletín un crucifijo de madera, sal y aceite benditos. Dentro del acetre de metal bruñido que empuñaba por las asas había agua bendita. El hisopo, reluciente también, tenía una bola hueca y perforada en un extremo para rociar el líquido santificado. Sin decir más, el clérigo lo puso todo sobre la mesa de la sala y se santiguó. Mi ama lo imitó. Yo me persigné a escondidas.

— Tu marido —le dijo el sacerdote a Ana— padece de una enfermedad psíquica por influencia del demonio.

— Sí, Padre. No tengo poder para contradecir al demonio.

— El código de la Ley Canónica prohíbe que los fieles entablen conversaciones ni le den órdenes a Satanás. Yo tengo permiso del obispo para impugnar la influencia de los espíritus malignos con el Santo Nombre

de Dios. Desde que hablamos, me he estado preparando para este momento: he ayunado, he rezado y he hecho penitencia.

— Gracias, Padre.

— Jesús ha dicho: “Si me pedís algo en mi nombre, Yo lo haré.”

El Padre Juan abrió la cajita de las sales y destapó el frasco de aceite bendecido. Volviéndose, ungió a mi dueña y le puso sal en los labios. Lo dejó todo encima de la mesa mientras invocaba el poder de San Miguel el Arcángel.

A hurto de ambos toqué la cruz, metí la uña en el aceite bendito y la llevé a los labios, y probé la sal. Bajé y me uní a la pareja que rezaba ya una profunda oración de liberación con los ojos cerrados: “Os he dado el poder de pisar a las serpientes y a los escorpiones —dijo Jesús. Haremos un exorcismo, como en el rito del bautismo, para expulsar de esta casa a Lucifer que es la luz de la perdición y del pecado. Él ha traído el engaño, la mentira y la confusión.”

Antes de comenzar la bendición de la casa, el Padre Juan le habló muy severamente a Ana: “Has pecado horriblemente deseándole la muerte a tu esposo, que también es tu prójimo. Él es un obseso. Arrepiéntete y desiste para siempre de esa repugnante tentación. Solamente así Dios te hará feliz en este mundo y te acogerá a su lado después de la muerte. ¿Te arrepientes de tu pecado? ¿Le pides perdón a Dios?”

Ana cayó de rodillas, demudada. Empalideció y, como un enjuague de perlas, le rodaron genuinas lágrimas de arrepentimiento por las mejillas. Quiso responder afirmativamente, pero tenía la garganta trabada y la lengua sujeta al cielo de la boca. Vi un abismo en su mirada. Fijó los ojos en la cruz de la casulla —tanto como puede una bisoja enderezar la vista. Se llevó la diestra al corazón y asintió con la cabeza. Yo retuve el aliento y, por arrimarme a los justos, me puse a su lado en cuatro y muy callado. El Padre nos bendijo con la mano, diciendo: “*Ego te absolvo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*” Sentí de inmediato un frío muy grande por todo mi tembloroso cuerpo porque yo también tenía mucho de qué arrepentirme. “Dios te traiga al discernimiento de tu yerro —pidió el sacerdote, sin más palabras por hablar.”

Tomando el hisopo en la mano, el Padre nos roció, diciendo: “*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sacto.*” Luego se desplazó por toda la casa, salpicando las habitaciones con agua bendita. Así hizo cuenta del demonio. Yo corría delante de él, recibiendo todas las bendiciones y tanta agua como pudiese. Él se sonreía indulgentemente a cada paso. Cada vez que me tocaba el agua, sentía un *grand bouleversement* por todas las entrañas.

¿Habría llegado el día de mi rescate? Lo creí con gran fe porque me iba todo en ello.

Terminada la bendición, el Padre Juan y la bisoja se fueron a la sala a rezar el Credo. Él debía darse prisa por motivo de una extremaunción que le quedaba pendiente en el barrio. Cuando salió a llevarle los santos óleos al moribundo, yo me sentía ya muy extraño: una dichosa corriente paseaba todo mi cuerpo y me hinchaba como si no cupiese dentro de mí. Me refugié en el dormitorio de la dueña, donde hallé a Popolón durmiendo ovillado en el piso.

Tal como solía hacer, me subí a la cama para alcanzar a verme en la luna del espejo de la pared. A los pocos segundos de estarme mirando, vi que me agrandaba sin el menor fastidio. ¡Se estaba rompiendo el maleficio de los carigordos! El colchón de la cama comenzó a hundirse debajo de mis patas. La tela del traje de marinero se rasgó rípiada desde dentro y cayó al piso. La pelambre de mi cuerpo mermaba constantemente y mi cuero duro se suavizaba. La nariz se me afinaba, el rabo se me acortaba, la espalda se me erguía, los brazos se me alargaban, las manos perdían las pezuñas, las patas se me hacían pies. ¡Me estaba volviendo yo!

La retro-metamorfosis duró poco más de un minuto. Se dice que las diferencias esenciales entre el mono y el hombre son muy pocas. Por fin, me vi como el Creador había dispuesto que fuera, o hasta tal vez mejor —pensé en un instante de inmodestia. Tuve que saltar de la cama al piso para verme todo en el espejo. “*Tantus vir est ille!* —fueron mis primeras palabras para la imagen reflejada.”

En ese momento, Popolón despertó; asustadísimo de mi desnudez, lanzó un descompuesto chillido y salió huyendo con el rabo entre las patas. No me había reconocido.

El mono era ya un recuerdo de esos que duermen entre las sombras. El corazón andaba de fiesta. Allí mismo, le di gracias a Dios por los días que ya no eran: “*Gloria tibi Domine!*”

“*Je recommence ma vie!* —solté, yendo hacia la puerta.”

## X. El Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal

Mi antigua ama entró a la casa después de despedir al cura. Iba alegre, como flotando en el aire, sublimada. Al advertir la fuga de Popolón, volvió en sí.

Ana quiso saber por qué el perro había huido. Tal vez temiese que su marido hubiese entrado en la casa mientras ella rezaba y hubiese sido fulminado por la bendición. Revisó la cocina, la sala, el comedor, el *Florida room*, el salón de estar y los otros tres dormitorios.

Esperé recostado al marco de la puerta de la habitación. Allí me halló Ana, como vine al mundo. “¿Qué es esto? —tuvo que haber pensado, pero no gritó por efecto de la bendición.” Más que asustarse, se sorprendió. Me miró de arriba a abajo, picada por la curiosidad. Por fin, tal vez embuzando un poco más de lo normal, me preguntó defensivamente:

— ¿Y qué hace usted aquí? —porque la gente se entiende hablando y los burros rebuznando.

— En tu mano está —le dije tranquilamente, sin adelantar la lengua al pensamiento. (¡Aquello estaba tan fuera de lo que ella hubiese podido imaginar!)

— ¿Pero quién lo trajo a esta casa? —me interrogó, yéndosele la mirada hacia mis accesorios varoniles.

— Me trajiste tú. Soy Papito.

— ¿Papito?

— Sí, Papito.

— Papito es un mono.

— Ya no lo soy. La bendición del Padre Juan me ha transformado.

— ¿Estás hablando en serio?

— Muy en serio. Mira las trizas del trajecillo de marinero en la cama. (Lo hizo.) Las palabras vuelan pero las consagraciones quedan.

— ¡No me digas que ya se realizó el milagro!

— Yo diría que sí —propuse pausadamente por no inquietar la honestidad.

— ¡Cuántos años deseando que me raptaran y...! —lagrimaba. (*De oculis strabae lacrimae labuntur.*)

— No llores porque serás raptada: se han borrado los malos designios.

— He soñado tantas veces que un hombre me tomaba... (Se le encendió el color del bonito rostro) ¡Ay, la lengua delata lo que siente el corazón!



— Te tomaré muchas veces —le anuncié con determinación amorosa. Tu hermosura no le va bien a la castidad.

— ¿Sin contemplaciones? —preguntó ella, decidida a todo.

— Yo también sufro de deseos reprimidos —le confesé sin chocarrerías porque se había despertado en mí también el antojo atrevido. Un celibato prolongado es cosa muy seria, mujer.

— ¡Tú célibe! ¡Qué maravilla! Yo he sido adúltera con el pensamiento muchas veces. Con las esperanzas defraudadas, me les he colgado a tantos palos del camino... Soy como un fuego sin leña. He sido muy infeliz.

— En mi caso, la bendición del Padre Juan deshizo una maldición del mismísimo diablo. Llevo más de un año recatado en mil escondrijos, pensando solamente en la pervivencia. Aunque no más. Ahora estoy a tu disposición, Ana: deseo tu buena hembra.

— ¡Ay, qué cacho de macho eres, Papito! —exclamó, entusiasmadísima y suelta al oírse llamar por su nombre. (*Statim, straba manus ad caelum tendens exclamat: “¡Gracias Dios mío!”*)

— Me quedaré contigo todo el tiempo que pueda. (Hablar y mear clarito.)

— ¿Pero te irás?

— El diablo está sobre mi pista. Ha sido él quien puso el anuncio en *El Flyer*.

— ¡Ese hijo de la puta diablo!

— Es un ángel rebelde.

— ¿Y si te coge?

— Veremos. Ahora me siento protegido por la bendición del Padre Juan.

— ¡Pues, claro: tiene que ser más potente que la del diablo! El Padre Juan es un santo.

— Eso espero. En caso de peligro, me darás ropa de tu marido e iré a consultar al padre.

— Sí, más adelante. ¡Ay, Papito, tienes el mismo cuerpo del David de Miguel Ángel!

— Llevo vida de atleta: he corrido, saltado, lanzado pesos, hecho corvetas, tensiones, corcovos... En cualquier piedra se esconde la estatua de algo bello: el lance es sacarlo, Ana. Tú eres superior por hermosura...

Ana se acercó para que yo la desvistiera —porque era muy pudorosa. *Cor eius palpitabat*. Exceptuando su bisojería, no era fea. El resto de sus facciones eran simétricas y ni la boca, ni la nariz, ni las orejas eran desproporcionadas. Era espigada, sin grosuras. Yo diría —o tal vez fuese mi atraso— que, para ser cuarentona estaba, más que bien, estupenda. En

mis días de mono, había acariciado sanamente sus carnes duras y había visto sus senos levantados y bien apezonados.

La desvisto. Beso y muerdo sus carnes blancas, salpicadas de pecas. Le acaricio con ambas manos las crenchas de sus largos cabellos, más rubios que castaños. Pronto, queda cubierta únicamente con su larga cabellera. *Mulier nuda et laeta est.* La abrazo. Ella está muy a gusto en cueros vivos, pero se me pega por pudor. No hay ya espacio entre nosotros. *Inter duo corpora nulius aer interest.* Le pongo la mano en un seno. *Manum super pectus impono.* “¡Qué rico! —*straba dixit.*” *Os aperit et osculum mihi dat.* Le chupo la boca. *Os magis aperit atque potentissimam linguam rubram dat.* Le encanta el beso de lengua. “Esto sí que es vida —*dixit.*” Mientras beso el cuello y los labios de Ana, veo en el espejo el reflejo de mis manos masajeando la bonita espalda y las consistentes posas. Por debajo de sus nalgas, de entre los muslos, sale la cabeza de una culebra. Ana tenía un pompis de muy buen ver. Así ocurrió en el jardín del Edén.

Nos tendemos. *Tum super lectum iacemus.* ¡Qué caos de sábanas! *Bracchia et crura et duae manus et duo pedes movemus.* Ella roza con fuerza y suspira, apasionándose. “Éste es otro mundo, no el de aquí — casi me aúlla al oído.”

¡Ah, cuántos deleites profundos! *Samsara*, lo que también es el instinto erótico, me presiona rudamente. Ella desespera de orgasmo. Me arrodillo entre los acogedores muslos abiertos. *Gaudet.* “¡Entra! —*rogat.*” *Ego in ea infulcio...*

Y de un éxtasis al otro pasamos el resto del día. Hay que ganarse el Cielo con buenas obras. Bien regados, el rosal y la mujer dan bellas flores. Le di muy buenos ejemplos de fornicio. (Disculpad, es que el ego crece solo.)

Le debía mucho a aquella buena mujer. Por la noche, con una copa de vino en la mano nos sentamos a mirar el telediario en su habitación, como de costumbre. De repente, se volvió a mí y me preguntó, como preocupada:

— ¿Te gusto?

— Naturalmente —le respondí sinceramente porque, en mi necesidad, la mujer bisoja me parecía un regalo divino. (En verdad, lo fue.)

— Me gusta gustarte y hasta que te gusten las mujeres. Habiendo tenido un marido maricón, me he sentido como insuficiente, ¿sabes?

— Sí, él no debió de ser marido. Desacordes gametos de despistados progenitores se unieron en un cigoto atípico que se multiplicó dividiéndose hasta resultar en un extraño varón. No debemos hablar de culpa sino de avería.

— Antes lo odiaba pero ahora me es indiferente. Ya mi hija decide su vida y no nos necesita. Me voy a divorciar. Mi abogado tiene los papeles listos. Sólo me falta decirle qué día.

— La mujer fue la última creación de Dios —le dije para animarla —y la hizo como el resto de Su obra, sin tomar consejos de nadie.

— Con Dios no se debe discutir... ¿Le vas a confesar lo nuestro al Padre Juan?

— ¿Para qué? Él sabrá que no estoy arrepentido. Prefiero callar porque detesto la mentira.

— A veces, callando se habla y hablando se calla —expresó ella. Espero que no haya sacrilegio en este dulce encuentro. (Cada vez lucía mejor desnuda, con los cabellos revueltos.)

— Este encanto no es maldito —la serené, porque la sentía temblar con secretas pasiones. El destino nos mueve a la mutua complacencia.

— Entonces volvamos a la cama. (La mujer carnal no se harta.)

— Dices bien y haces mejor.

Intensamente, obramos más de todo lo bueno en la noche. *Ingens fluctus in tenebris micant*. Holgamos con la ventana abierta, iluminados por la luna.

Disimuladamente, llega la mañana. El reloj interno me despierta. *Straba crurae apertis iacebat*. ¡Se la ve tan bien con las piernas abiertas! La belleza enamora simplemente.

Canta un gallo: “¡Cucurrú! ¡Cucucurú!” Me vuelvo para cerrar la ventana. *Duo oculi nobis spectant*. Veo una cara asomada entre las hojas de cristal abiertas. Es el marido de Ana que nos mira desde el patio. *Rectum non est!* Bueno, al que se ausenta, cornamenta.

Ana también ha visto a su marido. Se levanta de la cama, enfurecida. Estamos desnudos como Dios nos echó al mundo. Me enredo una sábana en el cuerpo a modo de toga.

— ¿Qué miras? —le pregunta la mujer a su marido antes de cerrarle la ventana en las narices. (Él tiene un lamparón negro sobre un ojo, producto tal vez de un desventurado romance.)

— Lo miro a él, no a ti —responde con tranquilo descaro aquel ser afecto a los machos, de fenotipo afeminado. (Absurdo cromosoma repleto de raras instrucciones.)

— Eso no me lo tienes que decir. (¡Pam!)

El marido, quien aún tiene la llave de la puerta —el cerrojo se cambió luego— entra chocleando unas sandalias de goma. Ana se pone una bata

de casa para ir a encontrarlo. ¡Qué recatada aunque, al andar, ya culea! En verdad, la belleza enamora de por sí.

Ana sabía lo que hacía y, por ventura mía, hacía lo que sabía. Recibimos en la sala al marido. Departieron los esposos:

— Mucho gusto —me dijo el de marras, alargándome la mano. Se la estreché como sellando el traspaso de Ana.

— No es la mano lo que quiere —apuntó despectivamente la mujer.

— Felicidades, chica: ¡por fin conseguiste algo! ¡Pero si es un niño! Le llevas veinte años.

— ¿Qué quieres?

— Vengo a buscar mi uniforme y el maletín porque me voy de viaje.

— Que sea largo. Jamás he sentido tu ausencia. Tu presencia es insufrible.

— ¿No hay café?

— No

— Tengo hambre.

— No hay nada.

— Buena mierda de ama de casa eres —le espetó él, molesto.

— Coge lo más que puedas y arranca pa'l carajo.

— ¡Qué atrevida te vuelve el tener macho! A mí me ocurre lo mismo...

— Hoy se van a presentar los papeles del divorcio en la corte —le anunció Ana. Pronto, te vas a llevar todos tus vicios a casa de tu madre.

— Hoy es domingo y todo está cerrado, cretina —la insultó él de modo descortés. *Dumb rules the world*. Pero el divorcio es la mejor idea que has tenido en veinte años.

— Entonces será mañana, maricón.

— Y cierra la ventana para templar, escandalosa. El taradillo del frente anda paseándose solo por el vecindario. ¡Con mayor razón dirá ahora que eres puta! Si quieres ser conocida, mete bastante ruido.

— De acuerdo, me encierro... aunque no lo haré por quitarme de las malas lenguas. Esto es demasiado bueno para compartirlo con nadie. Y que lo tengan todos por verdad, ya que lo es.

En unos minutos, la mariquita recogió sus cosas y se dispuso a irse del Paraíso, como la serpiente. Antes de traspasar el umbral de la puerta por última vez, miró antipáticamente a Ana y le espetó: “Si pides algo que sea mío en el divorcio, vas a tener que pelear.”

Cada casa tiene el gobierno que se merece.

## XI. La Diosa del Amor

Ana había vivido veinte años casi sola, de esposa casi virgen. Su marido prefería la casa de su madre y la compañía de sus amigos. Él había escrito en la arena las promesas del matrimonio. Ella llevaba veinte años borrando las suyas de la piedra. No había buscado otro hombre porque se le figuraba un mal ejemplo para su hija y un pecado mortal. Aunque de poco le sirvió a la infeliz ser casta: pese a la virtud de la madre, la hija salió con el entendimiento estropeado y muy descarriada.

Por mucho tiempo, Ana había soportando la enloquecedora sed del mundo ignorado. Cuando hablaba, cavilosa, de las fantasías soñadas, un remilgo temblaba en su boca rosada mientras enjugaba dos brillantes lágrimas en sus ojos de esmeralda. Me confesó que, desde la antesala de su casa, había mirado con envidia las palomas arrullarse en la fuente del patio.

Desde que sellamos nuestra amistad, le fue acordado un nuevo comienzo a aquella hembra blanca como una azucena —y a mí, que ya no me reunía a gusto con la soledad. Ana tuvo compañía para el espíritu y hombre para la carne. Sus ojos reían cuando el arcaduz de mis deseos corría en la antes lóbrega cripta de su cuerpo. Así, para pasmo de Mahoma, nació una nueva virtud, inseparable de la mujer. Y la herida que no curaba cerró a besos sin dejar cicatriz.

Las conversaciones largas le hacían mucho bien a Ana. Ergo, quedábamos hablando en la sala de su casa hasta la media noche con los ojos del entendimiento bien abiertos. Cada vez que la miraba, me parecía más agraciada y apetecible porque yo estaba muy cerca de la edad en que se cree en el amor.

— Eres hermosa —le dije. Y te acredita una cara muy bonita.

— ¿Me lo dices en serio? Mira que tengo complejo de bizca.

— No me juzgues por lo que digo, buena moza: deja que mis actos te demuestren cómo la posesión no hace menguar el deseo.

— El mundo que mis sentidos han creado contigo es bueno, J. — expuso tras un elocuente silencio. Jamás cupo en mi pensamiento enredarme con un hombre que pudiese ser mi hijo. Con todo, me retraigo un poco por los vecinos...

— Todos los otros viven fuera de la verdad nuestra. ¡Vive hoy! Otramente, te lamentarás luego de los ratos que perdiste ahora.

— Sí, hoy es bueno.

— Siempre van a hablar. En esas lenguas es mejor no ubicar secretos.

— Me conceptúan mal, amor.

— Son voces sin razones. Tal vez sean celos o envidia. Las opiniones de los vecinos, que suelen nacer de sus prejuicios, no te deben inquietar. Para ellos, la verdad siempre es lo que creen en el momento.

— ¡Qué me deben importar los vecinos! —exclamó sin gran convicción, con ojos seriamente extraviados.

— Hay una larga tradición en la raza humana de explotar los prejuicios populares. Lo bruto no tiene cura. Las condenas públicas, aunque sean silenciosas, mantienen vivo el espíritu de persecución de los pueblos.

— A mi amiga, Joanyza, no le parece mal que viva y me refocile contigo —observó.

— Claro que no. La sin culpa no debe padecer. La buena razón desata hasta a la beata. A Joanyza el matrimonio no le ha dañado el amor. No es ella, ni mucho menos su marido, gente de suspirar por Dios sacrificando a sus semejantes.

Mis palabras le aprovecharon a Ana. Empezamos a pasear por el barrio en el claror ceniciento de las tardes, cuando el sol aún doraba las cúspides de los grandes árboles. Ella andaba cadenciosamente, sin turbación ni alteración alguna. ¡Se la veía tan bien en *shorts* y chancletas que hacía salirse de quicio la voluntad célibe de cualquier cura! Nos hicimos amigos de los vecinos. Algunas veces, nos deteníamos a conversar con alguno de ellos. Por arrollar inconvenientes, decíamos con los muchos y sentíamos con los pocos.

Viviendo en tan placenteras circunstancias, me olvidaba de las desdichas que había padecido de mono. El dulce hábito de hacer el amor promueve una inconmensurable felicidad. Por tal, mis memorias son voluptuosas. En verdad, Eros estaba muy alegre de sentirse humano.

Si se la miraba bien, se podía apreciar que Ana solamente tenía estrabismo en el ojo derecho. El izquierdo apuntaba al frente. Cuando miraba fijamente, inclinando a un lado la cabeza, se la veía sexy. Me gustaba mucho mirarla, así fuese a los ojos. *Qua de causa?* Porque era una mujer muy atractiva, especialmente al desnudo. *Id verum est.* Era esbelta y magra, por eso la ropa no le hacía justicia a su lindura. Desvestida, con las ondas doradas de sus cabellos cayéndole sobre los hombros y los bondadosos pechos, parecía una diosa.

Aprendí muy pronto a descifrar las erupciones de pasión en los ojos de Ana. Cuando se le animaban las entrañas, le centelleaban las pupilas, deslumbrando cualquier embizcar. *Papitus strabam sequitur in cubiculum.*

Con gran premura, le mostraba lo que sabía del amor... aunque ella improvisaba muy bien porque sabía sin ser enseñada. ¡Qué encendimientos! Nunca perdí el crédito con ella. “Papito —me dijo una vez— ya sin ti sentiría dos vacíos muy grandes dentro de mí: uno en el corazón y otro entre las piernas.” Y, a continuación, se desternilló porque había vivido veinte años sin reír.

— Tu nombre me recuerda a Inana, la diosa sumeria del amor que los griegos llamaron Afrodita y los romanos Venus.

— Tú me haces pensar en Enquidú, el sumerio que vivió entre las bestias salvajes hasta que se echó en la hierba con una puta y luego, por su gusto, quiso integrarse a la sociedad.

Con Ana, ya no me parecía que la vida pudiese ser de otra manera. Y en nuestro trajinar, y en nuestras conversaciones, colgado de sus palabras, fui aprendiendo la historia de su vida.

Mi amiga descendía de una raza laboriosa de antiguos refugiados, difuntos ya. El instinto de la conservación, que no anda con necesidades, había impulsado a sus antecesoras a establecerse y prosperar entre gente extraña que vivía por sus uñas. La casa de Ana, sus cualidades y gustos personales eran herencia de sus padres.

*Sed incipio ab initio.* Ana era hija única. Se crió al amparo de la fuerza civilizadora de la religión que somete tantas indocilidades. Como yo, la primera vez que oyó decir que la moral es una tiranía contra la naturaleza, no lo pudo creer. Como a mí, la enseñaron a empequeñecerse humanamente y a compartir los miedos del rebaño. Ambos habíamos aprendido bien.

Ana coexistió pacíficamente con todos en una época populachera de igualdad de derechos. En su entorno habían anidado seres decadentes, corrompiendo a la sociedad. Conoció las conmutaciones y las grandes confusiones provocadas por la democracia y la contraposición de los instintos. También vio desquiciarse a muchos que creyeron poder hallar lo que buscaban.

Al igual que muchos otros, Ana fue feliz en la inocencia y la ignorancia hasta la pubertad. Entonces, como vivimos en una época plebeya, la adolescencia se le llenó de contradicciones. Se asustó de ver cómo los seres más privados de raciocinio e inciertos de pensamiento se apasionaban por imponerles a los otros creencias de todo tipo. Medraban los truhanes en el mundo. Vio cómo aquellos que hurgaban entre la inmundicia de la gente, los llamados “políticos,” pretendían estar de

acuerdo con todo el mundo sin considerar a nadie. Comprendió que, en sus accesos de estupidez, la sociedad vomita incontables valores sin valor.

Los cambios hormonales le trajeron a Ana grandes desconciertos nacidos de la pugna entre unos dogmas paralizantes y una libertad destructiva. Como yo, desconfiaba tanto de entender como de ser entendida. Antes de descubrir las fuerzas que la impulsaban —la lengua, la cultura, la raza, los demás y el azar— le sobrevino la gran tragedia de su vida.

Ana fue celebrada de hermosa. A los diecisiete años, había enamorado los ojos de varios que la miraron. De colegiala aún, su futura suegra urdió el plan que le arruinó la juventud. La madre de su eventual marido, una mujer muy mentirosa, convenció a todos de las virtudes de su hijo sin mentar la desviación. A Ana le llovieron recomendaciones de matrimonio de parte de ambas familias. “¡A ello! —fue la sentencia que le impusieron.”

La nefasta suegra deseaba tapar la homosexualidad del hijo. “¡Esa bruja nos jodió a todos! —proclamó mi amiga, furiosa. A mí me encerró en mi casa con mis bondades y mi paciencia. A él lo volvió maricón de armario.”

Durante el corto noviazgo, ni Ana ni sus padres notaron la trampa que les habían tendido. Pero el marido mudó pronto el color. Si conocer la verdad de su matrimonio fue doloroso, soportarla fue humillante. Poco después de la boda, ella llevó su pena a la Iglesia. Allá supo que anular el sacramento del matrimonio no es fácil. Se quejó ante sus suegros y amenazó con decirlo todo. Abochornado del gameto loco —tal vez por un absurdo temor de su honra— el suegro desapareció un día y nadie volvió a saber de él. Unos dicen que se escapó con otra mujer. Otros sospechan que montó una fábrica de verdades en otro país. La suegra comedianta vivió demasiado por su pico, siempre mutilando la realidad.

Cuando se despabiló su ingenio, Ana razonó que el vulgo siempre se identifica con los grandes zopencos. Entrevió entre las mentiras divulgadas que los hombres grandes son pequeños e inseguros. Leyendo los clásicos antiguos, los modernos y los compendios de Historia, logró desentenderse de muchas verdades obtusas y, sobre todo, de la nada espantadiza.

Tarde ya, Ana se hizo mujer. Por esas fechas, apareció un mono en el patio de su casa y se puso a jugar con Popolón junto a la cerca revestida de yedra. El animalucho le llevó los ojos. Era un mico fugitivo que dormía a cielo descubierto hasta que la aurora barría las estrellas de sus ojos. No creía en las palabras. Tal sería el macho de su tálamo. Para cumplir con el



destino, había llegado hasta su patio proveniente de una tierra de cedros y cipreses donde los fríos no se espantan con el sol.

Nos pareció justo que se disolviera lo antes posible el matrimonio con el cabinero. El alma de Ana reclamaba salir del sádico convenio. Según nos dijo el abogado, la corte decidiría a favor suyo. Le correspondía todo lo que había sido herencia de sus padres: la casa y algunas pequeñas inversiones.

En febrero, fuimos a buscar mi certificado de nacimiento porque yo también había sido engendrado, no creado —por lo del lío de Arrio, que dudaba de la consustancialidad del Hijo con el Padre. Había perdido todos mis papeles durante la fuga. De hecho, no había querido acercarme a la casa de mi hermano porque Lamberto conocía mi antigua dirección gracias a mi *driver's license*. Con el certificado de nacimiento, pedí duplicados de mi tarjeta del *social security*, de mi carnet de conducir y solicité un pasaporte nuevo. Sobre mediados de mes, tenía papeles para salir de las sombras.

Sufragué los costos de mis documentos con la venta de un pulso de oro que la demonuca había perdido en el patio de su casa la noche triste de su llegada. Yo había hallado la manilla durante mis últimos días de libertad, siguiendo el olor a infierno que despedía. Por hacer salva de ella, la había ocultado debajo de una loza del jardín, junto a la cerca —los monos hurtan por oficio. Un joyero del *downtown* me dio por el pulso la mitad de su valor, creyendo que era robado —lo que casi era verdad. Por suerte, como la economía del mundo andaba tan mal, el oro valía mucho.

Ana y yo evaluamos racionalmente los peligros que significaban las presuntas acechanzas de la demonuca. En nuestro país, muchos delitos llevan poca culpa y menos pena. En el mejor de los casos, o sea de no haber conseguido Elvira la fianza, ya estaría por salir a la calle dado el abrumador número de presos en el *County jail*. A mí me preocupaba la posibilidad de que ella se comunicara con Lamberto. A Ana le inquietaba que si nos espiaba la demonuca —mujer melada por el sol, con el diablo en el cuerpo y gran potencia entre las piernas— yo fuera a gustarle más como hombre que como mono. “No estoy loco —le aseguré.”

El *Flyer* llegaba por el correo todas las semanas con el mismo anuncio de Lamberto. Repentinamente, en febrero, la recompensa subió a diez mil dólares. Nos pusimos en guardia contra la tentación del dinero que iba aumentando.

A finales de febrero, Ana me pidió que acabara de contarle la historia de mi vida porque la tenía muy intrigada con mis metamorfosis y mis aprensiones. Ella no había insistido hasta entonces, a pesar de su gran curiosidad, porque suponía que yo querría contárselo primero al Padre Juan. Decidimos que ambos lo sabrían a la vez. Prometí pedirle una cita al prelado.

El Padre Juan nos había visto juntos en misa. Alguna vez, ayudé a pasar la sportilla de la colecta de banco en banco y luego la llevé a poner en recaudo. Hasta que me le presenté un domingo, después de la misa, pensó que yo era sobrino de Ana. Le expliqué que su exorcismo había surtido buen efecto sobre ambos, que éramos amigos y aliados. Si bien el sacerdote no sabía exactamente cómo yo figuraba en todo aquello, parecía entender mucho más de lo que oía.

Antes de pedir la reunión con el padre, le ayudé a decir una misa tradicional porque la iglesia no disponía de monaguillos que supiesen responder en Latín. Inmediatamente advirtió mi habilidad en el manejo del copón y la patena. En voz queda, duplicué su oración: *“Iudica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso erue me.”* No recibí la comunión, pero recé devotamente: *“Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.”* Después de la misa, Ana me preguntó, con la vista algo turbada:

— ¿Crees que el Padre suponga lo nuestro?

— Ya no lo supone —le respondí.

— ¿Por qué?

— Hasta él sabe que el Árbol de la Ciencia está en el Paraíso.

— ¿Tanto sabe?

— Al menos sabe que hemos amado.

— ¿Y no lo ofenderá nuestra correspondencia?

— ¡Quién sabe! No creo que aplauda nuestra reciprocidad en su forma actual.

El Padre Juan sabía también que yo había estado ligado a la Iglesia. Se lo noté en la expresión del rostro cuando asió el cáliz por el nudo y le eché vino en la copa: son gajes del oficio.

— Respondiste muy bien en Latín —apuntó Ana.

— Para entender a las colectividades humanas hay que conocer sus lenguajes. Dios sabe todas las lenguas.

— ¿Le pediste la cita al Padre?

— Mañana por la mañana nos reuniremos los tres en la sacristía.

— Gracias a Dios.

- Hay que creer en Dios, no vaya a dejar de existir para nosotros.
- Me come la curiosidad.
- Te diré desde ahora que ambos le hemos tenido aversión a gente degenerada.
- ¡Dios mío!

Era marzo. Se escuchaban los cantarcillos achispados de los sinsontes y el ¡tac! ¡tac! ¡tac! de un carpintero picando el tronco de un árbol. Las ráfagas de cuaresma alborotaban la cabellera áurea de Ana. Ella llevaba una blusa color malva, y una saya negra plisada, vestidos que celaban su magra hermosura. De la cerrada collera morada colgaba una cruz de plata que descansaba entre sus senos firmes, renuentes a superfluos *brassières*. Quedaban al descubierto la cara de rasgos finísimos de Ana, ligeramente pecosa, que representaba tan bien la belleza, y las piernas rectas de suavísimas curvaturas.

A las ocho de la mañana, traspusimos el árbol en el cual, de mono, el sacerdote me había permitido esperar a mi dueña los domingos, durante la misa. Hallamos la puerta de la sacristía abierta y entramos. A los pocos segundos, el frufrú de una sotana cortó el silencio de la oscura cámara. Era el Padre Juan. Se nos acercaba con andar de fantasma: llevaba su breviario en la siniestra y el rosario en la diestra. Había dispuesto tres sillas en torno a una pequeña mesa sobre la que descansaba un incensario sofocado. Saludamos y nos sentamos correspondientemente al gusto de nuestros años.

- Bien —dijo el Padre, levantando la cabeza— ¿de qué se trata?
- Tenemos que confesarle algo muy importante y pedirle ayuda, Padre —respondió Ana.
- Me imagino que tendrá que ver con la expulsión del maligno de tu casa.
- Así es.
- Pues, adelante. A mí del diablo nada me sorprende.

La mujer hizo una síntesis de nuestra historia. Comenzó mencionando las circunstancias en las cuales nos habíamos conocido. Sin rodeos, me identificó como el mono ardilla que había asistido a la fiesta de Navidad. El sacerdote me miró impasible. Tal vez me haya recordado persiguiendo a mi ama por todas partes como la sombra al cuerpo. En verdad, para aquel santo hombre, la metamorfosis no era cosa sobrenatural.

A medida que hilvanaba la historia, Ana hablaba con mayor seguridad y más clara expresión. Refirió lo que había ocurrido en su casa después del exorcismo. Rubricó mi definitiva transformación en hombre sin mentar

ciertas impertinencias —como, por ejemplo, nuestros retozos. *Faites comme vous l'entendrez*. Ella hubiera podido declarar que la necesidad se le impone a la castidad.

Ana habló sucintamente del proceso de separación del marido degenerado, responsable por tantos años de su luto. Más que nada, adujo temer que, con él, pudiese regresar a su casa el diablo. “Casamiento sin cordura, perpetua amargura —anotó el cura dulcemente, a modo de aprobación, casi con un beato optimismo reflejado en el rostro.” Ella le aseguró al padre que el divorcio legal era imprescindible para ordenar su vida sin interferencias del antiguo cónyuge que no lo había sido. El Padre Juan asintió con la cabeza e hizo la señal de la cruz. Nos dio a besar el crucifijo de madera con que había roto la abominación de la casa. Ambos nos arrodillamos y lo besamos reverentemente.

Me sentí orgulloso de aquella mujer de aire noble y dulce. Ana había buscado, y hallado, orden entre la multitud de las confusas leyes humanas y divinas.

El Padre escuchó a Ana atentamente durante media hora. Cuando ella hubo terminado, nos advirtió: “En sus encarnaciones, el demonio siempre ha codiciado poder sobre los demás. Le complace sobremanera desvirtuar la humildad y los votos de pobreza, castidad y obediencia. A las virtudes las llama vicios y a la renuncia al mundo, decadencia.”

Seguidamente rezamos un rosario. La oración es el discurso de la fe.

A continuación, el Padre Juan nos dijo llanamente: “Vivimos en un mundo degenerado que no sabe distinguir la virtud del vicio que casi todos llevan metido en la piel. La sociedad, entorpecida por los males más vulgares imaginables, parece de libertad extrema. El hombre hace grandes esfuerzos por tupir a sus conciudadanos y a los extranjeros por igual. Los más arrogantes dominan las conversaciones, que son mayormente difusiones. En consecuencia, célebres ignorantes se precian de convertir a todos en grandes pecadores. Cometten grandes crímenes: procrean para asesinar en el vientre, estiman bárbaramente los malos ejemplos de guerra y depredación, culpan a Dios de las mismas desgracias que ellos crean... Sufrimos la ambición de unos y la avaricia de muchos, el poder de unos pocos y la licencia de todos. Han hecho con hombres y mujeres hormigueros en los que se promueve el caos. Todos hablan de lo que no saben. Son muchos los profesores de opiniones ajenas. Un furioso dogma dicta los nuevos grandes eventos que se deben recordar y los nuevos valores que se deben asumir. Vivimos en una odiosísima época de corrupción. Los destellos del bien, la justicia y la moral son efímeros o

han pasado de moda. La verdad y el honor se tienen por peligrosos. Por eso os digo: ‘De quienes hacen de lo bueno malo, escuchar poco o nada’.”

El Padre Juan nos volvió a bendecir. Luego me invitó a contarle la historia de mis vicisitudes.

*Le bon sens fait parler le génie.*

## XII. Tercer Reporte Sobre los Hombres

Le referí mi historia al Padre Juan con un musitar de rezo y como en un trance. Aun en el después, es desagradable repasar la extraña desdicha que me hizo mono y me robó la confianza en los demás. Acaso con otras palabras, bosquejé fidedignamente lo que hoy sigue siendo para mí una incunable pesadilla:

“ Nací y me crié en un hogar católico, donde la convicción estuvo siempre al servicio de la Iglesia. El mundo de mis padres era brillante, aunque el sol no saliese, porque la fe les hablaba claramente. Comprometidos con las promesas de Jesucristo y la obediencia a la Ley de Dios, me hicieron cristiano en la pila bautismal de esta misma iglesia.

“ Mi primera lengua fue el Castellano. Cursé mi primaria angloparlante en colegios religiosos de Miami. En ellos aprendí que este mundo es el camino a la bienaventuranza eterna. Estudié la secundaria científica en instituciones católicas de España y de Suiza porque mi padre, un hombre muy piadoso, era distribuidor de relojes y estaba tanto por allá como por acá.

“ A los diecisiete años, animado por mi madre, entré al seminario. El cura párroco me recomendó bien porque, además de ser yo aventajado en Latín, había atendido a los pobres de la iglesia. En el monasterio estudié más Latín, Religión, Historia, Retórica, Música y Filosofía durante cuatro años.

“ Durante el último año de mis estudios humanísticos perdí a mis padres. Él murió de una infección fulminante adquirida en el hospital donde lo habían internado para controlarle la presión arterial. La buena de mi madre lo siguió muy pronto: sucumbió a una enfermedad digna de los malos, de esas que no se sabe de dónde llegan. Yo mismo le administré la última dosis de morfina. Sufrí ambas penas callado, resignado a la voluntad del Creador que da y quita.

“ Tengo un solo hermano. Él vive en la antigua residencia de mis padres. No he querido visitarlo últimamente por sortearle la venganza del diablo que me persigue disfrazado de monje.

“ Residía nueve meses del año en el monasterio. La regia edificación donde florecíamos en el estudio cerca de trescientos aspirantes al sacerdocio y profundizaban sus conocimientos más de treinta monjes y

servían a Dios unos quince hermanos, se había construido sobre tierra ofrendada.

“ Hace más de un siglo, un gran propietario sin herederos, culpable de un espantoso crimen, les donó a los monjes benedictinos siete colinas boscosas con una laguna alimentada por un riachuelo serpenteante que llamábamos *Tiberis*. El rico había matado a otro hombre por el amor de una mujer que le robó todos los sentidos, hasta el común. Dios no le dio hijos a la pareja. Como el terrateniente y su mujer eran creyentes, solicitaron los rezos de los monjes para irse acercando al reino de Dios en esta vida. Ya a punto de entregar el ánima, dieron toda su hacienda. Hasta yo he rezado por sus almas contritas en la cuarta generación.

“ Al pasar del tiempo, entre las donaciones no imponibles de otros ricos creyentes y las aportaciones de las familias de los monjes, la Ciudad de Dios se engrandeció. *Adulescentes ex omnibus provinciis Americae in coenobio conveniunt*.

“ El predio de los monjes se halla a pocos kilómetros al sur de la ciudad de Xville, en I... Se ingresa al monasterio en auto por un camino pavimentado llamado *Via Sacra*, que en los primeros tiempos fue designado *Via Flaminia*. Dicha estrada rodea una colina del norte, llamada *Capitolium*, y toca el aparcamiento de la casa de visitantes —un pequeño edificio de ladrillos de una planta; desde la misma curva se puede apreciar el campo de deportes y un minúsculo inmueble de madera sin servicio eléctrico, el gimnasio, que contiene la sala de ejercicios o *ephebeum*. La *Via Sacra* termina en el *forum*, justo a la entrada de las tres edificaciones. Por mi fe, Padre Juan, siempre al llegar me parecían los tres edificios mayores del monasterio irradiaciones que subían al cielo.

“ Los dormitorios de los seminaristas están en la tercera planta de la edificación más pequeña, llamada Pabellón de San Miguel el Arcángel. Los monjes y los hermanos tienen habitaciones privadas en el segundo piso del edificio central con arcos de medio punto donde se hallan también el comedor, la biblioteca y los largos pasillos de las aulas.

“ Contigua al edificio principal, pasado un pequeño patio ladrillado, se alza la iglesia. Una gradería de veinte pasos lleva a un oteador o terraza —una especie de pórtico sin columnas donde un templo romano hubiese tenido el pronaos. Bajo un arco grande adornado con relieves de la fe católica, están siempre abiertas las puertas de la entrada a la *cella* o nave que contiene treinta-y-tres filas dobles de bancos y, al fondo, el altar.

“ Al sur, al pie de una colina llamada *Palatium*, hay un cementerio para los monjes y los hermanos; es un lugar de gran silencio, muy apto a

la meditación. Ensartado en la orilla de la laguna que llamamos *lacus Curtius* hay un pequeño muelle para la pesca y el recreo.

“ Con las excepciones del abad, su coadjutor y el pupilero, los seminaristas solamente teníamos contacto con los monjes en las aulas. Aun hoy afirmo que aquellos maestros eran hombres de Dios, santos varones dedicados a la enseñanza de las ciencias, las escrituras y las humanidades. Sus vidas giraban en torno a la oración, el estudio y el trabajo. Escucharlos estructurar el pensamiento con palabras claras y precisas es una invitación a la cognición. ¡Que Dios los guarde!

“ A pesar de ser muy misonéista y algo misógino, el monasterio era un sitio muy equilibrado. En éste no parecía conocerse la tentación ni el pecado. Los monjes se tomaban muy en serio sus votos de pobreza, castidad y obediencia total. En verdad, todos ellos eran muy ricos porque estaban conformes con su suerte y condición. La vida de los religiosos transcurría apaciblemente en el estudio, los rezos y los salmos.

“ No abundan en el mundo semejantes lugares. Son muchos quienes ignoran que entre los hombres más eminentes también existe fe de Cristo y que a la religión y a las buenas causas no sólo las defienden los imbéciles. Por desgracia, mi historia no es de lo grandioso, noble y piadoso que observé, sino del raro mal que me tocó vivir.

“ La maldad, encarnada en monje, estaba muy cerca. Cuatro años pasaron antes de darme cuenta de que el diablo —esa culebra vieja— y un secuaz vivían entre nosotros. Llevaba La Bestia ya 1500 años intentando infiltrarse entre los monjes con el fin de establecer otra Tierra y predicar otro Cielo. Y lo logró. Tan bien disfrazada estaba la serpiente, que no la podía reconocer nadie. De no haber sido escogido yo, por una equivocación entre ellos, para perpetuar la macabra labor, de no haberlos conocido yo tan de cerca, nadie los hubiese desenmascarado aún.

“ Al principio del verano que debió preceder el comienzo de mis estudios de Teología, el director del seminario, el Padre Bertoldo, me llamó para que, con otros dos alumnos, comenzara a hacer prácticas monásticas. ‘*Tu vas le faire comme il faut* —me ordenó.’ Inmediatamente partí. *Kalendae Iuniae erant.*

“ Con la excepción de un puñado de hermanos, casi todos los monjes, incluyendo a nuestro pupilero, el Padre Daniel, andaban por Europa. Unos seguían cursos en Roma y otros tomaban clases de doctorado en asignaturas laicas de varias universidades del mundo. No esperábamos



menos de aquellos buenos monjes, quienes siempre volvían con algo nuevo que enseñarnos.

“ Al llegar, me asignaron una habitación privada con ventana a la *Via Sacra* en el segundo piso del Pabellón de San Miguel el Arcángel. Allí habían mudado sus aposentos el Padre Bertoldo y su coadjutor, el Padre Lamberto. Hasta entonces, yo siempre había parado en dormitorios. La primera y tercera plantas del edificio estaban desocupadas. También alojados en habitaciones privadas estaban ya instalados dos novicios más: Manny, el rubio velludo y Joseph, el muchacho alto.

“ Además de las cinco habitaciones de quienes he mencionado, existía una recámara de duchas y *toilettes* de uso común junto a la pieza que yo ocupé. ‘*Nous pouvons tous entrer ensemble a la salle de bains* —me indicó el Padre Bertoldo, pasándome los dedos de su mano gruesa por la mejilla.’ El Abad era un hombre muy afeminado pero nadie se imaginaba, ni mucho menos estaba dispuesto a admitir, que un monje dedicado a Dios fuese homosexual practicante. *Un sacerdote de honteuse débauche était inimaginable*. Por tal, no hice mucho caso de aquella caricia.

“ El verano entre las colinas boscosas, llamadas por todos nosotros *colles propinqui*, es muy agradable. No se conoce allá la canícula y, por las noches, la temperatura baja lo preciso para dormir muy bien. En las mañanas otoñales, la alegría le salta a uno al corazón de cualquier peral entre las luminosidades que absorben las brumas.

“ El monasterio tenía una dotación de diez personas aquel verano: dos monjes, tres novicios y cinco hermanos. Entre los hermanos había un bibliotecario, un conserje, un jardinero y dos cocineros. Asistíamos todos a la misa que el Padre Bertoldo decía al amanecer. Aunque se había relajado la oración comunitaria. Durante el curso escolar —de septiembre a junio— el gran silencio que envolvía al monasterio era fragmentado diariamente por los cantos gregorianos de las completas a la primera hora, las tercias a media mañana, las sextas al mediodía y las nonas a media tarde. Distintamente, aquel verano, durante los laúdes tempraneros, las vísperas crepusculares y las vigiliat nocturnas o maitines, rezaban solamente los hermanos.

“ Después del oficio, desayunábamos en una misma mesa del refectorio los tres novicios y ambos monjes. Los hermanos nos servían carne —que yo rara vez tocaba— tres veces a día.

“ El Padre Bertoldo había sido elegido Abad y Rector ese mismo año. Tanto su predecesor como el Obispo de Iville y el linajudo Cardenal X lo habían recomendado ante el colectivo monástico por su habilidad

administrativa. Él, a su vez, había nombrado al Padre Lamberto su coadjutor.

“ Pero las nuevas palabras del abad y su asociado resonarían en mis oídos como el discurso sordo de una tormenta. En una sobremesa, el Padre Lamberto concretó que habíamos sido elegidos entre cientos de otros porque teníamos cualidades espirituales e intelectuales para llegar a los destinos más encumbrados y prominentes de la Iglesia. *Quare doces, magister?* Aquello me sonó a ripio.

“ Las afirmaciones del monje de cara cacarañosa y mirada azulina turbia —nacido en Magog, Rusia y que parecía un pájaro de manicomio— no surtieron el mismo efecto en mí que en mis dos compañeros. A ellos se les iluminó la cara de envanecimiento y regocijo; la mía se ensombreció de escrúpulo y cautela porque ni me agitan las promesas ni gratifico las dádivas. ¿Para eso nos habían convocado? Lo de la preparación a los estudios teológicos me empezó a parecer fingimiento. De no haber salido las palabras de la boca del religioso tosco disforme, las hubiera refutado con buenos argumentos. Pensaba yo acertadamente que tres mozalbetes recién salidos de la escuela de Filosofía estaban muy lejos de poder ser considerados para devenir príncipes de la Iglesia. Pero no me imaginaba entonces la maldad que ocultaban aquellos infames.

“ ‘*Ad hoc recte respondere possum: Non!* —pensé, porque estaba en desacuerdo.’ El Padre Lamberto me lo leyó en la mirada. Por no haber mostrado yo la arrogancia de los que se creen elegidos, el coadjutor reconoció que no estaba listo para recibir la dádiva. ‘Nunca he sentido delirio de grandeza —me hubiera gustado aclararle.’ Por descontado, no me sentía dueño de los conceptos de Dios y de Su santa sabiduría. El de Magog me puso la mano en la rodilla y me dijo: ‘*You must think it over.*’

“ Durante las primeras dos semanas, nos mandaron a hacer ejercicios físicos y espirituales. Sobre todo, debíamos meditar mucho. Además del circuito de campo y pista, disponíamos de una silenciosa fronda cercana, al este de la colina Palatium, idónea para la reflexión. Por las mañanas, el abad y el de Magog solían acompañar a los otros dos novicios por la orilla de la laguna en calidad de tutores. A mí me mandaban a meditar solo por el robledal porque necesitaba, según me dijeron, mucha más introspección que los otros dos. En realidad, no me querían de tercio.

“ No me fue difícil adaptarme a la vida meditativa. En aquel estado de gracia, entre el susurro de la brisa y los aromas de la floresta, casi me atrevía a pensar que estaba más cerca de Dios. Mi vida transcurría serenamente: meditaba por el bosque, rezaba, corría, andaba la pasarela de la laguna que llamábamos *lacus Curtius* y nadaba en sus claras aguas

de herboso fondo —en el que viven unas tortugas grisáceas, casi blancas, llamadas *snapping turtles*.

“ Una tarde, se me antojó buscar algo qué leer en el pequeño librero del pabellón. Creía poder hallar en aquellos anaqueles el libro de reglas para monjes escrito por San Benito de Nursia en el año 512. Asombrosamente, allí sólo había libros paganos de los que hostigan a la pudicia, como las obras del Marqués de Sade, *L’Immoraliste* de André Gide y *El Satiricón* de Petronio. Leyendo las reseñas de aquellas obras perversas, me escandalicé en lo más profundo del silencio que guardaba.

“ En plena desazón mía, apareció junto a mí Manny, el muchacho rubio. Nunca lo había examinado tan de cerca: la cabeza picuda, el tronco cuadrado, los brazos largos y las piernas cortas evocaban la imagen de un simio; en realidad, aquel cuerpo tan poblado de un vello grueso, entre el amarillo de la flor de azafrán y el bermellón, recordaban mucho al orangután. Sin decir nada, con ferocidad impía dibujada en la cara, tomó *El Satiricón* y se lo llevó a su habitación. ‘Si el ojo no me miente, estoy entre villanos y sodomitas —me dije.’ Me disgusté tanto que no bajé a cenar aquella noche.

“ *Primum cogitare oportet*. No quería hacer juicios temerarios.

“ A la mañana siguiente, por cambiar de paisaje o porque Dios guió mis pasos, me aparté de la ruta de meditación acostumbrada. Primero recorrí el cementerio que exhala el olor de santidad de tantos buenos monjes. De ahí me dirigí a la laguna, atravesando un bosquecillo de coníferas. Subí lentamente a un mirador natural en la colina *Capitolium* que domina al oeste la laguna y al sudeste los edificios del monasterio; los seminaristas le llamábamos a dicho sitio, y a su piedra alta, *saxum Tarpeium* porque desde ella el antiguo propietario había despeñado a su rival.

“ Me detuve en la paz del otero unos minutos. Varios líos de neblina cubrían aún las orillas del *lacus Curtius*. Descendí por la falda del *Capitolium*, rumbo al muelle, por el sendero que llamábamos *clivus Capitolinus*. Al llegar junto a unas asperezas cercanas a una verdísima encina, casi al pie de la colina, unas palabras trasegadas desde el fondo de la niebla por un hálito fortuito alcanzaron mis oídos. Me volví hacia el origen de las voces. En la fosca, reconocí la figura fornida del de Magog sentado en una gran piedra laja. El Padre Lamberto departía liberadamente con Manny. Una voz interior me indujo a ocultarme en la broza brumosa y a escuchar lo que decían.

“ Desde aquella espesura velada advertí por primera vez la aparición del diablo entre los hombres. Recibí un brutal desengaño que aún me dura.

“ — Los seres superiores no tenemos fe —le decía el Padre Lamberto a Manny. La inteligencia, el orgullo, el placer intelectual y el deleite sensual son los pecados que nos hacen vivir. Falseamos la vida para dominar a los demás. El que destierra el placer reclama la ruina. Es por eso que debes empaparte en el pensamiento tan desacertadamente llamado ‘profano’. ¿Te ha gustado El Satiricón?

“ — Sí, mucho.

“ — Sé fiel a tus instintos y serás obispo o cardenal. Solamente unos pocos iniciados reconocemos que la moral es una perversión de la naturaleza. De entre los cientos de monjes en todas las abadías del país, de entre los miles de sacerdotes en las parroquias, sólo somos dos los iluminados. De los tres novicios que hemos llamado, sólo tú entiendes que, verdaderamente, las promesas de la inmortalidad del alma no son más que palabras. *Unus ex tribus recte putas*. Joseph es lento para decidir, aunque por fortuna tampoco tiene principios. Vino a nosotros porque le gusta la vida fácil. Eso también vale. Veremos si el ocio y el placer lo incitan a madurar. Al otro lo trajo el Padre Bertoldo por un tonto capricho, porque es hermoso, pero jamás llegará a iniciarse. *Puer pulcher paulum aut nihil discere*. En caso de desavenencia con nuestra sociedad, lo tendremos que expulsar.

“ *Non pedibus stare possum*. Jamás me hubiera imaginado semejante monstruosidad. El coadjutor lo pensaba según lo decía.

“ — Sabe Francés —dijo el rubio.

“ — Así es. Y el Padre Bertoldo siente una gran apetencia por los mancebos que aman en esa lengua.

“ — ¿Lo preferirá a mí?

“ — No. El muchacho guapo es fanático y no entiende de razones.

“ — El Padre Bertoldo es hermoso y tiene los senos muy bonitos...

“ — Hace años que te vengo observando. ¡Cómo pervertiste a aquel mocetón negro que por fin nos dejó!

“ — Le enseñé quién era porque no se conocía. Cuando lo entendió todo, se marchó. ¡Qué lástima, porque entendía bien que el vicioso es aquél que no practica la lujuria! Tal vez vuelva un día, cuando se hastíe de los que se han metido en la cabeza las mentiras atribuidas al Maestro.

“ — ¿Desde cuándo piensas así?

“ — Desde mucho antes de entrar al seminario.

“ — Bendito seas. El abad te necesita tanto... Cuando hayas consumado la unión con el Padre Bertoldo, te iniciaré.

“ — Hoy, a la hora nona, en las duchas.

“ Se fueron ambos marranos. El monje que había hablado hasta entonces por la boca del Padre Lamberto era un perverso. Lo había oído yo mismo: el diablo andaba por la tierra reclutando depravados para hacer diablillos de ellos. Jamás había creído que semejantes pecadores surgiesen en los días del mundo. A medida que me recomponía de la gran decepción, crecía dentro de mí una indignación sin límites contra aquellos dos miserables.

Poco antes de las tres de la tarde, subí disimuladamente y me encerré en mi habitación a rezar el rosario. *Nec vox hominen sonabat*. El Padre Bertoldo solía subir al Pabellón a la hora nona, cuando los hermanos le cantaban a Dios.

“ Justo a las tres, escuché en el pasillo una leve avanzada sobre el piso de madera. Al minuto, se oyó el rocío de una ducha contra las lozas del cuarto de baños. Algo encubiertos por el murmullo de la aspersion, otros pasos transitaron por el corredor. Luego, ni una palabra. Le pedí perdón a Dios por lo que iba a hacer y le puse la oreja a la pared que separaba mi habitación de las duchas. Mezclado al repiqueteo del agua, percibí claramente un suspiro, un mujo y la palabra *Kedeschim*.

“ Salí de mi habitación en puntillas y me desplazé sigilosamente hasta la entrada de las duchas. *Ad ostium specto*. ¡Sí, tuve que mirar! En el sordo murmullo del riego, vi dos cuerpos enlazados: uno de carne nevada y adiposa, el otro rojo-azafrán. *Illic non solum Bertholdus sed etiam flavus erat*. ¡El Padre Bertoldo y el rubio se besaban y acariciaban como hombre con mujer!

“ *Penes augiunt!* Me sentí descorazonado. Quería que aquello fuera mentira porque mi mundo se seguía resquebrajando. ¡El abad, mi director de conciencia, mi confesor, era un degenerado!

“ Entonces, el Padre Bertoldo se arrodilló ante el rubio. ¡O, Dios, herejía! *Penis flavi osculum dat*. Escena de pornográfico horror. ‘*Penem magnum et formosum habes —inquit.*’ ¿Dónde ha ido a parar la obra de Dios? —no pude evitar la pregunta. ¡O, Dios, te he regañado... pero Tú lo soportas todo tan bien! *Penis in ore inest!* ¡Escándalo mayor: aquello era una felación!

“ Bertoldo se puso de pie por fin, enajenado de pecado. *Parva voce abbas ad flavium dicit: ‘Aii, ai, aiii!’* Parecían dos bestias psicopáticas de otra creación. Bruscamente, Manny puso al Padre Bertoldo contra la pared. ‘¡*Oh, oh, uuu!* —pifiaba el abad, con los grandes glúteos separados y las

palmas de las manos pegadas a los azulejos.’ *Flavus penem durum in partem corporis eius mollissimam premit.* ¡Estaban copulando! ‘*Movet!* —prescribió el rubio.’ *Quoties? Septies aut octies aut decis.* ¡Y ambos impenitentes gritaban su pecado!

“ No pude sufrir más aquella infamia y corrí al bosque a meditar. *Talia mores monachii non sunt!* Dios no me podía escuchar porque Él no estaba vigilando aquella tarde. ‘No, no Dios todo lo ve —me repetí una y otra vez.’ Dios me niega la gracia cuando me hace dudar. ¿Qué era aquello? ¿Cómo podían actuar así? Jamás me había sentido más desconcentrado y revuelto, ni siquiera cuando murieron mis padres.

“ Aquella noche tampoco bajé a cenar. No deseaba ver al falsario Bertoldo sentado en su nalgatorio impenitente. Los hermanos cantaron las vísperas y los maitines de aquel funesto día con panderos de sonajas. Tal vez estuviesen celebrando la iniciación de Manny o su unión con Bertoldo. ‘¡Que caiga del cielo Tu fuego, Señor! —le imploré.’

“ La congregación había alterado su constitución desde que el Padre Bertoldo era abad. Parecía que, dentro de la herejía de aquel grupúsculo, se hubiese inventado un Octavo Sacramento exento de culpa mortal.

“ El artificio de aquellos malos monjes me volvía agnóstico. La aberración adornada con rogativas era sádica. Le rogué a Dios por mi fe.

“ A la mañana siguiente, Bertoldo andaba por los pasillos dando saltitos de felicidad. Cantaba: ‘*Duo homines in uno cubiculo dormiunt.*’ ¡Y después de contravenir la naturaleza, aquel demonio se había atrevido a comer la hostia en el mismísimo sagrario! Vi la imagen de Jesús negar con la cabeza aquella misa. Ardí sin tener calor. Si Dios me hubiese ordenado matar a Bertoldo, lo habría hecho —así comenzaron algunas cruzadas. ¿Pero deseaba realmente Dios el holocausto? ¿Me habría fanatizado yo también y habría codiciado romper la paz? Pequé de pensamiento. El ejercitar mi enojo en la venganza habría sido también un gran pecado. ¿Me aturdía acaso la rabia que nos destruye a todos? *Deus, cur mihi non respondes?* No, Dios no me debe explicaciones. ¡Que Dios perdone mi soberbia!

“ Esa misma mañana, durante la meditación, volví a encaminar mis pasos al lugar donde Lamberto había pactado con Manny el día anterior. Esta vez, por no despertar sospechas, escalé la colina *Capitolium* por el campo del norte que llamábamos *campus Martius*. Volví a descender por el *clivus Capitolinus* al mismo lugar cercano a la orilla del *lacus Curtius* y a ocultarme otra vez entre los mismos matojos junto a la encina.

“ Sentado en la misma piedra plana, el de Magog le imponía las manos a Joseph, el muchacho alto y, a la vez, dialogaba con él. Un viento favorable llevó hasta mí la voz ronca de Lamberto:

“ — Para conservarnos, debemos de llamar ‘voluntad de Dios’ a nuestros deseos y necesidades. *In exemplo nostro*, examinemos la historia de este monasterio: Existimos gracias a un pecado que Dios perdonó. ¿Qué sería de la religión sin la explotación del más allá y del juicio final?

“ — ¡Pues, nada! Otra cosa llenaría ese vacío.

“ — De acuerdo... tal vez la supremacía de la razón, que es otra mentira. Pero aquí estamos nosotros, aprendiendo a dominar al rebaño que cuida el gran rebaño. Las religiones reveladas son imprescindibles para mantener el orden entre los pueblos feroces.

“ — El mundo es un gran manicomio —dijo Joseph, riéndose.

“ — Las iglesias, sobre todo las protestantes, son locuras desconcertantes. Gracias a los contagiados de fe se han logrado el mazdeísmo, el judaísmo, el cristianismo y el mahometanismo... sin contar con las doctrinas incivilizadas. Nos movemos entre trastornados mentales y producimos entre ellos crisis místicas. Nos valemos de las centellas, los eclipses, las hambrunas, los incendios, las inundaciones y de cualquier otro fenómeno para alegar castigos divinos... Decimos y no creemos.

“ — Me quitas un gran peso de encima, Padre. Me sentía tan aislado.

“ — Alguien tiene que estar por encima de los dogmas o el mundo se vendría abajo. El pecado que hemos inventado es un arma demasiado poderosa: inmoviliza el pensamiento necesario al progreso. Por eso debemos tolerar a los escépticos que gobiernan al mundo en que vivimos. Los demás viven presos de lo que creen. Como no se conocen a sí mismos, nosotros les decimos quiénes son. Casi todos los hombres son débiles y se adaptan bien al yugo del espíritu. Por eso les hemos dado los Evangelios.

“ — Eso me parece acertado, Maestro. La humanidad se alimenta bien de los embustes y las desdichas: son muchas las generaciones que han crecido en la mentira y las calamidades. El mundo se ha convencido de que Dios es enemigo de la vida. A casi todos les gustan los mártires y creen buenas las cruzadas.

“ — ¡Cuánto se ha logrado desde San Pablo con un montón de judaínas supersticiosas! —exclamó triunfalmente la Bestia de Magog. Los pueblos no saben ser felices. Ya el hoyo sin fondo estaba inventado, pero lo hemos sabido explotar como nadie. El hombre que ama o que le teme a Dios lo ve todo torcido.

“ — A todas las razas humanas les gustan las más extravagantes revelaciones porque las confidencias de los profetas hacen a Dios más



humano —filosofó el novicio. En una de las regiones más decaídas de la tierra se cree, a las buenas o a las malas, que el Corán es la palabra de Dios.

“ — Los *mullahs* ahogan a quienes disienten —añadió alegre Lamberto. Castigan la apostasía con la muerte. Así habremos de actuar nosotros un día.

“ — Tienen afán de perseguir. ¡Qué gracioso el ángel Gabriel diciéndole a Mahoma que Alá prefiere la lengua árabe!

“ — Los judíos son los grandes mentirosos que nos han enseñado a nosotros. Son ellos los más hábiles en crear mitades desiguales... tanto que, alguna vez, los hemos tenido que perseguir. Fueron los primeros en sacar una historia llena de falsificaciones mal hilvanadas, pero efectivas. Al correr de los siglos, la historia se ha ido enriqueciendo retrospectivamente gracias a la labor despensera y la fantasía de hombres como los rabinos y nuestros monjes.

“ — Los monjes sirven al abad como a su Señor —se dejó ir Joseph. Nosotros somos parecidos a esos judíos corruptores y falsarios. Concebimos el primer milenio y no volvió Cristo... luego el segundo y tampoco... pero continuamos haciendo entretenidas predicciones.

“ — Mentimos virtuosamente y, cuando se hace necesario, enviamos a cualquiera al Infierno... Nos valemos de la cruz como instrumento a fin de mantener el poder. Tres es uno, el pan no lo es ni el vino tampoco. Sin embargo, si el mitraísmo hubiese predominado en Roma, recurriríamos a la sangre del toro.

“ — Los mártires cristianos y el holocausto judío son argumentos convincentes. *Homines barbari sunt*.

“ — Pero háblame de Jesús después de todos estos años de estudio, muchacho.

“ — Si existió, fue hijo de hembra y varón. La única certeza sobre él es que fue creado por parásitos deseosos de salir de la pobreza que entorpece el pensamiento. Aquellos que creen realmente en las promesas sobre la inmortalidad del alma aseguran que murió por los pecados de la humanidad. Pero ya mucho antes de Jesús, el hombre primitivo sacrificaba al inocente para aplacar a unos dioses que no entendía.

“ — Dices bien, novicio. La clase sacerdotal aspira al poder. Lo logramos porque, en su confusión, el hombre revierte a sus orígenes y se renueva decadente. Decimos, pero no creemos, que en cuestiones de fe el conocimiento humano no tiene ningún valor. No hay utilidad en la verdad, sino en lo que se tiene por tal.

“ — Creía ser único en albergar tal sentimiento, Padre.



“ — No lo eres. Hace muchos años que la razón y el amor a la vida se han tratado de infiltrar en las órdenes religiosas católicas. Hasta la fecha, siempre habíamos sido descubiertos y muertos por ignacianos beligerantes. Esta vez, sin embargo, ningún jesuita sospecha que nos hemos encumbrado en la orden de San Benito.

“ — ¡Gracias a Dios!

“ — *Quis est ille quem tu invocas?*

“ — Al Ángel de la Luz.

“ — Tus oraciones han sido escuchadas. Ahora escucha, novicio: Estás llamado a ser grande entre los grandes.

“ — Lo deseo más que nada.

“ — Por el provecho de todos, entra a la medianoche en la habitación del Padre Bertoldo. Él te esperará. *Eum cor palpitat.*

“ — Me parece muy bien. *In cubiculo abebo. Non ab eo fugio.* ¿Pero no se entiende el abad con Manny?

“ — *Flavus foedus est.* El abad está eróticamente enamorado de ti.

“ — *Are you his pimp?*

“ — ¡No! —exclamó el Padre Lamberto, riendo a carcajadas. *Id non dico.* El templo de nuestros planes descansa sobre la alta posición del abad dentro de la orden. Tenemos que apoyarlo a como dé lugar.

“ — *Scio.* ¿Y qué hay de J., el muchacho guapo? Hasta yo estoy enamorado de él. *Pulchritudo adolescenti ab omnibus laudatur.*

“ — A ése no le queda mucho tiempo entre nosotros: es un fanático.

“ — Me lo había imaginado. Es una verdadera lástima que no sea maricón.

“ — Eres listo. Por cierto, a Bertoldo le gusta sentirse voluptuoso y que le llames ‘Venus de bellas nalgas.’

“ — Lo haré.

“ — Ahora vete que tengo qué hacer en el *lacus Curtius.*

“ Me recaté entre matojos para que no me cogiesen de sobresalto aquellos impostores. Joseph se marchó, regodeándose seguramente con pensamientos del futuro brillante que le esperaba —y sólo Dios sabe de qué otras corruptelas. ¡Inconcebible inmoralidad! ¡Exigencia brutal de la ambición!

“ Yo tendría seguramente el color turbado por mi gran indignación. ‘¡O, Dios! ¿Por qué has hecho a los buenos inhábiles? —me preguntaba.’ El Padre Lamberto se puso a trastear con el maderamen del puente largo, cuyo extremo entraba a la profundidad de la laguna donde pescábamos.

“ El Padre Bertoldo comió y bebió mucho aquella noche. *Vinum in mensam libavit.* En verdad, se le veía demasiado borracho para ser monje.

‘*Plus edo quam solebam* —se justificó impávidamente.’ ‘¿Será esto lo que considera un banquete místico? —inquirí interiormente.’

“ Cuando marchaba a hacer mis oraciones, el abad me cogió por el brazo y, despidiendo un fuerte aliento a vino, me dijo al oído: ‘*Il n’y a du péché ici. Dieu nous dispense et nous appuie. Soyez heureux pour mieux faire votre travail.*’ Los borrachos suelen decir la verdad. En aquel preciso momento, decidí irme. ‘*Vale, monasterium* —me dije. *Valete colles silvaeque.*’

“ A las nueve de la noche solía estar dormido. Aquella noche, sin embargo, no pude conciliar el sueño. *Nec tempus erat dormire.* Recolectando el seso, preparé mi maleta.

“ Velé sumido en un largo período de silencio. Le rogaba a Dios para que aquellos cuatro malditos pecadores, de quienes sólo se podían esperar otros yerros, se descalabrasen antes del amanecer. Creo que, al menos en parte, me escuchó.

“ Ni el ruso ni el rubio-colorado estaban en sus habitaciones. Lamberto había avisado que se iba a cantar el nocturno con los hermanos. Manny se había ido a pescar porque había luna llena.

“ Escuché los pasos lentos y pesados de Bertoldo en el pasillo poco antes de la medianoche. Se metió en su habitación, que era contigua a la mía, haciendo ruidos de embriaguez. Me lo imaginé esperando a Joseph, inflamado de lujuria.

“ En el momento que el reloj de pared daba la medianoche, oí unos pasos ágiles en el corredor. En cuclillas, y silencioso como un fantasma, puse la oreja en la pared divisoria. La puerta se cerró —aparentemente Bertoldo la había dejado abierta. Pronto, se comenzaron a escuchar jadeos, suspiros y chupones.

“ —*Ei, ei!* —se oyó la exclamación del novicio, como si lo estuviesen apremiando. Al momento, la cama crujió.

“ —*Penem tuum vere pulchrum est* —verificó, agitadoísimo, el Padre Bertoldo. Eres digno de mí, objeto amado: yo te engrandezco.

“ — Sí, me engrandeces —replicó el otro.

“ Las ondas sonoras del estruje de las sábanas y el rechinar del lecho imprimían enérgicas vibraciones en la pared. Según la evidencia, aquellos dos se inspiraban mutuamente.

“ —*Aah, placet me!* —volvió a expresar la voz del muchacho.

“ —*Anus placet!* —casi gritó el abad.

“ — ¡Venus de las bellas nalgas! —largó el novicio.

“ Aparté el oído de la pared y me metí en la cama a rezar el rosario. Le pedí a la madre de Dios que apartara de mí aquella pesadilla. Del otro

lado, tronaba el horrible pecado contra natura. *Sine metu puerum impetum in Bertholdum facit.*

“ Al amanecer, unos gritos de desconcierto subieron a mi ventana. Me asomé. El coadjutor y los cinco hermanos de cabezas deshabitadas y narices curadas al incienso hacían corro en torno al pálido y velludo cadáver de Manny. La calleja frente al Pabellón de San Miguel el Arcángel estaba cargada de emociones.

“ — Ay, ¿qué pasó?, Lamby —preguntó el Padre Bertoldo desde su ventana, echándose las manos a la cabeza calva.

“ — Los hermanos hallaron el cuerpo del novicio en el lago —le aclaró el preguntado. Todo indica que la baranda del puente de pesca cedió bajo su peso anoche y él calló al agua. Hemos dado parte a las autoridades de Xville.

“ — Él no sabía nadar —reveló Joseph, sacando la cabeza de la misma ventana que Bertoldo. ¡Qué desamorado trato! —articuló por lo bajo.

“ — Sí, se ha ahogado —certificó el Padre Lamberto, haciendo la señal de la cruz. Ya está reportado... ¡El pobre, era tan feo...!

“ El orangután parecía tan muerto como muerto fuera el día anterior. Tal vez a Dios le haya sido más fácil llamarlo a Su tribunal que hacerlo bueno. Sobre la hora tercia, arribó una mujer policía con un paramédico. ‘*Yes, he’s quite dead*’ —le aseguró el hombre a la mujer.’ Lo amortajaron. Inmediatamente, el Padre Lamberto explicó que el novicio se había ido a pescar y que, con la excepción de mi persona, todos los demás se habían acompañado los unos a los otros: él con los hermanos y Bertoldo con Joseph.

“ La mujer policía quiso entonces tomar mi declaración. En un tris, premedité la reciprocidad de perjuicio con el ruso. Le conté a la agente que había estado en mi habitación desde temprano, sin poder dormir por los ruidos que hacían el Padre Bertoldo y Joseph. El de Magog abrió los ojos desmesuradamente cuando me oyó. Aquel maestro de sinvergüenzas cayó en cuenta de que su mala intención de convertirme en sospechoso me precisaba a delatarlos.

“ La mujer era joven, sobre lo grueso, y apenas hermosa. Le propuse ir al lugar donde había ocurrido el accidente. Le pareció bien y a mí mejor porque me quitaba de la presencia de Lamberto. Mientras el paramédico examinaba más detalladamente el cadáver, ella y yo nos fuimos andando hasta el término del puente roto.

“ Evidentemente, el pasamanos de apoyo había cedido y Manny había caído al agua. Los avíos de pesca aún estaban sobre el puente. Le aseguré a la agente que me había apoyado en la baranda un par de días antes y que la había sentido firme. Le sugerí averiguar por qué no se veían los clavos que habían sujetado las patas de la baranda. Tomó nota porque no parecía una casualidad estándar que ocho o diez clavos largos cayesen de sus maderos al agua a la vez.

“ — *Did he have enemies?* —me preguntó ella por rutina.

“ — *I don't know* —le respondí. *The corpse may still have the abbot's DNA on the foreskin. The Russian monk's DNA may still be on the fishing pier's planks. That would prove something... or would it not?*

“ — *I'll investigate* —me aseguró.

“ Los hermanos estaban escandalizados de que yo me hubiese internado en las espesuras del bosque con una hembra. Ella había llamado ya por radio. Lanzándome una mirada de inteligencia, la mujer policía nos anunció la visita de un detective que estaba en camino. Esperé más de una hora hasta que llegó su colega. El Padre Lamberto se notaba preocupado. Bertoldo y Joseph regresaron despreocupados al aposento de su luna de miel.

“ Cuando el detective llegó con su maletín, nos explicó que, en cualquier caso de muerte accidental, es necesario efectuar una investigación rutinaria y, a veces, practicar una autopsia. Examinó brevemente al muerto antes de enviarlo a la morgue. Nos tomó muestras de ADN a los nueve residentes vivos. Luego se fue al puente con sus instrumentos y sus químicos. Antes de marchar, nos pidió a todos que permaneciéramos en el monasterio un par de días, hasta que se conocieran los resultados del laboratorio.

“ No me pude marchar como había planeado. Tendría que quedarme una noche, o tal vez dos más, entre aquellas bestias lujuriosas.

“ A la hora sexta, mientras comíamos, el Padre Lamberto me preguntó qué más le había contado yo a la mujer policía. Le expliqué que yo también tenía una coartada porque me había pasado la noche escuchando los retozos del abad con Joseph. Naturalmente, supuso que les había aportado particularidades delicadas a las autoridades.

“ — El rubio seguramente se suicidó por celos —Lamberto osó desinformarme.

“ — *Flavus animam pro Ecclesia effundit?* —osé preguntarle. (Se molestó.)

“Ya yo conocía los secretos del monasterio. Cuando el Padre Bertoldo me oyó hablar de sus diabluras, decidió dar una conferencia sobre filosofía platónica. ‘*Calamum et chartam promite!* — nos ordenó.’

“— *Bertholdus Graece scit* —afirmó el otro novicio. ¿No sabes Griego, J.?

“— No sé más que el alfabeto por las clases de matemáticas —le respondí.

“— Eso es ignorancia —me devolvió. ¿Cómo vas a leer a Platón?

“— Será por transcripción. En cualquier caso, nuestro Griego de Platón es Árabe traducido.

“— ¡Bah! —exclamó despectivamente al marcharse.

“A la media hora, el ruso y ambos novicios entramos al auditorio del monasterio con papel y lápiz, tal como nos habían mandado. Nos esparcimos por las butacas. ¡Qué horrible tener que soportar a aquellos degenerados dos días más! El Padre Bertoldo no se hizo esperar. Irrumpió en la pequeña asamblea, se subió al escenario y comenzó a disertar:

» Hablemos claro —dijo sin persignarse. Somos iluminados. Sin dilaciones, iniciaremos en nuestro secreto a estos dos novicios de quienes esperamos tanto. (El Padre Lamberto me miró de reojo.)

» Dios no filosofa ni quiere ser sabio. Nos ha concedido la libertad de encontrarnos a nosotros mismos. Eso es precisamente lo que hemos venido a hacer aquí.

» No somos nosotros de esos hombres que buscan la inmortalidad perpetuando a la familia. No es la paternidad lo que nos hará perdurables. Ya hay muchos hombres fecundos en el mundo que aman a las mujeres. Los hay por todas partes. Son esos otros que sienten el amor de la Afrodita nacida de varón y hembra.

» La Afrodita urania, sin embargo, nacida de la cabeza de Zeus, promueve el amor entre los hombres. Los inspirados por este amor gustamos del sexo masculino que es fuerte, bello e inteligente. (Pensé: ‘¿Qué le pasa a éste? ¿Es pagano ahora?’)

» Me explico de esta manera porque el Antiguo Testamento no es dogma de fe. Las opiniones sobre el comienzo de la humanidad son muchas. Y las opiniones están siempre entre la ciencia y la ignorancia. El demonio, que es un espíritu, es el intermediario entre los hombres y los dioses. Él es el lazo que une al gran todo. El sabio es demoníaco.

» Según el historiador Hesíodo, la tierra y Eros, el primer dios, salieron del caos. Y es consabido que la mayor ventaja de cualquier hombre, la de tener un amante, proviene de Eros. Sin el amor, ningún

particular ni ningún Estado puede lograr nada importante. (‘¡Mitología en la Iglesia!’)

» Antiguamente, no sólo había hombres y mujeres. Existió también un tercer sexo, llamado andrógino, que estaba compuesto de varón y de hembra. Los andróginos eran redondos, tenían cuatro brazos, cuatro piernas y dos fisonomías semejantes en una sola cabeza. Estaban dotados de dos órganos sexuales, como algunos reptiles de la actualidad. Los andróginos se rebelaron contra los dioses y Zeus, por debilitarlos, los dividió por el vientre en dos partes que marchaban erectas sobre dos piernas cada una. Pero las mitades querían volver a juntarse. Se buscaban y se abrazaban unas a otras. Cuando una de las mitades perecía, la sobreviviente buscaba otra para unirse de nuevo. Casi todos los otros son mitades separadas de su todo como una hoja dividida en dos. Las mitades buscan siempre sus mitades. Los hombres que provienen de los andróginos aman a las mujeres. Los adúlteros pertenecen a esta clase, al igual que las mujeres que aman a los hombres sin respeto al matrimonio.

» Las mujeres que provienen de las mujeres primitivas prefieren a las otras mujeres. Los hombres primitivos, nosotros, buscamos al sexo masculino y nos complacemos en dormir con ellos y estar en sus brazos. Buscamos a nuestros semejantes. (‘¡Qué cuento! —estallé internamente.’ Lamberto me sigue observando.)

» El amor ama la belleza, aprende sin cesar, es mago. El que ama lo bello aspira a poseerlo. El amor es el deseo de lo bueno y nos hace dichosos. Buscar al otro es amar. Amamos lo bueno, queremos poseer siempre lo bueno. (‘¡Pero cuántas idioteces depravadas!’) El amor vulgar que solamente aspira al goce es bajo porque le da preferencia al cuerpo sobre el alma. (‘¡Ese eres tú, canalla!’) A simple vista, un joven bello me turba y me encanta. ¡Qué bueno es encontrarse, sin testigos, con el objeto amado!»

“Tan súbitamente como había comenzado, el Padre Bertoldo le puso fin a su discurso descabellado. El ruso y el otro novicio lo aplaudieron efusivamente. ¡Los tres eran dementes! Tuve que hacer un gran esfuerzo por no decirle allí mismo que me disponía a marchar cuanto antes. Él, no obstante, ufano de sí mismo, anunció un simposio sobre el amor durante la cena.

“Aquella tarde tampoco bajé a cenar con los locos... por eso de los venenos. Después de morir, hay poco por contar.

“A la mañana siguiente, llegó la policía con los resultados del laboratorio. El rubio se había ahogado sobre las nueve de la noche. En los

brazos y piernas del cadáver se habían hallado rastros de ADN de los hermanos que lo sacaron del lago; en el prepucio, los del Padre Bertoldo; y, en el recto, semen de dos hermanos. Además, un clavo suelto, hallado por el detective, y dos de las tablas en torno a la parte del puente que había caído tenían rastros de sangre con ADN del Padre Lamberto. Aparentemente el ruso se había cortado en el desensamblaje de las tablas. El detective pidió todas las herramientas del monasterio.

“ El investigador tomó un martillo y una pata de cabra para examinarlos. Esta vez, había llevado un laboratorio portátil al monasterio. A los otros tres hermanos y a mí nos tomaron muestras de nuestros anos y prepucios para determinar la relación exacta que existía entre todos los miembros de aquella colectividad. A uno de los hermanos le hallaron ADN del ruso en el recto. Cuando la mujer policía leyó los datos compilados por el detective, me preguntó disimuladamente: ‘*What are you doing here?*’ Le respondí que me proponía marchar lo antes posible.

“ Otros detectives comenzaron a interrogar a los dos hermanos que habían tenido relaciones sexuales con el muerto. Al Padre Bertoldo y al Padre Lamberto los separaron y los interrogaron durante horas.

“ El resto de aquel día fue, naturalmente, de locos —cada cual con su razón altera las cosas. Los hermanos no cocinaron ni se acordaron de servir las mesas. De tal manera, le ofrecí a Dios un día de ayuno por el perdón de todos los pecados. El ruso y el abad andaban pálidos como fantasmas. Ambos me abrasaban con sus miradas querellantes cada vez que me veían.

“ Al quedar solo con la mujer policía, le mostré las habitaciones de los novicios y las de los sacerdotes. Con guantes de goma en sus manos, ella marcó la procedencia de cada sábana y de cada almohada antes de enviarlas al laboratorio. Como premio a mi colaboración, me refirió en voz baja todo lo que se sabía hasta el momento.

“ Por la noche, le tuve que avisar al Padre Bertoldo que lo llamaban por teléfono. Reconocí la voz apagada del Cardenal X al otro lado del receptor porque lo había conocido un mes antes, en la fecha de nuestra graduación. El abad cerró la puerta de la pequeña oficina en la primera planta del Pabellón de San Miguel el Arcángel y departió largamente con el cardenal. ‘Se miente en bien de la paz —alcancé a oír cuando puse la oreja en la puerta. Dios nos libre de la justicia.’ El abad y el Cardenal X no eran hombres de gastar fe en suspiros: iban a liquidar las pesquisas con sus artes y privanzas.

“ Antes de la medianoche llamaron por radio al detective a cargo de la investigación. Eran sus superiores. Le ordenaron cerrar el caso e irse con su cuadrilla a casa. A los pocos minutos, todos los representantes de la autoridad se fueron con su laboratorio y sus cartapacios de datos.

“ ‘¡Muerte a los incorregibles! —oí claramente la voz del Padre Lamberto desde el segundo piso del Pabellón de San Miguel el Arcángel cuando me disponía a subir a mi habitación.’ Aquello iba en serio. Me hallaba entre enemigos que rabiaban por matarme. ‘Tonto —me dije— ¿por qué no te marchaste con la policía? *Now it's too late.*’

“ Di media vuelta y me introduje en el edificio principal. Las puertas de casi todo el monasterio habían quedado abiertas en el desconcierto de las investigaciones. Estaba todo sumido en un silencio de cementerio. *One could hear a mouse pee on cotton.*

“ Los dormitorios de los monjes ausentes no se cerraban con llave. Busqué uno cercano al centro del tercer piso y, sin desvestir siquiera, me eché a dormir sobre la cubrecama. Me sorprendió la sencillez de las habitaciones de los monjes: una pequeña mesa, una estrecha cama, una silla, un orinal y una bombilla de luz fría.

“ Al no encontrarme, los otros supondrían que me había largado de allí con la policía. Dormí bien, pero demasiado consciente de que, a veces, la justicia perjudica al justo. No me imaginaba que en aquel momento ya las acciones más injustas habían ganado la partida. Pero era muy joven e ingenuo. *Ego adulescens viginti duorum annorum erat.*

“ Antes de aclarar, me levanté y salí disimuladamente de aquellos pasillos. Le di la vuelta a la casa de huéspedes y, andando por el *campus Martius*, me dirigí a la carretera interestatal al norte de la colina *Quirinalis*, que establece la demarcación del monasterio por el norte.

“ Sin embargo, al despuntar el sol me asaltó la curiosidad por saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar aquellos malvados. Ambos falsos monjes habían utilizado en sus cuchicheos palabras tales como *La Kabbale*, *Rose-Croix*, *L'Agent inconnu*. Sospeché que pertenecían a una sociedad secreta. El rudísimo despertar me había vuelto suspicaz.

“ Mediaba junio. Me aparté de la ceguera dorada del amanecer. Ahiné el paso, metiéndome de nuevo en el bosque, y volví al sur siguiendo esta vez la corriente del *Tiberis*. Al llegar a su bifurcación, seguí el ramal del riachuelo que desemboca en el puente de pesca del *lacus Curtius*. Para no ser detectado desde cualquier altozano, rodeé la laguna por un camino inventado entre ranas, riberas de sartenejas y malezas, cerca de la hondonada de robles al noroeste de la colina



*Capitolium*. Busqué el escondite cercano a la piedra de las reuniones. ‘Si Dios no interviene en las cosas de los hombres —me dije, indignado— al menos descubramos la verdad de quienes son injustos impunemente.’

“ Trepé hasta mi escondite en la mañana despejada. Mi espera fue corta. Antes de la hora tercia aparecieron los tres conspiradores. Iban vestidos de laicos. Se dirigieron a la misma piedra en forma de dolmen donde el ruso había formulado sus enredos anticristianos y desnaturalizados. El novicio Joseph llevaba una paloma blanca y un pollo negro vivos en las manos.

“ Sin considerar riesgos me agazapé unos pasos más abajo, detrás de otra encina. El viento favorecía la escucha. Desnudaron al novicio. Sin decir palabra, el de Magog sacó una navaja del bolsillo y les cortó las cabezas a ambas aves, rociando a Joseph con la sangre. Acto seguido, pronunció unas palabras ritualistas en un lenguaje que no entendí excepto por *la kabbale y l’agent inconnu*. Cuando terminó, Bertoldo se desnudó, se metió en el lago con el muchacho hasta donde el agua les daba a la cintura y lo bautizó, pronunciando palabras profanas: ‘*Ooo, mi opotime vir! Amorem meum auget! Propter amorem nocte vix dormiebam. De te cogitabam.*’ Le replicó el conjuro tres veces.

“ Cuando terminó la ceremonia, los tres hombres se felicitaron mutuamente. Se sentaron en la piedra a conversar:

“ — Según el reporte que el fiscal general le entregó al Cardenal X, J. nos delató —dijo Lamberto como por poner al corriente de los acontecimientos al nuevo socio.

“ — El Cardenal X conoce todos los pecados importantes que se declaran en los confesionarios —precisó Bertoldo. Por eso lo escuchan atentamente cuando habla.

“ — El cardenal tuvo que creer cuanto le dijimos y nos apoya —se mofó Lamberto.

“ — Eso es tener influencia —comentó Joseph.

“ — También el cardenal le teme al escándalo —aclaró Bertoldo.

“ — J. es un fanático, indigno de nosotros —reveló Lamberto. Jamás semejante bicho podrá llegar a ser *un agent inconnu*. Se ha creído todo el catecismo desde niño y ahora no es capaz de evolucionar. *He’s totally brainwashed*. Cuando más, habría llegado a monje... ahora, a nada.

“ — No hay razones que convenzan a semejante testarudo —dijo Joseph. Es un ser muy inferior, embrollado con su fe.

“ — *Ille vir te dignus non est* —comentó el ruso, volviéndose al abad.

“ — *Est ut dicis* —respondió Bertoldo, decepcionado. Por él, hasta revelé mi pensamiento más íntimo sobre el tercer sexo. *Adolescentes amorem en cordibus hominum excitant*. Pero éste tiene el seso demasiado duro.

“ — El de Miami no es maricón y no hay nada que hacer —señaló Joseph, algo picado. Si fue capaz de revelárselo todo a la mujer policía, como sospecho, también se lo contará a los medios de información pública que tanto saborean los escándalos.

“ — *Recte dicis* —lo alabó el de Magog. El reporte que le enviaron al Cardenal X llevaba todas las anotaciones de esa mujer. ¡El muchacho lo ha dicho todo!

“ — Se nos fue de las manos la oportunidad de silenciarlo ayer —manifestó el novicio. Entre los ocho hubiésemos podido con él.

“ — Es demasiado pronto para producir otro muerto —estableció el coadjutor. La policía no debe de regresar aquí jamás.

“ — Un cadáver puede desaparecer fácilmente en estos bosques —argumentó el más joven.

“ — Cuando la familia lo eche de menos, volverán los investigadores... y ya nos conocen. Tengo sus documentos de identidad. Seguramente irá a Miami con los suyos... ó a Detroit.

“ — Tenemos que buscarlo y eliminarlo —añadió Bertoldo. Llamaré al obispo para que nos ayude. Le diremos que se robó un cáliz de oro. El obispo le echará la policía.

“ — ¡Sin la policía! —denegó el ruso. No sabemos si el reporte que tiene el Cardenal X ha sido encajonado o si yace al acecho en el mundo virtual. Además, en Miami hay muchos incrédulos, protestantes, musulmanes y judíos que pueden explotar el escándalo para exigir que se nos investigue. Tendremos que hacer el *dirty work* nosotros mismos.

“ — Sí, tienes razón —admitió el Padre Bertoldo, mirando a Joseph de reojo. ¿Pero cómo lo haremos?

“ — Con la maldición del cancerbero.

“ — ¿Cuál es esa maldición? —preguntó el novicio, extrañado.

“ — Lo sabrás más adelante —le respondió Lamberto secamente.

“ *La kabbale* se estaba esparciendo como un cáncer desde los claustros de un monasterio que había sido un lugar de culto. Decidí marcharme con el secreto de los monjes infiltrados para delatar sus embelecocos ante las autoridades eclesiásticas. Desventuradamente, en el momento que me disponía a marchar, Lucifer sopló derechamente contra los oídos de aquellos malvados. Entre el fétido y punzante aliento del

demonio, el sonido de mis pisadas en la hojarasca se propagó en la dirección de la piedra de la conjura.

“ — ¿Quién va? —preguntó imperiosamente Lamberto, quien conocía muy bien el soplo del ángel caído.

“ — ¡Es el traidor que está escondido entre las ramas! —vociferó el abad, descubriéndome.

“ — Yo lo cojo —gritó el recién iniciado y, con gran celo, emprendió una loca carrera colina arriba.

“ Joseph llevaba los ojos inyectados de sangre. Venía contra mí desnudo y furioso, hundiendo los cascos en la tierra húmeda. ¡Qué error, Dios mío! Le di una patada en la cabeza digna de un caballo: ¡*tun!* Voló hacia atrás cuan largo era y se descalabró contra el dolmen: ¡*tan!* El golpe le sacó la masa del cuerpo. Quedó tieso y su sangre se mezcló con la del pollo negro y la paloma blanca. “¡Allá te lo hayas! —no pude reprimir el rugido.” Conjuntamente a la rajadura en la cabeza, le debió quedar un buen tolondrón en la cara a Joseph.

— Parece que está muerto —observó Bertoldo al cabo de un instante.

— Lo aparenta bien —acordó el otro.

“ Lleno de pensamientos agresivos y furibundos, Lamberto hizo un amago de persecución contra mí pero el abad lo detuvo: ‘Ven, Lamby, que ese salvaje te va a lesionar a ti también. Dame la mano y maldigámoslo.’ Se agarraron, uno con el pollo en la mano libre y el otro con la paloma. *Bertholdus et Lambertus uno ore dicunt: ‘Hieródulas, Kâdeschot, sodomías, taras cananeas, alma de la sangre.’* Inmediatamente, lanzaron los cuerpos de ambas aves sacrificadas contra mí.

“ En un tras, la gallina negra me pegó en un pie. ‘*Le diable te damne!* —chilló el abad.’ Sentí una extraña convulsión en todo el cuerpo. Entonces el de Magog me gritó: ‘¡Transmútate!’ ‘¡Di en qué, Lamby! —lo instó Bertoldo, con voz inquieta.’ ‘Pues, en mono —se apresuró a decir el coadjutor.’ Sin esperar más, salí huyendo por el *campus Martius*. ‘Debiste de haber dicho que en perezoso para poder atraparlo —fueron las últimas palabras que le oí decir al decepcionado Bertoldo.’

“ Abrumado por la maldición, tuve que apelar a la fuga para quizás volver a combatir otro día. Corrí a más no poder bajo el sol rubio de aquella mañana, trasponiendo el corrillo de álamos que llamábamos *populi*, donde nos solíamos reunir los seminaristas a rezar el rosario. En mi huída, los miembros se me agilizaron. Por momentos, el bosque se agrandaba, cambiaba sus colores y despedía nuevos aromas. ¡Pero era yo quien me transformaba! El cuerpo se me empezó a cubrir de pelo corto e hirsuto.

Jamás había adelantado tanto en la carrera. Desde aquellos primeros momentos, no podía articular más que chillidos y todo me daba miedo.

“ Mono ya, salvé por unas piedras la corriente del *Tiberis*, que me pareció anchísimo. Cruzadas unas tierras de frutales al poniente —las que conocíamos como *ager Vaticanus*, atravesé bosques y valles con la nariz al viento. Esporádicamente chillaba. Si Dios entiende todas las lenguas, tal vez entienda también todos los chillidos y todos los pensamientos.

“ Pasó el día y se ensombreció la planicie en que me sorprendió el crepúsculo. Sobre la marcha había olfateado muchos enemigos porque, en la naturaleza, la vida vive de la vida: presuntos depredadores me acechaban desde las sombras de las sombras. Perseguido por un coyote, hallé un tren de carga que andaba lentamente por un cruce. Salté al estribo de un carro y, de éste, escalé el techo de un vagón; así escapé de la fiera carnicera, renuente a seguirme por temor al ruido de la máquina. Entonces vi que el diminuto pico del sol se hundía a la derecha del curso del ferrocarril: ergo, iba hacia el sur.

“ El tren anduvo lentamente por espacios ciegos, valles cubiertos de brumas bajas, planicies claras llenas de pinos y regatos, peñones tajados, rastrojales humeantes próximos a los *little towns* y sembrados de muchos cultivos. Entre mis terribles recuerdos y el pesar continuo de mi transmutación, el *chemin de fer* siguió su rumbo bajo las estrellas durante dos días. *Creba fulgura cum tonitru in tenebris micabant.*

“ Por fin apareció completo el anillo del horizonte en las planicies de la Florida. Al llegar a los cañaverales que rodean las fábricas de azúcar, la velocidad del tren disminuyó porque iba a parar en el andén de un central azucarero. Esperaban para entrar en los carros docenas de esos hombres negros del Caribe que viven por sus manos. Tuve que saltar y perderme de la vista de los operarios. Me lancé por un cañaveral donde pululaban serpientes de varias razas.

“ Entonces me vi precisado a meterme en los pantanos llenos de caimanes. Me preguntaba constantemente cuál había sido mi gran crimen para sufrir semejantes miedos. Andaba en cuatro patas, padeciendo sufrimientos inmerecidos. Deseaba lo que no podía hacer y hacía lo que no deseaba. A veces me decía que había sido castigado por haber vivido tan poco, pero casi siempre me convencía de mi inhabilidad para comprender.

“ Llovía todas las tardes. *Repente scinditur nubes et in aera effunditur.* Entre aquellos pantanos de hojas largas y serradas, que no eran ningún pastizal del paraíso, todo me penetraba brutalmente por los sentidos.”

Salí del trance. Abrí los ojos y hallé al Padre Juan hincado de rodillas a mi lado. El anciano rezaba el rosario. Ana y yo nos agregamos a sus oraciones. Me sentí protegido por la santidad de aquel sacerdote. Al final del rosario, el Padre Juan se santiguó con la cruz de su rosario y dijo: ‘Quizás hayan vuelto los rosacruces.’

Después de revelar el secreto de los malvados, me tomó una tranquilidad que no sentía desde mis meditaciones por el bosque. El camino que tenía delante parecía acortarse y esclarecerse.

El Padre Juan se puso de pie y se fue a hacer una llamada telefónica. “Sí, Padre —le oí decirle a su interlocutor— reunámonos que es urgente.”  
Habría lucha.

## XIII. Giovanni

En cuanto colgó el receptor, el Padre Juan me dijo: “*Noli abire, J. Tecum colloquio volo. Mane hic apud me.*” Mandó a Ana a la nave de la iglesia a rezar otro rosario. “Todos necesitamos de la oración, hija —le aseguré.” Ella entendió que debía dejarnos solos.

— Esos monjes —me dijo el Padre Juan —tienen todas las hechuras de los clérigos libidinosos, sacrílegos y soberbios que quieren perjudicar a la Iglesia. Judas, uno de los doce primeros sacerdotes ordenados por el Redentor, fue el primer clérigo apóstata. Primero pensé que se trataba de los rosacruces; sin embargo, analizando las palabras de la maldición que te echaron, ya no me lo parece. Por eso me he puesto al habla con el prior de los jesuitas. Él está muy versado en estos asuntos y se los toma muy en serio. Me ha dicho que puede tratarse de los *Illuminati* o simplemente de dos monjes pervertidos con ínfulas de grandeza. Los casos de esta índole ocurren más frecuentemente de lo que puedes pensar.

— ¿Quiénes son esos *illuminati*, Padre?

— Hace mucho que no se sabe de ellos. Los creíamos desaparecidos. Era una sociedad secreta organizada por un austriaco llamado Weishaupt. Sus miembros pretendían derrotar a todos los gobiernos y erradicar a todas las religiones. Pronosticaban una gran felicidad global cuando todas las naciones se rigiesen por un nuevo orden mundial internacionalista, incorporado por la fuerza de una misma moneda y fusionado por una nueva religión universal.

— Hay algo de eso por ahí... ¿no?

— Es cierto. No obstante, los que han logrado desterrar la moral de los gobiernos, y claman por la abolición del nacionalismo y de la familia, y han establecido un ateísmo oficial, no son los *illuminati* sino unos seres menguados y sin creencias; son homúnculos licenciosos que propugnan guerras santas y una nueva inquisición.

— Eso me ha parecido.

— Estos dos monjes, sin embargo, pueden ser unos simples pervertidos.

— Son soberbios y disolutos, Padre.

— Precisamente, J. Eso mismo me hace pensar que no son buenos conspiradores.

— Realmente, jamás les oí hablar de un nuevo orden mundial. Algunas veces cuchicheaban sobre un monstruo de siete cabezas y diez

cuernos, con cuerpo de pantera, patas de oso, fauces de león... y otras locuras.

— Lo que indica que se puede tratar de unos dementes endiablados. La conspiración de los illuminati fue descubierta en Baviera en el siglo XIX. Tal como esos monjes que conoces, utilizaban lechuzas y modelos griegos en su presunta escuela de sabiduría.

— ¿Entonces, Padre?

— Hay que esperar. Esta noche me he de reunir con el prior de los jesuitas para analizar los hechos. *Ego faciam officium meum*. Te tendré al tanto.

— Para el abad y su coadjutor —persistí— el llamado “embaucador judío que es su propio padre” nunca existió.

— Eso demuestra una gran arrogancia. Son, llanamente dicho, malos.

— Y me persiguen.

— Porque se sienten descubiertos. Creyeron tontamente que te podrían reclutar y llevar a su bando. Como son diabólicos, consideran apostasía el que hayas dicho: “lo que me habéis mostrado es perverso.”

— No quiero volver a ser mono. *Hoc postulo a te*.

— Sosiégate. Te aseguro que Dios tampoco lo quiere. También tú eres un instrumento del Señor. (Me bendijo.)

Ana y yo dejamos al Padre Juan y anduvimos despacio rumbo a casa entre las reverberaciones del día en las lozanías de los árboles. Soplaban los vientos fecundadores de la cuaresma: ya los mangos estaban cargados de flores y las sábilas habían alzado la espiga en medio de sus hojas carnosas.

Deseaba saber más sobre el santo hombre. Según Ana, nadie conocía mejor su historia que Joanyza, la mujer bella. A los pocos días, nuestros amigos nos contaron cuanto sabían sobre el venerable sacerdote. A Joanyza se le iluminaba el rostro de pura devoción mientras hacía la semblanza de la vida del Padre Juan. Él habló menos porque, a pesar de ser un buen hombre, no era un gran creyente.

El Padre Juan había nacido en Umbría, en el seno de una familia acomodada, el 11 de julio de 1929. En la aldea de su nacimiento, lo bautizaron con el nombre de Giovanni. La casa de su familia —Joanyza y su marido la habían visitado— se alza en un valle de lagos claros, al pie de los picos Apeninos, donde se cultiva el olivo y la uva y se crían ovejas.

Desde muy niño, Giovanni corría con sus compañeros de juegos entre los cipreses, espliegos, cerezos y moreras que crecen en el entorno del caserío. Cuando alguien le dijo que todo aquello era obra de Dios, se

sintió fascinado por la Creación —aunque no le gustaban los inviernos fríos de su tierra natal. No se imaginaba entonces que un día asumiría el poder del santo sobre la naturaleza.

Giovanni respetaba a sus padres y buscaba el bien de todos antes que el propio. Desde que absorbió las primeras clases de catecismo, comenzó a mostrar una gran piedad. Se levantaba temprano a rezar salmos y pasaba muchas horas del día meditando sobre Dios y la Santísima Trinidad. En sus años escolares, visitaba la iglesia de su pueblo casi todas las tardes.

Los padres de Giovanni lo enviaron a Roma a estudiar Filosofía y Letras. Cursó brillantemente todas las asignaturas. Le horrorizó una línea de Séneca: “Después de la muerte no hay nada, ni siquiera la muerte.” Entendió entonces que los estudios seculares no traen la sabiduría. “Hay que aprender a andar por el camino de la verdad —denotó.”

En Roma había mucha gente corrompida. Ya a los hombres se les había olvidado cómo habían prendido como teas a los cristianos para alumbrar aquellas mismas calles. Terminados sus estudios, Giovanni creyó conveniente alejarse de las ocasiones de pecar y de los malvados.

Giovanni dedicaba el tiempo libre al trabajo porque deseaba imitar a Jesucristo. Ayunaba frecuentemente. A veces, se iba por los pueblos a predicar y a tratar de convertir a los pecadores. Finalmente, se recluyó en una cueva cercana a la boca del río Anio a rezar, a meditar y a hacer penitencia.

En su gruta, lo visitó el diablo transmutado en pájaro negro. Giovanni bendijo al espíritu penumbroso y el ave se fugó. Sin embargo, le dejó clavado en los sentidos la imagen de una mujer hermosa que él había conocido en Roma. Por mancharle el alma, el diablo le inculcó el fuego que penetra en la médula como un relámpago sin trueno: lo hizo soñar despierto con las alegrías de Cupido y a recapitular las glorias de la pasión. Él rezó y le pidió ayuda al Cielo para repulsar el recuerdo ardiente. Cuando se sintió flaquear ante la tentación impura, se desnudó y se lanzó contra unas breñas; se revolcó entre las espinas, lacerando todo su cuerpo. Y fue así, hiriéndose, cómo rechazó el aliciente del pecado.

El sacerdote de su pueblo natal, inspirado por Dios, lo fue a buscar. Le hizo romper el ayuno. “Sal de tu cueva oscura porque gozar tú solo de la presencia de Dios es egoísmo —le dijo. Ingresa al seminario.”

Así le llegó la vocación al sacerdocio a Giovanni. En el seminario, también se destacó en los estudios. En los meses de descanso, volvía a los lugares deshabitados, poblados de malezas y espinos, a rezar. Durante los retiros en su cueva, sólo tomaba un trozo de pan al mediodía. Jamás



comía carne. Sin más vecinos que las cabras, se dejaba crecer la barba y la cabellera y se tostaba al sol meditando.

Terminados los estudios de Teología, Giovanni recibió la Orden Sagrada. Una vez ordenado sacerdote, quiso ser propagador de la fe. A los pocos meses, sus superiores lo enviaron a una zona árida y salvaje de Méjico de misionero. Dicen en Umbría que su rapidísima reputación de santidad les causaba celos a los curas de Italia; uno de ellos le envió un pan envenenado, pero Giovanni lo bendijo antes de partirlo y éste se volvió harina.

El primer proyecto del Padre Giovanni en tierra mejicana fue construir una iglesia católica. Antes de seleccionar el sitio donde iba a erigir el templo, ayunó y rezó durante cuarenta días. Luego, asesorado por Dios, decidió construir la iglesia con las piedras de unas ruinas mayas, en un lugar donde se habían ofrendado vidas humanas.

Ayudaban al Padre unos pocos buenos cristianos de los alrededores. Una vez decidido dónde edificar, hallaron una piedra que les estorbaba, la cual los constructores no lograban mover. El Padre Giovanni vio al diablo sentado encima de ella, la bendijo e, inmediatamente, con Satanás fugado, los hombres la apartaron fácilmente.

El sitio de la iglesia estaba muy lejos de los pozos de agua. Los trabajadores tenían la doble tarea de construir los muros y acarrear toda el agua que necesitaban para beber, cocinar y hacer la mezcla del cemento. Para llevar agua, tenían un jarrón de barro cocido. Un día, la mandadera que los asistía tropezó camino al pozo y se le cayó la vasija, rompiéndose. La mujer regresó donde el Padre Giovanni llorando la pérdida del recipiente. Él rezó y, de los añicos, el jarrón se reconstruyó solo, sin revelar marcas de las quebraduras. Poco después, el Padre mandó que los trabajadores excavasen entre unas piedras cercanas y brotó un manantial de agua limpia y fresca.

Resentido por los progresos logrados en el santuario, el maligno derribó la primera pared levantada. Un joven trabajador quedó sepultando entre los ladrillos. El Padre Giovanni se puso a rezar. Cuando sacaron el cuerpo, vieron que tenía todos los huesos rotos. El Padre le puso la mano en el pecho al mozo y pidió por su vida. Inmediatamente, éste despertó, como de un sueño, ileso y sin marcas.

Le iglesia se terminó y el Padre Juan, como le llamaron desde entonces, se dedicó por completo a su labor misionera.

El Padre compartía todo lo que tenía con los pobres, que eran muchos. En Méjico, los ricos eran muy ricos y muy ciegos a las necesidades ajenas; los pobres solamente podían aspirar a ser miserables. En aquella comarca, más que agua, llovían carestías y arbitrariedades.

La población paupérrima de la comarca estaba pasando grandes penurias. Las cosechas habían fallado y no había maíz para hacer tortillas. El Padre mandó a repartir entre los hambrientos todo el grano que tenía. El párroco de Guajaca le advirtió que se iba a morir de hambre.

El Padre Juan guardaba el grano en un cofre de madera. Cuando se desocupaba el arca, misteriosamente, llegaban sacos de maíz a las puertas de la iglesia. Y, cuando se vaciaba el recipiente del aceite de la iglesia, se rellenaba solo. Tanto la procedencia del grano como el origen del aceite jamás se descubrieron.

Así pasaron muchos años. Mientras el Padre Juan predicó el trabajo y la oración, no tuvo enemigos. No fue igual, no obstante, cuando explicó el concepto de justicia social. El mayor hacendado de la comarca pensó que los sermones del sacerdote terminarían por sublevar a sus peones. El acaudalado rancharo le envió una botella de tequila envenenada, pero él la bendijo y ésta se deshizo en pedazos, derramándose el contenido por tierra. Contrariado, el ricachón fue a encontrar al sacerdote. Lo halló trabajando en el huerto de la iglesia. Antes de que el hacendado abriese la boca, el Padre Juan le dijo:

— Haces sufrir a muchos y no quieres que lo diga.

— ¿Me conoces?

— No, pero oigo tus malos pensamientos.

— Nadie puede oír un pensamiento.

— Dios lo puede todo. Sométete a Jesucristo porque pronto morirás.

— No me presagies la muerte.

— Aquellos que creemos en Dios no le tememos a la muerte. La muerte solamente sorprende a los tontos.

El padre Juan bendijo al rico. Al otro día, el hacendado murió de un paro cardíaco.

En una ocasión, el párroco de Guajaca, que sentía envidia de la mucha ponderación que se le hacía al Padre Juan, mandó a un sacerdote vestido de campesino a espiarlo. Apenas el Padre Juan lo vio, le dijo: “Esos no son tus vestidos.” Avergonzado, el párroco fue a pedirle perdón. El Padre Juan le dijo: “Dios lo ha querido así. Os ha mandado a venir para que os advierta que vuestra muerte está muy próxima.” Y así fue: a los dos días murió el párroco.

Una ranchera muy soberbia de la comarca trataba mal a sus peones. A un viejo sirviente suyo lo llamaba “indio” y lo maltrataba de palabra y obra. Deprimido y triste, el hombre acudió al Padre Juan. El Padre se fue a ver a la mujer y le dijo: “Tu criado se llama Pedro. Si no cambias tu inhumano proceder, tendré que excomulgarte. La falta de caridad es un gran pecado.” La mujer murió poco después y el Padre celebró una misa por su alma.

El Padre Juan era inflexible con los pecadores y, a la vez, contrario a los castigos violentos que pueden dañar el alma. “Cuando limpies el polvo de un jarro —predicaba— no apliques tanta fuerza que lo puedas romper.”

Un día, el Padre Juan reveló: “Ha muerto el Santo Padre Juan Pablo II, porque he visto unas llamas lamer el aire y una gran luminosidad subir al cielo.” Poco después, le fueron a decir que el Papa había muerto.

Por aquellos días, el Padre Juan obró dos milagros más. Un niño cayó a un profundo cenote y se estaba ahogando. Él corrió sobre el agua y lo sacó a tierra firme. También le pidió a Dios que honrara la fe de los padres de otro niño enfermo de muerte y obtuvo su curación.

El Obispo de Miami había reclamado un santo para la ciudad corrompida y viciosa. Habiendo oído hablar de los milagros obrados por el Padre Juan, pensó que los influjos del prelado ante Nuestro Señor pudiesen tal vez alejar a los asesinos, a los violadores, a los sodomitas y a los distribuidores de estupefacientes de Miami Beach.

Y así, medio siglo después de salir de Italia, el Padre Juan fue enviado a Miami. El Obispo de Méjico le ordenó partir por la gloria de Dios y de Su Iglesia. Le dijo que el sur de la Florida es una comarca desvergonzada donde no se respetan los mandamientos de la ley de Dios y se cometen todos los pecados capitales. “El diablo —le aseguró— está a punto de gobernarlos. Os aseguro que, cualquier misionero que fallezca en Miami, morirá entre ladrones como Nuestro Señor Jesucristo.”

En Méjico, el Padre Juan había exorcizado a muchas víctimas del orgullo, la soberbia y la ambición. Antes de marcharse, predijo la tremэндísima ola de violencia que azotaría al país.

En Miami, el Sr. Obispo había autorizado al Padre Juan a exorcizar. Las curas de enfermos mentales que realizó fueron, en sus propias palabras, producto de las retiradas del demonio de donde no debía estar.

Algunos devotos, como Joanyza, se habían sentido fortalecidos en su fe después de rezar en la cueva de las meditaciones del Padre Juan en Italia. De no haber estado casada, la mujer bella hubiese querido ser monja.

El Padre Juan tenía ya ochenta y dos años. Recientemente, había estado soñando con las aguas cristalinas de un lago alimentado por las nieves de los Apeninos. Durante las Navidades, había seguido con la vista el vuelo de una paloma blanca; al verla perderse en el cielo, supo que iba a morir pronto. En días sucesivos, cada vez con mayor frecuencia, pensaba en las montañas, los prados de viñedos y olivares de su patria.

Giovanni, el santo, estaba listo para levantar los brazos al cielo y dejar que su espíritu volara hacia Dios. Mandó a preparar su tumba. Le encargó a su amigo y confesor, el prior de los jesuitas, que le diese la extremaunción y la comunión cuando llegase el momento.

Pero el camino del Cielo por el espacio negro no se alumbraba aún para el sacerdote. Dios le había encargado una última misión a Giovanni: debía librar junto a la sacristía una feroz batalla con el diablo.

#### XIV. Cuarto Reporte Sobre los Hombres

Abril suele ser un mes muy agradable en el sur de la Florida: el sol relumbra sin martirizar la piel desmedidamente, el mar se siente fresco y llueve poco. Se dice entonces —aunque no durante el verano— que el sol y la lluvia son leyes de Dios.

Ana no habló más de nuestra diferencia de edades. Casi todos los días íbamos juntos a las playas cercanas. En Key Biscayne andábamos, corríamos, montábamos en bicicleta y nadábamos; en Miami Beach, jugábamos entre las olas y ella se bronceaba los senos —¡tan firmes!— a la orilla del mar. Realmente, tenía porte de mujer joven y, con el continuo ejercicio, estaba más sexy que cuando la había conocido. Su piel, dorada ya con los baños de sol y el salitre, le regalaba aún mayor lozanía.

Una mañana, camino a Cayo Hueso, Ana me preguntó si debía pintar sus largas coletas de rubio platinado. Le di un rotundo “no” salido de muy adentro. Le dije que me gustaba tal como era y le agradó porque no estaba habituada a escuchar piropos. Se puso aún más contenta cuando le hablé de los momentos gloriosos cuando se soltaba el cabello sobre los hombros después de despojarse del breve bikini. Tuvimos que apearnos de la camioneta y camuflarnos bajo un puente que salta un brazo de mar...

Ana se embelesaba cuando le daba mordiditas por los muslos, las nalgas y los brazos durante nuestros coloquios enamorados. Embizcaba de pura seducción cada vez que se desnudaba, porque indefectiblemente le besaba los pezones, despertándoselos. Jamás nos saciamos de los besos apasionados porque, anteriormente, ambos habíamos invertido muy mal el tiempo del amor.

Mientras más conocía a Ana, más seriamente amenazada se hallaba mi vocación sacerdotal.

De tiempo en tiempo, llevábamos a Popolón a jugar en la playa de perros cercana al acuario. El perro saltaba de gusto en el mar y se lanzaba tontamente a perseguir gaviotas y pelícanos que volaban muy lejos de donde estábamos. A pesar de poder nadar instintivamente, no le gustaba hacerlo por deporte.

Por las tardes, solíamos pasear con Popolón por el barrio. Él fingía querer saludar al perro eunuco del pelotero pero, cuando se le acercaba, le orinaba el hocico por los huecos de la cerca de alambres. Tal vez Popolón intuyese que el otro perro me detestaba desde cuando fui mono. Ya por

aquellas fechas, el pelotero no vivía en su casa aunque, sin falta, entraba a su antiguo patio después de la diaria faena y sacaba el perro a pasear.

Ana me había presentado a los vecinos. Les había dicho a todos que yo era “un amigo”. Ya estábamos establecidos de pareja en el arrabal.

Ni el viejo ladrón de frutas ni su mujer nos hablaban. El hijo sí. El fumador estaba casi siempre sentado en el piso del portal de su casa, descansando los pies en el primero de los tres peldaños de la escalinata. Popolón se detenía a saludarlo y nosotros cruzábamos algunas palabras corteses con él. “El caminar me fatiga —nos confesó una vez. Cuando paseo, me dan deseos de regresar a casa en uno de esos postes del alumbrado que van en dirección contraria.”

Pensé que el hombre había descubierto, a su manera, la teoría de la relatividad. Al menos, el fumador era sincero con sus propias limitaciones. Tantísimas personas descubren en ellos mismos facultades inexistentes y, por el bien de la humanidad, predicán lo que ignoran.

Había conocido al fumador a principios de enero. Nada más verme, trababa conversaciones de temas que le interesaban. Cuando una cuestión le aburría —y se hastiaba fácilmente— mostraba su displicencia exclamando: “¡Naaaahh!”

— ¿Fuiste a ver pasar a los Reyes Magos por la Calle Ocho? —me había preguntado súbitamente en enero.

— No, me la perdí.

— ¿Sabías que el rey que carga los regalos es negro?

— ¿Ah, sí?

— Bueno, cuando Melchor —que así se llama el tipo— está entre blancos es un señor de color, pero cuando se va es un negro. La gente es muy hipócrita.

— El racismo es una cosa terrible —comenté, recordando mi vida de mono.

— Sí. Yo apenas salgo porque donde quiera que vaya me encuentro a algún negro.

En febrero, cuando ya tenía más confianza conmigo, me había llamado una tarde para decirme:

— Ya se sabe por qué se cayó el avión aquel hace unos meses.

— No sé de qué avión me hablas.

— Del que se cayó en medio del mar por casa del carajo. Hoy han dicho en las noticias que el piloto estaba tratando de matar a una mosca.

— ¿Has oído bien? —le tuve que preguntar por incredibilidad.

— Sí, claro. Aunque también dijeron que estaba mirando una foto de su mujer.

- ¿La amaba o la odiaba?
- No lo sé. Oye, ¿cómo es que el marido de Ana no te ha matado a ti?
- A él no le interesó nunca Ana.
- Por ahí se dice que el tipo es maricón. ¡Ja, ja, ja!
- Ya eso ha terminado.
- Entonces, ¿no te va a matar?
- No me lo parece.
- Dicen que el día que se entere el marido de la mujer policía va a balear a Alfabeto. Yo, por si acaso, trato de no andar mucho frente a su casa.
- ¿Pero es casada esa mujer?
- Creo que sí y que se está divorciando. Los matrimonios siempre son la causa de los divorcios. Hace unos meses, mi papá estuvo al borde de la muerte. Cuando creyó que se piraba para el otro mundo, le preguntó a mi mamá si alguna vez ella le había sido infiel. Le dijo que era su último deseo.
- ¿Y qué le respondió tu mamá?
- Ella le dijo: “Bueno, ¿y si no te mueres qué?” Y él no se murió.
- ¡Menos mal! Aunque tú eres hijo de parto honrado...
- Dice Alfabeto que la muerte es regresar a casa después de una larga ausencia. Dicen los del *Social Security* que la ausencia de mi papá ha sido demasiado larga.
- Que sea lo que Dios quiera.
- Cualquier autobús te lleva al cementerio si te le pones delante.
- ¡Ji, ji, jii!

Aparentemente, la demanda civil de Alfabeto contra los garrotes de la justicia había dado buen resultado porque, en abril, la puerta de su casa había sido reemplazada por una nueva y la cerca estaba reparada. Nos dijo que la muerte del perro a manos de la policía lo había apenado mucho —algo que no dudábamos. Por solidaridad, le dije que la policía era capaz de decir que el perro se había suicidado. Le gustó. Creo que le simpatizó al de la casa caediza.

El enredo de Alfabeto con la mujer policía que posaba de prostituta aumentaba. A cualquier hora de la noche, oíamos una sirena lejana por Flagler, que es una calle de mucho tránsito; poco después, aparecía en el vecindario un carro patrullero despidiendo destellos blancos, azules y rojos por las lámparas giratorias del techo y los faroles delanteros. La patrullera se detenía bruscamente frente a la casa de Alfabeto y apagaba

todas las luces. La mujer se bajaba quitándose la pistola y el radio, metía la llave en la cerradura de la puerta y exclamaba: “¡Aaaaayyy, Alfabeto!” ¡Gozaba de desesperación amorosa! A los quince minutos, la mujer salía con la camisa de su uniforme abierta, llevando en las manos el cinturón. Alfabeto siempre se asomaba a la puerta en calzoncillos para despedirla y le gritaba: “¡Pues, muy bien!”

Cuando la agente se iba, el barrio agitado se aplacaba de nuevo. A los vecinos les agradaban aquellos impetuosos y avisados encuentros amorosos porque casi todos ellos eran asiduos seguidores de telenovelas.

En Miami no se ven muchas estrellas por causa de la polución automovilística y el vislumbre de las luces. Sin embargo, el reflejo del sol sobre la luna entra bien. En las noches de luna llena, todos podían ver por la ventana abierta del dormitorio cómo Alfabeto y la mujer se refocilaban ardorosamente. A aquello le llamaban “el show de cualquier hora.”

Alfabeto gozaba de muy buena reputación entre casi todos los vecinos. La excepción era el fanático del *baseball* que padecía de carestía sexual. Tal vez le molestara la buena fortuna del buco lascivo. O tal vez le hubiese oído pronunciar algún comentario licencioso a su ex mujer... Es que ya de Alfabeto nadie dudaba nada.

Una tarde, nos detuvimos a hablar con el verboso Alfabeto y se nos acercó el pelotero. Después que Popolón le meó el hocico a su perro, quiso entablar una conversación sobre deportes pero ni Ana, ni Alfabeto, ni yo sabíamos de qué hablaba. Aparentemente, harto del monólogo, miró fijamente a Alfabeto y le dijo:

— Me acabo de convertir. Ahora soy testigo de Jehová y creo en la Biblia.

— La Biblia, aunque se trate de la nuestra, que es la buena, es temeraria —le respondió el Don Juan.

— Yo tengo fe —le devolvió el pelotero.

— Pues yo, cuando pinto, no suelto la escalera para agarrarme de la brocha por cuestiones de fe.

— Eso es porque no conoces el espíritu.

— No se puede conocer.

— Sí, el espíritu del bien se siente en el corazón fácilmente.

— Yo veo que tanto lo llamado “bueno” como lo llamado “malo” pueden glorificar la vida: depende de la persona. ¿Y si yo te dijera que los hijos de Dios no tienen que ser ni buenos ni malos porque son Sus hijos?

— La verdad está en la Biblia, Alfabeto —le espetó el otro, intemperante.



— Esa verdad es tan mentecata que necesita que tú la defiendas: se trata de una superstición más.

— Mis hermanos en Cristo no lo ven así —le dijo el pelotero, indignado.

— Quienes piensan igual se suelen acompañar bien, así sean nigromantes. Mira bien a tu alrededor y considera por qué Dios se equivoca y peca tanto. Si lo haces sin prejuicios, se te puede meter un abismo de verdades por los ojos.

— No. El pecado es cosa de los hombres y nos debe de indignar.

— Los indignados pierden el control y se confunden mucho. Yo no entorpezco a los instintos, aunque les llames pecados. También tú te dejas llevar por un instinto, el gregario. ¿Es que te han subyugado la voluntad?

— No estoy confundido, Alfabeto. No soy animal de rebaño: tengo voluntad de fe. Los creyentes volveremos a vivir en carne y hueso.

— Ya he oído hablar de ese círculo vicioso y, francamente, no me convence.

— Te advierto que las almas de los demás se irán eternamente a las penumbras.

— Hé ahí otro cuento de esclavos: ¡cómo les gusta el miedo! ¿Y si el alma es una apariencia?

— No lo es. No malogres tu existencia, Alfabeto.

— No lo sabes. ¿Existo, pienso, soy? ¡Quién sabe!

— Yo lo sé.

— Ni siquiera puedes explicar lo que haces cuando sales por ahí a predicar... ni mucho menos lo que dices.

— Sí, lo entiendo muy bien —alegó el pelotero con lengua turbada.

— No lo sabes.

Como era de esperarse, aquella pelotera no podía llegar a ninguna parte ni tenía jueces, ganadores ni perdedores. Ana y yo deseábamos permanecer al margen de cualquier disputa. Ni ella ni yo éramos de esos soldados que abandonan su regimiento para luchar valientemente contra el enemigo.

— ¿No aportas nada a esta conversación, Ana? —preguntó el pelotero, sabiéndola una mujer religiosa. (Parecía querer seguir la confusión por una cuestión de honor.)

— Me siento satisfecha en mi fe católica —dijo ella. Conozco a un asceta, a quien muchos llaman loco, que es un santo. Si a unos hombres les parecen otros necios, y viceversa, es por falta de caridad. Tampoco creo que la moral sea una impostura ni un yugo.

— Y tú, J. —me preguntó Alfabeto buscando apoyo—: ¿no somos la encarnación de Dios hecha animal?

— Estoy absolutamente seguro de no saberlo —le respondí, sonriendo. La mente es soberbia. Yo también soy amigo de los burros...

— Dime, J. —insistió Alfabeto— ¿no se origina el conocimiento en el espíritu humano?

— Puede ser. ¿Y qué es el espíritu humano? —indagó un reflejo mío.

— No importa. La estructura del espíritu humano no nos interesa sino el uso de la razón.

— Bueno, hay que partir de alguna parte.

— Vamos, chico: el mundo sensible es la imagen del mundo inteligible. El conocimiento nace de la actividad organizadora y sintetizadora del espíritu humano.

— Eso decía Kant.

— ¡Exactamente! Mira:  $3 + 2 = 5$ .

— Estoy de acuerdo.

— Pero el 5 no está en el 3 ni en el 2, sino que lo trasciendo por una facultad o un don anterior.

— Por un concepto *a priori*.

— ¡Eso! No estás tan extraviado como nuestro testigo de Jehová.

— Oye, ¿por qué me llamas estúpido? —reclamó el pelotero.

— Dije extraviado.

— ¿No es lo mismo?

— Claro que no. ¿Te das cuenta ahora que no entiendes?

— Sí entiendo.

— Entonces no me interrumpas. A ver, J., prosigamos. ¿No te parece que los conceptos —ojo, que los conceptos no son cosas reales— se adhieren a las experiencias?

— Eso sí. Los conceptos y las experiencias se mezclan. A mí me ocurre.

— La razón no puede salir del mundo sensible. Además, las ideas de la razón no tienen un objeto real porque pueden concebir los contrarios. ¡Se necesitan pruebas! La razón es experimento. ¿Qué te parece, testigo de Jehová? —le preguntó al amo del perro eunuco.

— Creo que estás hablando mierda —se dejó hablar el pelotero.

— ¡Oye, que ahora viene la parte que a ti te gusta!

— ¿Cuál parte?

— La razón práctica se basa en la moral porque ésta sobrepasa la causalidad de la naturaleza.

— Ahora sí que no entiendo.

— Un acto sin causa es un acto libre.

— No, Alfabeto —refutó el pelotero— un acto sin causa es loquera.

— Mira, chico, la moral no conoce el deseo. La moral prueba lo que es la libertad en el mundo inteligible porque niega estúpidamente las tendencias naturales.

— ¿Le dices estas cosas a la mujer policía? —se mofó el pelotero.

— Claro que no, hombre. Tendría que estar chiflado para decirle a esa libidinosa que los postulados de la razón práctica son la libertad, la inmortalidad del alma y Dios.

— Alfabeto —interrumpí— me parece haberte oído decir que la razón es libre de inventar a Dios.

— ¡Efectivamente! Es por eso que el testigo de Jehová cree en Dios. ¿Y tú?

— Yo también.

— “Debes creer —te dice una voz interior.” Pero no sabes de quién es la voz.

“¡Rrrr..! —gruñó el perro del pelotero porque Popolón le había vuelto a orinar en el hocico. Ana retiró a su perro y les dijo: “Bueno, hasta luego.” Yo la seguí, muy aliviado. Me hubiera gustado preguntarle a Alfabeto dónde y cómo había deducido todo aquello, pero temí caer en otra porfía con el pelotero.

El muchacho tonto había quedado muy triste —y a veces se le veía agrio— después de la decepción que se llevó con la demonuca. Salía muy pocas veces al portal de su casa y apenas se le veía andar por el vecindario. Tal vez pensara, acertadamente, que había caído en boca de otros. Por suerte, dejó de mirar a Ana con agresividad. Al fin y al cabo, se había salvado de la cárcel gracias a la clemencia de mi novia.

La madre del tontín me miraba de arriba abajo, sobre todo durante los primeros días, como preguntándose: “¿Y de dónde rayos Ana trajo a éste? ¿Qué habrá sido del mono? ¿Dónde estará el marido?”

El ex marido de Ana apareció en tres ocasiones por la casa. La primera vez fue a recoger sus efectos personales. La segunda fue a quejarse escandalosamente desde el patio —porque no tenía llave para entrar. La tercera llevó a su madre para que le ayudara con su demanda moral.

La madre del muchacho lerdo había observado desde la segunda planta de su casa cómo el ex marido retiraba sus pertenencias, incluyendo su automóvil y sus chirimolos sexuales. Así, figoneando, quedó satisfecha su curiosidad sobre el cambio de hombre de su vecina. Desde entonces, me miró con mejores ojos.

El camarero de vuelos se apareció inesperadamente una segunda vez a protestar la forma en que se habían dividido los bienes. Se lamentaba en voz alta desde la acera y por el patio, dolido de que el juez solamente le hubiese concedido el derecho a mantener el fruto de su trabajo. Lloraba el monto de la deuda que le había quedado porque Ana, quien había tenido veinte años para preparar el divorcio, había mantenido separación de ingresos, cuentas bancarias y tarjetas de crédito. Por ese conducto, la madre del tontín supo que Ana se había quedado con todo cuanto había recibido de sus padres. Aquella mujer prefería espiar a preguntar porque así no le decían mentiras.

Por fin, el mesero se personó frente a la casa de Ana con su madre, una vieja con cara de bruja. Se plantaron ambos en la acera, muy alterados. La bruja exigía en tono melodramático una división “más justa y humana” de “los bienes comunes.” Yo puse música para no oírlos. Como no callaban, Ana se asomó por una ventana y les dijo: “Váyanse pa’l carajo.” Al persistir el escándalo, hubo que llamarles a la policía.

La bruja quería construir un castillo en el aire para que su hijo degenerado viviese en él. No fue así. Roto su maleficio, la bruja no volvió. Al ex marido se le puso una orden judicial de alejamiento.

Ana y yo visitábamos la biblioteca pública todas las semanas y nos recomendábamos lecturas el uno al otro. “Tú también te has vuelto loco leyendo —me dijo una vez, riendo a pata suelta.” Yo, que siempre me había sentido tan bien conmigo mismo, ahora me sentía mejor con ella.

Después de reunirnos con el Padre Juan, nos mordió la curiosidad la historia de las sociedades secretas, sobre todo la de los iluminados. Como en la biblioteca no hallamos libros sobre el tema, recurrimos a las bibliotecas virtuales. Leímos sobre los peligros que habían supuesto los *illuminati* para la Iglesia Católica y su relación conflictiva con la masonería.

Los *illuminati* estaban embriagados de ideas. Sus planes más clandestinos se conocieron por casualidad cuando un abad de Weishaupt cayó fulminado por un rayo. Entre sus hábitos se encontraron documentos que detallaban el plan de conquista mundial. Leíamos entre líneas. Descubrimos que la estupidez campeó libremente tanto en las instituciones establecidas como entre quienes deseaban derribarlas. El resultado fue la Revolución francesa.

Las metas a largo plazo de los *illuminati* comprendían, en primer término, la abolición de la monarquía, la propiedad privada, las clases sociales, la familia y la religión. Se perfeccionaría la sociedad mediante la instauración de un gobierno internacionalista, capaz de dictarle a todo

el mundo lo bueno y lo malo. A eso se le llamaba libertad de conciencia. Tenían su catecismo. Los bravos iluminados estaban dispuestos a imponerse con métodos violentos e injustos. Naturalmente, para poder implantar mejoras en el mundo, los disidentes y los descarriados tendrían que ser curados con ejecuciones.

“La verdad que esas sociedades secretas son una mierda —atestó Ana por fin. ¿Será ese monje que te persigue un iluminado?” Entonces consideré que había estado demasiado despreocupado del peligro que me acechaba. “*Nec tempus est dormire* —me aconsejé.”

Una tarde, al regresar de la playa con el perro, advertimos que un auto negro con cristales oscuros estaba estacionado al frente de la casa. Sospechamos. Le pedí a Ana que detuviese su camioneta a tiro de piedra para poder observar a los ocupantes del vehículo sin ser vistos. A los pocos minutos, tres personas salieron del automóvil y se pusieron a darle tiento a la casa. Eran la demonuca en *shorts*, el Padre Lamberto de traje y el ex marido de Ana en chancletas. Nos desuncimos de los asientos.

— ¡Qué gentuza! —exclamó Ana, perpleja. ¿Cómo se habrán conocido? Te aseguro que al maricón no le interesa la rubia.

— Lo hace por la recompensa de los \$10,000. La demonuca y tu ex son mercenarios.

— ¿Crees entonces que el feo vestido de negro sea quien puso el anuncio en el *Flyer*?

— Lo es.

— ¡El monje malvado! ¿Te querrá volver a hacer mono?

— Con el exorcismo del Padre Juan no me podrá ya transmutar, pero no dudes que trate de matarme.

— ¡No, por Dios! ¡Vayámonos de aquí!

— De ninguna manera.

— ¿Qué haremos?

— Crearles problemas —le respondí.

— ¿Choco contra el auto? ¿Los atropello a ellos?

— No. Déjame el teléfono.

La noche de la bronca con la demonuca y el tontico, la policía había anotado las direcciones y los teléfonos de todos. Nosotros habíamos pedido una copia del reporte. Llamé al celular del tontico.

— Te habla J., tu vecino del frente —me presenté.

— Ah, sí, ¿qué hay?

— Creo que debes de andar con cuidado porque la rubia ha vuelto con dos hombres. En este momento está frente a tu casa.

— Gracias —dijo el muchacho y colgó. (El recuerdo de los desmanes y las trapacerías de Elvira lo enfadaban.)

— Ahora llama a la policía, Ana. Reporta el acecho de los tres visitantes. Di que dos de ellos ya fueron arrestados y dales los nombres. No dejes de opinar que han vuelto con un matón a por el muchacho ó a por ti.

— ¿Adónde vas? —me preguntó Ana al verme salir de la camioneta.

— Voy a hacer mi parte. No temas por mí. ¡Y no pierdas tiempo: llama ya!

En menos de un minuto, el muchacho tonto salió de su casa y, agarrando a la demonuca por el pelo, la tiró contra la acera. “¡Ay, ay, sálvenme que me mata! —gritaba la mujer como virgen ruborosa, a la vez que recibía el golpe que le dejó un chichón en la frente.” El ruso y el camarero forcejeaban por quitarle la rubia al tontín, pero se estorbaban el uno al otro.

— No digas nada sobre la violencia del tontín —le soplé al oído a Ana, quien ya había colgado con la operadora de urgencias policíacas.

— Ya vienen —me avisó.

Avancé hacia los cuatro que parecían abejas arracimadas en un panal. Cuando el ruso me vio, fue grande su sorpresa —esperaba hallarme de mono. Se le encendieron los ojos de furia. Dejando a los otros tres enfrascados en la lucha, vino contra mí, airadísimo, apuntándome con todos los dedos de sus manos engrifadas. “¡*Hieródulas, Kâdeschot, sodomías, taras cananeas, alma de la sangre, Cebidae, Focashteh!* —gritó como un demente.”

En ese momento, Popolón y Ana se bajaron de la camioneta. Él gruñía y ella blandía la sombrilla playera.

— ¿Qué dices, imbécil? —le pregunté a Lamberto por enfadarlo aún más. *Id non credo.*

— ¡Rrrr...! —atinó a gruñir el ruso, enfadadísimo. Joseph, el amado compañero de Bertoldo, padece de amnesia y de espanto desde que lo golpeaste, ¡maldito! Ha desertado por tu culpa.

— *Ecce homo* —lo cuqué, abriendo los brazos para que me viera mejor. Y de Joseph: *ego eum mutatum iri credo.*

— La vas a pagar.

— He sido liberado con un exorcismo.

— Estaba advertido sobre el cura —largó el ruso, tratando de componerse. Veo que impugnó el anatema. He hecho mis pesquisas sobre ese renegado, Giovanni. En Italia, cometió estupro contra una menor de 16 años. La muchacha quedó embarazada... ¡no, preñada!... de él. Le

pidió a la joven que abortara. Tuvo relaciones personales de pareja con varias mujeres. Por eso lo enviaron a Méjico, donde podía hacer y deshacer a su antojo sin que nadie lo vigilase. A mí no me engaña ningún cura, sobre todo si tiene amistad con mujeres. En verdad, Giovanni estaba casado con la religión y sus amantes con sus respectivos maridos. Siempre se comportó como un mono en la molicie del lecho. Son ésas las cosas sobrenaturales que se le han atribuido.

— ¡Calumniador! —le gritó Ana, metiéndose en el círculo de contendientes. Vives buscando mentiras que decir.

— ¡Calla tú, mujer amancebada! —le respondió el mal monje. (*Lambertus se vertit ad feminam et canem.*) Tu esposo me ha dicho que gratificas tu indómita sexualidad con animales.

— ¡Mentiras! Y ese sodomita no es mi esposo.

— La Iglesia dice que sí.

— Lo dices tú, pervertido —le devolvió Ana, sacando un crucifijo de su bolso de mano y mostrándoselo.

— Con ese símbolo no vencerás, puta —le espetó el ruso. ¡Ja, ja, ja! Ese crucifijo ha sido bendecido por Giovanni seguramente. Es la cruz de Constantino. ¿Crees que los cristianos se pueden identificar con el símbolo de sus padecimientos? El hombre colgado del madero simboliza la muerte. ¿Te gusta cantarle al muerto?

— ¡Loco! —exclamó Ana, haciendo la señal de la cruz con la mano.

— No, no no... la loca eres tú. El persignarse es la marca de la bestia romana.

— ¡Tú eres la Bestia de Magog! —le espeté. *Cur tu mihi verba dare vis, Lambertus?*

— Tu amigo Giovanni es un clérigo apóstata y corrompido —señaló el ruso, levantando los brazos en alto dramáticamente. No te engaño. Estoy muy bien informado y digo la verdad. Cuando no lo ven, mezclan en el agua de la misa y le pone una rodaja de limón al cáliz. Siempre guarda una cuba de vino en la iglesia porque vive poseído del numen de Baco. Suele oír las confesiones borracho y se orina en el copón de la eucaristía. Se refresca los genitales en el tazón del agua bendita. Lanza al vuelo las hostias consagradas o se las da a los perros. Siempre les pide dinero a los feligreses para sus vicios.

— ¿Cómo te atreves a hablar así de un santo? —le preguntó Ana.

— ¿Santo dices? ¡Ja, ja! Si se comporta como un cerdo en lo íntimo del sagrario. Eres tonta de capirote. ¿Para qué llamarle “cura” si es la misma enfermedad? ¡Cuántas ha preñado por la fuerza! Y si le llamare

Padre algún rapaz tiernamente, la voz de aquel inocente misterio encierra y verdad.

— ¡Que Dios te castigue, diablo! —lo condené, encolerizado por sus calumnias. *Intellego falsa esse ominia quae nobis narravisti.*

— Tú, novicio mirón de hembras, vives también con desenvoltura. Te las das de santo siendo realmente gallo de gallinero. ¿No es así, puta? —le preguntó a Ana, mirándonos a ambos con mucha depreciación. *Hocine negare audes?*

— *Rompitur invidia quod amamur.* Al menos no soy un invertido lujurioso como tú —le tuve que aclarar. *Quid tu vinisti?*

— Te diré a qué vine. *Hieródulas, Kâdeschot*, sodomías, taras cananeas, alma de la sangre... que cancerbero seas —gritó otra vez Lamberto, apuntándonos de nuevo con todos los dedos de ambas manos.

— ¡Que Dios te lance al lago de fuego con tus infundios! —me dejé maldecir con toda la fuerza de la fe.

En ese momento, Popolón empezó a ulular como un lobo y a retorcerse en el pavimento. “¡Uuuuuuhh!” En un minuto, se transformó de cabo a rabo en una bestia funesta a los mortales: le nacieron garras afiladas donde había tenido uñas limadas; el pelo se le apiñó en lunas escamosas, como broqueles; el rabo se le hizo una sierpe que silbaba horriblemente; a los lados del pescuezo le salieron dos cabezas más. De sus tres bocas de lobo comenzaron a brotar bocanadas de fuego hacia lo alto. En el resplandor de su incendio, orinaba flamas que derretían el alquitrán de la vía.

Aquello tuvo un desenlace vertiginoso. Aún antes de que se acabara de consumir la metamorfosis de Popolón, el de Magog se lanzó a la carga. “*Noli putare me ab isto cane territum esse!* —voceó, como si el cancerbero no fuese producción suya.” Entre los espeluznos y la gran confusión de todos, Lamberto se abalanzó sobre mí. “Te voy a mandar al lago de fuego del que hablas, maldito —me amenazó, buscando algo en el bolsillo de su chaqueta.” Luchaba, sobre todo, por despique contra mí. Y yo, que jamás había contemplado hasta entonces pegarle a un monje, le di una patada tan fuerte en el vientre que creí haberlo matado: ¡*túus!* Tan pronto le envasé el pie en la blandura de la carne, las malas palabras se le deshicieron entre los dientes: cayó sin decir ni *tovarich*, con la frente y la nariz por delante. *Quietem jucundam!*

Sin que la duda le cubriese el corazón, tal como hiciera la virgen guerrera Camila, Ana se unió al vivo combate. La ira convirtió en arma su sombrilla playera. Con el mango, le pegó un tremendísimo golpe a su ex marido. El mesero cayó al pavimento con la cabeza partida y los



miembros lasos. También las tinieblas cubrieron sus ojos. Al despertar, habrá entendido seguramente que pudo haber llegado al término de la perdición.

El cancerbero nos tenía asustados a todos los que permanecíamos en pie. Repentinamente, se lanzó sobre Lamberto, prendiéndolo con todas sus bocas: le desgarró el pecho con sus pezuñas y le mordió las nalgas con los colmillos de la cola. *Canis eum momordit et vestem eius scidit.* Lamberto reaccionó al dolor y soltó algún baladro mientras el can le atarazaba sus carnes. Al parecer, el ruso había eyaculado su último ultraje.

El de Magog estaba muy pálido —quien muere suele empalidecer. Pensé que el grandísimo insolente había cobrado al fin la merecida baja del inicuo. Al minuto, a Ana y a mí nos pareció ver una luz esplendorosa rayar el cielo.

Por fin llegaron tres patrulleras refulgiendo luces e inundando el aire de la tarde con bullas de sirenas. El perro seguía con las fauces prendidas del cuello de un Lamberto occiso ya. Dos policías sacaron sendas pistolas y le dispararon al cancerbero al unísono, casi a quemacuerdo. Al can se le doblaron las tres cabezas y se le fugaron las tres almas, apagándosele las lumbradas de la figura. Al marrar algunos tiros, los policías remataron a Lamberto, hiriéndose de paso el uno al otro con el rebote de las balas. “*Shit, these boys needed more training!*” —alegó el tercero, que era sargento.

En un santiamén, la calle se llenó de fallecidos y lesionados. Lamberto continuaba de cadáver. El cancerbero se volvía a metamorfosear rápidamente en Popolón después de haber expirado. Los dos policías pistoleros yacían cerca de los muertos con las piernas heridas. La demonuca y el mesero estaban vapuleados, ensangrentados y desmayados. Ambos presentaban reventones de narices, cortadas en las caras y rajaduras en el cuero cabelludo. Elvira parecía tener también un brazo partido. Todos quedaron donde habían caído hasta que llegaron las ambulancias.

Entonces, *J. mentitur*. Apenas terminada la balacera, aparté al tontico de la demonuca y, mirándole fijamente a los ojos, le dije, dándole el mejor color que pude a mi mentira: “Recuerda que fue ella quien vino a ti, no tú a ella. No le sigas pegando porque, cuando lleguen más policías, te pueden balacear a ti también. *They like to shoot!*” Se tranquilizó y depuso su ira. Espero que aquel acto me haya sido contabilizado en el descuento de mis pecados.

Atraídos por los gritos de Lamberto, habían salido algunos vecinos. Casi todos, sin embargo, apelaron a la fuga inmediatamente, asustadísimos

de los fogonazos del cancerbero y de los disparos de la policía. Entre ellos vi llegar, y quedarse, a la madre del tontín. *J. iterum mentitur*. Acusé ante ella a la caída demonuca: “Esta mujer ha vuelto a acosar a su hijo.”

A los pocos minutos, llegaron otros diez policías y media docena de paramédicos. Los vecinos del barrio regresaron al lugar de los hechos también. Al camarero y a la demonuca les desinfectaron las heridas y se las vendaron. Ambos, con el semblante pálido y demudado, fueron transportados al hospital en camillas. *Bene dormias!*

Comenzó la investigación:

— Bueno, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó el mismo sargento que se había quejado de la falta de adiestramiento de sus compañeros.

— El desmayado con las chancletas es mi ex marido —respondió Ana, sacando un documento del bolso. Ha violado una orden judicial de alejamiento: tenga el papel. Me agredió —mintió con buena apariencia de verdad. Yo me sentí asustada y me defendí con la sombrilla de playa.

El agente examinó la orden judicial y la identificación de Ana. Buscó en el *database* del ordenador policíaco el nombre y la imagen del mesero. Lo mandó a arrestar.

— ¿Y quién es la mujer herida? —preguntó.

— Esa mujer ha acosado a mi hijo, que padece de *attention deficit disorder* —se adelantó a decir la madre del tontín. Lo ha tratado de obligar a cometer fechorías.

— ¿Desde cuándo padece su hijo de ADD? —inquirió el investigador, escribiendo.

— Desde niño.

— ¿Padece de ADD solamente o de ADDHP?

— De todo —le respondió la sabia mujer, sacando un frasco de medicinas del bolso. Cuando se altera, hay que darle estas pastillas o se puede suicidar. (Sentí cosquillas de culpa en el alma y le pedí perdón a Dios por haber involucrado al muchacho.)

— ¿Me puede explicar qué ha ocurrido entre ellos dos?

— Hace un par de meses, le quiso robar un mono a Ana... o se lo robó porque el animal ha desaparecido. Ya fue arrestada aquí mismo. Le formularon cargos por intento de robo en el patio de la casa del frente y por extorsión y prostitución en la mía. Esta vez ha venido acompañada de los otros dos a vengarse de mi hijo porque ya no le da dinero.

El investigador examinó las identificaciones de la madre y el hijo. Buscó de nuevo en el fichero policial y halló el historial y la imagen de la demonuca. La mandó a arrestar a ella también.

— ¿Y el señor de negro en el pavimento? —preguntó el policía, marcando el rostro contorsionado de Lamberto con la vista.

— Es un monje —le dije, contemplándolo yo también: dormía como un difunto. Me ha venido persiguiendo para matarme desde que abandoné el monasterio.

— ¿Un monje has dicho?

— Sí.

— Los monjes no suelen ser asesinos. ¿Era pederasta?

— Era un pederasta consumado y un tipo violento. Se unió a los otros dos para vengarse de mí porque no soy homosexual. Le recomiendo que lo registre. *Search his pockets.*

— *Did you refuse his advances?*

— *That's exactly what happened.*

Por suerte, Lamberto llevaba una navaja en el bolsillo. No había podido desnudar la aguda cuchilla contra mí. “Lo que Dios protege —inferí— no puede ser destruido por el hombre.” Al no poderlo arrestar, el investigador envió al hospital el cadáver del ruso para que lo declarasen muerto.

— Bueno, ¿y qué hay con el perro? —preguntó el sargento. Yo lo vi deformado, echando algo así como humo por la boca.

— Era mi perro, Popolón —dijo Ana, llorando. Nadie sabe qué ocurrió. Cuando el asesino nos agredió, él nos defendió.

— Resulta inconcebible que un perro casero de tamaño mediano pueda matar a un hombre adulto —observó el investigador.

— Ocurrió algo extraño que no vimos cabalmente a causa de la pelea ni entendemos tampoco —lo confundí. Tal vez haya sido algo que le hizo el monje. (No quise hablar de maldiciones.)

— ¡Hum! —exclamó el policía. ¿Quién llamó al 911?

— Fui yo —le respondió Ana.

— La llamada se recibió a las cinco y cinco minutos de la tarde —ajustó el policía. ¿Fue a esa hora que llamó?

— Sí, fue a esa hora —convino Ana.

— Bien. Cuando puedan hablar, les tomaré declaraciones a los heridos.

El investigador se marchó. No supimos más de él, del caso, de la demonuca ni del camarero.

La madre del tontín respiró tranquila. Gracias a Dios, aquella noche el muchacho no necesitó tomar ninguna droga para dormir bien. Por el contrario, después del incidente comenzó a mejorar...

Siempre le ruego a Dios por su salud mental.

La noche fue apacible y hermosa. *Nullus sonus auditur ab ulla parte.* Nos despertamos cuando la aurora se levantaba sobre las copas de los mangos.

Con el primer rayo que emitió la cresta del sol, sonó el teléfono. Era Joanyza que no podía contener su tristeza. El día anterior, sobre las cinco y cuarto de la tarde, había muerto el Padre Juan. Sabíamos todos que él había anunciado su muerte un mes antes, pero no lo habíamos deseado creer.

Según le había contado el prior de los jesuitas a la mujer bella, el Padre Juan lo había mandado a buscar al mediodía. Le pidió que lo acompañara a rezar y le administrase los santos óleos. Poco después de las cinco de la tarde le sobrevino una fiebre altísima. Oró de rodillas frente al altar durante un cuarto de hora, concentradísimo. De repente, sonrió y la fiebre le bajó tan abruptamente como le había llegado. Entonces hizo la señal de la cruz y, apoyándose en los brazos de su amigo, se sentó en un banco de la nave de la iglesia y pidió que le abriesen una ventana.

Mirando el cielo de la tarde, el Padre Juan había dicho: “Tengo un deseo inmenso de ir al Cielo.” Entonces expiró.

Cuando el corazón generoso del Padre Juan dejó de latir, el prior de los jesuitas y la mujer bella observaron, desde dos sitios distintos y apartados, un rayo luminoso cruzar la bóveda del cielo. Era el mismo destello que Ana y yo habíamos visto. “El alma del santo ha volado a la eternidad —interpretó el prior.”

Joanyza también nos dijo que el Padre Loiolakoa, que así se llamaba el prior jesuita, deseaba hablarme.

Acordamos asistir a la misa de cuerpo presente del Padre Juan junto con Joanyza y su marido. El difunto iba a ser expuesto en la iglesia desde las diez de la mañana. El entierro se había fijado para el mediodía. El sepulcro estaba en el apartado de los religiosos del cementerio católico.

Muy temprano, ambos cónyuges pasaron a interesarse por nosotros porque se habían perdido la batalla de la tarde anterior. A Ana le dolían las muñecas y los dedos de resultas del sombrillazo a dos manos que le había asestado a su contrincante. Yo había recibido un codazo en las costillas cuando aparté al tontico para que no rematara a la demonuca. Los investigadores se habían llevado el cuerpo de Popolón porque necesitaban evidencias sobre la muerte del de Magog y la trayectoria de las balas que habían herido a los dos policías.

Hallamos a Joanyza acongojadísima. Ella y Ana lloraban a lágrima viva, recordando al buen sacerdote. Llamé aparte al marido y le pedí que me informase cuanto pudiese sobre el Padre Loiolakoa. Me dijo secamente: “Sé que él te quiere hablar. Conozco la historia de su vida a grandes rasgos.”

He aquí lo que, con palabras menos devotas, me contó el marido de Joanyza:

“Enecus Loiolakoa es su nombre, pero todos le llamamos el Padre Ignacio. Tiene ochenta y dos años, los mismos que tenía el Padre Juan. Joanyza le envía una postal de felicitación todos los años, el 31 de julio.

“Conocemos muy bien al Padre Ignacio porque nuestros hijos se educan en los colegios de la Compañía de Jesús que él dirige. Nació en Guipúzcoa, en el país vasco. Es el menor de doce hermanos. Cuando ya nadie creía a su madre capaz de alumbrar, lo tuvo a él.

“Antes de tener uso de razón, quedó huérfano de madre —tal vez ella haya muerto de parto. Lo crió una nodriza que le hablaba en vascuence. Le gustaban las castañas asadas, el frontón y las danzas de su tierra. En su pueblo natal aprendió la cartilla, los rudimentos de la gramática y algo de Latín. Por su cabeza jamás pasó una duda sobre los dogmas de la fe católica ni problematizó las enseñanzas religiosas.

“Según nos dijeron en su aldea, una vez el Padre Ignacio conoció a una mujer extraordinaria. Ella era amable, de noble y dignos sentimientos y gran elevación espiritual. Se convirtió en el ídolo de sus sueños. Pero aquello no llegó a nada.

“A los dieciocho años, Ignacio empuñó las armas. Se sumó a los voluntarios españoles que combatieron en el frente ruso a favor de Alemania. Hizo méritos en el frente y fue galardonado. Finalmente, resultó herido por un obús enemigo. Le tuvieron que hacer varias intervenciones quirúrgicas, unas en los hospitales del frente y otras en los de su tierra, para restaurarle el uso de las piernas. Por eso cojea.

“Durante varios meses, no pudo tenerse en pie por el dolor de la pierna herida. Mientras se recuperaba, dada su mente inquieta, leía lo que le cayera entre las manos. Un día, alguien le dio un libro sobre la vida de Cristo. Se impresionó tanto con aquella lectura que quiso dedicar el resto de su vida a la obra de Dios. En el hospital, veía a pleno día unas formas en el aire que lo consolaban.

“Una vez dado de alta, visitó un monasterio benedictino de Cataluña, en cuya capilla tuvo una visión de la Virgen María y el Niño Jesús. Aquel

día comprendió que el fin del hombre es servir a Dios. Prontamente, se olvidó de las armas y comenzó a rezar.

“ Se ensayó con un saco de cáñamo que se ceñía a la cintura con una cuerda. Iba desgredado, calzando sandalias, llevando en mano un bordón de peregrino y pidiendo pan y agua por el amor de Dios. En tales condiciones, se retiró casi un año a una cueva cercana al monasterio de la aparición; era una pequeña guarida de roca sobre un río, en la que oraba y hacía ejercicios espirituales siete oras diarias. Allí sufrió tentaciones espantosas que venció con penitencias desmesuradas. Entre ayunos y maceraciones, le prometió a Dios no hacer jamás cosa que le ofendiese.

“Comprendió finalmente que su vida no habría de ser eremítica sino apostólica y diligente. Regresó. Al salir de su cueva, comenzó a servir a los enfermos y a enseñarles el catecismo a las mujeres y a los niños. Exhortaba a cuantos conocía a huir del pecado, a confesar y comulgar.

“ Con un hatillo de ropa al hombro, algunos libros de Aristóteles, Cicerón, Santo Tomás, papel y lápiz, Ignacio se matriculó en la Universidad. Sacó la licenciatura y el doctorado. Después de obtener el título profano, estudió Teología en seminarios de la Compañía de Jesús en España y Francia. Por fin, al cabo de largos años de estudio, tomó los votos de pobreza, castidad y obediencia.

“ Los jesuitas le enseñaron la concordia entre todos y la de todos con la cabeza. General, provinciales y rectores de colegios y seminarios vivían consagrados al apostolado de la enseñanza. Siempre conserva su viejo libro, *Vita Christi*, que obró el milagro de su conversión y lo guió a la cueva del ermitaño y al sacerdocio.

“ Inmediatamente después de su ordenación, el Padre Ignacio peregrinó a Tierra Santa a celebrar su primera misa. Fue allá donde sintió el deseo ardiente de convertir a los demás. Siempre se ha tomado muy en serio la recatolización y la conquista de las tierras de infieles.

“ El Sumo Pontífice ha dispersado a los jesuitas por todo el mundo a fin de que prediquen y reenciendan el fervor cristiano de los pueblos. Te puedo decir que el Padre Ignacio lleva una vida de sacrificios y labores académicas. Él se toma muy en serio su voto de obediencia a la autoridad del Papa y a la jerarquía eclesiástica. Es un verdadero protector y propagador de la fe.”

En aquel momento, Ana nos llamó al comedor a tomar café. Nos sentamos a la mesa y lamentamos de nuevo la pérdida del Padre Juan. A mí me mordía la curiosidad por saber qué me iba a decir el Padre Ignacio.

Sospechaba que, al igual que el Padre Juan, él era depositario de hondos secretos eclesiásticos.

Seguramente por no verla llorar más, el marido de Joanyza le pidió que me hablara del Padre Ignacio. Ella recordó que el Padre se quería reunir conmigo y se dispuso a satisfacer mi curiosidad. ¡Aquella mujer era bonita hasta llorando!

He aquí lo que me contó Joanyza con palabras mucho más devotas:

“ Los jesuitas —comenzó— son misioneros que promueven la educación religiosa estableciendo colegios, universidades y seminarios. Y todo lo hacen por la mayor gloria de Dios. El Padre Ignacio es el Provincial y director espiritual de la Compañía de Jesús aquí. A él le incumbe admitir a los candidatos, despedir a los ineptos y ayudar a conservar la vocación de los que quedan. Es un capitán en las batallas de la Iglesia.

“Él no tiene monjas a su cargo. Durante toda su larga carrera, sin embargo, ha tratado con mujeres que lo han seguido, con jesuitisas de los monasterios y con monjas franciscanas de los conventos. A las mujeres piadosas les ha explicado e inculcado la práctica de los ejercicios espirituales. Por eso, alguna vez, los errores y las perversidades humanas lo acusaron de infamia.

“ La oración contemplativa de los jesuitas es un gran ejercicio espiritual. Te situas dentro de un pasaje de los Santos Evangelios y lo vives. Algunas personas, mayormente mujeres, han perdido la conciencia o han temblado de angustia poniéndose en el lugar de Jesús, de San José o de la Virgen. Se recomienda primero considerar los misterios de la vida de Nuestro Señor, desde la Encarnación hasta la entrada triunfante a Jerusalén; luego, la pasión y muerte de Cristo desde el cenáculo hasta el calvario; y finalmente la alegría intensa de la Gloria de Jesucristo resucitado. Los ejercicios son una verdadera aventura espiritual.

“ Los miembros de la Compañía de Jesús son hombres de fe. Creen que el espíritu salvador de Nuestro Señor Jesucristo y el de Su Iglesia son uno. Son abnegados y obedientes...”

Una vez terminada la sobremesa, nos fuimos a la iglesia a rezar junto al cuerpo del santo.

## XV. Ad Maiorem Dei Gloriam

La iglesia estaba más llena que cualquier domingo. El féretro del Padre Juan había sido colocado bajo los tres escalones del altar, entre los dos bancos curvos y supinos del comulgatorio. La cabeza del muerto apuntaba a los pies del enorme Cristo crucificado.

Atravesando el silencio que anegaba la nave, con lánguido andar sobre la alfombra, ambas parejas nos sumamos a la luctuosa fila de fieles. En la propinquidad del cadáver de quien me había salvado del horrible maleficio, el sentimiento de pérdida que cargaba se me hizo más pesado. “La vejez nos divorcia de la vida —hube de reconocer por conceder algo.” Ante el cuerpo estirado y rígido, mi mente quiso por un breve instante desentrañar el sentido de la muerte. “¡No! —me reprendí, sometiendo la pregunta antes de dejarla precisarse. Dios dispone de todo como gusta.”

En su palidez, el rostro del inanimado reflejaba bondad humana y un cariz de santidad. De barro nos hizo Dios. Antes de empolvarle el rostro, los de la casa mortuoria le habían cosido la boca y vaciado los intestinos porque todas las tierras tienen su uso.

El cuerpo del Padre Juan estaba amortajado en la casulla con la que había dicho tantas veces la Santa Misa; debajo de ésta, llevaba una camisa de lino blanco de liturgia. Entre las manos frías tenía enredado el rosario sonador, ya tácito. Sin poder sujetar las lágrimas, Joanyza puso su mano blanquísima sobre las del difunto y le dijo: “¡Cómo lo voy a extrañar, Padre!” El rosario respondió con un *¡tac!* Ana rompió a llorar también. Jamás aquellas dos buenas mujeres de destacados talles echarían el recuerdo del santo en olvido.

“El Padre Juan está ya en el Cielo —señaló una voz apagada a mis espaldas. Dios lo dotó de esas luces claras con las que se halla el camino en la vida temporal y se llega a la vida eterna.” Al volverme, vi a un anciano de pequeña estatura, vestido todo de negro. Joanyza y su marido saludaron respetuosamente al sacerdote demacrado y cojo de la pierna derecha.

— ¿Has traído a Ana? —le preguntó el clérigo a Joanyza.

— Sí, Padre, aquí está —dijo la bella, señalando a Ana con la vista.

— ¿Y a J.?

— Aquí estoy, Padre —respondí.

— Tengo que hablar con ambos separadamente para entregarles sendos mensajes del Padre Giovanni.



— Sí Padre —se apresuró a decir Ana, con una interrogación en la mirada.

— En tu caso —le adelantó el sacerdote para serenarla— se trata de conferirte una petición que iniciaste hace dieciocho años. El Padre Juan hizo valer tu solicitud poco antes de morir. Acompáñame a la oficina.

Ana siguió al sacerdote apaciblemente. Cuando salieron, noté que el Padre Ignacio, aparte de renquear, tenía su magra espalda algo corcovada. “Ya dijo Homero que la vejez no respeta a nadie —comenté interiormente mientras se alejaban.”

Avisé a nuestros amigos que iba a salir a esperar mi turno afuera. Quería evitarle la espera al Padre Ignacio. Además, el trayecto entre la oficina y la iglesia no era corto. Joanyza se sentó a rezar y su marido a velar.

A la salida de la iglesia, algo alejados de las puertas, hallé a Alfabeto y al fumador. Ellos preferían presentar sus condolencias charlando de pie afuera y fumando. Me uní a la conversación de mis vecinos mientras esperaba por Ana.

— Éste se lamentaba —me dijo Alfabeto a modo de saludo. Yo le decía que la muerte es el destino de todos los hombres.

— Es cierto —le respondí mecánicamente.

— Yo le tenía un gran aprecio al Padre Juan —espiró el fumador entre dos aspiraciones del pitillo que consumía.

— La pérdida de un hombre como el Padre Juan siempre es lamentable —les dije a ambos. A mí él me ayudó mucho.

— ¿Oye —me preguntó el fumador entre bocanadas de humo— qué se hizo con el cura muerto anoche? ¿Y qué fue del pobre Popolón?

— El cadáver de Popolón ha sido confiscado por las autoridades. El del monje debe de estar refrigerándose en la morgue municipal.

— He visto esta mañana algunos pedazos del monje por la calle —indicó Alfabeto. La limpieza que efectuaron los bomberos no ha bastado. ¡Qué mal se emplea el dinero de los contribuyentes, chico!

— Ya las hormigas se los deben de haber llevado —observó el fumador.

— Pues, que no nos piquen esas hormigas —bromeé.

— Oye, J.—dijo Alfabeto, haciendo un chasquido con la lengua— tú sabes que yo respeto a todas las religiones, hasta a la mía, ¿no?

— Es cierto.

— Pero no creo que haya infierno: nos dicen eso por espantarnos.

— Sí —añadió el fumador— para que la gente se someta por miedo.

— No me atrevo a confirmar tal cosa —les dije.

— Y mira —prosiguió Alfabeto— la confesión no es derecho divino. Con entregarse a Dios basta para salvar el alma... si la hay.

— Estoy seguro que por pecar no se pierde el alma tampoco —agregó el fumador, desechando la coletilla del cigarrillo que fumaba.

— Eso dicen los luteranos —aporté.

— Aunque a mí me sigue gustando la Iglesia Católica —soltó el fumador.

— Claro, claro, comprendo —le dijo acomodaticiamente Alfabeto. Pero a mí no me gustan esos ataques hipócritas de los católicos contra las libertades sexuales. Total, violan lo que predicán.

— Es que hay toros y vacadas —me dejé hablar.

— Eso debería cambiar, J. —volvió Alfabeto.

— Las reformas eclesiásticas han de venir de arriba o caeremos en la anarquía del luteranismo —les aseguré.

— Reformados o no, todos acaban cubiertos de tierra en una caja... a no ser que los cremen o los metan en un nicho —observó el fumador.

— Ahora mismo —manifestó Alfabeto— en esta iglesia hay gentes de diversos países que no hablan una misma lengua. Lo que todos tienen en común es la sexualidad.

— Y otros atributos —acoté.

— Claro, hombre —reconoció seriamente Alfabeto.

En ese momento, se bajaban de una camioneta el pelotero y su ex esposa. De los tres, yo fui el único sorprendido de verlos juntos.

— ¿Y eso? —indagué.

— Anoche, cuando Popolón enfureció, ella se abrazó al ex marido —me dijo el fumador. (Yo no había visto nada, pero el testigo que vio vale por dos.)

— Pero ya eso se había arreglado de antes —avaló Alfabeto.

— Así es —confirmó el fumador. Ella misma me confesó que, cuando supo que su ex marido había cambiado de religión, le dieron unos deseos locos de hacerle volver al carril católico.

— Y él aceptó gustoso porque estaba desesperado y era muy infeliz —añadió Alfabeto.

— *And that's the end of the story* —nos aseguró el fumador, yéndose a encontrar al pelotero y a su ex para entrar en la iglesia. Desde el parqueo, ambos ex cónyuges nos saludaron con la mano en alto.

— Esa mujer parece estar curada de los nerviosismos que la caracterizaban —observé.

— Mira, J., no lo comentes... pero el maestro de ceremonias he sido yo —certificó Alfabeto.

— No entiendo nada.

— Mi novia policia se casó en segundas nupcias con un abogado de esos que persiguen a las ambulancias y demandan a las compañías de seguro. Ella renunció a su puesto de agente-prostituta porque el esposo gana mucho dinero. Vive muy bien y viaja mucho con el marido. En resumidas cuentas, ya casi nunca me viene a ver.

— No veo la relación entre lo que me dices y el regreso del pelotero con la gritona.

— Es que te quería dar a entender que ando casi sin mujer, J.

— Disculpa, Alfabeto: debo de tener la lógica alterada por lo de anoche...

— Bueno, te diré que una noche, hace más de un mes, yo estaba gozando del roce de las hojas en el viento debajo de la mata de aguacates. Me sentía muy bien, con el espíritu sosegado. Entonces me vinieron ganas de orinar y me puse a despichar contra el tronco del aguacate. Hasta el rumor del chorro se entremezclaba con el murmullo de las hojas armoniosamente.

— ¡Qué sinfonía, chico!

— Repentinamente, un suspiro agudo cortó el aire. Era la ex mujer del pelotero que había salido en bragas a pasear y me observaba desde el lado opuesto del tronco. Con voz tenue exclamó: “¡Qué animal! ¡Qué bestia!”

— Habrás pasado una gran vergüenza —le dije por ayudarlo.

— No ha sido así —dilucidó. Le dije: “Pásale la mano que no muerde ni rasguña.” Ella la acarició primero, pero el cambio de figura del bruto la asustó e intentó la huida... más bien por pudicia, ¿sabes? Yo la retuve fácilmente, porque estaba avocada a quedarse, y le hice varios juegos amorosos. Le fascinaron las nalgaditas y los masajes... y tiene unos senos exquisitos. Por fin, descansó los antebrazos y la cabeza sobre la tapa del tanque de la basura y le practiqué una inserción canina, mordisqueándole la nuca y las orejas. En su vulva, sentía los latidos de un corazón contento y acelerado. ¡Cómo le gustan las mordidas! Aquella mujer, anteriormente fría, se transformó en un ser carnal y maullador.

— Pero vamos, hombre, se trata de la mujer de tu amigo —le reproché, interrumpiéndolo.

— Ahí vamos, J. Ella volvía todas las noches a que le hiciera el amor sobre la yerba, contra la pared de cualquier casa, en L contra el tronco del aguacate ó en mi casa. Así, mediante la asistencia de las buenas

prácticas eróticas, logré intimar con ella y amansarla. Como soy buen amigo de mis amigos, le expliqué que su ex marido y padre de su hijo, el pelotero que sufría, también podía hacer aquello con un poco de concentración e instrucción.

— Estarías cansado de tanto machaque...

— No, J., lo hice por amor al prójimo. Sé que no es bueno quien sube a lecho ajeno... indefinidamente. En cuanto ella dio su aprobación, fui a ver al pelotero y le di la clave de la solución de sus problemas. El mismo día que negociaron entre ellos, la ex mujer recibió al ex marido con las piernas abiertas. En cuanto se compuso el matrimonio, pusieron el televisor en la calle y prometieron que en aquella casa no se hablaría más de deportes ni se incurriría de nuevo en deudas. Entendieron finalmente que el peor pobre es el que mucho quiere.

— Bueno, si tú lo dices y es por la preservación de un matrimonio... Pero cata que haz de ser juzgado, Alfabeto.

— ¿No ves lo felices que son ahora? Los puse en contacto con el mismo abogado que llevó adelante mi demanda contra la policía. Han declarado la bancarrota legal y están prácticamente libres de deudas. Le han quitado ya el letrero de “4-Sale” a la casa porque se quieren quedar.

— Siempre sospeché que, en el fondo, había un malentendido sexual. Aunque dime, Alfabeto, ¿sigues teniendo relaciones con ella?

— Solamente si se siente deprimida y necesita un ‘boost’.

— Amor con casada, vida arriesgada.

— Si alguien entiende que una mal casada necesita varón, ése eres tú, J. Antes de ti, la bella Ana jamás miró a ningún hombre con deseos de mujer... al menos que se sepa.

— Buen abogado, mal cristiano. ¿Y no temes tener problemas con el pelotero?

— El cornudo siempre es el último que lo sabe. Ya él le preguntó a la ex si había dormido con otro hombre durante la separación.

— ¡Ah, sí! Entonces, sospecha algo.

— Ella le respondió que él es el único hombre con quien ha dormido.

— Le mintió.

— No le mintió. Conmigo nunca sintió sueño. Además, la memoria es tan infiel como la mujer misma. Él la cree y está contento: con eso basta.

— El engaño es avieso, Alfabeto.

— Sin mí, ellos estuviesen separados. Te doy mi palabra de honor que ella está bastante bien enmendada de la putería inicial, sobre todo desde que se les compuso la economía del hogar. Venga a nos el Tu reino

y Tu voluntad haremos. Ya no llora —¡las lágrimas secan pronto!— ni grita, porque no está frustrada. Yo te juro que no presiono en absoluto. Bailo al son que me tocan.

— No sé qué pensar. El enredo no suele obrar justicia.

— Cuando pases por la tierra de los tuertos, cierra un ojo, J.

En ese momento, Ana salió del edificio contiguo a la iglesia. La fui a encontrar. Llevaba la cara radiante de felicidad. Alegría belleza cría.

— Mi matrimonio con el maricón ha sido anulado por la Iglesia — me soltó, abrazándome. El maleficio de la bruja ha cesado.

— Gracias a Dios.

— Y gracias también al Padre Juan, que en paz descanse.

— Estoy a tu disposición, Ana.

— No sabes lo que dices... —alegó, desviando de mí la mirada embizcada. Vete ahora. El Padre Ignacio te espera en la oficina. Me voy a contárselo a Joanyza.

Ana saludó a Alfabeto. No compartió inmediatamente la buena nueva con él, pero lo urgió a entrar en la iglesia. Él se dejó llevar porque, en el fondo, era algo católico.

Entré a la pequeña construcción donde se hallaba la oficina. Hallé al Padre Ignacio meditando, tal vez orando. Toqué ligeramente la hoja de la puerta abierta con los nudillos de la mano para anunciarle mi presencia.

— Cierra la puerta y toma asiento, J.—me dijo. *Conside hic et loquere mecum*. Te voy a contar lo que ocurrió ayer por la tarde.

— Creí que se lo contaría yo a usted, Padre —observé sentándome a su lado.

— Estaba junto al Padre Juan cuando el mal monje volvió a aparecer en tu vida. Por mis ojos nada sé. Él me fue diciendo todo lo que ocurría.

— ¿Y cómo lo supo el Padre Juan?

— El Padre Juan oía las ideas. Cuando estuviste en peligro, se arrodilló frente al altar de la iglesia y oró por ti. Dios lo escuchó y te iluminó.

— ¿Fue acaso por mediación del Padre Juan que a Lamberto se le trabó la cuchilla en el bolsillo?

— Y también por intercesión de la Virgen María.

— ¿Y la transformación del perro?

— Fue un bote del maleficio pronunciado por el propio Lamberto contra ti. Ayer se dieron tres milagros: Dios te preservó de la venganza de Lamberto, honró tu propio anatema y curó la deficiencia mental del muchacho por el que pediste.

— Sí, tuvo que haber sido así.

— Dios se ha valido de ti para librarnos a todos del mal monje, hijo de sus malas obras.

— No puedo entender por qué.

— Porque quiso.

— Un gran trabajo para un simple ex novicio.

— De pequeños arroyos se nutren los grandes ríos. Antes de conocerte, Giovanni te vio en un sueño que procedía de Dios.

— Es sorprendente.

— Al Padre Juan y a mí nos sobrevino la vejez detectando y exterminando demonios. Ahora tú nos puedes ayudar. *Ecce ea quae in epistula scripta sunt* —me informó, entregándome una carta de puño y letra del muerto. Leí:

“ Bendito sea el nombre de Dios.

“ J.: A nadie le ha de faltar la hora de la muerte. Cuando leas estas líneas, estaré ya en Su santa presencia. Dios me mandó a seguir una vía en la cual se confunde lo humano con lo Divino. Le obedecí.

“ Tampoco tú debes ser remiso en la lucha por Dios. No recibiste la presencia del Señor en la soledad del yermo, como nos ocurrió a estos dos viejos sacerdotes; sin embargo, conoces la profunda meditación y la finalidad de la vida misionera.

“ Dios quiere que colabores estrechamente con el colectivo jesuita en la lucha contra los enemigos de Su Iglesia y la fe católica. La comunidad religiosa universal necesita hombres como tú, conocedores del mundo profano y la maldad humana.

“ El Padre Ignacio te pondrá al corriente de todo lo ocurrido y de cuanto es menester que hagas *ad maiorem Dei gloriam*.

Padre Giovanni.”

No acerté a hablar por un buen rato. Me vino a la mente el tiempo de mi transformación. Me había quedado mirando inquisitivamente al Padre Ignacio. El anciano tomó la palabra de nuevo:

— *Ego narrabo tibi omnia quae facta sunt*. El Padre Lamberto fue un hombre arrogante, sin escrúpulos y, sobre todo, sin caridad cristiana ni amor a Dios. Por eso el diablo anidó en él y se forjó ilusiones de conquista mundial. Lamberto se valía de un monje vicioso y degenerado para levantar un ejército contra la Iglesia.

— Siempre sospeché que Lamberto era la mayor fuerza destructora. Cuando un diablo toma cuerpo, se disfraza de fraile. Y los buenos monjes, constreñidos por sus votos de obediencia, no hablan.

— Los habremos de visitar con el visto bueno de Roma. Vendrá la Santa Hermandad armada con bula de excomuni3n y se romperá el silencio de los benedictinos. Por ellos nos habremos de enterar si Lamberto concebía la creaci3n de una sociedad secreta, como supongo, capaz de explotar la plaga mundial de pauperismo en contra de la fe. En el pasado, hombres como él han aspirado a acabar con los preceptos evangélicos entre las multitudes hundidas en la degradaci3n y la miseria. Su primera meta siempre es conculcar la fraternidad humana mediante todo tipo de corrupciones.

— Lamberto se expresaba ante sus compinches como si él fuese el mismo Anticristo.

— Tal vez lo haya sido: el diablo es impredecible. Eventualmente, me habrán de entregar su cuerpo. Lo llevaré a enterrar al monasterio. Conmigo vendrán tres expertos investigadores armados de cartas del Papa y de altos miembros de la Curia. Debemos interrogar a todos los monjes, hermanos y novicios sodomitas. Tú nos puedes indicar quienes formaban, o forman, parte del círculo de Lamberto en el monasterio. De ser posible, deseamos también duplicados de los reportes profanos o, al menos, una reuni3n con los investigadores. Con ese fin, te pido que vengas con nosotros.

— Naturalmente, Padre —asentí al compromiso.

Al mediodía, partimos en una caravana automotriz hacia el cementerio cat3lico. Delante iba el carro funeral con el féretro del santo. Precisamos de una escolta policial para no perder la integridad de la procesi3n en el tráfico de Miami. Al llegar al campo santo, nos detuvimos brevemente en un quiosco para que Ana comprase una corona de flores blancas.

Tendí la vista y columbré un tendej3n verde que proyectaba sombra sobre una tumba en la secci3n de la necrópolis reservada a los religiosos. Allá se dirigían todos. Los alcanzamos antes que comenzaran los últimos rezos y encomiásticos.

El adi3s fue breve. El Padre Ignacio dirigi3 nuestras plegarias. Cuando comenzó a deslizarse el ataúd fosa abajo, hubo vagidos y vahídos entre las docenas de dolientes. Rodaron lágrimas por las mejillas de Joanyza, Ana, la ex del pelotero, la madre del tontillo que ya no lo era — recientemente se habían convertido al catolicismo— y otras muchas. Alfabeto bajó la cabeza en seña de respeto, el antiguo fanático de los deportes abrazó a su mujer que ya lo era de nuevo y el fumador prendió otro pitillo. Cada cual echó una rosa blanca sobre el ataúd, diciendo

interiormente: “A más ver, Padre Giovanni”. Joanyza tropezó contra la tarima provisional y, de no sujetarla su marido, hubiese caído al hueco que iba dejando sobre sí el cofre funeral.

Antes de darle tierra al cuerpo nos mandaron a desalojar. Al partir, nos despedimos de todos aquellos que no eran vecinos nuestros. Alguien nos dijo que el ex marido de Ana andaba dando vueltas entre las tumbas. No se acercó.

Me sentía moralmente obligado a confrontar a los religiosos arteros infiltrados en el monasterio. Camino a casa, le confié a Ana la misión que el Padre Ignacio me había asignado. Ella se asustó mucho: empalideció y una espira azulenca sitió su linda boca.

— ¿No le hiciste ya un gran servicio a Dios arrancando una mala semilla de la tierra? —me preguntó.

— La raza tiene otros accidentes. Otros locos que visten el hábito monjil han llegado a creer que la herejía hace falta en el mundo. Ya se esgrimen las cartas de excomunión contra ellos.

— Por muchos crímenes que cometa un presidente, un general o un cardenal, no se le pone ante la justicia —observó Ana con gran candidez en las palabras.

— Si está en el bando fuerte.

— Por eso los más viejos viven desengañados de todo —manifestó, hundiendo la mirada verde en una nube.

— ¡Anímate! —la alenté. Quienes buscan seriamente la verdad y la justicia se amargan. Tú has superado la tristeza: ahora lánzala al olvido.

— ¿Terminará esa lucha algún día?

— Por mi parte, de mucho tiempo no será. Yo de mí soy pacífico porque temo ofender a Dios con brutalidades. La guerra la han declarado otros.

Finalmente, Ana aprobó mi resolución *ad maiorem Dei gloriam*.



## XVI. Las Exequias del Diablo

Pasó más de un mes antes de que los investigadores pronunciaran sus diversas opiniones sobre la muerte de Lamberto. El reporte oficial fue frío y despegado, sin que las palabras más significantes esclareciesen lo que callábamos.

Una minoría de analistas sostenía que algunas balas habían rebotado en el cuerpo escamoso de Popolón, rematando a Lamberto fortuitamente e hiriendo a ambos tiradores. Ningún detective creyó en las flamas del cancerbero —ni tampoco el sargento que las vio. Los escépticos concluyeron que Popolón, siendo un perro normal y corriente (sato) y no un *monstrum terribile*, no podía haber causado semejantes estragos en el cuerpo del monje; proponían, además, que el interfecto había llegado mutilado al sitio de la reyerta. Unos sospechaban de la vapuleadísima demonuca y otros del descalabrado *flight attendant* porque ambos tenían antecedentes.

Ambos sospechosos resultaron favorecidos por las declaraciones de quienes habíamos visto al benedictino vivo y zapateando. Se libraron de cargos mayores —la peligrosa policía de Miami prefiere cerrar sus casos con culpados. En nuestro asunto, no habiéndose hallado instrumentos macizos y filosos, salvo en poder del interfecto, resultaba improbable que alguien hubiese podido desbaratar el cuerpo del monje. Consecuentemente, como era de esperarse y dictaba la usanza, los analistas cerraron el caso inconcluso: se dispuso que no se entendía lo pudo haber sucedido.

El ruso andaba por la cuarta dimensión, sin familia en nuestro tiempo que reclamase sus despojos. Por tal, y como había formado parte de la clerecía en el mundo, las autoridades le entregaron el cuerpo y sus pertenencias a la Iglesia para que ésta dispusiera de todo como gustase.

Mientras esperaba el aviso del Padre Ignacio, mi vida volvió a la normalidad. Ana y yo pasamos el mes de abril disfrutando del buen tiempo y el uno del otro. La sangre sin fuego hierva. *Multo cum ea ludit*. Le repetía constantemente que el vestido sólo hace hermosas a las feas. Un día me dijo que el amor duele y no se siente. ¡Es falso que el alma santa reniegue del amor! Sentía tener que dejarla, aunque fuese por unos días.

Al caer de los atardeceres, paseábamos por el barrio. Seguíamos departiendo con los vecinos. El pelotero y su ex mujer se habían reconciliado totalmente: ya no se gritaba en la casa ni se volvía de las

tiendas cargando cachivaches inútiles. Quien bien ama todo lo perdona —pero más vale no meterse en líos. El fumador se volvía más pensador con el correr de los días: advertía, por ejemplo, que Alfabeto vivía tan complacido como toro a la zaga de la vacada. El ex tontín se matriculó en una escuela de oficios porque, como decía su madre, nadie nace enseñado y quien sabe que no sabe, sabe algo. La gente había cambiado, pero el vecindario seguía igual: cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Los domingos por la mañana, Ana y yo asistíamos a misa en compañía de Joanyza, su marido y sus dos hijos. Luego, por la tarde, Ana y yo íbamos a los pulgueros (*flea markets*) o a los malbaratillos domésticos (*garage sales*), donde no se paga alcabala, a comprar herramientas para trabajar en la casa y la camioneta.

Desde enero, leía tratados de mecánica automotriz, carpintería, albañilería, jardinería, pintura, electricidad, plomería y aire acondicionado para ayudarle a Ana a mantener sus propiedades de renta. Poca ayuda nunca estorba. Cuando iba a la ferretería por suministros y piezas, los empresarios me informaban gratuitamente sobre el uso de sus productos. La hermosura no dura, pero el saber sí crece. Casi inmediatamente, Ana pudo prescindir del jardinero, del electricista, del pintor, del carpintero y del *handyman*, quienes le cobraban carísimos los trabajos. Así, habiéndole hallado utilidad a la Geometría y la Física, me sentí útil yo también y opté por posponer cualquier certificación para enseñar Latín y Francés. Alfabeto me explicó que, como la mayoría de los trabajos se realizan dentro de la casa —lejos de la mirada de los inspectores— uno puede desenvolverse perfectamente bien sin necesidad de gente con licencias ni permisos del ayuntamiento.

Las entradas de Ana se incrementaron considerablemente de la noche a la mañana. Se iba llenando la hucha. Vivíamos por nuestra industria, con el sudor lloviéndonos del rostro. Sin convertirnos en esclavos de la hacienda, gozábamos de la playa y el frontón. Descubrimos que el trabajo hace ocio pero el ocio no hace trabajo. “*Cultivons notre jardin* —había dictaminado finalmente Candide.”

Como suele suceder con los animales, las autoridades quemaron el cuerpo de Popolón. Ana hubiese preferido enterrarlo en el patio de su casa, al pie de un limonero. A pesar de los reportes sobre la transformación de Popolón en cancerbero, la ciencia no lo quiso estudiar.

No me arriesgué a visitar a mi hermano aún porque desconocía el verdadero poder de Bertoldo. Lo creía capaz de ensañarse en mis pequeños sobrinos. Me había comunicado con mi hermano para advertirle que no

dejase a los niños ambular solos. Le tuve que explicar que había gente mala siguiéndome los pasos. Se sorprendió mucho de que unos monjes me pudiesen desear hacer daño. “Cuando el diablo reza, el fin viene cerca —le dije, porque los monjes sodomitas debían de sentir miedo.” Y le aseguré para consolarlo: “Por fortuna, nuca llueve como trueno.”

Ana se preparaba para mi ausencia. Algunas veces me hablaba con los ojos porque del mirar nace el amor y de no ver el olvido. La tranquilizaba con caricias y la abrazaba, asegurándole que volvería pronto. ¡Ah, el frotamiento pule tanto al diamante como a la mujer! Aunque, hablando en plata, no hay ausencia que mate ni dolor que consuma.

Con el dinero que ganamos, le compré a Ana un collar de piedras verdes, del color de sus ojos, que le adornaba bonitamente los senos. “Para que no te acostumbres a andar suelta —le dije la primera vez que le cerré el broche de la cadena sobre la deliciosa nuca.” Tanto la hermooseaba el collar que le pedía que no se pusiera nada más estando en casa. “¡Que nadie asalte mi dicha! —solicitaba del Cielo.”

Una mañana, a finales de mayo, cuando ya las flores de los mangos criaban frutos, escuchamos rechinar las bisagras de la cancela del patio. *Aliquem ianuam pulsare audivi*. Se personó en la puerta un sexagenario vestido todo del negro de la muerte. Llevaba guantes puestos. Abrí sin preguntar porque vi por el cristal gente de cogulla y pretina.

— Soy el Padre Antonio, de la Compañía de Jesús —se presentó gentilmente porque, a pesar de no sonreír, tenía un aire agradable. Tú debes de ser J.

— Sí, Padre —le confirmé.

— *Tabellarius sum* —explicó, entregándome un aviso sin firmar. Leí:

“ El portador de esta nota es el Padre Antonio de la Compañía de Jesús. Él es el primer consejero del Sumo Pontífice y partícipe de muchas disposiciones que se adoptan en el seno de la Santa Madre Iglesia. Ha venido desde Roma a desenmarañar el entresijo del monasterio. ¡Que Dios nos ilumine a todos!

“ Hoy, al mediodía, las autoridades habrán de ceder el cuerpo del monje difunto. Por mandato del Padre Antonio, se nos habrá de entregar a nosotros.

“Partiremos inmediatamente, *in currum*, hacia el monasterio. Nos acompañarán otros dos legados papales. *In viam*, habrás de ponerlos a todos al tanto de los pormenores del caso en lo que respecta a tu persona,

a los otros dos novicios, al abad, a los hermanos y a las investigaciones efectuadas por las autoridades competentes. Ellos te escucharán con gran interés.

“ Ya el coche funeral está listo. *Prima luce*, he telefoneado al abad para anunciarle que llegaremos mañana con el cuerpo de su asistente. Me ha dicho que hoy, por suerte, acaba de terminar el semestre y los seminaristas se van a sus casas.

“ Cuando llegemos, estará ya abierta la fosa en el cementerio del monasterio. Concluido el sepelio, comenzaremos la investigación.

*Veni sine mora.*

Mandé a pasar al Padre Antonio. En la sala de la casa, se quitó los guantes negros, sacó un encendedor del bolsillo de la chaqueta y me pidió la nota que yo acababa de leer. Hábilmente, produjo una pequeña llama que acercó al reverso del papel. Al hacerlo, apareció debajo del texto la firma del Padre Ignacio. Cuando la vimos, lo guardó todo en los bolsillos. “¿Qué habrá utilizado de tinta invisible —le pregunté a mi caletre— zumo de limón, orine u otra cosa?”

A veces una cosa ves y otra es. Noté que las manos y los antebrazos del Padre Antonio presentaban marcas de quemaduras.

— Me visto inmediatamente y nos vamos, Padre —le dije, mirando a Ana de soslayo.

— *Omnia scire cupio* —precisó.

— *Ego Bertholdus bene novi.*

— ¿Y de los hermanos qué sabes?

— Tengo las señas del investigador que escribió el reporte.

— Muy bien: quiero que le hables.

— Un miembro de la alta jerarquía eclesiástica tapó los crímenes de Lamberto por miedo al escándalo.

— Yo me haré cargo de él. Habremos de llegar a la raíz de este asunto, *J. Hoc tibi polliceor.*

— *Hoc non dubito.*

La hija de Ana había roto con el novio y volvería pronto a casa. Al menos Ana no estaría sola. El Padre Antonio estimó que estaríamos fuera menos de una semana. Rápidamente, Ana me ayudó a meter unos pocos artículos de primera necesidad en un maletín de viaje con ruedas. Como temía por mí, me echó adentro una navaja. Yo había envuelto en un calzoncillo un estetoscopio de ventosa que había comprado en el pulguero.

La despedida fue durísima. Cualquier interrupción de aquel mundo mágico —¡del que habíamos prescindido tanto tiempo!— era dolorosa.

El recuerdo de Ana prometía hacerme suspirar. No obstante, entendíamos que yo debía afrontar la amenaza latente de Bertoldo y sus presuntos cómplices. Serené a Ana advirtiéndole que ya el peligro mayúsculo había sido superado.

“*Lambertus occiso, contra Bertholdus nunc eo* —me dije, vivificándome.” Inesperadamente, el Padre Antonio me preguntó:

— ¿Aún tienes vocación religiosa, J.?

— Amo a Ana.

— Hace muchos años que estos casos se discuten en Roma.

— Me lo había imaginado —respondió Ana en un susurro.

— Algunos de los primeros discípulos ordenados por Nuestro Señor Jesucristo estaban casados —glosó el sacerdote antes de salir.

Los dos religiosos que acompañaban al Padre Antonio esperaban afuera, entre los cristales sombreados del carro funeral. El automóvil era prolongado, con tres filas de asientos y una superficie interior larga en la parte posterior, donde estaba el cofre vacío. En cuanto nos subimos, el auto rompió la inercia. “*Ad pugnam paratus sum* —me di ánimo, observando por la ventana trasera del auto los finísimos rasgos de Ana.” Ella quedó de pie en la acera, junto a la cancela de madera. Se había tapado los senos con un chal —no llevaba blusa ni sostenes— y un mantelo le cubría los exquisitos muslos —porque ya cocinaba. Entre sus párpados desfallecidos voló un beso de la embizcada mirada verde. *Au revoir*.

El Padre Antonio nos presentó a todos los ocupantes de la carroza funeral. Nos dijo que íbamos directamente a la morgue, donde esperaba ya el Padre Ignacio.

La mueca helada de Lamberto era grotesca. *Lambertus vix cognovi*. La faz del de Magog, normalmente fea de por sí, sin vida daba espeluznos. Acusaba horribles deformaciones surgidas de las últimas convulsiones que padeció. El color violáceo de la nariz larga y ganchuda y de los labios gruesos y pringosos le daban un aspecto endemoniado. Me produjo un gran asco. “El Diablo es muy feo —me dije.” Y les confirmé a los guardianes del cadáver y a los cuatro nuestros: “*Yes, this is Father Lambert.*”

Una vez identificada la materia del muerto y firmado el traspaso de los restos, dos porteros risueños, holgazanes y torpes sacaron el cuerpo del congelador. Lo empujaron en una camilla hacia la salida del edificio, donde esperaba el carro fúnebre. Por los pasillos, se quejaban en voz alta del sueldo que ganaban en su condición de empleados públicos. “Estos dos *brothers* deben ser grandes meadores de cerveza —especulé

mentalmente. Se sorprenderán cuando sepan que al diablo, que ahora duerme en las arcas del gobierno, también le gusta emborracharse.” Sin ninguna ceremonia, los morenos echaron el cadáver helado en el féretro negro que llevábamos. Al marchar, leí a través del cristal en sus caras decaídas que habían albergado la esperanza mentecata de una propina.

Partimos inmediatamente. Fue demorado salir del centro de Miami al mediodía. A la media hora, abordamos la carretera que atraviesa los pantanos. Era el camino más largo y lento, pero no dije nada en caso que quisieran echarle el cuerpo de Lamberto a los caimanes. “*Crocodili homines edunt*—le dije al Padre Ignacio.” Al rato, entendí que los romanos no albergaban intenciones de arrojarle el mal monje a las fieras del pantano, sino que simplemente seguían la ruta más interesante. El cuerpo de Lamberto se consumiría en polvo donde no se traza sombra, como el de cualquier otro cristiano. El jesuita que conducía le iba explicando al Padre Antonio el origen castellano de la palabra *alligator* (el lagarto) y que aquel pantano es en realidad un río poco profundo que se mueve lentamente hacia el golfo de Méjico.

Viajamos el resto del día y atravesamos el velo de niebla de la noche. A instancia de los investigadores, me pasé varias horas narrando mis experiencias en el monasterio. El jesuita calvo que no iba conduciendo tomaba notas detalladas de cuanto yo decía. Preparó un reporte en Latín en su ordenador portátil e imprimió cuatro juegos de copias. El Padre Antonio volvió sobre el reporte escrito y acotó muchos comentarios en los márgenes del papel. “*Omnia scire cupio* —repitió.” Y, después de haber reflexionado un largo rato, me preguntó:

— ¿Y quién es el confesor de los cinco hermanos que quedaron en el monasterio aquel verano?

— Todos ellos se confesaban con el Padre Lamberto —precisé, viéndole fruncir el ceño.

— Los hermanos son personas sin preparación —interpuso el Padre Ignacio. ¡Quién sabe qué barbaridades les habrá enseñado!

— Lo tenemos que averiguar —determinó el Legado Pontificio. ¿Y quién era el director espiritual de los novicios?

— El mío era el Padre Bertoldo —le informé. A los otros dos novicios los orientaba el Padre Lamberto.

— Naturalmente —advirtió el Padre Antonio. Uno murió ahogado la misma noche que el Padre Lamberto elaboraba una coartada para sí mismo en compañía de los hermanos con el fin de implicarte y salirse de ti. El otro, según dijo el difunto, no tiene memoria de nada; por malaventura, como Joseph se ha salido del monasterio, no tengo autoridad

para interrogarlo. En cualquier caso, podemos averiguar las señas del olvidadizo y tratar de refrescarle la memoria... como hicimos en Miami.

— No entiendo lo de Miami —le dije sorprendido.

— El reporte de la policía de Miami sobre la muerte de Lamberto y el incidente con el perro es impreciso y hasta necio, J. No nos sirvió de nada. Por fortuna, nuestros contactos dentro del cuerpo policial nos dijeron lo que realmente declararon los dos arrestados.

— Elvira y el mesero de vuelos —aclaré.

— Exactamente. Como se vieron amenazados de complicidad en la muerte del ruso, ambos pactaron separadamente cooperar en la investigación.

— Sé que Lamberto los reclutó para hallarme.

— Ninguno de los dos sabía que Lamberto te quería eliminar. Ellos se sumaron al esfuerzo de hallar al mono por una cantidad de dinero que nunca cobraron. El mesero se declaró culpable de infringir la orden de alejamiento, sin intención de causarles daño ni a ti ni a su ex esposa. La rubia se declaró engañada por Lamberto. Ambos dijeron que el perro se había crecido y le había causado todas las lesiones al ruso mientras ellos forcejeaban por quitarse de encima al muchacho discapacitado —el antiguo amante de Elvira. Dado que las declaraciones de los policías parecían fantásticas en un reporte serio, no se les formularon cargos a los detenidos.

— ¿Y eso es todo, Padre?

— No nos creas tan incapaces, J. Localizamos al mesero y a la rubia gracias a nuestros contactos dentro del cuerpo policial. De él no logramos sacar nada. Ella declaró todo lo que sabía por dinero constante y sonante.

— Elvira es un verdadero soldado de fortuna.

— Su declaración me alarmó —reveló el Padre Antonio, frunciendo el seño de nuevo. Ella, el mesero y Lamberto se hicieron amigos sobre la base de la recompensa en metálico. Lamberto invitó al mesero a un paraíso de homosexuales —según dijo, a la sombra de Dios— donde podría unirse con hombres jóvenes, y hasta con niños, en orgías divinas. A ella le prometió un puesto de superiora en un convento de Xville, donde practicaría la prostitución hierática.

— ¡Perros! —me dejé exclamar.

— Estamos batallando contra una incipiente sociedad secreta, J.

Descabecé un corto sueño por la carretera. En el albor del amanecer, nos detuvimos a lavarnos y a desayunar en un restaurante del camino. Al Padre Ignacio no le molestaba el sueño. Él intuía que, después de conocer a los malos monjes, yo estaba calado de agnosticismo. Los otros se

pusieron en fila para utilizar el reducido baño —yo había despachado en una zanja de la vía. Mientras se refrescaban, el Padre Ignacio me dijo por encima del humo de una taza de café:

— Hasta la condena de la Iglesia a las actitudes insumisas ha sido aprovechada por esos hombres diabólicos. Nadie quiere hablar en el monasterio por obediencia al abad. Las conspiraciones que nos acometen desde arriba no se descubren fácilmente porque ponen de cabeza todas las apariencias. Nos has puesto al corriente de una nociva conjura.

— Aunque yo mismo desobedecí a mis superiores, Padre.

— Obedeciste a Cristo: Él está por encima de todos nosotros. Aunque es cosa cierta, J., que debemos ver a Cristo en nuestros superiores, también Dios nos ilumina cuando Su Iglesia sufre. Jesús desobedeció los mandatos de los fariseos y los saduceos y echó a los mercaderes del templo.

— Cuando he estado en desacuerdo con la Iglesia, no se lo he comunicado a nadie más que a mi confesor.

— Así debe ser.

— El Padre Bertoldo, quien fue mi confesor durante cuatro años, nunca me arrancó las dudas del ánimo... más bien las pasaba por alto.

— Debemos de seguir siempre la opinión de nuestros superiores, aunque no estemos de acuerdo —aseveró el Padre Ignacio, quien una vez hubiese sido acusado de iluminismo. Así andamos por caminos seguros. *Hoc tu intellegis.*

— Así es. La rebeldía por sí misma no conduce a nada.

— Si aprendemos a buscar lo que nos puede unir a los mismísimos herejes para llevarlos al buen creer, ¿por qué no buscar lo que tenemos en común con los que comparten nuestro amor a Cristo? A mí se me disiparon las dudas —si alguna vez las tuve— en Tierra Santa. Cuando ves el lugar donde nació Jesús, dio sus primeros pasos, realizó milagros, instituyó la Eucaristía, sudó sangre y fue crucificado, ya no te queda lugar a dudas en el corazón.

— Debe de haber sido una bella experiencia.

— A Nuestra Santa Madre Iglesia siempre le han valido más muchos pocos que pocos muchos. Que Dios te bendiga como lo hizo el Padre Giovanni. (Mojó el dedo en agua y me dibujó la señal de la cruz en el dorso de la mano.)

Al mediodía llegamos a Xville, en donde se había conducido la investigación de la muerte del rubio. Acordamos que yo permaneciese esa noche en un motel de la pequeña ciudad para no perder el elemento de sorpresa: el Padre Bertoldo me suponía aún mono o muerto. Los otros se instalarían en el monasterio y comenzarían las pesquisas discretamente.



- *Opperire me hic* —prescribió el Padre Antonio.
- Aquí esperaré —le prometí.
- *Te hic manere volo*. Mañana, antes del mediodía, cuando hayamos tanteado el terreno, enviaré el coche a buscarte.
- *Hic est vir qui ecclesiae amans* —adjuntó el Padre Ignacio.
- *Itast* —le devolví al buen sacerdote.
- Mientras tanto —apostilló el Padre Antonio— haz todo lo posible por conseguir el reporte de la investigación de la muerte de Manny y los resultados del ADN.
- Lo intentaré.
- Que Dios te acompañe, hijo —se despidió el Padre Ignacio.

La confianza que ambos sacerdotes habían depositado en mí me alentaba. Todos deseábamos desenmascarar a Bertoldo y terminar con cualquier amenaza que éste representase. Sospeché que la amnesia del muchacho alto era pura conveniencia de alguien. Tal vez él, que ya había demostrado ser violento, me estuviese buscando también por mandato del abad.

Tomé una habitación en un motel del centro de Xville. El recepcionista se sorprendió de que me hubiesen llevado en un carro fúnebre, pero no me preguntó nada al respecto. A la media hora, dejé mi maletín en la habitación y salí. Anduve hasta la estación de policía, que estaba cerca.

Hallé sentado en su escritorio al investigador que había llevado el laboratorio portátil al monasterio casi dos años atrás. Sin dejar de mirar la pantalla de su computadora, me vio entrar con el rabo del ojo. Aparentemente, no me reconoció. Le tuve que refrescar la memoria. Por su manera amarrada de gesticular, estaba claro que se acordaba de mí pero no lo deseaba decir. “Esto no me gusta —dije para mis adentros.” Sin decir palabra, buscó en su base de datos los nombres que le di, la fecha del presunto accidente, las declaraciones de los nueve religiosos, los resultados de los exámenes de ADN, etc. No halló nada. Le pedí que rastreara el nombre del Cardenal X. Tampoco lo halló, pero la sombra de una preocupación le asomó al rostro. Le pregunté si los resultados de la investigación habían podido ser purgados. Ni asintió ni negó. Lo sondeé directamente sobre lo que recordaba y no produjo nada.

Durante casi una hora, había estado esforzándome en vano por sacarle información a aquel hombre. El investigador lo sabía todo y no estaba dispuesto a decir nada. Tal vez temiese por su empleo y pensión. *Ego*

*eum non probum virum esse credo.* Insistí al máximo porque sé que sin segundo no hay primero.

Finalmente, el investigador me preguntó recatadamente si yo tenía relación en aquel momento con algún monasterio. Creí prudente mentirle. Le dije que había residido una vez en el monasterio del que le había hablado, que me había detenido “unos minutos” en Xville a pedir el reporte por simple curiosidad.

Frustrado, salí a la calle. “¿Qué hacer ahora? —me preguntaba.” En el subconsciente, algo me decía que son más los que ensucian que los que barren. El investigador era el barrendero. ¿Cómo y dónde hallaría a los sórdidos?

Recordé con amargura que tenía veintidós horas que perder en aquel pueblo. Y no era aquél el mejor momento de estar sumido en meditaciones espirituales. Ya la caravana jesuítica habría llegado al monasterio. El Padre Antonio llevaba intenciones de obligar a todos los monjes y hermanos a asistir a una misa de cuerpo presente y caja abierta por el alma del Padre Lamberto. “*There’ll be a viewing* —le habrá dicho tranquilamente al abad.” Muchos se iban a asustar.

Me pasé tres horas en la biblioteca pública leyendo un manual de carpintería. Cuando ya sabía replantear y armar escaleras de madera y cambiar puertas, la bibliotecaria me mandó a salir porque era hora de cerrar. Le di las gracias y partí. Temí aburrirme porque aquel pueblo estaba muerto a cualquier hora.

Al bajar la escalinata de la pequeña biblioteca, oí una voz que preguntaba: “*Where do I know you from?*” Me volví y mis ojos tropezaron con los de una mujer rellena y corriente que vestía un pantalón vaquero. Tenía la cara ancha y los pómulos altos. Me vino a la mente una campesina polaca, ni realmente atractiva ni tampoco fea. Decididamente, no era el tipo de mujer de mucho esforzarme... Por suerte, la recordé en un flash: era la mujer policía que había iniciado la investigación de la muerte de Manny.

— *Hi!* —exclamé con la mayor afabilidad que pude.

— *Greetings!*

— Disculpa, no te reconocí sin uniforme —le dije.

— Hoy libro. Cuando te conocí, hace dos años, vestías sotana. ¿Ya no?

— No. Tú te ves bien sin el uniforme —mentí al vuelo. (Se veía más gorda.)

— Y tú sin la sotana.

- Oye —me arriesgué a preguntar— *are you spoken for?*
- Ahora mismo no tengo compromiso.
- Debe de haber una larga lista de espera —volví a faltar a la verdad.
- Yo no hablo de eso —se sonrojó, tocada. ¿Qué haces por Xville?
- Te invito a una cerveza y te lo cuento.
- *Thank you!* (Ésta iba a hablar por el otro.)

Nos metimos en un bar cercano. La gorda se llamaba Alina. No podía andarme con escrúpulos y fallar. Tenía que averiguar quién había mandado a purgar la investigación de la muerte de Manny y por qué. Le pedí perdón a Dios porque empezaba ya a actuar como la demonuca. *Qui ipse se iuvare non vult, auxilium deorum non meret.*

El bar estaba oscuro y medio vacío porque era un día entre semana. Alina no necesitó beber mucho para empezar a soltar la lengua. La garganta seca no canta, pero la que bebe mea. Antes de terminar la primera cerveza, me confesó que su vida de policía en el *town* era muy aburrida. Todas las semanas, tenía que ir a la misma granja de pollos a arrestar al mismo mejicano borracho que le pegaba a su mujer. El resto del tiempo lo pasaba buscando fugitivos de la justicia de otros estados que jamás pasaban por Xville. En cinco años, había redactado cinco citaciones de tráfico pero, como el juez conocía a todo el mundo, no había multado a nadie.

Le dije a Alina que había ido a Xville a presentarme para una plaza de maestro en un colegio católico de monjas. Me vino a la mente aquel embuste porque era precisamente en ese convento donde Lamberto había prometido ubicar de madre superiora a la demonuca, la mujer hermosa y sin virtud. ¡Cuánto me molesta mentir! *Sed aliae viae clausae erant.* Durante la segunda cerveza, Alina me deseó mucha suerte porque, en caso de obtener la quimérica plaza, podríamos ser amigos y vernos a menudo.

Invité a Alina a cenar a un restaurante italiano. ¡Qué manera de comer lasaña y beber vino la gorda! Y, al beber, decía bien su parecer.

Para bajar la cena, anduvimos un rato por las calles casi vacías de Xville. La niebla se había disipado y el claro de luna caía impunemente sobre la gorda. Ella, media borracha ya, me hablaba de las investigaciones que había ayudado a realizar, y sobre quién se había llevado qué de dónde cuando la nueva generación hacía *shoplifting*. Sin muchos deseos, la escuché cortésmente hablar de los indocumentados que se detenían en Xville a parir o a buscar trabajo. Entonces, le eché el brazo alrededor de la cintura —sin poder abarcarla toda— entré a una farmacia y compré media docena de preservativos.

— Oye parece estar muy seguro de ti mismo —me dijo al oído, encantada. ¿No será engreimiento?

— Mira, Alina, Xville es un pueblo muerto —precisé. ¿Y qué si, cuando estemos animados, hallamos la farmacia cerrada? Te podrías poner muy gorda.

— Bueno, en eso tienes razón...

— Además, hombre indeciso no conquista buena hembra.

— Gracias. Te voy a contar un secreto. Aquella vez, cuando me llevaste al puente de madera sobre la laguna, hubiera querido levantarte la sotana y... tú sabes.

— No, no sé: cuéntame.

— Y gozarte allí mismo como una desesperada.

— ¿Sin condón?

— Ni lo pensé.

— Yo también lo estuve deseando —le volví mentir. (Posiblemente ambos estuviésemos mintiendo.)

— Después me pasé muchos días soñando contigo.

— Te debí de haber metido mano, pero tenía que ser precavido...

— Y yo.

— Oye —expelió alcohólicamente, esbozando una sonrisa pícaro— al menos dime qué talla de condones compraste.

— Médium.

— Los hombres son tan alardosos que algunas veces los compran demasiado grandes y se les resbalan... Las prostitutas se quejan mucho de eso cuando las arresto.

— Es verdad —le tuve que dar la razón. En los mingitorios, los tipos se alejan demasiado por alardear y terminan meando el piso.

La luna se apiadó de mí y se escondió entre unas nubes negras que movió un viento afortunado —en la oscuridad de una noche cerrada cualquier mujer es hermosa. Acordamos irnos al motel en el auto de Alina. Antes de que la licorería cerrara, compramos dos botellas de vino. “Los curas saben que el vino es bueno porque no cría ranas —le dije para que riera.” En realidad, estaba pensando: “Si el vino perjudica tu precaución, abandónala.”

En el motel, la gorda se desvistió rápidamente porque estaba muy falta de amor. Por pudor, no quiero decir las cosas que me dijo. Y, modestia aparte, con la luz apagada, le hice muy buen trabajo amoroso. Su noche tuvo que haber sido inolvidable porque mugía de contentura horizontalmente, rodeándome las costillas y las piernas con sus pingues extremidades.

Largando algún gazapatón por efecto del vino que yo le echaba en la jícara, Alina me contó su vida durante los intervalos de reposo de su placer. La escuché atentamente, como un psicólogo o un sacerdote, y se sintió bien porque necesitaba a alguien que le prestara atención a su existencia. Primero me habló de sus padres, de los juegos de su niñez y de su primera experiencia erótica en el asiento trasero de un automóvil. Luego departió largamente sobre su malogrado matrimonio con un borracho y la subsiguiente adicción a la comida que le desmayaba la hermosura. Me preguntó si íbamos a seguir haciendo el amor en caso que yo consiguiera la plaza en el colegio y le dije que sí. Me imagino que Dios, en Su infinita sabiduría, me hizo gallo de cualquier gallina y, en Su infinita misericordia, me extirpó algunos escrúpulos.

¡Ay, gorda, sólo tú me podías decir la verdad! Nuestra conversación había sido larguísima. Sobre la medianoche, después de mi penúltima intervención sexual, Alina terminó la segunda botella de vino. Respiraba fuertemente. “Descansa —le dije, pensando en descansar yo.” Recostó la espalda turgente al cabezal de la cama, aspiró fuerte y dejó escapar un cansado pero satisfecho: “¡Aaahh!”. Supe llegado mi momento.

— Tu vida es más interesante de lo que crees —le dije, acariciándole un pezón.

— ¿Te parece? —me preguntó, cerrando los ojos para gozar la caricia.

— Sí. Recuerdo cuán inteligentemente actuaste en la investigación del novicio ahogado. De no ser por ti, las mentiras de aquella partida de homosexuales lo hubiesen tapado todo.

— Gracias a tus sugerencias, querido, todos me felicitaron. Las pruebas de ADN de los maderos, la ropa de cama, los anos y los penes fueron genialidades. Es el único asesinato que se ha investigado en esta jurisdicción. A las dos semanas, me promovieron.

— ¡Cuánto me alegro!

— Gracias, *love*.

— Me gustaría leer el reporte.

— Nadie lo puede leer porque el investigador a cargo borró el archivo.

— ¿Por qué?

— El alcalde le dio órdenes de terminar con todo aquello. Me recogieron la libreta de apuntes y la desaparecieron. La muerte del novicio se declaró oficialmente accidental.

— ¿Y quién le mandó al alcalde a entrometerse en el asunto?

— Oye —dijo repentinamente, despertando parcialmente de la ensoñación pezonera— estás haciendo muchas preguntas. No irás a armar líos, ¿verdad?

— Claro que no, *honey*.

— Mira que me puede costar el puesto.

— Te doy mi palabra de honor que indago por simple curiosidad. Pero el vino y la verdad, sin aguar. ¿Por qué se interesó el alcalde?

— Según tengo entendido, el alcalde tiene que ver con la madre superiora del colegio donde vas a enseñar. La habrás visto: es una mujer preciosa.

— Sí, es muy bella. (No la conocía.) ¿Son amantes ella y el alcalde?

— No repitas eso, que es un secreto. Si te quedas en Xville, con sotana o sin ella, también tú y yo podremos ser amantes.

— Naturalmente.

— A ti la superiora no te va amar. Lo que realmente quiere es poder. La van a hacer abadesa de convento mayor, presidenta de algo o no sé qué.

— Pero ¿quién le pudo haber pedido a la madre superiora hablar con el alcalde?

— La superiora es sobrina de un cardenal.

— ¿Del Cardenal X?

— Ese mismo. Él sale muy a menudo en los periódicos.

Botellas vacías y cuento acabado, nos dormimos. Por afición a la pasión, Alina se había convertido en portavoz de los intrigantes. Me llevé el resto de la noche en un sueño. A las seis, nos levantamos y nos dimos una larga ducha de recuperación e higiene. Alina se fue a las siete, cuando un rayo de sol se metía ya por la ventana y tocaba mis sábanas. Me volví a dormir.

Antes de las nueve, Alina volvió a despertarme con su amorosa pestilencia. Me llevó el desayuno. Iba de uniforme, en un coche de la policía. Como era de esperarse, después del refrigerio le di una sentida despedida en la cama.

Doy palabra de que mis pecados jamás habían urdido sobornar de tal manera a una mujer... ¡pero a ella le gustó tanto! Sobre las nueve y media, recibió una llamada por el radio y se tuvo que marchar. ¡Ya era hora porque me sentía extenuado!

Al ver desaparecer a Alina por la carretera, sentí un poco de remordimiento. Le pedí perdón a Dios por haberla chalaneado con mi sarta de mentiras. Al mismo tiempo, consideré la circunstancia atenuante

de haberle dado un poco de felicidad a aquel triste ser, sirviendo a la vez a la Santa Madre Iglesia.

Me quedé esperando en la habitación del motel, listo para partir. Metí en una bolsa plástica las botellas vacías, los profilácticos desechados y los empaquetados, los estuches y la caja. Le dejé una propina a la mujer maya que iba a tener que recoger las sábanas y las fundas manchadas de vino, esperma, sudor y flujo vaginal.

A las diez, llegó el Padre Ignacio en la carroza funeral a recogerme. Conducía uno de los jesuitas. “*Nunc, profiscere mecum monasterium* — me habló con cierta urgencia. Cuando lleguemos al monasterio, a las diez-y-media, estarán todos dándole sepultura al muerto. Te podremos introducir secretamente en una habitación cercana al salón de los interrogatorios. Yo mismo te iré a buscar cuando sea menester evidenciar que tu lengua no está muerta.”

En un santiamén, entregué la llave de la habitación, cogí mi maletín y partimos. Cuando estábamos ya fuera de Xville, el Padre Ignacio me preguntó:

— ¿Has podido averiguar algo, J.?

— Sí, Padre. El archivo del reporte ha sido borrado y las notas destruidas. He hablado con el investigador y dice que no sabe nada.

— Y si no dice nada, ¿cómo lo sabes?

— La agente que llegó la primera al lugar del crimen me conoce. La encontré fortuitamente anoche. Hace dos años, ella misma me había contado, en confianza, el resultado de las pruebas de ADN. Con maña, logré que nombrara a los encubridores.

— A ver, ¿quiénes son?

— El alcalde de Xville le ordenó a su subordinado, el jefe de la policía, terminar la investigación y declarar que la muerte del novicio fue accidental. Valiéndose de promociones y otras dádivas de corrupción, lograron que el investigador a cargo borrarse el archivo electrónico y que los agentes entregasen todas sus notas.

— ¿Y qué tiene que ver el alcalde con este asunto?

— Absolutamente nada. El alcalde es amante de la superiora del convento, que es sobrina del Cardenal X. Está claro que, cuando el Padre Bertoldo amenazó al Cardenal X con el escándalo, éste llamó a su sobrina y ésta al alcalde.

— ¡Qué follón!

— Por eso, agradecido o chantajeado, el Padre Lamberto planteaba promover a la superiora y dejar a Elvira, la demonuca, en su lugar.

— ¿Y qué de esa agente que conoces?

— Es una buena mujer.

— ¿Nos podrá ayudar?

— No. Y no debemos causarle problemas porque es muy vulnerable.

— Entonces no podemos contar con las autoridades.

— *Itast*. Todo se tiene que resolver internamente.

— El peso de esa responsabilidad es abrumador. Rezaré por el Padre Antonio.

Con las manos en el volante, los ojos en los otros y los oídos en los cantos fúnebres, llegamos al monasterio. Como previó el Padre Ignacio, los monjes y los hermanos estaban entonando en el cementerio: le rogaban a la tierra que no vomitase el cuerpo de aquel bellaco. Sin dilación, me llevaron a una habitación en el segundo piso del edificio principal.

“A las once —me previno el Padre Ignacio— el Padre Antonio va a comenzar a llamar a los cinco hermanos que mentaste. La cadena siempre se rompe por el eslabón más débil. Cuando te necesitemos, te iré a buscar.”



## XVII. Quinto Reporte Sobre los Hombres

A las once de la mañana, sentí percusiones de pisadas. Una puerta se abrió y se cerró muy cerca del cubículo en que me hallaba. Luego quedó flotando un silencio de cementerio en el pasillo.

Sin pensarlo, abrí el maletín. Busqué el calzoncillo en el que había arrollado el viejo estetoscopio adquirido cándidamente un domingo en el pulguero de Miami. Me puse el instrumento en los oídos y pegué la ventosa a la pared más cercana al lugar de donde se había abierto la puerta. Escuché un movimiento de papeles y una conversación lejana. Entonces, sobrado de voluntad, ensayé a poner el *pickup* del instrumento dentro de un armario empotrado en la pared. Las ondas sonoras se recibían tan claramente allí que metí una silla dentro del ropero y me puse a escuchar.

Confiaba en la palabra del Padre Ignacio y también en la del Padre Antonio. Sin embargo, les tenía mucha más confianza a mis oídos. Inexplicablemente, en mi subconsciente sonaron las notas de la apertura del *Tannhäuser* de Richard Wilhelm Wagner durante todos los interrogatorios.

— Padre Daniel —entendí la voz del jesuita calvo que había tomado mi deposición en el automóvil— ¿desde cuándo es pupilero en este monasterio?

— Este ha sido el noveno año —escuché claramente la voz profunda del Padre Daniel.

— ¿Desempeña alguna otra función aquí?

— También soy maestro de Religión.

— Debo de advertirle que esta encuesta ha sido impuesta por el Papa. Cualquier desviación de la verdad será sancionada de acuerdo a la Ley Canónica. ¿Me entiende?

— Lo entiendo, Padre.

— Además, lo que se hable aquí es secreto de confesión. ¿Me entiende?

— Lo entiendo, Padre.

— ¿Tiene alguna objeción a la encuesta o desea hacer alguna pregunta al respecto?

— No, Padre. He profesado los votos. Estoy a la disposición de las autoridades eclesiásticas.

Reinó un minuto de silencio, al cabo del cual se oyó la voz firme del Padre Ignacio:

— *Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto.*

— *Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum*

—respondieron varias voces. *Amen.*

— Comencemos entonces —dijo el Padre Ignacio *vix prece finita.*

En aquel momento, el Padre Antonio tomó la palabra. Él llevó a cabo todo el interrogatorio del Padre Daniel. Me imagino que los demás escuchaban atentamente y tomaban notas.

— Padre Daniel, ¿conoció bien al ex novicio J.? (¡Hablaba de mí!)

— Estuvo bajo mi tutela durante cuatro años, Reverendo Padre. Luego desapareció.

— Quiero que me hable de él.

— Fue muy buen alumno, siempre dispuesto a asistir a sus compañeros y a cualquier monje... así tuviese que ir a Xville.

— ¿Qué hay con lo de Xville?

— En una ocasión, el cura párroco nos pidió un sacerdote. Le pedí a J. que acompañase al monje que enviamos y lo ayudase a decir la misa. Regresó triste y sumamente impactado de que los feligreses se hubiesen negado a recibir la comunión de manos del monje de color.

— ¿Se sobrepuso?

— Me dio la impresión de que el muchacho sufría una crisis de agnosticismo.

— ¿Por qué dice eso?

— Por esas fechas, su padre murió en un hospital por negligencia humana. Poco después, su madre murió de un cáncer fulminante. Él nunca me lo dijo, pero sus conversaciones dejaban entrever dudas del plan divino.

— ¿Algo más?

— Sí, Padre. El primer día de regreso de cada semestre, cuando recibíamos a los familiares de los seminaristas, J. miraba con demasiado interés a las hermanas de sus compañeros... y a veces a las madres también. En alguna ocasión, les sonrió y hasta entabló conversación con ellas. Temí que, durante los períodos de asueto, se relacionara con mujeres.

— ¿En qué más basa su sospecha?

— Recibía cartas de mujeres. Vivía en Miami y, sin embargo, volvía al monasterio hablando de la natación en los lagos de Michigan...

— ¿Por qué Michigan?

— La hermana soltera de un compañero suyo tiene una cabaña a la orilla de un lago en Michigan. En mi opinión, Reverendo Padre Antonio, J. no era el tipo de religioso que esperaba aprender los pecados carnales en el confesionario.

— Bien, pasemos adelante. El confesor de J. era el abad. ¿Por qué escogió J. al Padre Bertoldo?

— El abad escogía a los seminaristas que iba a confesar. Se considera un honor tener al Padre Bertoldo ó al difunto Padre Lamberto de confesores.

— ¿Por qué? ¿No son los seminaristas quienes escogen a sus confesores?

— Cuando el Padre Bertoldo fue nombrado abad instituyó esa costumbre.

— ¿Cómo que “fue nombrado”? ¿No elegís vuestro abad?

— Cuando murió el abad anterior, el Cardenal X y el Sr. Obispo de Iville nos hablaron de las grandes facultades administrativas del Padre Bertoldo. Todos estuvimos de acuerdo...

— ¿Estaba ya el Padre Lamberto aquí?

— No, el Padre Bertoldo lo trajo de otro monasterio cuando necesitó un coadjutor.

— Dígame, Padre Daniel, sin reservas: ¿Ha sabido de homosexuales practicantes en el monasterio?

— Yo sorprendí al novicio que se ahogó *in fraganti* con un seminarista negro que ya no está con nosotros.

— ¿Los amonestó usted?

— No, Padre. Se lo comuniqué al Padre Lamberto.

— ¿Y qué hizo el Padre Lamberto al respecto?

— No lo sé. El seminarista de color se salió un día y no supimos más de él.

— Y el confesor de Manny era el Padre Lamberto, ¿no es cierto?

— Así es.

— ¿Le contó usted lo que vio al abad?

— El Padre Bertoldo prefiere que los asuntos de disciplina se traten con su coadjutor.

— ¿Cree usted que el abad sea un homosexual practicante?

— Por favor, Padre Antonio, evíteme hacer un juicio temerario.

— Le he pedido su opinión en nombre de la Santa Sede y del Papa.

— El abad es... afeminado y, algunas veces, toca innecesariamente a los seminaristas. Sin embargo, jamás lo he visto ni he sabido que haya tenido un *rapport de homosexualité* con nadie.

— ¿Y el difunto Padre Lamberto?

— Él les daba clases a los hermanos...

— ¿A todos?

— No, a un pequeño grupo.

— ¿Sostenía relaciones de pederastia con ellos?

— No se sabe por seguro.

— Pero se comenta, ¿no es así?

— Puede tratarse de un juicio temerario contra el coadjutor.

— Naturalmente. Dígame, Padre Daniel: ¿tuvo J. alguna relación homosexual aquí?

— Ja, ja, ja... ¡No!... Discúlpeme, Padre Antonio. Que Dios me perdone el exabrupto.

— No me ha parecido mal. Yo tengo que preguntarlo todo. ¿Crían pollos y palomas aquí?

— Los susodichos hermanos atienden un palomar y una pequeña granja de pollos.

— ¿Los comen aquí?

— Sí.

— ¿De todos los colores?

— No. Por algún motivo, las palomas blancas y las gallinas negras se dejan para cría.

— ¿Y eso da como resultado más gallinas negras y palomas blancas?

— No lo creo... pero nunca me he puesto a aplicar las leyes de la herencia de Mendel.

— Claro. ¿Sabe lo que es la nigromancia?

— Sí, Padre, pero esto es un monasterio. Aquí no se practica la hechicería ni se inventan cábalas.

— Comprendo. ¿Tiene algo más que añadir con respecto al tema de la homosexualidad en el monasterio?

— Nada que sepa a ciencia cierta, Padre Antonio.

— ¿Se irán pronto los monjes al extranjero?

— En un par de días se habrán marchado casi todos.

— ¿Quién va a quedar aquí?

— El abad y varios hermanos. Algunas veces, el Padre Bertoldo invita a quedarse o a volver a algunos de los que habrán de comenzar los estudios de Teología.

— ¿Ocurrió así con J.?

— J. regresó hace dos años, cuando ya habíamos marchado los monjes. Formaba parte de un grupo de tres que ya no están. Uno se ahogó en el lago, otro sufrió un golpe y perdió la memoria y J. desapareció sin dejar rastro.

— Gracias por todo, Padre Daniel. Antes de marchar, escriba en un papel los nombres de los cinco hermanos que quedaron aquí el verano antepasado, cuando le ocurrió la tragedia al novicio Manny. Además, averigüe las señas del muchacho que sufre de amnesia... a ver si se le esclarece la memoria.

— Se hará como usted mande, Padre Antonio.

A los pocos minutos, se volvió a abrir y a cerrar la puerta. El Padre Daniel pareció despedirse con un “*have a wonderful day*” desde el vano de la puerta. El Padre Antonio envió a uno de los jesuitas a buscar a uno de los hermanos.

— Esto se empieza a aclarar —expuso el Padre Ignacio.

— Es cierto —dijo el Padre Antonio después de un breve silencio. Acabamos de hablar con uno que vio. El Padre Daniel sabe y no dice, tal vez por humildad y modestia, que de no haber intervenido el Cardenal X, él hubiese sido electo abad.

— ¡Cuánto me alegro de que J. esté exonerado de cualquier falta! — intercaló el Padre Ignacio.

— No lo está, Padre Ignacio. Ese joven necesita casarse.

A continuación, se produjo una tragedia en cinco actos o, mejor dicho, cinco repeticiones del mismo acto. Los jesuitas se avistaron con cada uno de los hermanos separadamente. Los interrogatorios duraron hasta las diez de la noche. Bajo amenaza de exclusión de la Eucaristía y expulsión, cada uno de los cinco hermanos confesó la misma historia.

El Padre Antonio les advirtió a los hermanos que ya no le debían obediencia al abad. Primero, coaccionó a cada cual con la amenaza de que perdería su alma. Luego, con pruebas, los obligó a confrontar el enorme pecado que habían cometido por seguir las enseñanzas del ruso. Los hermanos lo confesaron todo con lujo de detalles impúdicos. Lloraban, gritaban, se revolvían por el piso, se desmayaban... y pedían perdón por sus pecados.

Se sentía en el aire como un aleteo de perdición eterna. Los cinco hermanos se vieron precisados a enfrentarse con lo que callaban. Habían encubierto un crimen por lealtad a sus superiores. Por fin, declararon de buena fe ante el crucifijo del Padre Ignacio. Todos confesaron que Lamberto había provocado la caída al lago del novicio. El ruso les había dicho que el rubio era tan feo que promovía la castidad: el Padre Bertoldo tenía que acaramelarlo a oscuras, con los ojos cerrados. Unas veces, Lamberto justificaba el proyectado crimen diciéndoles que el novicio era un necio que se había infiltrado entre ellos y los destruiría; otras veces señalaba que, como a cualquier otro superfluo, había que eliminarlo. Los hermanos habían ido a buscar el cuerpo del ahogado al lugar y a la hora que el de Magog les había indicado. Cuando las autoridades les habían hecho las pruebas de ADN, Lamberto les demostró su poder liquidando la investigación.

Desde el momento en que se expuso el cuerpo del Padre Lamberto, los hermanos se asustaron. Los molieron los sermones de los jesuitas. Hasta entonces, habían creído que el ruso era un profeta. No podían creer que Dios lo hubiese dejado sucumbir tan vilmente. No se imaginaban, ni remotamente, que los rezos de un santo le habían atado la navaja homicida al bolsillo cuando quiso matarme. Algunos habían llorado durante la misa y otros no habían querido asistir al entierro. Acaso temiesen que Lamberto, como el puerco, lo habría de dar todo después de muerto.

El monje hereje, feo y vicioso había aprovechado la ignorancia y el uso imperfecto de la razón de los cinco hermanos para enseñarles opiniones contrarias a los Santos Evangelios. Era un asesino de almas. Les había dicho que Jesús y sus discípulos andaban juntos predicando y amándose físicamente los unos a los otros. Los animó a hacer lo mismo entre ellos y con él. Los había convencido de que los milagros de Cristo habían sido encantamientos obrados con sangre de palomas y gallinas. Les había prometido altos cargos en la incipiente sociedad religiosa compuesta por él mismo, el abad y varios novicios; en el futuro, los hermanos serían más respetados que los monjes, cuyo mucho saber frenaba el conocimiento y, por vez primera, los hermanos trabajarían menos que los monjes.

El nuevo credo rompía los vínculos con Roma. Ya el bautismo no unía a Cristo ni a la Iglesia. El rito de iniciación consistía en chapotear un poco de agua con un amigo en el lago. La excomunión ya no era válida, así fuese automática o procesal. Jamás se perdía la gracia ni se pedía la absolución por los pecados, sino que se perdonaba cada cual a sí mismo. El Papa y los obispos eran farsantes que violaban todos los sacramentos, sobre todo el de la confesión. En el reniego del monasterio, los oficios y las funciones eclesiásticas les serían lícitas a todos los miembros de la nueva ortodoxia.

Durante varios años, los hermanos habían negado, y hasta abjurado, su fe católica. Habían reclamado el derecho de apostasía como libertad de conciencia. Sostenían que el libre albedrío es una manumisión mentirosa, invento de clérigos que juzgan y castigan las faltas a sus propias imposiciones. Sin abandonar el registro de pertenencia a su condición, los hermanos negaban la adscripción inicial a la Iglesia por el bautizo y exigían la libertad de culto.

El Padre Antonio le explicó separadamente a cada hermano de qué manera la corrupción de la piedad lo había convertido en hereje y cismático. Lo amonestó sobre sus desviaciones particulares del contenido de la fe y su insumisión a la autoridad legítima del Papa; también desmintió las corrientes de opiniones divergentes sobre el significado de la verdad,

suscitadas por el diablo con miras a producir conflictos y ruptura en la Iglesia de Cristo. Sin ambages, le recriminó específicamente a cada cual sus actos viciosos de homosexualidad y les advirtió cuál había sido la consecuencia natural de tal: la apostasía. Hasta les recordó que, en la antigüedad, a aquellos que envenenaban el espíritu de los hombres, como ellos, los quemaban vivos.

Después de la confesión, el Padre Antonio les impuso a los cinco hermanos una larga penitencia de oración y un dilatado estudio del Dogma Sagrado. Los envió a cinco monasterios separados a buscar el olvido, con la orden de jamás volverse a ver o a hablar los unos con los otros ni con ningún conocido del monasterio. A cada uno de ellos le remachó que el Padre Lamberto había sido malo con él mismo y bueno con nadie.

Las declaraciones del Padre Daniel habían puesto en perspectiva los malos manejos del abad. Las confesiones de los cinco hermanos implicaban directamente en la corrupción y la herejía al Padre Bertoldo.

Sobre las diez y media de la noche, el Padre Ignacio tocó a la puerta del cubículo en que me ocultaba. Creí que me llevaría algo de comer porque yo estaba muy hambriento. No fue así. Lo interrogué con los ojos.

— J.—me dijo al llegar. El Padre Antonio ha decidido postergar el interrogatorio del abad dos o tres días, hasta que todos los monjes hayan desalojado. Esperamos una discusión sumamente profana y dañina a la fe. Ni te podemos tener encerrado aquí ni deseamos que te vea nadie. Te vamos a enviar a Xville esta misma noche. Alójate en cualquier motel. A principios de la semana entrante te necesitaremos aquí.

— Entiendo. (Me parecía descabellado dejar que Bertoldo se preparase.)

— Le tengo una gran confianza al Padre Antonio. Él también es capaz de exorcizar, como el Padre Giovanni, y ha luchado y vencido a muchos demonios infiltrados en la Iglesia.

— *Haud dubie*. Quería estar absolutamente seguro.

— No te vamos a engañar.

— ¿Y qué ha ocurrido hasta ahora? —pregunté por saber lo que ya sabía para que no se supiese que lo sabía.

— La interrogación de los cinco hermanos que nos mencionaste fue brutal. Lo admitieron todo, se arrepintieron y fueron perdonados. Ya se han ido de aquí a cumplir su penitencia.

— ¿Han implicado al abad, Padre?

— Así ha sido. Gracias a Dios, la tramoya se está desenvolviendo. Pero debes marcharte ahora. Si el Padre Bertoldo te descubre, es de

esperarse que la locura le traiga a la memoria tu rebeldía y sea capaz de hacerte daño. Como medida de seguridad, hemos sustraído el revólver que guardaba en su aposento.

A medianoche, el jesuita que había conducido la carroza funeral pasó a recogerme. Había cambiado la furgoneta por un sedán negro. La pregunta curiosa sobre el cambio de vehículo afloró a mis labios pero la contuve. Había terminado el *Tannhäuser*.

El sacerdote italiano llevaba cara de pocos amigos. En verdad, ambos asistentes del Padre Antonio tenían mal talante —esos dos sí que debieron de enterarse de cómo es el amor concupiscente en el confesionario. Por el camino, hablamos justo lo necesario. No me hubiese gustado tenerlo de confesor. Con lo que aquel jesuita le había oído decir de mí al Padre Daniel, me tendría por un libertino o por uno que piensa como los protestantes.

Le pedí al jesuita que me dejara en un motel menos ruidoso que el anterior. Sin decir nada, me condujo al lado opuesto del *town*. No me pareció conveniente explicarle que lo que realmente deseaba era evitar un encuentro fortuito con mi amiga, la agente de hirviente pasión —otro recuerdo triste de mi vida. Una vez terminado el servicio a la Iglesia, cualquier otro contacto con la gorda sería pecaminoso. Además, beber y fornicar por amor a la bebida y a la fornicación nunca sientan bien.

El sacerdote de mejillas de cera me dejó en un motel apartado del centro de Xville, cerca del convento de las monjas. Esperé sólo lo suficiente para asegurarse de que había una habitación disponible para mí. En cuanto la encargada me dio la llave, continuó por la carretera en dirección contraria al monasterio. “Y éste, ¿adónde va? —me pregunté.”

Me eché en la cama a descansar. Antes de conciliar el sueño, me pasaron por la mente los acontecimientos de los tres últimos días. Concluí muy pronto que había vivido demasiado intensamente para poder pensar claro. “¡Tres días —exclamé para mí— y no he llamado a Ana!”

Ana estaría durmiendo porque era muy tarde y ella se levantaba muy temprano. Mis deseos de hablarle eran tan fuertes que llamé y le dejé un mensaje de voz: “Ana: cuando pienso en ti no sueño con ir al Cielo. Mi bella bailarina: Te vuelvo a ver desvestirte a tu aire, lentamente, al compás del *Bolero* de Ravel... y acaricio la rosa abierta de tu cuerpo sobre los cojines aterciopelados del recibidor. ¡Y ten mucho cuidado con Alfabeto porque es peligroso!”

Al rato, mi reflexión se borró soñando con el desayuno del día siguiente...



## XVIII. La Madre Superiora

Ana me llamó al amanecer. Le quedaba bien la coquetería telefónica *prima luce*. Nos dijimos muchas cosas agradables y apasionadas. La distinguí con los mejores calificativos que la pasión enseña porque el amor hace locuaz al mudo. Me dijo que se le salía el alma lejos de mí y que con mi vuelta mejoraría todo. Le gustó que le recordara cómo bailaba el Bolero de Ravel por la casa, desnudándose durante catorce minutos y haciéndose fincar en perfecta sincronía con el final. “¡Taaaa, tatataa tatataa tatataa...!” ¡Ay, las gracias de Ana! Ella fue loca en la cama, cuerda en la calle y santa en la iglesia.

Sin echar pronósticos ni ahondar en los rigurosos detalles de la lucha, le referí a mi novia en líneas generales *les progrès des mes démarches*. Le avisé que la madeja no estaba totalmente desenredada, que el perverso abad no había sido vencido aún, y que esperábamos días de intensa lucha contra locos y cuerdos.

Sin dilaciones, titubeos ni circunloquios, Ana me confesó que Alfabeto la había requerido en amores cuando la supo sola. El sátiro le había planteado —y hasta había prometido razonarlo conmigo también— que yo era demasiado joven para ella. Aducía que los resplandores de la juventud no concordaban entre Ana y yo.

— Le abres muy pronto a cualquiera las puertas de tu alma, Ana — la reproché.

— ¡*Chist!* Le he dicho a Alfabeto que no deseo juntarme con ningún hombre conflictivo de ninguna edad, ¡y mucho menos con un filósofo empeñado en que el hombre es su propio fin! —se defendió con firmeza.

— ¿Y qué respondió?

— Terminó dándome la razón y prometió pensarlo mejor. Te envié un afectuoso saludo.

Colgué con Ana presintiendo que su corazón leal iba a caer en la tentación de la razón lógica. Repasé concienzudamente nuestra conversación con la cabeza metida en el socavón de la almohada. Temí y tuve deseos de acocear el aire.

Llamé a Alfabeto con intenciones de instruirlo en la desdicha de sus pretensiones bastardas. Me sentí precisado a sacarlo de su perturbadora confusión. Sin ambages, le expliqué al sátiro que, a pesar de que Ana tenía 42 años y yo 24, estábamos perfectamente bien acoplados física y espiritualmente.

— Ya sé que, si quieres, a ti está, J.—reconoció el ladino a este punto.

— Sí, quiero. Mira que encajamos y entallamos perfectamente bien, Alfabeto.

— Ana sólo cree amarte, J. —arguyó Alfabeto. Representas la edad que perdió. Está locamente enamorada de tu juventud. Y tú, cegado por los encantos vigentes de la hembra, quieres dar un salto generacional: eso es locura.

— ¿Acaso no te ha dicho ella que quiere seguir conmigo?

— ¡Claro que sí! Pero esos son ringorrangos de su corazón amante y de muy mal planteadas reflexiones. Piensa bien que se trata de un alma muy vapuleada. Yo puedo satisfacer todas sus necesidades afectivas y psíquicas mejor que tú. Y que conste que me parece bien que te quiera.

— ¿Qué pretendes, Alfabeto?

— Sé que Ana vale mucho, J. Hace muchos años que la amo. Me enamoré de ella una tarde lluviosa que la vi descalza y muy ligera de ropas en el embaldosado brillante de su portal. He soñado muchas veces con besar los pies de la diosa. Antes de llegar tú, su pudicia la hacía inalcanzable. Ahora que, con tu ayuda, se han disipado los humos de su casta modorra, quiero casarme con ella. Mi corazón arde por los ojos de Ana, aunque sea bizca.

— ¿Hablas en serio?

— Desde que la ex gritona volvió con el pelotero y la mujer policía se casó, me siento muy solo. Sé que Ana me hará feliz.

— Mi más sentido pésame por las otras... ¿Acaso crees que a mí me parece bien que cortejes a mi novia?

— No se trata de una simple indignidad impuesta por el sentimiento, J.: lo hago también por tu bien.

— Me deseas el bien en una forma muy extraña, Alfabeto. Mira que me estimo mucho más de lo que crees.

— Lo sé: eres muy joven. Dime, J.: ¿por qué dejaste a Ana a las buenas noches?

— No lo debo de comentar.

Al colgar con Alfabeto, me quedé algo preocupado porque un ave sola no canta bien y el amor mengua con el desuso.

Apenas salía de mi habitación en el motel —francamente, no deseaba toparme con Alina. Me pasé tres días leyendo los periódicos de Xville y mirando los noticieros televisivos. Los jesuitas no me tenían al tanto de nada. Traté de poner en perspectiva lo que había oído por la pared del

monasterio. En aquel rompecabezas faltaba algo que el Padre Antonio no quería compartir conmigo. Tenía delante de mis ojos una historia incompleta de cisma y herejía entremezclada con la rabiosa enfermedad mental de Bertoldo.

En la mañana del tercer día, vino a noticia de todos la muerte repentina del Cardenal X por paro cardíaco. La noticia estaba impresa en la primera plana del periódico local y se daba continuamente por la televisión. Contrariamente a lo que ocurre en las grandes ciudades plurales, en la pequeña y mayormente cristiana Xville, las publicaciones no se avergüenzan de noticiar que quienes no creen en Dios son locos. Si bien el Cardenal X no era uno de esos espíritus extáticos que ven y hablan con Dios, la comarca lo tenía por un hombre muy bien relacionado en el Cielo. La noticia de su muerte se recibió afligidamente en el mundo católico. ¡Se suponía por todas partes que el cardenal gozaba de Dios!

La Iglesia Católica se abstuvo de opinar sobre la santidad del Cardenal X —nada de *Santo Subito*— pero en muchos templos se ofrecieron misas por su alma. Entre las líneas de los escritos se advertía algo así como una pena popular porque la exhausta tierra del cristianismo no producía ya santos.

Salí del motel después de que Xville fuera tomado por las sombras. Iba andando en la noche cerrada, bajo el parpadeo de las escasas luces del alumbrado público, resentido de lo poco que me decían mis aliados. ¿Qué tramaban los italianos? Me espoleaba una intranquila curiosidad. “¡Qué buenas piezas me han salido éstos! —me quejaba interiormente.”

Dirigí mis pasos a un restaurante de servicio rápido que había hallado a unos trescientos metros cuesta arriba del motel, junto al convento. Eran casi las diez de la noche. El restaurante estaba vacío, a punto de cerrar. Una camarera índica atendía el local. En los ojos de la mujer de tez cobriza, observé la vaga esperanza de que yo no entrara. “*Id agere non possum!* —me disculpé interiormente, porque soy de mí gentil.” Comprendo que la vida del emigrante es dura, pero yo tenía hambre. Con media sonrisa en su cara redonda, la joven mestiza me preparó una hamburguesa. Cuando me la entregó, le di las gracias en el idioma de Cervantes. Esta vez, me devolvió una sonrisa completa y afable, como si hubiera sepultado el desagrado en un súbito regocijo. Dicen que las mujeres morenas de Centroamérica son ardientes... o culturalmente licenciosas. No lo sé: en el monasterio aprendimos la Historia casi enteramente asexual.

Apenas me senté a comer, escuché una voz conocidísima que se filtró por el altoparlante del *drive through*. ¡Era el afeminadísimo timbre

de voz del Padre Bertoldo! Me acerqué a una ventana que daba sobre el angostillo de los vehículos y pude ver el capó de una de las furgonetas del monasterio acercarse a la ventana de servicio.

Casi salté de la silla y me fui a ocultar detrás de unos sotos al frente del restaurante. Inmediatamente, el automóvil surgió del callejón y transitó al convento. Bertoldo llevaba varios días haciendo de las suyas. Pero, ¿qué tenía que buscar en el convento? Decidí investigar. Lo seguí a pie.

Bertoldo estacionó la furgoneta en la acera opuesta al convento. Permaneció dentro del auto unos diez minutos, comiendo. Al cabo, se limpió los dedos, se desmontó y fue directamente a un basurero cercano a echar los desperdicios. Iba de traje negro y collera, sin el hábito monacal. Cruzó la calle. Lo seguí cautelosamente. La nuca y las manos eucarísticas del monje resaltaban en la noche como dentadura de negro. Bertoldo jadeaba al desplazar su masa adiposa por el patio del convento.

En lugar de ingresar por la entrada principal, Bertoldo dirigió sus pasos hacia un costado del edificio. Anduvo por una estrecha senda enladrillada que corría al pie de unos árboles frondosos. Yo iba detrás, recatándome en la tiniebla. Se detuvo frente a una cancela y buscó en los bolsillos de la chaqueta. Sorprendentemente —al menos para mí— produjo la llave del candado y lo abrió. Con cuidado de no ser oído, apartó la cadena y la dejó colgada de las barras de la cancela. Inmediatamente, empujó una puerta lateral y entró.

Me impulsaba una curiosidad de sabio. Sin dejar yo tampoco que las bisagras rechinaran, aparté la hoja de la cancela y la rebasé. Empujé la puerta de madera por donde había entrado el abad y encontré un oscuro pasillo, en el fondo del cual había una lamparilla prendida. Bertoldo cruzó una puerta interior de hoja de cristal que estaba abierta y desapareció de mi vista. Cuando alcancé la puerta, hallé una antesala penumbrosa sin muebles. El repolludo monje apartó en ese instante unas cortinas en el fondo de la cámara y desapareció.

Hubo un movimiento de sillas del otro lado de las colgaduras. Me acerqué. Sigilosamente, aparté la tela sedosa: a pocos pasos, en la pieza contigua, vi dos bultos oscuros sin contornos ni facciones. La llama de un velador, colocado en el centro de una mesa, aplicaba momentáneos visos de luz en ambas siluetas. “¡Qué extraña reunión! —prorrumpí en mis adentros. ¿Será aquellarre?”

Cuando mi vista se adaptó a la tiniebla, reconocí el perfil de Bertoldo y la faz nivea de una mujer. Ambos semblantes emergían y se encubrían en la penumbra con la suave danza de la vela. La llama sombreaba caprichosamente los espectros de ambos en la pared frontera a mis ojos.

— Siento mucho la muerte de tu tío, Gloria —se condolió él. *Quelle blessure!* (¡Ella era la Madre Superiora!)

— Más lo siento yo que me he quedado sin padrino. Sin su respaldo, no llegaré a ser abadesa ni me trasladarán a París ni a Roma. Tu amigo, Lamberto, el que sabía tanto de palomas y gallinas, ha dejado muchas promesas incumplidas.

— *O, ma chère, je viens te parler de ça!* Lamberto murió en una lucha callejera de Miami. Hace tres días que puebla el cementerio del monasterio.

— No lo he visto en los periódicos —dijo ella, sorprendida.

— *Pas de journaux.* Roma ha ordenado la discreción por motivos que no me han explicado.

— ¿Y por qué no me avisaste? Creí merecer una llamada.

— *J'avais peur.* Temo que las líneas del monasterio estén intervenidas. Tal vez de haber tenido tu número de celular... *écoute-moi, je n'aime pas cet affaire.*

— ¿De qué se trata?

— Un legado de Roma acaba de masacrar espiritualmente a los cinco hermanos del grupo de Lamberto. Todos ellos son muy pobres de sentido y de saber.

— Caramba, un legado... ¿Por qué?

— *Mea culpa* —dijo Bertoldo. Los rumores deben de haber llegado a Roma.

— ¿Qué rumores? ¡Explícate!

— *Quel désastre!* Me enamoré de un muchacho guapísimo, de un cuerpo sano y hermoso, pero contaminado por lo incognoscible. ¡Ay, Gloria! Me confesaba sus dudas doctrinales como pecados. Desgraciadamente era uno de esos que arman su propia cruz y se clavan en ella por amor al prójimo. Y no se contentó con rechazarme, sino que nos ofendió a todos.

— ¿A mí también?

— No lo conociste: era tan bello que lo hubieras deseado tú también...

— Si era tan agraciado como dices... Bueno, cuéntamelo.

— Yo fui su confesor durante cuatro años. ¡Cuántos suspiros inútiles he exhalado por él! Lo amaba sobre toda ponderación. Pensé que conseguiría al chico porque, realmente, era libertino.

— ¿Con quién?

— Con la hermana de un compañero y con la madre de otro.

— Evidentemente, el chico no era homosexual. Eso de pretender a un seminarista es un una insensatez, Bertoldo.

— Me cegó la pasión. *Quel chagrin d'amour!* Sé que destruir también es crear. Quería hacerlo despertar. Lo quise apartar del rebaño, pero era testarudo y contumaz. En verdad, el chico no era compañero de nadie. Su nobleza era ingobernable porque era loco y llevaba el héroe adentro. Imagínate a un Don Quijote joven y piadoso. Nos confundió a todos con su compasión: le dolía que los blancos se negasen a recibir la Eucaristía de manos de un negro, como si una u otra cosa tuviese gran importancia. En conclusión, cuando el chico meditaba, realmente gozaba de su soledad. Me parecía que un día se quedaría en el bosque... y allá lo mandamos a sufrir por su gusto.

— Pero, ¿qué tiene tu bobada por el alumno que ver con la muerte de Lamberto?

— Lamberto lo estaba tratando de localizar en Michigan y en Miami.

— ¿Por qué?

— J., que así se llamaba el chico, nos había descubierto y se había santiguado de nosotros. No lo podíamos dejar con vida, Gloria. La muerte rompe las voluntades, ¿sabes? *Quel dommage, il parlait si bien le français.*

— Oye, que yo no condono los asesinatos... y mucho menos si son tan vulgares.

— Ya Lamberto había provocado la muerte de un novicio.

— ¡Qué bestia! ¿Por qué?

— Porque era feo y ya yo no lo quería de amante. *Mon Dieu, il était hideux!*

— Eso es imbecilidad sanguinaria. Espera. ¡No me digas que ésa fue la investigación que mi tío mandó a parar!

— Lo fue.

— Y ahora, con mi tío muerto... ¡huum!

— Esperemos que todo termine ahí.

— No. Como suele suceder, te equivocas, Bertoldo. Una muerte no se puede sepultar en el olvido tan fácilmente. De una forma u otra, la sangre del feo caerá sobre tu cabeza. Te van a topar tus pecados.

— *Je ne peux pas te comprendre.* Explícate mejor, Gloria: no entiendo nada. (El abad estaba agitadoísimo.)

— ¡Los hombres sois tan estúpidos! Por orgullo, el Cardenal X se volvió cismático. Estaba amargado. Se sentía fracasado porque su candidatura al papado seguía siendo ignorada. En su cólera, lo lanzó todo a la mierda: posición, riquezas, amantes, hijos y mi carrera. Cuando me enteré que él había nombrado y recomendado homosexuales, herejes y taumaturgos para altos puestos dentro de la Iglesia, deduje que el infeliz desvariaba.

Se hizo un largo silencio. Bertoldo se había llevado las manos a la cara y parecía temblar. La Madre Superiora echó la cabeza hacia atrás y parecía reflexionar. Era una mujer de exquisitos movimientos. Finalmente, Gloria dijo:

— Agua pasada no mueve molino. Ahora tenemos que analizar la situación fríamente, Bertoldo. Empieza por hablarme de esa “masacre espiritual” de los hermanos.

— Pues que llegaron varios comediantes jesuitas con una bula papal. Encandilaron a los hermanos con sus dogmas y sus tonterías. No me sorprende que los hayan obligado a confesar sus actividades homosexuales. ¡Ay, el espíritu es tan débil como la carne! Por eso la devoción del pueblo siempre es necia. Total, que los han desaparecido sin decirme a dónde los han enviado. *Et maintenant, je ne sais rien de rien.*

— ¿Eran esos cinco hermanos los únicos reclutas que alistasteis?

— Fueron los primeros. Luego ocurrió la muerte del novicio feo, la baja de un segundo novicio iniciado en los misterios, y la fuga de J.

— ¿Y hubo más discípulos?

— Desde que tuvimos el problema con J., recluté personalmente a dos novicios más. A éstos no les he revelado nada de nuestra sociedad ni he permitido que otros lo hagan. *Personne n'a rien dit.* Hasta ahora, todo ha sido pasión de hombres afectos a su mismo sexo. Estaba esperando el regreso de Lamberto para llamarlos y, tal vez, iniciarlos.

— Y los jesuitas, ¿en qué andan?

— A mí me han dejado en paz. Espero que se vayan pronto.

— Eres demasiado optimista, Bertoldo. ¿No estarán aquí por delación?

— ¿De quién?

— Tú sabrás.

— Lamberto tenía tanto que perder como yo. De hecho, lo perdió todo. El novicio iniciado por mí perdió la memoria. J. salió de aquí convertido en mono.

— Explícame bien eso de J.

— Fue él quien asestó el golpe que le hizo perder la memoria a Joseph, el otro novicio. El chico se estrelló contra el dolmen de los sacrificios con la cabeza por delante. *Quelle souffrance!* Cuando J. se nos escapaba, Lamberto y yo lo transmutamos en mono tití con una maldición de gallina negra.

— ¿Lo habéis convertido en mono?

— *Oui, il était un petit singe.* En muchos aspectos, el mono supera al hombre porque solamente valora lo que tiene sentido... jamás lo inescrutable. Lo perdimos de vista. Tuvimos que suponer que quisiera volver a ser hombre.

— Esas son complicaciones de vosotros, los que bebéis sangre. Yo prefiero el vino.

— *Je le sais bien.* Tú también crees que el éxtasis y la razón son cualidades del cuerpo.

— Y tú desconoces totalmente el linde de la razón con la locura. ¿En qué forma podría el mono volver a ser hombre?

— Seguramente con la ayuda de un sacerdote exorcizante.

— ¿Y cómo busca un mono a un cura así?

— El fantasma no muere cuando hay transmutación. Siempre quiere surgir de sus cenizas. J. solamente era mono de cuerpo.

— Me parece, Bertoldo, que uno de los dos, ya se trate del amnésico o del mono, te ha delatado.

— *Quel horreur!* Ambos sabían mucho.

— Sabían, o saben, demasiado. Y no bajas la guardia: la Iglesia no tolera a quienes se eligen a sí mismos.

— Entonces, ¿no crees que los jesuitas me dejen en paz y se marchen?

— De ninguna manera. Los jesuitas son soldados de una expedición enviada a castigarte.

— ¿Me matarán? —indagó Bertoldo presa de un mudo espanto, con la mirada estacionaria.

— Lo dudo. Eres una pobre mosca espantadiza, Bertoldo. Mi tío, sin embargo, cometió una gran traición contra la institución eclesiástica. Pactaba con los gobiernos sin contar con Roma y adiestraba una quinta columna de ineptos contra la autoridad papal.

— ¿Cómo que pactaba con gobiernos?

— ¿Acaso no me envió a seducir al alcalde de Xville porque es hermano del gobernador? ¿Crees que ha sido el único político con quien he tenido comercio carnal? ¿Te atreverías a suponer que yo fuese la única agente con la que contaba mi tío? ¿No sabes que el cardenal espiaba y aprendía de los mormones con miras a establecer su propia iglesia?

— Entonces, ¿crees que lo hayan eliminado?

— Es muy posible. Y nos han neutralizado a todos. Tú has perdido tus prebendas y yo las mías. A decir verdad, vi esto venir desde que mi tío me mandó a inmiscuirme en lo que no nos debía incumbir. *C'est fini.*

— ¿Qué crees que me hagan?



— Tu conducta será poco alabada. Te van a expulsar. Empieza a imaginar ya otra vida mejor. Si te resistes, te van a entregar a las autoridades por complicidad de asesinato para que recibas pena por justicia.

— *Ce n'est pas juste* —protestó el abad con gesto adusto. Nací inocente y me envenenaron con la cruz. Un día me cansé de cargarla y la tiré. Me sentí libre. Entonces combatí a quienes habían inventado la cruz y, en la lucha, volví a ser inocente.

— He oído decir que el necio es sabio y viceversa. El mayor sentido lo tiene siempre la contradicción. Si te sirve de consuelo, quienes condenaron a Jesús se decían buenos.

— ¿Qué debo hacer?

— Cuelga los hábitos y haz dieta.

— Me voy a defender.

— Hazlo. Diles que el alma se nos muere en vida y, en consecuencia, sufrimos las pesadillas suscitadas por lo que ellos y quienes son como ellos nos enseñaron. Se van a reír de ti.

— ¿Y tú qué vas a hacer, Gloria?

— Ya estoy harta de todo esto. En adelante, viviré por mi propia luz. Vestiré minifaldas porque me sientan muy bien.

— ¿Vendrán a castigarte?

— Lo dudo. Yo también soy poca cosa. Por si acaso, les enviaré un mensaje diciéndoles que lo tengo todo archivado con buena letra... y es cierto. Mañana, durante el sepelio de mi tío, averiguaré qué jesuita anduvo por su entorno. Tal vez le practiquen una autopsia.

— ¿Una autopsia para averiguar la verdadera causa de la muerte del Cardenal X?

— Puede ocurrir. ¿Es que no sabes aún con quién estás tratando?

— *Je ne comprends pas.*

— Te las estás viendo con el Papa Negro, Bertoldo.

— *Comment?*

— El Papa de Roma toma sus órdenes de marcha del Papa Negro.

— ¿Del Padre Antonio?

— No sé cómo le gusta llamarse ahora en el mundo. Siempre es un jesuita. Todos ellos toman un cuarto voto. Son monjes soldados. Cuando individuos como mi tío, Lamberto y tú infiltran la religión, se las ven siempre con ellos. A su vez, ellos toman la identidad de protestantes, musulmanes y judíos para informar a Roma. Ninguno se avergüenza de ejercer control político en el mundo. Si se les ataca, como los judíos, son perfectamente capaces de desestabilizar gobiernos desde dentro.

— ¿No crees que me pueda arreglar con ellos?

— No tienes nivel, condiciones ni guardas secretos para hacerlo. Para ellos, no eres más que un monje pederasta y brujo. Tu conspiración es ridícula, pero ellos saben que puedes hacer lo que no te mandan. Quienquiera que sea nombrado cardenal en lugar de mi tío te expulsará. Regresa al monasterio y salva lo que puedas porque es duro ganarse el pan entre los laicos.

La despedida fue fría. Cuando el abad se puso de pie para marcharse, preguntó mansamente:

— Dime, Gloria, ahora que nos vamos a separar, tal vez para siempre: ¿crees en Dios?

— Creo que Dios cesará de existir el día que el hombre deje de creer en Él —declaró la Madre Superiora, estática en su asiento. ¡Viva Dios!

— Y de Jesús, ¿qué me puedes decir?

— Que cuando murió siguió saliendo el sol. Fue un gran poeta si dijo que Dios comparte el hambre de los pobres.

— *Peut-être, je me tuerai* —comentó el abad, enjugándose las lágrimas con un pañuelo de batista. ¡*Uhu, uhu!*

— Por favor, al salir pásale la cadena a la cancela y ponle el candado —lo despidió impasiblemente Gloria sin darle esperanza de volver a verlo o llamarlo.

Me eché a un lado para dejar pasar al abad. Apartó la cortina desganadamente, como abatido, y salió lentamente a la cámara desierta. Lo seguí con la mirada hasta que traspuso la puerta abierta y desapareció en la oscuridad del pasillo. Consideré que yo podría quedar atrapado en el convento cuando Bertoldo cerrara la cancela. No obstante, decidí quedarme. “Espero que manden a la gorda a arrestarme —me dije.”

Al quedar sola, Gloria prendió la luz eléctrica. Tras el breve encandilamiento de mis ojos, apareció una monja de mediana estatura y rasgos finísimos. En verdad, era una mujer muy hermosa. Divertí mis contradicciones sentimentales y mis desconfianzas espiándola.

La pieza particular de la Madre Superiora parecía un oratorio. Gloria descolgó el teléfono y marcó un número largo de memoria. Era una mujer de extraordinaria majeza y blancura. “*It’s me* —le advirtió a quien respondió de la otra parte. *Tonight, I’m leaving to go to my uncle’s funeral. It’s very important to me that you call your friends in Iville and push for an autopsy of the cardinal’s body.*” Pasaron unos segundos. “*Thank you* —terminó— *I knew I could count on you.*”

Con aquel cuerpo esbelto, aquella cara maravillosamente trazada por la mano de Dios y aquellos ojos de un azul tan brillante, no me extrañó

que la Madre Gloria fuese tan influyente. ¡Le harían una autopsia al cardenal! Cuando colgó, decidí hablar con ella. Después de todo, de cierta forma ya nos habían presentado.

Entonces Gloria volvió a descolgar el teléfono y marcó un número corto. Se trataba de una extensión en el convento. Esta vez, en el silencio, escuché responder una voz de mujer. “Madre —ordenó la Superiora— baje inmediatamente a mi salón de oración.”

En menos de dos minutos, escuché unas pisadas rápidas acercarse por el pasillo. Creí prudente ocultarme entre la cortina y la pared hasta averiguar qué ocurría. Muy pronto, una monja joven, de la misma estatura de la Superiora, se personó en el aposento donde nos hallábamos. Vestía un refajo corto y una blusa transparente de encajes. Siento un dulce remordimiento de haber mirado a la otra.

Gloria buscó, y produjo, algo entre los pliegues del hábito. Sin levantarse de la silla, le dijo a la monja: “Tenga las llaves de la camioneta, Madre. Suba a su habitación y póngase el hábito completo y polvos blancos en la cara. A las once en punto, salga por la puerta principal, métase en el auto y váyase a dormir a la casa de su madre... ó a donde prefiera.” La otra monja le dio las gracias alegremente y salió. Con superiora de poca edad, goza toda la comunidad.

Gloria se levantó del asiento y se puso a abrir y a cerrar armarios en una habitación adjunta al oratorio. Estuvo unos diez minutos recolectando documentos, papeles, efectivo y llaves que ponía sobre la mesa. Cuando estuvo satisfecha, lo metió todo cuidadosamente en un bolso de calle. Entonces, sin protocolo, se quitó el hábito negro y lo tiró sobre el respaldo de una silla. Me fue tan fácil dominar el impulso de volver la cabeza. ¡Qué cuerpo el de Gloria! ¡La acompañaban todos los encantos imaginables! En ropa interior, se empolvó ligeramente la cara y se perfumó la entrepierna frente a un espejo. Sacó de un armario una falda corta, una blusa, un cinturón, unas medias largas y unos zapatos de tacón mediano.

Antes de vestirse, Gloria se inclinó sobre la mesa y redactó una nota a mano. La leyó dos veces antes de doblarla y meterla en el sobre. Cuando se llevó el sello de correo a la lengua para humedecerlo y pegarlo, sentí esa corriente inconfundible que... mejor no decir. Entonces comprendí que empezaba a confundirme y aspiré profundamente para controlarme. Al volver en mí, la bella le había puesto la dirección al sobre y lo había metido en el bolso.

Gloria se vistió en un santiamén —o tal vez a mí me pareció demasiado rápido. Antes de salir del oratorio, extinguió la luz, cogió el bolso y unas llaves. La seguí con gran sigilo.

El pasillo por el que Gloria se metió formaba un ángulo recto con aquel por el que yo había entrado. Íbamos hacia el frente del edificio del convento. Al llegar al oscuro vestíbulo, Gloria allegó una silla a una ventana y se puso a esperar, mirando hacia fuera con gran interés. El ángulo de visión era amplio y se dominaba la calle perfectamente bien. Yo quedé justo detrás de ella, planeando nuestra presentación formal.

El automóvil de Bertoldo ya no estaba estacionado al otro lado de la calle. Sin embargo, de repente apareció un sedán negro, aparcó en el mismo lugar y apagó las luces. Gloria observó el auto largamente, pero nadie se apeó de él.

A los pocos minutos, unos pasos apenas perceptibles se dirigieron a la entrada. La sombra oscura de la monja que se iba deprisa pasó cerca de donde estábamos. Llevaba el hábito negro, la toca blanca y el rostro jalbegado, como le habían ordenado. La Madre destrabó con su llave la espiga de la puerta principal y salió mirando hacia delante, sin vernos ni sospechar que la veíamos. Muy pronto, la silueta negra se perdió dentro de la camioneta del convento. El vehículo se puso en movimiento sin demora. En cuanto el señuelo salió a la calle, el sedán negro lo siguió con las luces apagadas.

No entendía el motivo del seguimiento, pero tenía pensado averiguarlo. Sin preámbulos, rodeé el respaldar de la silla con el brazo y le puse la mano firmemente sobre la boca a Gloria. Sin darle tiempo a reaccionar, le dije al oído: “Gloria: no temas. No soy jesuita ni tengo nada que ver con el Papa Negro. Sé más de lo que te puedes imaginar y puedo ayudarte. Voy a soltarte. Si gritas... bueno tú sabrás.”

La solté y no chistó. La ayudé a dar la vuelta para que me viese bien. Gloria tenía aquellos ojos celestiales desmesuradamente abiertos y un mudo espanto desconcertaba su lindísimo rostro de doncella. Sentí un gran pesar porque soy casi un santo exiliado del altar. Recogí su bolso, que había caído al piso, y se lo entregué. “Por favor —susurré— tranquilízate. Me apena verte asustada. Conozco el rollo de Bertoldo, las muertes del novicio y Lamberto, y otras cosas que tal vez no sepas. Se están rompiendo tantos secretos... Yo tampoco tolero asesinatos gratuitos. Te lo diré todo. Salgamos ahora que no hay moros en la costa.” Temerosa y sorprendida, asintió con la cabeza. Cuando llegamos a la calle, le pregunté:

— Bueno, sin la camioneta del convento, ¿cómo piensas marcharte?

— Mi vehículo particular está en un aparcamiento del ayuntamiento. En él tengo mi maleta de viaje y alguna ropa. (¡Qué monja!)

— Creo que empiezo a comprender. Como Bertoldo te dijo que las líneas telefónicas estaban intervenidas, te pusiste sobre alerta: temes que te lo hagan a ti. También llamaste al alcalde para lo de la autopsia de tu tío porque sospechas que lo mataron. Temiste que alguien te siguiera, por eso mandaste por delante a la madre de *decoy*.

— Oye, ¿cómo lo sabes?

— De casualidad. La gula de Bertoldo lo empujó al mismo lugar donde yo estaba cenando. Lo seguí y me oculté entre la cortina de tu salón de oraciones y la pared.

— ¿Por qué? ¿Quién eres? Espera, debes de ser el amnésico o el mono... me inclino a pensar que el mono.

— Tienes razón. Soy J. y te quiero ayudar.

— ¿Por qué?

— El que me gustes *devrait être raison suffisante*. En verdad, también quiero averiguar los pormenores de la muerte de tu tío. Lo conocí una vez, hace dos años. No me es fácil creer que los jesuitas lo hayan ejecutado.

— Si estuviste escuchando mi conversación privada con tu antiguo acosador, debes de saber que me he prostituido. ¿Te sigo gustando?

— ¿Y quién no lo ha hecho? Yo serví sexualmente a la agente que investigó la muerte del novicio para enterarme de lo que ella había averiguado, que no es poco. El amnésico se acostaba con Bertoldo porque creyó que realmente podría alcanzar una posición alta dentro de la Iglesia. Los hermanos creyeron que mediante las relaciones contra natura podían alcanzar el paraíso en este mundo y en el otro. ¿Te vas a la casa del alcalde ahora?

— Claro que no. El alcalde es un hombre casado y, lo peor de todo, es gordo y mal tipo.

— ¿Adónde te diriges, pues?

— En este momento no lo sé con exactitud. No puedo recoger mi auto hasta las ocho de la mañana, cuando abra el parking del ayuntamiento. Por ahora, no quiero que me encuentre nadie. Me propongo alquilar una habitación en el motel y esperar allí.

— Estoy alojado en ese motel. Si tu pudor te da licencia, podemos compartir mi habitación.

— *Why not?* Hasta Bertoldo dice que eres un loco noble. Pero antes, acompáñame al buzón a echar una carta.

Anduvimos dos cuadras por las aceras desiertas. El cabello suelto de Gloria despedía a un perfume suave que se disolvía en los rincones oscuros de la noche. Frente al buzón, sacó el sobre timbrado del bolso. Antes de echarlo, me lo mostró, diciéndome: “Mira a quién se lo envió.”

El sobre iba dirigido al obispo de Iville. Se lo devolví y lo echó en el buzón.

— Le he mandado a decir que todos mis apuntes y demás pruebas que he recopilado duermen bajo llave en un lugar conocido por periodistas. Si me ocurre algo, por testamento, dichos papeles irán a manos de reporteros protestantes, mormones y judíos de varios países. Es el segundo mensaje que envíó esta noche.

— ¿Cómo que el segundo?

— Sí. Cuando Bertoldo me delate tratando de librarse de la expulsión, les hablará de la historia cismática y corrupta de mi tío, que tengo ya redactada y, tal vez, de mi sospecha de que ellos lo hayan asesinado.

— ¿Realmente los crees peligrosos?

— En verdad, no lo sé... prefiero prevenir. ¿Quién sería el que enviaron a seguirme en el sedán negro?

— Se llama Cavallo. Es jesuita y chofer del Padre Antonio, o el Papa Negro si prefieres.

— ¿Cuántos son?

— Son cuatro: el Padre Ignacio que es un santo, el Padre Antonio que es un hipócrita, el Padre Cavallo que conduce y espía, y el Padre Sforza que toma notas e interroga. Dicen que yo soy su aliado pero me mantienen en la ignorancia de lo que hacen.

A los pocos minutos, entramos a la habitación del motel. Nos sentamos en sendas butacas y comenzamos a conversar. Me alegré de que Gloria tuviese los ojos tan bellos porque aquellas piernas, unas veces cruzadas y otras desplegadas, eran un imán casi irresistible para la mirada y una tentación inmisericorde.

— Hagamos un trato —le propuse— si es que nos queda un vestigio de honor.

— No me hagas sonrojar y llorar en un motel dándole crédito a mi honor, guapo. Tenemos dificultades e intereses comunes. (Esbozó una sonrisa que se hizo mueca.)

— La clave de este enigma está en la muerte de tu tío —le advertí ignorando sus pretextos. Ambos pretendemos averiguar si estamos a salvo. Para estar tranquilo, yo necesito saber si la sociedad secreta se ha derrumbado con su muerte. Para vivir en paz, tú quieres saber si sus presuntos asesinos te quieren mal. Obremos juntos, coordinadamente.

— Buena idea. Te doy mi palabra de aliada.

— Te creo.

— ¿Me desprecias?

— No —afirmé automáticamente. (*Certus non erat.*) Dios no me ha encargado la corrección del mundo. Además, muchos santos fueron inicialmente grandes pecadores.

Le conté mi historia de cabo a rabo a Gloria, sin que faltase un ardite de lo esencial. La puse en razones de mis encuentros con magos, encantadores, monstruos y hadas como ella. Me pasé mucho más de una hora hablando. Gloria anotaba muchas cosas en un cuaderno que llevaba. En algunos momentos, intercaló preguntas.

(...)

Sobre las dos de la madrugada, le dije para concluir:

— El Padre Ignacio es incapaz de concebir, y mucho menos cometer, una fechoría. Posee la autoridad de una vida ejemplar. Por ninguno de los otros tres meto la mano en el fuego.

— Me has aclarado cosas que sabía a medias, me has confirmado otras que suponía y me has revelado aún otras que no sabía —señaló. Mi historia es menos violenta que la tuya, pero arrojará alguna luz sobre lo que no sabes del Cardenal X. Te la contaré luego porque ahora me parece que me estás deseando... ¿o seré yo? Bertoldo tenía razón: de conocerte antes... (¿Ganaba tiempo, probaba mi lealtad o qué?)

— Me imagino maravillas —me dejé sacar de los límites de la cordura y el silencio. (También le seguí la corriente.)

— ¿Me vas a acompañar hasta que esto se aclare?

— Puedes contar conmigo. (¿Qué idea malintencionada puedo tener, mujer?)

— Soy agradecida, sobre todo cuando tengo miedo. (¡Ah, eso es!) Recogeremos el auto a las ocho, pasaremos por el banco a dejar estos apuntes en mi caja a las nueve y seguiremos hasta Iville.

— Con esa falda te ves muy agresiva... y yo no tengo preservativos.

— Yo sí los tengo —me aclaró de buen continente. Después de haberlo hecho por compromiso, y hasta por facilitar las groserías de los intercambios, me va a deleitar hacerlo porque quiero.

— A mí también. *Veni propius!*

Algunas monjas son como las mujeres que tienen muy buenos maridos, porque siempre parecen estar solteras. Otras son como las pastoras tercas que mueren vírgenes.

*Subcisiva tempora.* Pasé cinco horas mágicas mirando el lindo ceño de Gloria entre celajes de ensueño. Sus ojos parecían dos diamantes encerrados en la sombra de sus largas pestañas. Y la carne ardía.

Al amanecer, nos dimos suaves masajes en la ducha. ¡Qué sabroso busto el de la monja! ¿Sería Gloria una geisha?

Desayunamos en la cama, planeando el resto del día. Tras las cortinas de la ventana despertaba una aurora inflamada de rosa. Dimos un corto paseo bajo los levísimos rayos del sol que esmaltaban la piel de Gloria y abrillantaban el azabache de su cabellera ¡Ah, si los últimos fuéramos realmente los primeros! A veces es mejor ser niño.

La Reverenda Madre era de origen divino. *Nihil est de re dicendum*. El treceavo trabajo de Hércules fue superar la tristeza oculta detrás de unos lindos ojos llenos de culpa. *Tibi condoleo!* ¡Ah, la tendencia al porvenir! *Multas voluptates opto!*

¿Cómo que un Papa Negro?

Con la primera bocanada de aurora, se habían comenzado a filtrar por los medios noticiosos rumores en torno a la muerte del Cardenal X. Por una parte, el abogado de cuatro hijos suyos y dos mujeres le reclamaba una compensación a la Iglesia Católica. Por otra, la oficina del fiscal había ordenado una autopsia para conocer la causa exacta de la muerte del clérigo de 55 años.

Aquellas acusaciones habían tomado por sorpresa al obispado. El obispo de Iville se vio precisado a refutar las denuncias. Negaba rotundamente que el Cardenal X hubiese tenido mujeres e hijos y pretendía hacer valer el certificado médico de defunción por paro cardíaco.

Saqué del parqueo el descapotable de la Madre Superiora y volví por ella al motel. Gloria salió de la habitación con las guedejas azabaches sueltas, cabrilleantes de luz, y unas gafas oscuras celándole los ojos cristalinísimos. En el claror de la mañana, sus piernas perfectamente rectas, largas y firmes le disputaban las miradas a su maravillosa cara de labios carnosillos y encarnados. Cuando se puso al volante, la corta falda apenas le cubría el regazo. Mientras ella buscaba el entronque de la carretera de Iville, yo gozaba el perfil y la pequeña nariz respingada que Dios le había dado.

“¡Vaya monja! —grité interiormente. ¡O, *Nefernefernefer!*” Puta o no, la había besado con muchas ganas. ¡Dios inventó el encanto de los sentidos! Cuando salimos del tráfico de Xville, le pregunté:

— ¿Qué hay con eso de los hijos del Cardenal X?

— Son mis primos —me respondió despejadamente.

— ¿Y las dos mujeres?

— Dicen la verdad: eran amantes de mi tío. Hay otras, pero estaban casadas durante sus amoríos con el cardenal y no creo que reclamen nada.



— Éstas piden dinero y prometen escándalo.

— Feo proceder el suyo. Él siempre se ocupó de ellas y, sobre todo, de sus hijos. Nos criamos todos a la sombra de Dios en colegios católicos.

— Al hijo del azor no le falta carne.

— Él fue lujurioso al punto de ser repugnante. Decía que quien no muda mujer no sabe de placer.

— Pero, ¿cómo se las arregló para guardar el secreto?

— Entre familiares y allegados, no era secreto. Sabíamos que ambas mujeres vivían muy bien a costa de las contribuciones de los feligreses. Les mascaban bien la miel a los católicos. No me parece mal. Antes perder la castidad que sufrir malos trabajos.

— ¿Me vas hablar de tu propia experiencia, como me prometiste anoche?

— Cuando salí de la escuela, trabajé como una burra llevando libros de contabilidad. Había escogido una profesión de mucho estrés y poca retribución. De contra, los hombres de la empresa me asediaban estúpidamente, como si fueran tarados mentales. Y no les podía decir: “Quita allá, no me da la gana” porque me despedían. En aquella compañía aprendí el arte de fingir. Disgustada de sus asiduidades y muy asqueada, consulté a mi tío. Él me envió a una universidad católica. De allí me fui, en calidad de superiora, al convento de Xville. En tres años, he recorrido Europa y América cumpliendo misiones diplomáticas.

— ¿Eres diplomática?

— Es un eufemismo, J. He tenido que negociar causas indecorosas, como hacen los cabilderos en la democracia, he sido complaciente con los sinvergüenzas y he colaborado con los trapaceros. Para desempeñarme bien, me han sido imprescindibles el chantaje, el robo, el atropello, la persuasión, el soborno, el quid pro quo y, alguna vez, el arte meretricio. Las misiones me han dejado suficiente dinero para vivir desahogadamente muchos años. Lo único que me falta es vida para poder realizarme. Por eso necesito neutralizar al Papa Negro.

— ¿Cómo has sabido lo del Papa Negro? Su existencia es noticia para mí.

— Para poder desempeñarme en mi trabajo, mi tío me puso al corriente de las artimañas que se urden en el gobierno Vaticano. Antonio, o como se llame el de la bula, es el número uno.

— Esperemos que te equivoques en algo, Gloria. En realidad, las suciedades de gobernar son bien conocidas... Tampoco debes pasar por alto la posibilidad de que tu tío, habiendo sido político, fuese un gran mentiroso. A ver, prosigamos: las dos matronas van a armar jaleo.

— Hasta ahora, habían sido discretas. Me imagino que no se hayan podido poner de acuerdo con quienquiera que maneje el dinero en la actualidad... posiblemente el obispo de Iville. Evidentemente, estaban preparadas de antemano.

— ¿Tienen pruebas y testigos?

— Sí, yo diría que por docenas.

— ¿Confían en ti esas mujeres?

— ¡Claro que no! Me consideran una rival porque vivo en el lado provechoso del nepotismo. Les desagradaba que el cardenal se fiase de mí más que de ellas. ¡Cuántos rumores perversos no han corrido a mi costa!

— Las mujeres, sobre todo las infieles, demandan una gran confianza de parte de sus amantes.

— Y pensar que estuve a punto de convertirme en abadesa de un convento en París... pero ya ves lo que ha ocurrido —comentó con el rostro ensombrecido.

— ¿A qué viene eso ahora, Gloria?

— ¿Vivirías en un convento, J.?

— En un convento, no.

— Bueno, ya se ha perdido la plaza. ¿Sabías que algunas superiores francesas tienen amantes y sirvientas? Las monjas españolas las convencieron de que la mujer que no muda de marido no goza bien.

— *I'm flabbergasted*. Pero dime, ¿crees que en Roma se sabía la vida que llevaba tu tío aquí?

— Los cardenales que rivalizaban con él por el pontificado tenían, o tienen, agentes que andan husmeando por todas partes. Yo lo hacía en el empleo de mi tío.

— Por tanto, una vez descubierta su vida, lo apartaron de la tiara; en consecuencia, él se volvió cismático, ¿no?

— Así es. Últimamente, en su amargura, vomitaba muchas necedades. Decía que a los buenos los gobiernan quienes no son como ellos. A su parecer, las votaciones en su contra siempre habían sido sarcásticas porque para ellas valía tanto el voto de un imbécil como el de un sabio.

— ¿Acaso no sabía el cardenal que a las eminencias sólo llegan las águilas y las serpientes?

— Mi tío fue la cabra que no pudo dar los últimos pasos sin resbalar y caer. En su ceguera no entendió que él había llegado a ser cardenal por la gran escasez de buenos candidatos en la Iglesia.

— Me alegra que sepas diferenciar entre el hombre normal y el hijo-de-puta. Dime: ¿te había puesto al tanto tu tío de lo que se urdía en el monasterio?

— No. Poco a poco, me fui enterando de algunas cosas por Bertoldo y Lamberto. Hace dos años, mi tío me ordenó interferir entre los monjes y la ley. Desde entonces, cuando yo estaba en el país, el abad y Lamberto se reunían conmigo en mi salón de oraciones. Bertoldo me informaba sobre cómo iban *les démarches* efectuadas con relación a mi empleo en París. Lamberto me insinuaba que, antes de ascender a abadesa en Francia, aprendiese el arte de los sortilegios con gallinas y palomas.

— Aparentemente, seguían las órdenes directas del Cardenal X. El obispo está enterado de algo, ¿no?.

— Sí, pero no se mete en nada el muy ladino. Bertoldo negociaba mi empleo de abadesa y me tenía al corriente de los regateos. Lamberto buscaba una sustituta para mi puesto en Xville.

— Lamberto era la mismísima encarnación del diablo, Gloria. Dios se hartó de él y le echó un perro de tres cabezas ante mis ojos.

— No sé por qué te creo... Me das más miedo ahora que cuando me prendiste anoche.

— Y de la autopsia, ¿qué hay?

— El gobernador debe de haber influido sobre el fiscal. Es imprescindible, al menos para nosotros, saber si asesinaron a mi tío.

A la una de la tarde, después que la desconfiada dejó las notas que había tomado en su caja bancaria, llegamos a la catedral. Nos tuvimos que poner en una larga fila para poder ver el cuerpo del cardenal. En su cara, se disimulaba el tono desvaído de la muerte con polvos cosméticos; bajo la pintura aplicada a la boca del cadáver, se podía apreciar una ligera contorsión. “Veneno tal vez —me susurró Gloria al oído.”

Gloria sondeó las tres naves de la catedral con los ojos: buscaba caras conocidas. Al rato de desaparecer, volvió junto a mí a decirme que ni las amantes ni los hijos de su tío se habían personado. Decidimos retirarnos al apartamento que ella mantenía en Iville a esperar noticias de la autopsia.

En el momento en que nos disponíamos a bajar las gradas de la catedral, se apeaban de un auto negro el Padre Antonio, el Padre Igancio, el Padre Cavallo y el Padre Sforza. Cavallo, el más calvo de los dos jesuitas taciturnos, conducía el sedán negro. Era el mismo auto en el que me habían dejado en el motel hacía cuatro días, el mismo que había seguido a la camioneta del convento la noche anterior. No nos vieron.

— Gloria —le dije tomándola por el brazo y arrastrándola dentro de la nave de la catedral, entre la gente— he visto a los cuatro jesuitas.

— ¿Y ahora? —preguntó con los hermosos ojos muy abiertos.

— Creo que lo mejor es hablarles.

— ¿Les vas a decir quién soy?

— Naturalmente: a mí ya me conocen.

— ¿No serás demasiado inocente, J.?

— Siempre la Virgen se les aparece a los pastores, a los niños o a los tontos. La gente lista es muy poco favorecida por la Providencia.

— ¿Les vas a contar todo?

— ¡Claro que no! La mejor palabra es la que queda por decir.

— Eso me sosiega —exhaló al fin, tentadora y bella.

— A la luz de mis escarmientos, no confío más que en Dios. Piensa mal que nadie te obliga a decirlo.

— ¿Ni en mí confías? —me preguntó por reflejo, coquetamente.

— Veremos de qué color quedas cuando terminen tus temores. Por miedo a la pena, hasta el loco se hace cuerdo.

— Disculpa el exabrupto: los hombres son tan estúpidos que me he acostumbrado mal.

— La espuela, el freno y la patraña doman a los malos y a los brutos.

— ¿Les tienes confianza a los jesuitas?

— El Padre Ignacio está cerca de Dios. Lo he visto rezar por quienes lo quieren mal. Pero los hombres son buenos hasta que se deciden a ser malos. Si los otros tres no entienden por razones, lo tendrán que hacer por cojones.

— Mejor así.

— Estemos prevenidos para el caso. Cuando trates con el Padre Antonio, o con el Papa Negro como le dices, sé fuerte. No te amilanes frente a su mirada escrutadora porque es un hombre cualquiera, de esos que desprecias. Vete directamente *ab ovo*. Teóricamente, la autoridad no le permite ser bondadoso pero, como sabe lo que le conviene a la Iglesia, es flexible.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo he espiado. Cuenta por bienes los males que no tienes, Gloria. Calla en lugar de mentir. Comprobarás que los otros jesuitas callan y aprenden de ti. Si tuvieras que corromper la verdad por gran necesidad, no pienses que estás mintiendo; si mientes, hazlo con una sencilla apariencia de verdad. Y no te confieses: has superado ese sacramento. Recuerda que más hace el lobo callando que el perro ladrando.

— Muy bien.

— Una cosa más. Si nos invitan a una reunión aquí en la catedral inmediatamente, diles que, por pudor y recato, deseas ir a tu auto primero a ponerte una falda larga. No les habrá de extrañar. Yo te acompañaré con el pretexto de ponerme la chaqueta. Tampoco les habrá de extrañar porque ellos siempre la llevan. En verdad, iré a por un estetoscopio de ventosa que traigo en el maletín.

— ¡Qué cara de inocente tienes!

— Es que lo soy: de ahí vienen mis prevenciones.

## XIX. Sexto Reporte Sobre los Hombres

Salimos de entre la multitud y alcanzamos la comitiva jesuítica a la entrada de la catedral. Tal como había pensado, el Padre Antonio no esperaba, ni mucho menos deseaba, encontrarme allí. Con la excepción del Padre Ignacio, ninguno de los otros se alegró de verme... y menos con una mujer. Acaso imaginasen los clérigos que donde se junta mujer con varón acecha la tentación y se produce la lascivia y el *hanky-panky*. ¡Qué ultrajante sospecha!

*Fi donc!* Jamás me han simpatizado quienes andan cerca de las iglesias y lejos de Dios: son paradójicos. A veces dan la misma impresión que los vendedores de autos usados de Miami: “¡No vaya a otro lugar a que lo engañen, venga aquí!”

Me pareció conveniente proceder oblicuamente. Con breves y fuleras palabras, les expliqué a los clérigos cómo había llegado a Iville. Me había puesto en inteligencia con Gloria. Nos industriamos para hacer creer que negociábamos una plaza de maestro de Latín en el colegio del convento. Yo mentí con buena cara. Ídem, ella mintió y fue toda razón. ¡Qué poco me gusta mentir!

Cuando el Padre Antonio supo que Gloria era la superiora del convento de Xville, adquirió un aire severo: la examinó de arriba abajo, algo sorprendido de la estrecha cintura, los resaltantes senos y las preciosas piernas de la monja. No creo que se haya creído lo de la plaza de Latín.

De ésta me saque Dios que en otra me meteré yo.

Padre Cavallo, el jesuita que les servía de chofer a los otros, comenzó a balbucir unas palabras en italiano. Quería decir algo de la *signorina*. Mi imagino que, entre otras cosas, querría explicar por qué y cómo había perseguido la noche anterior a quien no era, dónde había ido la otra monja, si se la había pasado con un amante, cuándo había regresado al convento... y *patatí patatá*.

*Pouah!* El cura calvo no debía hablar en aquel momento. La reacción del Nuncio Pontificio ante la indiscreción de Cavallo fue instantánea: le echó una mirada como un dardo venenoso y levantó ligeramente la enguantada diestra con el achicharrado antebrazo en señal de silencio. En un periquete, la presunta imprudencia se consumió en la boca del jesuita sin cabellos propios.

Según el Padre Antonio, en los próximos minutos todo el grupo de la Compañía de Jesús se iba a reunir con el obispo de Iville. El obispo había logrado que se pospusiese la autopsia hasta después de terminada

la misa de difuntos que él mismo iba a decir media hora después por el alma del cardenal.

Me pidieron que me personara en la oficina de la catedral en media hora —me iba a perder la misa. Después de pensarlo un momento, el Padre Antonio le ordenó a Gloria que se presentara en la oficina también.

Anunciamos que iríamos a cambiarnos de ropa —cuando se tiene necesidad de otros, hay que acomodarse a ellos. Los jesuitas creyeron seguramente que Gloria volvería de túnica, cinturón, escapulario y capa negros. En verdad, el atuendo de monja también realzaba su belleza, pero la escasez de vestido descubría mucha más hermosura y ejercía más dulce violencia sobre los hombres. ¡Era tremendo el gusto de contemplar la carne hermosa de Gloria! ¡Linda, linda hembra! Los jesuitas no decían nada, ni con la mirada; con todo, pensarían que la superiora estaba más rica que tetas de novicia.

Nos fuimos hasta el auto de Gloria. Ella buscó una falda larga y una blusa más conservadora entre su ropa. Ser casta para ser buena no basta, también hay que vestir apropiadamente. Yo cogí mi chaqueta y metí el estetoscopio en uno de los bolsillos.

Sin perder tiempo, anduvimos hasta un restaurante cercano. Gloria se metió en el baño de las mujeres a mudar de atuendo. “Al igual que la verdad, la mocita se ve mejor desnudita —discurrí y discutí conmigo mismo.”

Me senté a esperar frente a una taza de té humeante. Inmediatamente, vibró mi celular.

— Hola, amor —dijo Ana en cuanto contesté

— Me gusta la palabra “amor” — le solté, porque estaba *in the right mood* para ello.

— Yo también siento ahora mismo una excitación amorosa por todo el cuerpo.

— ¿Cómo va todo por Miami?

— Muy, pero que muy bien. ¿Y por allá?

— Esto se está resolviendo rápidamente. También hay horca para el verdugo.

— Disculpa que no te haya llamado antes, pero he tenido que pensar mucho.

— ¿Sobre qué?

— Escucha lo que te voy a decir: seremos felices, mucho más de lo que esperábamos.

— Me alegro. ¿De qué se trata?

— Alfabeto me ha convencido de que me debo casar con él.

— ¡Cómo?

— Él es muy persuasivo.

— No lo dudo. Gente ociosa, malos pensamientos. ¿Te ha convencido sólo con palabras?

— No. Es muy cariñoso. Imagínate: boca con boca, una se desboca. Tú conoces las violencias del amor. ¡Ay, cuán culpable debo de parecerme!

— Te has desputado, Ana. Se juntó la viuda joven con el viudo trancón.

— Es debilidad humana. Del beso sale el incendio. Tú mismo me has enseñado a ser sincera conmigo misma. ¿No es cierto?

— Sí que lo es.

— En realidad, Alfabeto no es tan diferente a mí. Tenemos una gran comunidad de sentimientos. Ya es imposible arrancarlo de su deseo.

— Y, ¿me lo dices con esa tranquilidad? *Necesse erat tibi intus cubare.*

— ¿Qué significa eso?

— Que necesitas un cinturón de castidad —le aclaré pensando a la vez, contrariado: “Virgo viejo puta segura.”

— Tú eres un hombre muy joven, J. Dice Alfabeto que los jóvenes aman a sus semejantes. Dentro de unos años, cuando yo me aje, me mustie y me arrugue, vas a seguir siendo joven y bello. Entonces, cuando el espejo no me reconozca, te voy a ser una carga insoportable.

— No digas eso, Ana.

— Seamos realistas.

— Bueno, ¿qué buscas con el sátiro?

— Equilibrio, paridad, amistad... La soledad espanta. Y una fuerza dulce me arrastra a él

— Quisiera entender, pero tu corazón me parece inconstante.

— Hemos llegado al siguiente acuerdo: cada vez que me quieras, para lo que sea, me tendrás. Seguiremos jugando al frontón, yendo a la playa, haciendo el amor, leyendo juntos... Nuestra amistad no terminará nunca. No deseo que no sea así.

— ¡Y tú casada con Alfabeto! A la mujer casta con un amante le basta, Ana.

— Me pasé veinte años sin hombre. Tú me despertaste de un horrible marasmo. Ahora puedo tener dos hombres. Hay campesinos en la India que practican esa costumbre. Tú eres mi varón por virtud de todos los gustos espirituales y físicos. Alfabeto me acompaña en todos los otros momentos y me compensa por toda la cama bruta que me perdí.



— Eso me parece poco ortodoxo, algo así como volver justo lo que no lo es. Aunque, a pan viejo hambre voraz. ¿Tan necesitada estás?

— A nadie le amarga un dulce, aunque otro lo tenga en la boca.

— El compartir amantes me parece un bien disfrazado, Ana. ¿No te habrás dejado arrastrar por las costumbres viciosas de nuestra época?

— Para hombre bueno no hay oficio malo.

— ¡Que vivan los cuernos! —me tuve que carcajear.

— No te burles. Alégrate de ver a otros reír. Él es mejor persona de lo que crees.

— Tú lo sabrás. *In vino veritas.*

— Perdió a su mujer. La quería mucho y ha sufrido de soledad. Andaba medio loco detrás de las mujeres porque se estaba buscando a sí mismo. En realidad, me estaba buscando a mí. Me quiere, es muy tierno y sumiso conmigo, ya no sale de la casa... Le pedí que remozara su vivienda destartalada y lo está haciendo.

— No hagas como el agua, que se ensucia por limpiar a otro, Ana.

— He puesto esas condiciones porque te quiero.

— Bueno, al menos no romperás bruscamente conmigo: odio el fracaso.

— Jamás, amor. Te quiero más que a nadie. Quiero volver a bailar el Bolero de Ravel *for your eyes only*. Eso nunca lo haré con Alfabeto.

— Bien —cedí al fin, acariciando la idea de los 14 minutos— pero nada de orgías.

— Claro que no. No somos comunistas.

— Y, ¿vamos a competir?

— Sólo en dar amor.

— ¿Me das seguridad de tus sentimientos?

— Mi alma y mi cuerpo claman por ti tanto hoy como el día de la bendición. Te quiero conmigo siempre.

— ¡Dios mío! Y si yo hallase otra mujer, ¿entonces qué?

— ¡Estupendo! Prefiero que sea así para que te compenetres con alguna de tu edad. No es bueno que divagues, como le ocurrió a Alfabeto. Todos necesitamos llevar vidas asentadas y bien enraizadas.

— Alfabeto te ha vuelto un poco filósofa, Ana.

— También soy madre. Cuando tengas compañera, me vas a quitar un gran peso de encima. Mi hija se ha enamorado de tu fotografía. La muchacha no anda bien de la cabeza. Tiene metido entre los tarros hacer el amor contigo cuando vuelvas, así tenga que violarte. Y ella jamás se ha desdicho de un discernimiento absurdo. Pero eso, de consentirlo, equivaldría a incesto... es intolerable. El beso abre la puerta y, para lo

demás, ya queda abierta. Por eso es que, en adelante, no te he de recibir en mi casa sino en la de Alfabeto.

— Hay ecos de moral en tus palabras. Tengo que digerir mentalmente todo esto, Ana. Me siento un poco confuso.

— Nada ha cambiado entre nosotros. No habremos de albergar un amor malhumorado. Eres mi redentor. Como dice Alfabeto, si analizas nuestra situación fría y objetivamente, verás cuánta lógica tendrán nuestras vidas.

— El corazón no es lógico, Ana.

— Ahora mismo quisiera estar haciendo el amor contigo.

— ¿Con Alfabeto presente ó ausente?

— ¡Sí!

— Los celos pican más que las pulgas y no entienden de lógica, Ana.

— Dice Alfabeto que el buen entendimiento ahoga hasta a los celos.

— ¡*Santa Madonna!* Considera que no basta ser honesta por ti misma. Ocúltales a los vecinos tus propósitos o serás muy criticada. A casi todos ellos les gustan las conversaciones contra el prójimo.

— Estoy curada e inculada contra las críticas. Recuerda que sufrí y me liberé de una prisión mental de veinte años. Ya no tolero sujeciones de ninguna índole. Peor para quien se ría.

— Lo sé y no quiero que aumente tu trastorno. Pero recuerda que si las habladorías no hacen mella en la dama, hacen mella en la fama. Con uno que te vea, lo sabrá toda la aldea. ¿Se sospecha ya por el barrio que te entiendes también con Alfabeto?

— No se sospecha, se sabe. La palabra salta de boca en boca como el pájaro de rama en rama. El fumador y la mujer del pelotero dicen que soy puta. Joanyza me aconseja un director espiritual. Su marido no dice nada porque en boca del discreto lo público es secreto. El tontín, que ya no lo es tanto, me pidió perdón por el apretón de cuello y reconoció que me había juzgado mal. No sé si mi comportamiento actual le recuerda a la demonuca. Su madre me ha dicho que predico al fin como se debe, con el ejemplo. Tal vez ella haya sufrido de deseos reprimidos... A ver si se lanza ahora.

— ¿Cuándo te casas?

— Ya tenemos la licencia civil. No quiero boda en la iglesia porque mi primera experiencia matrimonial fue traumática.

— Tienes razón: no vuelvas a enredarte con el sacramento.

— Alfabeto es muy buen hombre, pero si algo sale mal no quiero quedar casada a la fuerza.

— No hay carnaval sin cuaresma, Ana. El bien suele ser olvidado o mal pagado. Mantén la separación de bienes, tal como hiciste la primera vez. Vive alerta de cualquier conspiración contra tus intereses.

— Ya lo he hecho. En el mundo moderno, las cabras no parimos para los lobos. Ye le dije a uno: ‘quita pa’l carajo que te rechazo.’

— Eso estuvo muy bien.

— Me preocupa que me dejes de querer, J.

— Tranquila, Ana. Te adornan muchos fuegos físicos y espirituales. Como eres libre de elegir por tu gusto, todo te saldrá bien.

— ¿Cuándo regresas?

— En pocos días.

— Ven directamente a casa de Alfabeto. Te voy a preparar tu habitación inmediatamente.

— Después de haber sido mono célibe, ahora me toca *un ménage a trois*.

— Tú eres el primero en mi corazón.

— ¿Y a Alfabeto qué le dices?

— Que él es el segundo, pero con altas calificaciones en la cama: eso le gusta. El filósofo no es celoso.

— Las obras son más elocuentes que las palabras, Ana. Vientre con vientre, se calla lo que hay en mente.

Colgamos con un “*bye*” indefinido. “Deja a Venus por un día y buscará compañía —me dije, casi frustrado.” Pero le debía mucho a Ana: el amparo, los testículos, la transformación, el amor. No me podía declarar juez de aquel ángel. La amada culpable pronto es inocente. Hube de reconocer que la mujer carnal no se harta y que, de la cinta para abajo, cualquier monja —¡o hasta la madre del tontín!— tiene veinte años.

El té se enfrió antes de que Gloria saliera del baño. “¡Heos aquí, hermosa! —disparó mi mollera cuando la vio.” Iba discretamente vestida y se la veía sumamente bella al andar. Venturosamente, su cuerpo de Afrodita se prestaba tanto al vestido como al desnudo. Mirándola detenidamente, me dio por pensar que, si Dios tiene favoritos, todas las hembras no son iguales.

Cuando empezaba la misa en la catedral, Gloria y yo subíamos al segundo piso del edificio contiguo a ésta. Con el gesto fruncido, el Padre Ignacio nos fue a encontrar en el pasillo y nos pidió que esperásemos en el salón. Me reveló que el panel jesuítico se preparaba en aquel momento para tomar la deposición del ex novicio amnésico. “¡Qué pronto lo halló el Padre Daniel! —exclamé interiormente, admirado.” El Padre Ignacio

me mandó a estar listo por si fuese necesario un careo con Joseph. Le quise sacar más información al respecto, pero me aseguró que no me podía decir nada más en aquel momento.

Gloria y yo nos quedamos solos en el salón. A los pocos segundos, escuchamos el sonido de una puerta que se cerraba: “¡Paam!” ¡Estaban muy cerca!

A cada lado del salón había una oficina vacía. Entré a la primera y rastree las paredes con la ventosa del estetoscopio sin oír absolutamente nada. Gloria me observaba sonriendo pícaramente:

— Haremos dislates pasando con discreción sobre las leyes de la privacidad porque sabemos escuchar —pronosticó.

— Algún día, en algún lugar, podré ser hombre de honor libremente —objeté.

En la pared opuesta a la entrada de la segunda oficina, el instrumento reveló un murmullo de voces: eran los monjes rezando. Mandé a Gloria de guardia al salón y le pedí que le dijera a cualquiera que preguntase por mí que estaba en el baño. Cerré la puerta de la oficina, rodé la silla del buró contra la pared y me puse a escuchar.

Tal como había ocurrido en el monasterio, el Padre Antonio dirigió el interrogatorio:

— Hijo mío: ¿qué hacías en la residencia del Cardenal X el día de su muerte?

— Le traía cocaína al cardenal. Él se revolvía en un verdadero torbellino de vicios. (“¡O, la, la! —exclamé para mí.”)

— ¿Te propones desfigurar nuestra imagen ante los fieles, como si fueses nuestro enemigo, Joseph?

— No. Me quiero librar de la cárcel simplemente.

— ¿No te avergüenzas de lo que dices?

— Claro que no. El cardenal fue un hombre de grandes luces que vivió a contrasentido. Me pagaba muy bien las novedades, las drogas y las loas. Y no me vengáis con cuentos porque vuestro poder se asienta en muchos y mayores crímenes.

— Voy a pasar por alto esta vez tu insolencia, muchacho —precisó el Padre Antonio con voz agria. ¿Estaba con vida el cardenal cuando lo hallaste?

— Sí. Tomó más cocaína de la que le convenía. Llevaba ya algún tiempo apoyándose en el abismo y por fin cayó en él. (“Vanidad herida, madre de tragedia —especulé en mi escondrijo.”)

— ¿Desde cuándo le suministrabas drogas?

— Desde hace un par de años. El Padre Lamberto me puso en contacto con Su Eminencia.

— Al Padre Lamberto le ha tocado una muerte vil, Joseph, como a un criminal.

— Es que Lamberto era un criminal. ¿No sabe que desenclavó la baranda de un puente para que un novicio cayera al agua y se ahogara? A mí me mandó contra una patada que casi me mata. Por eso, cuando volví en mí, fingí amnesia y salí de la asociación.

— ¿Murió el cardenal en tu presencia?

— Eso me pareció. Le limpié el polvo blanco de las narices, le lavé la uña larga del meñique, con la que él había paleado la cocaína, y me marché. Pero, como aquí todos los pasillos llevan a Roma y al infierno, alguien me vio.

— Te descubrió un ser noble que no te ha querido denunciar a la justicia.

— No, Padre, fue el obispo que se horroriza de lo que sé. De no ser así, como vuestro delirio de venganza gusta tanto de juzgar y castigar, ya estaría preso. Sé que os complacería aún más quemarme como a un hereje en medio de la plaza pública. Si me habéis encubierto es porque le teméis a la opinión del pueblo al que mentís. ¡*Tilín, tilín!*

— Quisiera entender un poco de remordimiento en tus palabras, hijo. Si te arrepientes, te perdonaremos. Conocemos tu fanatismo y tu vida concupiscente.

— Palabras de la Santa Madre Iglesia: ¡Que vengan a mí los impuros para perdonarles sus pecados! En lugar de dinero, le pagaremos a éste su droga con el Cielo. Es fácil ser benevolente cuando no se tiene zarpa, Padre. ¿Qué ha ocurrido con la vieja justicia de rayos y centellas que desplegabais antes?

— Dios nos ama a todos, hijo mío. No arriesgues la salvación de tu alma. Recuerda que Nuestro Señor Jesucristo murió por salvarte del pecado: lo quisieron atar y les brindó las manos, lo quisieron abofetear y les presentó la mejilla, lo quisieron acusar y se presentó más sumiso que un culpable; por el camino de la cruz, lo escupió la canalla, sufrió crueldades, golpes, injurias, indignidades, dolores e insultos; y por fin, la tierra se bebió su preciosa sangre.

— No me tome usted por un enfermo de redención, Padre. La perdición es vuestro cielo en la tierra. Sufrís y hacéis sufrir a los demás. Hay que ser muy sinvergüenza para predicarles el infierno a los necios. ¡*Tilín, tilín!*

— Predicamos la palabra de Dios.

— A una chusma que no entiende. Les repetís las mismas palabras sin compasión, viéndolos hundirse en la voracidad de los siglos. No sé cómo no se aburren y os aburrís. ¡Asesinos de sonrisas! ¡Malos poetas! Sólo servís para apaciguar a los pollinos.

— Somos seguidores de Cristo.

— ¡Ja! Tus bondades son fingimientos de las de todos esos que te obedecen porque no saben mandarse a sí mismos. No crees en nada, ni siquiera en ti mismo. Y quien no tiene fe en sí mismo suele apelar a la mentira. Eres una serpiente que inmoviliza a su presa con un dulce y letal veneno. ¡Cuánto daño hace el que dice saber de lo bueno y lo justo!

— Mira esta cruz, hijo mío. ¿No te dice nada? Jesús murió por nuestros pecados.

— La mala tierra cría cruces, Padre. En esta casa queman incienso cuando celebran la muerte del héroe primordial; también riegan agua bendita sobre el recuerdo de las hogueras de los mártires. ¡Cuánto os gustan los sacrificios humanos! Ahumáis y componéis música para vuestros aullidos.

— Somos hijos de Dios, tus hermanos en Cristo. Mira cómo estos buenos sacerdotes rezan por ti.

— No puedes saber si eres hijo de Dios, Padre. Ya te dije que eres un mal poeta: has creado un dios muy imperfecto. Tal vez, en el fondo, quieras ser como el dios que no es. Yo me transformé y me creé a mí mismo. Sí, soy mi propio padre, como quien concibe y saca la imagen del granito.

— Ama a Dios sobre todas las cosas y no maldigas Su santo nombre. Ama a tu prójimo como a ti mismo por amor de Dios.

— ¡Que no pasa de moda el decir que hay Dios! (“¡No, Joseph: Dios debe de ser la esencia! —me dejé gritarle a mi conciencia en mi escondite.”)

— Dinos pues, poseído —el Padre Antonio invitó a Joseph a explayarse.

— Comediantes judíos que os inventáis a vosotros mismos: decid las más disparatadas y pedantes necedades, no me importa. Os contradecís continuamente. Me causáis una gran fatiga, como la nada. No entendéis que también yo amo al dios que he creado. La felicidad escasea en el jardín terrenal. La poca que he sentido me ha llegado como un fantasma en forma de pecado. ¿Por qué impugnáis el goce ajeno? ¿Por qué sacrificáis el futuro de tantos? Sois fariseos. Pensáis que de la reflexión salen las peores razones. ¡*Tilín, tilín!*

Cayó un elocuente silencio. El dardo disparado en los oídos de los sacerdotes les había atravesado dolorosamente los pensamientos y se había

vuelto frustración —tal vez inseguridad y miedo. Me sentí ocupado por el suspenso de aquel drama. Me golpeó la conjetura de que todo lo que se hablaba allí ya había sucedido. Presentí algo terrible.

Oí de nuevo la voz profunda del Padre Antonio. Habló en tono llano, con minúsculo volumen.

— Hijo mío: Veo al demonio detrás de tu mirada hosca y en tus labios apretados. Yo te bendigo en nombre de Jesucristo. Reza con nosotros.

— El rezar es cosa de locos. ¿No os habéis enterado aún de que el mundo es un experimento?

— Satanás —gritó el sacerdote, sobresaltándome—: Te ordeno en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, salir del cuerpo de este hermano nuestro y volver a las tinieblas con todas las miserias que has traído. *Vade retro!*

Una terrible confusión persiguió las palabras del exorcista. Tal vez con su cabeza como olla de grillos, Joseph empezó a gritar: “¡Aaahhh, aaahhh, aaahhh!” ¡Cómo gritaba el maldito! ¡Quién sabe qué pensamientos arrollaban por los vericuetos de su conciencia! Se sintieron unos golpes bruscos: ¡*pum, pum, pum!* ¡Es que no saben que las paredes oyen? En el fondo del ambiente, varias voces rezaban al unísono: “*Te Deum laudamus. Te Dominum confitemur. Te aeternum Patrem omnis terra veneratur...*” La oración de los monjes se le impuso finalmente a los chillidos de Joseph. Oí el crujido de un mueble: *crash!* “Se ha desmayado —apuntó mansamente el Padre Ignacio, posiblemente persignándose. *Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto.*” Y todos respondieron: “*Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*”

La carga más pesada es la conciencia.

En cuanto la voz del Padre Antonio pregonó las botasillas, volví al salón de espera. Los ojos de Gloria emitían una enorme curiosidad en azul brillante. Le expliqué los pormenores de la muerte de su tío, el corruptor del diablo. Me escuchó con gran atención, casi con alegría. Le hice entender claramente esta vez que los jesuitas no iban a matar a nadie. La exhorté a resolver su situación sin escándalos. “Llama inmediatamente al alcalde de Xville y haz que se rescinda la orden de autopsia —la aconsejé.”

Gloria llamó a su amigo. “*Everything has been cleared up*—le dijo. *Please, stop my uncle’s autopsy now to prevent embarrassments to the church and to me.*” En unos minutos, el alcalde llamaría al gobernador y

éste al fiscal general de Iville. No habría autopsia. Valdría el certificado médico que le achacaba la muerte del cardenal a un paro cardíaco.

Le pedí a Gloria que me dejara hablar por ella con el Padre Ignacio porque yo lo sabía todo de primera oreja. “Sí, préstame tus luces —asintió sin dejarme concluir.” Al menos me tenía confianza. Me dijo que le gustaba dejarse proteger y querer. Le respondí que lo había notado cuando ella estaba hablando con el alcalde de Xville. Me volvió a decir que era una mujer agradecida.

En ese momento entró el Padre Ignacio. El anciano venía cojeando muy rápido por impulso de la fe, con el rosario arrollado en el brazo. “*Pes tam vellox* —me dije— alegrándome por él.” Nos dijo simplemente que el ex novicio había salido del abismo, arrepentido de sus faltas, y había vuelto al seno de la Iglesia. En aquel preciso momento, Joseph estaba rezando el rosario con el Padre Sforza. Me quedé maravillado. Es difícil conocerse uno mismo porque cada cual es un abismo de desconcierto.

— Padre —le dije casi en un susurro— mi corazón se alegra de que la oveja haya vuelto al rebaño. Siempre le deseé el bien a Joseph y recé por él.

— Dios ha escuchado nuestras oraciones, hijo mío —afirmó, besando la cruz de su rosario.

— Ahora, tengo algo muy importante que decirle a usted —hendí en su fe.

— ¿Necesitamos privacidad, hijo? —indagó, impresionado.

— En absoluto. Se trata precisamente de la Madre Superiora.

— Bueno, habla —sintetizó, sentándose junto a nosotros.

— La Madre Gloria le debe la posición de superiora a su tío —le expliqué como si él no lo hubiese discurrido ya, porque era un buen hombre. Ella se sabe desenvolver entre los políticos del Estado. A pesar de ciertas discrepancias con los jesuitas, ha venido a ayudarnos a limpiar la imagen de la Santa Madre Iglesia.

— Que Dios te guarde y te proteja, hija —apeló el buen cura al Cielo, volcando una piadosa mirada sobre Gloria.

— Comuníqueme al Padre Antonio y al obispo que ella ha pedido, y logrado, que se revoque la orden de autopsia. (No tendríamos que enterrar al cardenal en rebanadas.)

— ¡Qué gran peso nos has quitado de encima, hija! —exclamó el Padre Ignacio, extático y le hizo la señal de la cruz en la frente a Gloria. (Habíamos aprovechado al máximo el impacto de aquella noticia.)



Sin más, el Padre Ignacio se marchó. Iba contento, con otro renqueo rápido, a darle la buena nueva al Padre Antonio. Gloria sonrió y me dijo que, dondequiera que terminase yendo, me quería de consejero. Yo le aseguré que la quería a ella de cualquier cosa. Atestó que, si bien despreciaba a casi todos los hombres, yo no me contaba entre los menospreciados. Le di las gracias. “Si fuera verdad... —me dije, guardándome las palabras inútiles.”

A los pocos minutos, le informaron oficialmente al obispo que no habría autopsia. Él, con los brazos tendidos al cielo, nos dijo a todos lo que ya sabíamos. El obispo era un hombre rubio y delgado de unos cincuenta años. Gloria le había salvado la buena reputación y su carrera.

Una hora más tarde, bajo un cielo azul turquí, salimos de la catedral con los restos del cardenal que ya no era. Era un bello día para un entierro. Otro ser que había existido —de la potencia al acto y de ahí a no sé dónde. Ya el cardenal era un recuerdo para los muchos y una pesadilla para los pocos.

Tanto los feligreses como los jesuitas parecían estatuas que se movían como personas. La faz de Gloria, por el contrario, difundía algo así como una eufonía armoniosamente humana cuando la tocaban los rayos del sol. “¿Qué me pasa con esta hermana, caramba?—me sentía preguntado.”

Apareció de nuevo la carroza funeral en la que habíamos arribado de Miami la semana anterior: en ella metimos el ataúd con su cardenal. Luego procedimos lentamente al cementerio en una larga caravana de vehículos. Con rosarios y misales en las manos, las personas piadosas de Iville rezaron en las aceras por todo el camino.

Terminado el entierro, sobre las seis de la tarde, regresamos a la catedral. El Padre Antonio había solicitado una reunión con la Madre Superiora. Ella había aceptado porque quien desee vivir en paz debe estar dispuesto a pelear. Le había llegado su momento. Como yo conocía mejor que ella a los jesuitas, le di consejos de cautela por el camino: “No creas todo lo que oigas, no digas todo lo que sepas, no juzgues todo lo que veas.” Ella asentía con los ojazos claros bien abiertos.

Gloria recibió una corta llamada del alcalde de Xville. Se sonrió y le dijo al otro: “*Wow, even he got taken for a fool!*” Luego le dijo que no lo podría ver en unos días, hasta que se fueran los italianos. Al colgar con el alcalde, detuvo el auto para poder carcajearse sin riesgo de chocar. Era tanta su risa que, como perlas, le rodaban por su linda cara dos lágrimas finas. “¡Es increíble lo justo a tiempo que me lo ha dicho! —exclamó. Las pruebas de ADN no conectan a mi tío con ninguno de sus cuatro

hijos. Ambas mujeres se la estaban pegando. ¡Tan listo y que no haya sospechado nada!”

No hay peor burla que la verdad. La ciencia de Dios consiste en filtrar el bien de entre todo lo demás.

Al llegar, le pidieron a Gloria que subiera directamente al mismo salón donde el Padre Antonio había exorcizado a Joseph. Las grietas de las lágrimas en el maquillaje le prestaban a su faz cierto aire de dolor y pena. Sin que nadie me invitara a hacerlo, me fui de nuevo al salón de espera. “*Va prêter l’oreille* —me animó ella con una mirada risueña.”

En cuanto se cerró la puerta tras la monja, volví a mi posición de espía. Cata que, cuanto más honrado ha sido el pecador, mayor se considera el pecado. Ya yo no era tan honrado.

— Madre, la Iglesia de Cristo le está reconocidísima —abrió el nuncio papal. La autopsia de su tío hubiese suscitado dudas horribles en el seno del catolicismo.

— Lo sé, Padre —le respondió ella tranquilamente. En su frustración, el cardenal había recurrido a las drogas. Yo esperaba a que pasara el tiempo porque el diablo se vuelve bueno cuando envejece.

— Entonces usted lo sabía.

— Sé eso y también que ha tenido otras amantes además de esas dos mujeres que quieren demandar a la Iglesia. Y sé que no tiene cuatro hijos.

— ¿Habla usted en serio, Madre?

— Cuando llegue el reporte de las pruebas de ADN lo habrá de comprobar usted. Siempre sospeché que mi tío era estéril. De no ser así, por inmoderación y estulticia, hubiese engendrado no cuatro sino cincuenta hijos.

— ¡Dios mío!

— Ahora, si me lo permite, quisiera yo hacerle a usted algunas preguntas. (Estoy de acuerdo —me dije en la otra cámara— porque donde no hay fuerza se pierde el derecho.)

— Claro que sí, hija mía. ¿Qué quieres saber?

— ¿Es usted el Papa Negro?

— ¡Ja, ja, ja! Eso no existe, hija mía. Son leyendas urdidas por los enemigos de la Iglesia. Le debo obediencia al Papa.

— ¿Por qué fueron intervenidas las líneas telefónicas del monasterio?

— ¿Quién te ha dicho tal cosa?

— El abad.

— Ya veo. Por mi voto de obediencia, no puedo admitirlo ni desmentirlo. Es ilegal hacer tal cosa en este país. (“*Semper cautus esto!* —gruñí para mis adentros.”)

— ¿Y por qué siguieron anoche a la camioneta del convento en el mismo sedán negro en que vinieron ustedes a las exequias del cardenal?

— Porque el abad había visitado el convento y a él y a sus amigos sí los estamos investigando.

— El abad no me dijo, hasta anoche, que mi tío fuera el cabecilla de una sociedad secreta de brujos y depravados. Me siento desasosegada y triste al respecto. (¡A ver si se lo cree!)

— Te creo, hija mía, y sé que estás con tu Iglesia. (“¡Cuidado, Gloria —lancé mis ondas mentales— que por la confianza entra el engaño!”)

— Eso me conforta, Padre. Pero, dígame: ¿qué piensa verdaderamente de mí?

— La tenemos a usted en gran estima como superiora. (“¡Pero si no la habías conocido hasta un rato antes! —grité mentalmente.”)

— El abad y mi tío me gestionaban un puesto de abadesa en un convento mayor de París. Según me dijeron, la abadesa actual se habrá de retirar muy pronto.

— Escribe en este papel el nombre del convento y considéralo hecho. En un par de días, cuando terminemos el asunto del abad, regresaremos a Europa. Le explicaré a Su Santidad que no es bueno que te quedes aquí, en contacto con quienes conocieron a tu tío.

— Gracias. (“¡Éste sí que tiene influencia! —pensé.”)

Nos detuvimos a por un bocadillo camino al paradero de Gloria en Iville. Colegí de su conversación que le había agradado la promesa del Padre Antonio. Ya se veía en París, desayunando *un croissant et du café au lait* en el barrio latino. Mi primera impresión de aquello fue ser *too good to be true*. Me pareció que una cómoda mentira había anidado en sus expectativas. Antes de terminar la ligera cena, unas tinieblas serenas rodearon a Iville —y otras ofuscaron a la monja.

El apartamento de Gloria era pequeño. El mobiliario estaba compuesto por una cama, una mesa, dos sillas y un armario lleno de ropa y zapatos. Evidentemente, era un lugar de paso. Nos sentamos a la mesa a recapitular el día.

— En esta mesa escribo muchas epístolas, como San Pablo —denotó ella, apartando un bloque de papel a un lado de ésta.

— Los corintios jamás le contestaron las cartas a San Pablo: por eso escribió tantas.

— A que esos chistes no se los cuentas al Padre Ignacio.

— Tienes razón. Para contemporizar en esta vida hay que tener múltiples personalidades.

— ¿Te sientes esquizofrénico o camaleón?

— Un poco de cada.

— Y yo —asintió, echando los zapatos sobre la alfombra.

— ¡Oh, el ser humano y sus circunstancias!

— ¿Qué conclusiones has sacado de mi breve *tête-à-tête* con el Padre Antonio? —indagó con gran interés.

— Yo sólo me fío de Dios.

— Entonces has desconfiado de los italianos. Sé que confías en el Padre Ignacio.

— Porque el Padre Ignacio no vino de Roma... Manejaste muy bien tu parte: te presentaste como una heroína de la fe, demostraste fuerza sin amenazar, definiste que discurre bien. Pero ten en mente que algunos secretos tuyos saldrán a relucir.

— *They may already know about us. N'est-ce pas?*

— *Itast.* No te fíes de las promesas del nuncio pontificio. Cuando le convenga, te declarará una diablesa porque, como sabes, también en la Iglesia se infama. Sostén una juiciosa alerta por el momento. Lo que no han averiguado espionando, lo pueden saber por el abad. Como tu tío no les hablaba, y dudo que el obispo se sincere con ellos, es de suponer que el secreto de tus conexiones políticas esté a salvo por el momento.

— De acuerdo, J. Pero ¿cómo puedo probar sus intenciones?

— El proceso de Bertoldo debe de arrojar alguna luz sobre sus planes inmediatos. Yo debo de asistir, en calidad de víctima e inculpador. Cuando decidan, podremos atar cabos.

— Al despedirse de mí, Bertoldo amenazó con suicidarse —me recordó Gloria, entretanto una ligera sombra corría por su fisonomía.

— Pudo haber sido un *bluff* porque es truquero... aunque me parece que está completamente loco. Hasta el momento en que Bertoldo sea destituido, corro riesgo porque cuenta con recursos materiales para hacer daño. Uno no debe vivir persuadido de que su enemigo está descansado. El diablo no duerme pero se hace el dormido cuando le conviene.

— Eso vale para ambos.

— Dime, Gloria: ¿fuiste huérfana desde muy niña?

— Sí. ¿Cómo lo sabes?

— Lo he adivinado —le dije, pasándole la mano por su cabellera sedosa... suelta.

*Iam tempus dormiendi erat.* Le di un beso y me dio dos. La debo de haber penetrado con una mirada de fuego cuando se empezó a desvestir con gracia de bailarina —yo con afán de sátiro. Apagó la luz por pudicia. Sentí la fuerza de toda aquella belleza en la penumbra. Sus carnes blancas

fosforecían como un fantasma divino. Impensadamente, Gloria me preguntó:

— ¿Es posible sentir algo más que amistad por un amante en 24 horas?

— ¿Qué crees tú?

— He preguntado la primera.

— Lo es, Gloria —reliqué excitadísimo (Tonto, no te comprometas.) Anoche, vi a un ángel tirar los hábitos y... Tomo lo que me das y suspiro por lo que queda. (¿Es que no entiendes?)

La sangre hirvió sin fuego. *In lecto recumbimus*. No hubo parte de aquella mujer por la que no anduviese aquella noche. La pequeña habitación del pequeño apartamento me parecía un palacio en el paraíso. Hubo impulsos de mutuo ardor. Descubrimos que, en el amor, las palabras locas son las más razonables y que no todas las hogueras se consumen.

— Oye, Gloria —le musité por la madrugada— a Adán y Eva no les fue tan mal en el Edén como dicen.

— *Viens à Paris avec moi, mon cher*. (Ella quería compañía y aval.)

— *Si tu me commandes* —me dejé arrastrar. (¿Qué prometes?)

— *Tout est fini entre le maire et moi: on n'a plus besoin de ça*.

— *J'espère*. (¡Claro que olvidarás al alcalde!)

Entonces recordé las promesas de Ana. También me vino a la mente la invitación a la amistad de la agente de Xville y la contrición que yo debería sentir por haberle mentido. Claro que mucha conciencia es locura. Y pensé que de la tierra sale tanto el carbón como el oro... ¡y cuánto oropel! Al final de la corta meditación, me dije: “¡Cuán poco sé!”

Al día siguiente, desayunamos en un restaurante bastante concurrido de la carretera de Xville. Con una taza de café humeante frente a sí, mirando ausentemente la ondulación del terreno, Gloria me dijo:

— *Je suis bouleversée: écoute moi parler de mes corruptions*.

— *Ça va* —le dije, melindroso. *Tais-toi, je t'en pris*.

Gloria había plisado su linda cara. Insistió en contarme sus secretos de alcoba. Yo no sentía ninguna curiosidad por saberlo.

Su primer amante, antes de cumplir los dieciséis años, había sido el cardenal, su propio tío. Como era huérfana de padre y madre, él la había tomado bajo su ala protectora. “¡Qué mal bicho el cardenal! —le dije a mi conciencia.” Bruscamente, de las nociones de la experiencia me oprimió el concepto de que el cardenal había sido un hijo-de-puta.

Al cardenal le complacía en sumo grado escoger la ropa interior de su sobrina. Cuando estaban solos, la mandaba a pasarse en braguillas y

ajustadores de variados colores por sus apartamentos en la residencia cardenalicia de Iville. En la escuela secundaria, no le permitió jamás frecuentar a los muchachos de su edad. Cada vez que hacía el amor con ella, le aumentaba considerablemente una cuenta de banco que le había abierto. El río no crece con agua limpia. Finalmente, como era una mujer tan bella, el cardenal canjeó sus favores por influencias en Roma y en América.

El Cardenal X se enorgullecía de haberle impartido personalmente a su querida sobrina lo que llamaba “la sabia enseñanza del cambalache.” Aquella criatura angelical había quedado emocionalmente desgarrada. Espontáneamente, despreciaba a los hombres con los que había comecado carnalmente... tal vez a todos los hombres. Por tal, la pregunta afloró de nuevo a mi mente: ¿qué ocurrirá cuando Gloria no me necesite más? Al fin y al cabo, yo me había ofrecido libremente a ayudarla. “Bueno —me dije, resignadamente— tal como Otto von Bismarck quiso que le pusieran en su tumba: *On verra!*”

Después de probar suerte en el mundo laico, su mecenas ubicó a Gloria en el convento. Una vez prometidos los votos de pobreza, castidad y obediencia, le había concedido el derecho a la propiedad privada hereditaria y a los ingresos en concepto de los empleos deshonestos que él mismo le proporcionaba. A sus veintiséis años, la Madre Superiora no era pobre, ni casta ni obedecía a nadie más que a sí misma.

El convento que dirigía Gloria no era de clausura. Figuradamente, estaba sometido a la jurisdicción del obispo de Iville. En realidad, las monjas gozaban de gran independencia. Gloria ejercía el apostolado enseñando niños y cuidando enfermos. La Madre Superiora decidía qué parte del tiempo se le dedicaba al servicio divino, a la meditación, a las labores del convento y a las otras ocupaciones. Como no era estricta, ni se ayunaba ni las monjas se ejercitaban demasiado en la virtud.

A pesar de haber sido culpable de estupro con su propia sobrina, el Cardenal X no había tenido que enfrentarse a la justicia penal. No tenía ley. Hasta encubrió un asesinato. ¿Qué más habría hecho? Gracias a mí se supo, aunque tardíamente, que tenía ilusiones diabólicas y tendencias separatistas.

*Horam consupsit in narrando.* Cuando terminó su confesión, la huerfanita me preguntó si tenía que hacer penitencia. Quien consulta, aprobación busca. Le respondí que sus actos eran reconciliables con su situación. ¿Qué otra cosa le iba a decir? “Represión dura hiere y no cura —le advertí. Tu tío fue un actor irresponsable en esta vida. Perfeccionó las grandes patrañas y, por eso, lo recuerdan con cariño. Tal vez le haya

remordido la conciencia finalmente... aunque era político ¿Te lo imaginas de Papa?” Con el sarcasmo, logré arrancarle una delicada sonrisa.

Gloria condujo velozmente, *smoking speed signals as she went. Currus Glori celerissimus erat.* Por la carretera de Xville, pasamos el sedán negro en el que viajaban los de la Compañía de Jesús. El Padre Ignacio me saludó y nos bendijo. Los otros tres llevaban cara de palo.

Dejamos el coche de Gloria en el parking municipal. Regresamos en un taxi. Yo quería irme al motel. Ella me persuadió con dos palabras que la acompañara al convento.

Al oscurecer, entramos por la puerta lateral, tal como había hecho Bertoldo dos días antes. Esta vez, después de traspasar y encadenar la cancela, Gloria le echó la llave a la puerta de madera que da al pasillo. “Por aquí no entrará nadie más que tú —me avisó.” Después de todo, ella estaba en su casa.

Detrás del oratorio había dos puertas: una llevaba a un pequeño gimnasio, la otra a la alcoba con baño privado. “Me voy a duchar —me dijo la Madre chuscamente— ¿me acompañas?” En ese momento, quise creer que sentíamos inclinación el uno por el otro así como se quiere creer en Dios. Me desvestí. *Semper paratus ad amandum.*

Antes de meternos en la ducha, la huerfanita levantó el teléfono y pidió la cena. Cuando salimos, había una bandeja con verduras y pescado sobre la mesa del cuarto de oraciones.

“*Je me sens hors de moi* —me dijo cuando nos metimos en la cama.”

Sobre las seis de la mañana, *ut primum lux orta est*, sonó mi celular. Era el Padre Ignacio. “Nos vamos a reunir con el Padre Bertoldo a la orilla del lago a las siete y media —me informó con voz animada. Él acaba de acceder a la reunión. Se niega a entrevistarse con el Padre Antonio en el mismo salón donde confesaron los hermanos. Tal vez tema una celada Quiere que vayamos todos junto a la piedra grande cercana al muelle de pesca que llama ‘dolmen de los sacrificios’. No sabemos por qué ha elegido ese sitio... Tal vez el abad crea, equivocadamente, que no tenemos pruebas ni testigos. Se le permitirá negar los cargos bajo juramento ante seis religiosos de buen nombre que determinarán su inocencia o culpabilidad. Estaremos presente el Padre Antonio, ambos coadjutores, el Padre Daniel... tú y yo. Acabo de enviar el auto por ti al motel. Cuando llegues al monasterio, ocúltate. No salgas de tu antiguo escondite junto a la laguna hasta que te llamemos.” Asentí.

“¡Por fin! —exclamé al colgar.” Me comencé a vestir rápidamente para llegar al el motel antes que el Padre Cavallo. La huerfanita se había terminado de poner el hábito para ir al refectorio. Se echó un manto de franjas blancas sobre la cabeza y los hombros para acompañarme a la puerta lateral, pero cambió de idea y me tendió las llaves de la puerta y la cancela. “Vuelve y cuéntamelo todo —me despidió.”

Una niebla espesa había descendido sobre Xville. Si bien ésta me resultó afortunada para salir del convento, me fue adversa para encontrar el motel; llegué apenas un par de minutos antes que apareciera el auto negro conducido por el jesuita.

Me monté en el sedán y partimos inmediatamente. El Padre Cavallo no me preguntó nada. Más vale repetir cosas buenas viejas que decir cosas malas y nuevas. “Además —dije interiormente— si estás ciego, no necesitas espejo.” Mi actitud con respecto a los jesuitas había empeorado desde que los pillé espionando a Gloria.

La carretera que lleva al monasterio del *septimontium* o *septem montes* —como le llaman los eclesiásticos— cambia su nombre a *Via Sacra* al trasponer el puentecillo que salva el *Tiberis*. Como cruces, a la vera de la vía están clavados los postes de madera en que se apoyan los tres cables que llevan al monasterio el fluido eléctrico y varios canales de telefonía rural.

Con los faroles del coche prendidos, traspusimos el puente que salva el riachuelo. Aun en silencio, cruzamos la planicie baja llamada *campus Martius*. Al final de la *Via Sacra*, volteamos por la falda de la colina *Capitolium*, pasamos frente a la casa de huéspedes y nos detuvimos a la puerta del edificio principal del monasterio.

Los seminaristas conocíamos por *forum* el valle acotado por la colina *Capitolium* al noroeste y la colina *Palatium* al sur. En el *forum* están asentados los tres edificios del monasterio, el campo de deportes, el cementerio y ambas estructuras menores.

Me apeé del automóvil detrás de la iglesia. Tal como me había pedido el Padre Ignacio, abrí otra vez mis viejos senderos de meditación entre piedras y árboles por la ladera del monte *Capitolium*. A medida que subía por la falda de la colina, la niebla se hacía más rala. Desde la piedra Tarpeya —donde el antiguo propietario había sentido terror de su pecado— atalayé toda la laguna, incluyendo la pasarela que estaba sin barandas aún. Descendí una vez más por el sendero del *clivus Capitolinus*. Raudo, me dirigí al sitio donde me había ocultado *in umbra arborum* dos años antes. Apagué el teléfono y esperé bajo el álamo donde había recibido la maldición.



Poco antes de la hora indicada, una sombra se paseó por la orilla de la laguna. Bajo una larga capa negra, adiviné la figura obesa del abad. Se detuvo junto al dolmen de los sacrificios, de espaldas a mí. Su mirada, algo cegata y rebosante de estrambóticos espejismos, se perdía en el interior del *lacus Curtius*, entre los últimos jirones de neblina. Más allá, los montes que se techan de nieve en invierno cerraban de verde el horizonte. Haciendo un gesto misterioso, como demente, Bertoldo farfulló unas palabras incoherentes, parecidas a las de la maldición que me habían echado él y el difunto Lamberto.

Entonces llegó la comitiva vaticana. Partiendo del *forum*, los jesuitas habían atravesado la arboleda que está al pie de la colina *Palatium* rastreando el lomo de la *cloaca Maxima*. Luego giraron al norte, siguiendo la orilla de la laguna hasta la piedra infame. Todos vestían sotana y llevaban la cabeza descubierta con el ceño adusto.

El Padre Antonio se detuvo frente al abad con el crucifijo en la mano. Bertoldo le anunció desenfadadamente: “*Ego paratus sum ad audiendum.*”

— Seré breve —comenzó sin ceremonia el Padre Antonio. Se le acusa a usted, prior, de haber violado sus votos de presbítero. Ha ejercido usted el ejercicio indebido de la propiedad monástica, ha cometido faltas notorias contra la castidad durante varios años y se ha rebelado contra las órdenes de sus superiores en Roma.

— Todas esas acusaciones son infundadas —respondió el abad, rebujándose más en la capa.

— ¿Está usted consciente de que esta reunión es un juicio canónico?

— Me lo imagino, pero no estoy de acuerdo.

— ¿Ha mantenido usted la disciplina en el monasterio?

— Siempre.

— ¿No ha mostrado indebida indulgencia con los pecadores?

— Jamás.

— ¿Niega usted haber pertenecido a una sociedad secreta de brujos juramentada contra la Santa Madre Iglesia?

— Lo niego.

— La herejía es la negación, el rechazo o la duda pertinaz de la doctrina de Cristo después de recibido el bautismo.

— Lo sé.

— ¿Niega usted haber reclutado para dicha sociedad a cinco hermanos de su orden?

— Lo niego.

— Todos ellos confesaron haber formado parte de un grupúsculo herético, liderado por el difunto monje Lamberto, contra la fe divina y católica.

— Serían cosas de Lamberto.

— ¿Niega usted haber dispensado a varios seminaristas culpables de sostener relaciones contra natura en el monasterio?

— Sí, lo niego.

— ¿Sabía usted que los escándalos eran castigados antiguamente con las galeras y la suspensión de funciones?

— Lo sabía.

— ¿Niega usted haber sostenido relaciones homosexuales con dos novicios hace dos años?

— Lo niego.

— ¿Ha contribuido usted a la perversión de la voluntad de algún seminarista?

— ¡Claro que no!

— ¿Niega usted haber sabido que dichos novicios eran débiles de carácter y que padecían de trastornos mentales?

— La psiquiatría no es mi especialidad.

— Uno de los novicios, el que usted creía amnésico, ha confesado haber tenido relaciones pecaminosas con usted. De hecho, existe una crónica escandalosa sobre su proceder.

— Debe de estar loco.

— Me acaba de decir que la psiquiatría no es su campo.

— No importa. Sé cuando alguien está desequilibrado.

— ¿Niega usted haber tenido conocimiento del asesinato de un novicio hace dos años?

— Naturalmente.

— ¿Niega usted haber detenido la investigación criminal de la muerte del novicio y exigido la expugnación de todos los documentos pertinentes al caso?

— Lo niego.

— En muchos casos, la Iglesia ha cometido el error de remover de un lugar y reinsertar en otro a los sacerdotes que han incurrido en las faltas que acabo de mencionar. Se esperaba que recapacitaran e hicieran penitencia. Eso no ha dado buenos resultados. Hoy, cuando las pruebas condenan, el clérigo es expulsado por orden del Papa. El convicto debe alejarse de la casa en la que vivió al amparo de la Iglesia. Sale con la prohibición de celebrar la Santísima Eucaristía, oír confesiones y celebrar los demás sacramentos. En resumen, es expulsado del estado clerical.

- No lo voy a permitir.
- ¿Niega usted su homosexualidad?
- *Nemo naturam suam mutare potest.*
- No le hablo de su naturaleza sino de lo que ha hecho con ella.
- *Talis est hominum natura.*
- ¿Niega acaso haber hechizado a un novicio renuente a corromperse y haberlo vuelto un mono de la familia Cebidae?
- ¡Qué tontería! *Opus haud facile est.*
- El ex novicio, J., fue exorcizado por un sacerdote.
- *Quid tum accidit?*
- Que ha recobrado su forma y ha declarado contra usted.
- No lo creo.
- Por conducto suyo, hemos descubierto la conspiración.

En ese momento, el Padre Antonio me hizo señas para que saliera. Sin dilación, bajé la cuesta hasta la mismísima piedra maldita. Al verme, Bertoldo se engrifó, levantó los brazos, sacó las manos de la capa, me apuntó con todos los dedos y gritó: “*Hieródulas, Kâdeschot, sodomías, taras cananeas, alma de la sangre.*” No sentí más que risa. La convulsión enfadada del brujo dio con la capa por tierra. Apareció desnudo, con el pecho cubierto de unas plumas blancas mal pegadas; de los brazos le colgaban cientos de plumas negras y largas, en forma de alas.

Entonces Bertoldo se arrancó varias plumas del cuerpo y, repitiendo la misma maldición, me las echó encima, diciendo: “*Arte mea ipsa natura mutat.*” Se quería vengar contra el testigo. No ocurrió nada. Me trató de prender con las manos. Lo rechacé y, a causa del declive del terreno, cayó sentado entre el cieno de la orilla.

Al momento, Bertoldo se incorporó y subió al dolmen de los sacrificios. Presentaba un brillo macabro en los ojos y su boca espumaba. Llevado por un arrebato demente, nos dijo a todos:

- *Fessus sum audiendo.* Renuncio a la cautela.
- Habla, pues —lo invitó el Padre Antonio, impaciente.
- Aspiro a mi obra.
- ¡Arrogante!
- Ese mote es para ti, que quieres ser sabio en la opinión ajena. Te he reconocido: ¡eres el Papa Negro! Llevas el diablo en el pecho y la cruz en la mano. ¡Con qué pasión habla de la verdad el mentiroso!
- Veo la sombra del diablo caminar junto a la tuya, Bertoldo.
- Estás obsesionado con las sombras macabras porque ves la tuya en el espejo.
- Dios te ve, hereje.

— Ningún ojo nos mira desde ninguna parte, aunque digas que Dios lo ve todo. Tu dios es un desconocido, pero tú lo presentas como un diablo. Mejor vivir sin Dios que adorar a ese monstruo que anuncias, verdugo de la plebe. ¡Cómo te agrada la idea del infierno! Anda con tu tribulación a otra parte.

— Dios envió a Su único hijo a inmolarsse por nuestros pecados y tú reniegas de Él.

— Les has dicho a todas las chusmas que no digieren el saber: Honremos al muerto, fruto del adulterio de una virgen con un espíritu; creamos en el loco que dijo ser la verdad.

— Te excomulgo, sacrílego.

— No me importa. No sabes lo que piensas, mucho menos lo que dices. Te les quieres imponer a los primeros en el mundo con la misma insensatez con que tratas a la plebe. Crees que me persigues pero realmente me sigues... y lo sabes.

— Debemos rasparte esas manos con las que has consagrado la hostia, Sr. Bertoldo —aclaró el padre Antonio, caminando hacia la orilla del lago. *Sequere me.*

— ¡No, jamás seré asendereado! —gritó el ex abad, contorsionándose. *Multas res mirabiles iam confeci.*

— Por favor, Sr. Bertoldo —lo instó el Padre Antonio— no nos obligue a emplear la fuerza. (“Más vale entenderse a voces que a coces —pensé— aunque éste no se va a dejar de buen grado...”)

Pero cuando no valen las razones, dicen que es preciso actuar violentamente. Seguro en sus pensamientos de ser el próximo siguiente abad, el Padre Daniel intentó sujetar al brujo emplumado para obligarlo a someterse a la ceremonia del raspado. Bertoldo lo empujó, tirándolo por el fango de la orilla, y huyó gritando: “*Trans montes et flumina fugibo.*”

*Talia verba iacta*, todos quisimos atajar a Bertoldo. Hasta el renqueante Padre Ignacio, con sus 82 años a cuesta, lo siguió. Con las cruces en los pechos y el diablo en los hechos, los jesuitas iban decididos a lo que fuera.

El ex prior del monasterio se subió al puente de pesca y emprendió una desesperada carrera por los tablones, batiendo los brazos como un ave. *Difficilis est ars volandi.* Al final de la pista de madera, cayó al agua con un nutrido “¡*splash!*” No pensó que, a tan baja velocidad y con tan pocas plumas, el aire no podía sostener un cuerpo tan repolludo.

“*Bertholdus in lacu cecedit ac mersus est* —anunció el enlodado Padre Daniel, como si no nos hubiésemos dado cuenta todos.” Entre tosidos y golpes en el agua, escuchamos la voz afeminada de Bertoldo

por última vez: “¡Ay, se me mojaron las plumas!” “*Pennae umidae sunt!* —repitió el Padre Daniel ceremoniosamente.” Luego, percibimos un último “¡*glu, glu, glu!*” seguido de un burbujear en el silencio.

Instintivamente, subí al puente con intenciones de saltar al agua y sacar al abad antes que se ahogase. El Padre Antonio me retuvo. “Hijo — me dijo tajantemente, sujetándome tanto la razón como el brazo— no arriesgues tu vida intentando deshacer la voluntad de Dios.” El Padre Ignacio se persignó y rezó un Padrenuestro. El Padre Daniel me conminó con la mirada a tranquilizarme.

Cejé en mi empeño porque, a la hora de la verdad, no soy héroe ni redentor. Las pequeñas ondulaciones que había generado el Padre Bertoldo al hundirse manoteando fueron a morir al cieno de la orilla.

Aquella mañana, de distinta manera, varios entregaron sus almas en la pasarela de la laguna. El Padre Ignacio nos dirigió en el rezo de un rosario rápido a la orilla del *lacus Curtius*. Un solo amén no llega al cielo bien.

Apenas terminamos de orar, el Padre Antonio le mandó al Padre Cavallo llevarme de vuelta al motel. Me dijo: “Ya el caso está resuelto, hijo. Has sido para nosotros una ayuda muy valiosa, imprescindible. En un par de días partiremos. Puedes regresar a Miami inmediatamente.” Le pregunté si no sería mejor quedarme a ayudar con la investigación. Me respondió secamente que el Padre Daniel se encargaría de todo. “Claro —pensé— la miel pregonarla, la caca, callarla. La verdad a Dios pero a la justicia no.”

Me quedé sorprendido de que no se hiciera un esfuerzo inmediato por recuperar el cuerpo del ahogado. No dije nada más porque, al fin y al cabo, mi interés era la huerfanita.

Seguí el paso rápido del Padre Cavallo por la orilla de la laguna. Por un momento, me pareció ver desplazarse hacia el *Tiberis* una masa negra sobre la superficie del agua. *In litore corpus Bertholdi inventum est.*

“Hasta la muerte todo es vida —me dije.” La mañana se aclaró. Apareció un hermoso día.

El italiano regresó al *forum* por el sendero de la *cloaca Maxima* porque no conocía otro camino. “*Andiamo!* —me instó, casi molesto de mi presencia.” Creo que no me tenía buena voluntad.

“El voto de castidad lo ha atolondrado —me dije.”

## XX. El Juicio Final

El celaje se había abierto sobre el *lacus Curtius*, la *Via Sacra* y hasta en los picos de las *coles propinquis*. El sol fulguraba bajo en el cielo y los crecidos arbustos del septentrión se espejaban en el llano de la laguna. “¡Hermoso día para un sepelio! —ladró mi pensamiento.”

Esperanzador alivio el creer terminados para siempre la conflagración vicaria y el latoso caos gestado por los monjes diabólicos. Con ambos brujos muertos, yo estaba a salvo. No así Gloria: la muerte del Cardenal X le había traído complicaciones insospechadas hasta entonces.

“El Padre Antonio, aunque no sea el Papa Negro, es un hipócrita — la idea tintinó en mis pensamientos. Él está en inteligencia con el Padre Daniel, que es insidioso y codicia dignidades. Se proponen ocultar las circunstancias de la muerte del demente Bertoldo, tal como ha ocurrido con las del vicioso cardenal y el degenerado novicio. El objetivo de ambos es el secreto.”

En verdad, poco me importaba que ocultaran las perversiones de los religiosos desviados. Pero, por descontado, yo no les permitiría sacrificar a Gloria. “La han entontecido con la promesa —volvió a surgir la idea entre las brumas de mis reflexiones.” Me propuse averiguar qué tenían en mente los italianos.

Le pedí al Padre Cavallo que me dejara en el *downton* de Xville, cerca del primer motel en que me había hospedado al llegar de Miami. El taciturno sacerdote accedió, frunciendo el entrecejo.

— ¿No estamos algo alejados del motel donde te hospedas? — preguntó receloso en el momento que me disponía a salir del coche, fijando en mí sus ojos de lechuza.

— Me voy a la estación de autobuses a sacar el billete para Miami —lo desinformé tranquilamente. (Yo no iba a abandonarles a mi monja.) Luego recogeré mi maletín de viaje en el motel.

— No pensarás dar parte a las autoridades por tu cuenta... —me largó con la sombra de una preocupación en la mirada.

— *Verum non necesse est te a me moneri* —le devolví duramente, con expresión rugosa. Hemos quedado en que el Padre Daniel se ocupará de todo. Por lo que a mí respecta, este asunto ha terminado. Regreso a Miami en autobús inmediatamente.

— ¿Y de la plaza de maestro de Latín en el convento qué? —desasíó la pregunta para mis oídos con la mirada huidiza de quien no le incumbe.

— No se ha dado —improvisé, porque estábamos al borde de una traidora guerra.

— Muy bien —cedió porque tenía prisa por regresar al monasterio. Sé fiel a tu Iglesia ante todo.

— Sí, con el favor de Dios —dije para despedirme porque soy piadoso.

La promesa que el Padre Antonio le había hecho a la huerfanita me sonaba a cuento. También me alarmaba. A mi parecer, el Nuncio Papal explotaba la esperanza de Gloria con algún malicioso fin. Me hablaba muy mal de él el que me hubiese atajado cuando me disponía a salvar a Bertoldo de irse al otro mundo sin ser llorado y en pecado mortal.

En cuanto perdí al sedán negro de vista, me dirigí a la biblioteca pública de Xville. La bibliotecaria me dio acceso a la maraña. Con papel y lápiz en la mano, me senté frente a un ordenador a buscar datos del Convento Mayor X de París. En unos minutos, hallé la dirección, el número de teléfono y el nombre de la abadesa del convento en el que se suponía que acogieran pronto a Gloria. Conjuntamente con la historia del convento, cuyo primer edificio se había levantado en la Edad Media, examiné interesantes leyendas de fenómenos y encantamientos ocurridos en él.

En el siglo XIV, después de haber sido sorprendidos en el acto, el amante de una monja había sido decapitado y ella emparedada. Algunas personas juraban haber visto ambular por el convento el espectro de la monja, con los ojos cerrados como si estuviese fatigada. Junto a ella, aparecía una figura humana de túnica y capuchón. Se creía que era el espíritu del amante. Él se inclinaba hacia el suelo, despidiendo un fuerte olor a moho, y juraba: “¡He muerto demasiado joven!”

En el siglo XV, otra monja que intentaba fugarse con su amante había sido encerrada por orden del obispo en un calabozo subterráneo del convento, donde había muerto de hambre, sed y frío. Desde entonces, unos seres invisibles tocaban los timbres de las puertas, sacaban las llaves de las cerraduras, tiraban piedras y cambiaban de lugar el mobiliario. Cualquier perro que entrase al subterráneo del convento aullaba y se contorsionaba hasta que lo dejaban salir.

Cuenta la leyenda que, hasta hoy, el convento se sigue llenando de ruidos por las noches. Varios testigos dan fe de haber visto a las ánimas de ambas parejas de amantes caminar contra las paredes y desaparecer dentro de ellas.

Recientemente, el Vaticano había enviado a un cazador de fantasmas al Convento X de París. El legado del Papa, quien era espiritista, se había

tratado de comunicar con ambas monjas y sus respectivos amantes. Les tomó fotografías, pero sólo logró conseguir unas manchas grisáceas en el celuloide, el barrido digital y el papel. El sacerdote hizo grandes señales de la cruz sobre todos los espectros y los roció con agua bendita. En lugar de desaparecer, los fantasmas empezaron a presentarse entre las llamas de las chimeneas y las de la cocina. Al legado pontificio lo arrojaban de su cama por las noches y lo encerraban en su alcoba a cualquier hora. Éste, harto de la desobediencia de los espectros, metió las manos dentro de la figura de la monja que había sido dejada morir de hambre. ¡*Puf!* La forma se deshizo, pero él cayó al piso con las manos congeladas. Desistió al fin. Marchó de París con la piel de sus manos y antebrazos permanentemente arrugada, como con quemaduras que a veces le dolían.

Era mediodía cuando salí de la biblioteca. Tenía que adelantármele al Padre Antonio. Marqué el número del Convento X y pedí hablar con la abadesa por su nombre. Me identifiqué como el Abad Bertoldo del monasterio de Xville. La Madre no sabía de quién se trataba. Fingí estarle tratando de recordar que yo, el presunto abad, era colaborador del recientemente difunto Cardenal X. Me dijo que jamás había hablado con el cardenal, pero que había rezado por su alma. Le pregunté si conocía al Padre Antonio, el legado papal. Me respondió que, a pesar de no conocerlo personalmente, sabía que él había visitado el convento antes de que ella fuese abadesa. Por fin le pregunté si sabía algo de la Madre Gloria, la superiora del convento de Xville. Su respuesta fue negativa.

“¡Todo es una infame tramoya! —me dejé maldecir.” Temí mucho por Gloria. “*Eam e dentibus lupi servabo.*” La llamé:

— Gloria, todo lo que te han dicho sobre tu puesto de abadesa en el Convento X de París es mentira.

— ¿Cómo lo sabes?

— Acabo de hablar con la abadesa actual. Llámala tú también. Bertoldo y tu tío te mintieron sin escrúpulos porque, en verdad, llevas adentro un ser inocente.

— ¿Tan tonta me crees?

— No eres tonta. Has creído la farsa de una compañía de actores... aunque ya sabías que tu tío era un aborto del infierno. Jamás te propuso nadie para nada. Y temo que, cuando renuncies a tus contactos políticos, el obispado de Iville no te necesitará tampoco. Sabes mucho y te quieren alejar de aquí.

— Esta mañana, cuando te fuiste, me llamó el Padre Antonio y me aseguró la plaza de abadesa en el Convento X. Quiere que marche con él



esta misma noche. Estuve a punto de preguntarle si te podía llevar conmigo, pero temí enfadarlo... Me puedes acompañar más tarde...

— No hay plaza para ti, Gloria. Te han desbocado la ilusión con una ficción.

— No conozco mejor vida que la tranquilidad conventual —declaró con una voz casi de salmo.

— El Padre Antonio te quiere sacar de aquí rápidamente. Te encerrará en un calabozo húmedo y frío a vivir el resto de tu corta vida. No me permitió sacar a Bertoldo del lago cuando se estaba ahogando: pretextó que su muerte era voluntad de Dios. Es otro trastornado. Si el Padre Antonio no es el Papa Negro, es algo parecido. Te aseguro que no es honrado. Tal vez ni el mismo Papa sepa en lo que éste anda.

— Entonces, ¿está muerto Bertoldo?

— Sí, se ahogó esta mañana, sobre las ocho. A los jesuitas se les ha ido la mano en este asunto. El Padre Daniel es el nuevo abad. A mí prácticamente me han ordenado regresar a Miami.

— ¿Te vas?

— ¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar que te quiera dejar ahora?

— Bueno, monja y puta... digo yo. ¿Y qué haremos?

— Primero, investigaremos las malas obras de los jesuitas; luego, lo que convenga. Llama a un taxi y encuéntrame en el parking: necesitamos tu auto. Trae ropa y calzado de campaña.

Faldeábamos un cerro por la estrecha carretera que lleva al monasterio cuando nos cruzamos con un taxi. En él viajaba el Padre Ignacio. “¿Por qué no lo lleva el Padre Cavallo? —transitó un desconfiado pensamiento por mi mente.” Tomamos consejo uno de otro y le dimos la vuelta al coche. Alcanzamos al taxi y le hicimos señas para que se detuviera.

El piadoso viejecillo iba rumbo al aeropuerto de Xville para regresar a Miami. Según nos dijo, dada su edad avanzada, el Padre Antonio le había ordenado retirarse.

— ¿Cuándo regresas a Miami, J.? —me preguntó buenamente.

— Creo que, Dios mediante, muy pronto, Padre —le respondí afablemente.

El buen Padre Ignacio le daba gracias a Dios de que el daño a la reputación de la Santa Madre Iglesia no hubiese sido mayor. “*Deo gratias* —le respondimos.” Antes de marcharse, nos volvió a bendecir y nos dijo: “Dios junta a sus criaturas cuando quiere.”

Al Padre Ignacio, tan capaz de sufrir por los pecados ajenos, lo habían engañado y alejado del monasterio. Tampoco a él lo querían de testigo de tramoyas.

Dejamos el auto de Gloria junto a la casa de huéspedes —el pequeño edificio, casi siempre vacío, en el que se alojan los visitantes del monasterio. En ese momento, sonó su celular. Era el Padre Antonio:

— Hija —le dijo taimadamente— ¿tienes tu pasaporte en regla?

— Sí, Padre —le respondió ella, abriendo desmesuradamente los ojos, porque ya entendía algo.

— Iré a recogerte a las diez de la noche con los billetes.

— Gracias Padre —asintió recelada.

— Te tengo que dar una buena noticia —añadió él con inverosímil candidez. El Padre Bertoldo se ha ido a un lugar donde le necesitan más que aquí.

— ¿Adónde se ha ido, Padre? —indagó ella, como abatida y sombría.

— A la Ciudad Eterna, hija.

— Espero que a una mejor vida —dijo la rosa de su boca.

— Y más santa —añadió el otro. Por cierto, creo que el joven de Miami no resultó ser buen candidato para la plaza de maestro en el convento...

— No —mintió ella también. Preferimos a un sacerdote que haya profesado los votos o a una mujer. El colegio está repleto de vírgenes.

— ¿Cuándo viste a J. por última vez? —se apresuró a preguntar él, sin miramientos con las vírgenes.

— Aller por la tarde, cuando lo traje del entierro de mi tío —volvió a inventar la bella.

Con habilidosas pisadas, llevé a Gloria por el bosquecillo que rodea el campo de deportes hasta la ladera de la colina llamada *Caelius*, desde donde se domina el cementerio de los monjes. Sentía la voz de Dios decirme que, salvando a la buena monja, descargaba todos mis grandes pecados.

Nos ocultamos detrás de unos pinos. *Voilà*, no me había equivocado. Ya las empuñaduras niqueladas del cofre, llovidas de gruesas gotas de sudor, gallardeaban resplandecientes bajo el sol. Tal como había sospechado, la muerte de Bertoldo no se iba a anunciar.

Caracoleando, el Padre Sforza, el Padre Cavallo y el Padre Daniel habían excavado la fosa, sacado y abierto el féretro de Lamberto. La nariz corva y mayúscula del ruso destacaba aún en la putrefacción.

Junto a la tumba abierta, estaba estacionado el Padre Antonio —me atrevería a decir que con ojos fieros. Sólo él llevaba el hábito flotante. A sus pies, como sesteando muy mal, yacía boca-arriba el boquiabierto y emplumado cuerpo de Bertoldo.

El abad no parecía un difunto civilizado. Daba la impresión de haber pasado a mejor vida en irrefrenable ansiedad. Tenía la boca abierta y muy sueltas las quijadas. Eso sí, estaba yerto y rígido. Su cara exhibía un tono más azul que morado y sus brazos, del color de la cera, estaban levantados sobre la cabeza como en una invocación.

“Este entierro no aparecerá en los periódicos —le musité a Gloria.” Ella tomaba una impresión digital del exhumado arcón y del turgente cadáver con la cámara de su teléfono.

Un viento murmurador llevaba hasta nuestros oídos los resoplidos y las bocanadas de los dos cansados y jadeantes jesuitas. Con grandes esfuerzos, levantaron y acomodaron entre los cuatro celebrantes el pesado cuerpo de Bertoldo —había tragado agua también— en la caja maloliente. Lo volcaron sobre los restos putrescentes de Lamberto. No pudieron cerrar el ataúd porque la masa bertoldina impedía la tapa. Sin otro escrúpulo, empujaron la caja a la fosa, ¡*pum!* Seguidamente, marcando con lamparones de sombra la tierra removida, se dieron a la tarea de palear hasta rellenar la fosa.

Terminado el entierro, los italianos se enjugaron las calvas, las frentes y los ojos con pañuelos blancos y se fueron a duchar y a vestir de sacerdotes. Cuando quedaron solos, el Padre Antonio se dirigió al Padre Daniel:

— El Padre Ignacio se ha marchado y, en un par de horas, mis exhaustos coadjutores se irán también. A media noche, cuando nos llevemos de aquí a la Madre Gloria, habrá paz y el orden quedará restablecido.

— ¿Qué le diremos al Sr. Alcalde cuanto pregunte por ella?

— Que se fue a servir al plan divino en un convento de clausura. No estará usted mintiendo.

— ¿Y la sucesión en el convento?

— Ya el Sr. Obispo de Iville ha encontrado una substituta para la Madre Gloria. Llegará de un momento a otro. Viene de la casa del obispo, donde ha residido varias semanas y ha prometido los votos. Le ha sido encomendada a usted, Reverendo Abad. Como el monasterio está vacío en verano, quiero que la aloje por ahora en el Pabellón de San Miguel el Arcángel.

— ¿Entonces la Madre Gloria ha sido ubicada definitivamente?

— La Madre Gloria no regresará jamás ni su nombre volverá a escucharse en ninguna parte.

— Que sea por la gloria de Dios —replicó el Padre Daniel, ladino.

— *Ad maiorem Dei gloriam.*

“Locos —dije en baja voz, palpando el mango de la navaja por encima del pantalón”. Gloria estaba horrorizada, considerando los puentes de falsedades que le habían tendido. Le limpié el sudor de la linda frente que oreé con el sople de mi boca. La cogí suavemente por el brazo y la llevé cautelosamente de nuevo por el bosquecillo hasta su auto.

— Quiero denunciarlos —propuso Gloria.

— Podemos intentarlo —le respondí sin inmutarme.

— ¿Los castigarán?

— No. Me involucrarán a mí en la muerte de Bertoldo y a ti en los asuntos del alcalde. Tienen buenos abogados.

— ¿Entonces?

— Siempre las malas costumbres han derogado a las leyes.

— Quiero confrontarlo.

— Me parece muy bien.

— ¿Qué hará?

— Si lo dejas hablar, te dirá cínicamente que todo ha sido un malentendido.

— Jamás me había sentido tan indignada... y asustada.

— El miedo tiene mucha imaginación y poca habilidad. Pensemos serena y claramente.

— Vuelve a prestarme tus luces.

— Por suerte, me creen rumbo a Miami y a ti muy complacida con las promesas del Padre Antonio.

— Disponemos de unas seis horas para prepararnos contra ellos.

— Son seres que reniegan de la vida y amenazan a los demás con llanto y crujir de dientes en otra vida que han inventado. No se les puede creer casi nada, pero son muy convincentes.

— Son unos monstruos.

— Pero hay otro mundo en este mundo, Gloria —desvié el intercambio.

— ¿Cómo es? —preguntó cándidamente.

— Es un mundo de semidioses y ninfas donde el cielo está separado de la tierra y no existe el miedo a las penas eternas.

— Tal parece que lo has gozado.

— Sí, pero en solitario no es tan bueno como acompañado.

— ¿Así como Adán y Eva?

— Y es mucho mejor sin la presencia de la serpiente. El sol y el mar le prestarán a tu piel, ahora blanca como la hostia, tintes de rosa, naranja y bronce. Preferirás la sombrilla de una palmera al templo, hallarás inteligencia en la naturaleza y te deleitará *l'arc-en-ciel*. Descubrirás tal vez que todo está unido y que, a veces, se puede apresar la luz. Te enamorarás del silencio cuando vivas apartada de las bocas y los oídos del mundo.

— ¿Me estás tratando de seducir, J.?

— Tal parece.

— Entonces tú tampoco eres un gran creyente.

— Creyente sí, pero en otras cosas. Yo, que he visto el milagro, dudo de lo que sé y de lo que he creído.

— ¿Cómo?

— Lo que he hallado no me satisface. En la plaza donde comercia el hombre se dicen, y se creen, muchas sandeces... y el dios de la plebe es excesivamente absurdo.

— ¿Es grande la plebe?

— ¡Es enorme e imbatible! Los pueblos creen sin razones y sin temor a equivocarse. Por eso los grandes farsantes se encumbran por todas partes. Son precisamente esos grandes despreciadores de los dioses y los hombres quienes nos dan leyes.

— ¿Y ahora mismo qué haremos? —Gloria volvió a nuestro presente.

— Si los dos italianos se van, perderán la superioridad numérica. De esa manera, podrás confrontar al Padre Antonio esta noche, cuando te vaya a buscar. Yo estaré esperando muy cerca. Tú decidirás.

Celamos el auto entre los árboles y dirigimos nuestras huellas a una pequeña elevación cercana al *forum*. Ocultos tras unos matojos susurrantes, pasamos más de una hora espionando los movimientos de los jesuitas. Sobre las cinco de la tarde, los dos italianos salieron del Pabellón de San Miguel el Arcángel vestidos de limpio gris, abordaron el sedán negro con sus maletines de viaje y partieron. Aparentemente, ya el Padre Antonio no los necesitaba... ó al menos así creía él. Tal vez se marcharan ambos jesuitas a algún sórdido convento a componer el confinamiento de Gloria.

A los pocos minutos de la partida de Cavallo y Sforza, apareció un coche de lujo en la calleja que empalma con la curva de la *Via Sacra* y atraviesa el *forum*. El auto se detuvo muy cerca de donde estábamos. Al minuto, se desmontaron los dos ocupantes: un religioso, cuya medianía de edad le empezaba a blanquear los cabellos rubios, y una mujer de cabellera larga platinada, muy ligeramente vestida. “¡Es el obispo! —

exclamó Gloria.” La mujer tenía bellas piernas bronceadas, grandes ojos morunos y una cicatriz en la frente. “¡Es Elvira! —exclamé yo. A fe que el pálido obispo contrasta bien con la curtida demonuca. Si no son amantes, son compinches.” Evidentemente, Lamberto había hollado bien el obispado de Iville.

Ya las sombras del monasterio se alargaban cuando la pareja entró al Pabellón de San Miguel el Arcángel. Él iba cargado de dignidad y circunspección. Ella iba cargada de alegría e inflamada de una nueva lujuria. ¡Cuánto me hubiera gustado seguirlos y escuchar lo que hablaban! “Creo que ya lo hemos visto casi todo —me dijo Gloria. Tengo grandes enemigos y un ataque de escepticismo.”

Por el camino de regreso al convento, puse a Gloria al tanto de la mala fe y la injusticia que caracterizaban a la demonuca. De devenir Elvira superiora, las monjas del convento —sobre todo las castas— la pasarían muy mal. La huerfanita no se sorprendía ya de nada. Ella sentía saber tan poco del silencioso obispo blondo, que era otro farsante y enemigo suyo en potencia. “¡Qué horrible es vivir engañada! —me confesó.” Me animó mi inesperado *roll* de redentor cuando admiré sus ojos rútilos como dos estrellas en la pálida tarde. “A Prometeo le quedó mal la producción de los mortales —le devolví con una sonrisa reanimadora. *Vraiment, l’humanité c’est la merde.*” Aunque me siento muy humano cuando creo en la supremacía de la obra...

La noche comenzó con una breve nitidez de cielo y una luna llena que argentaba la piel de Gloria con blanca luz. Luego, la luna se perdió sobre unas manchas del aire. Cuando nos apeábamos del coche frente al convento, llegó y se instaló en Xville una repentina y caprichosa niebla. *Nebula in urbem penetrabat per medios homines ambulans neque ab ullo cernitur.*

Entramos desapercibidos por la puerta lateral. No deseábamos provocar hablillas de desórdenes entre las doncellas de las tocas blancas.

Nos duchamos juntos bajo el vaporoso despiche de una potentísima ducha. Las hermanas cocineras trajeron la cena y la dejaron sobre la mesa del oratorio. Una vez retirado el servicio, Gloria se sentó en silencio a la mesa en babuchas y una bata de fina seda a escribir lo que había copiado en sus recuerdos durante los últimos dos días. “Hoy ha dado buenos frutos —comentó al soltar el bolígrafo, con cierta dureza reflejada en su fisonomía.” No hice más comentarios porque un caso apremiante no necesita consejo.

Mientras Gloria escribía, yo estudiaba la pequeña pieza donde estaba el gimnasio. La única ventana estaba cubierta. Aparté brevemente la cortina oscura: el vidrio lagrimoso no dejaba pasar las miradas. Golpeé con el pie el piso de madera: se sentía hueco y las tablas anchas parecían ser fácilmente desmontables. “Creo que, si fuera necesario, aquí abajo podría descansar en paz cualquier Papa Negro —consideré.” Levanté una tabla con un destornillador para cerciorarme de lo que pensaba.

Gloria se empezó a poner el hábito negro de su orden para recibir al visitante. Cuando estaba recogiendo las crenchas de su cabello en una luenga cola, para trenzarla y cubrirla con la toca, la hallé tan bella que me invadió un profundo sentimiento de amor celoso. Tomé sus manos entre las mías y le dije tembloroso de pasión, como alocado:

— El placer quiere retorno.

— Tengo corazón de monja y entrañas de mujer —me confesó y me pegó su cuerpo que formaba ondas de mujer ardiente.

— Yo no sé cabalmente lo que soy, pero sí lo que quiero —me dejé hablar, apartando la toca y besándola profundamente.

Con una lenta caricia, la llevé al lecho. El envidiado hábito colgaba del imán de su cuerpo a medio poner, o a medio quitar. La estiré y la estregué entre las sábanas, buscando la eternidad dentro de ella.

Gloria había marcado el número de su asistenta sobre las nueve-y-media de la noche. “Cuando llegue el Padre Antonio de la Compañía de Jesús, tráigalo a mi salón de oraciones —le había ordenado con voz firme.”

A la diez, sonó el teléfono de la superiora y le anunciaron la llegada del Padre Antonio. Venía solo, muy seguro de sí mismo, jactancioso tal vez. ¡Qué pronto se le iban a acabar las ilusiones!

Tal como habíamos acordado previamente, yo —el ángel de la guarda— me escondí en el gimnasio para que Gloria se avistase a solas con el Nuncio Papal. Dos que se buscan, fácilmente se hallan. Ella apagó la luz del oratorio y prendió una vela en el centro de la mesa, tal como había hecho la noche en que la visitó el difunto Bertoldo.

A los pocos minutos llegó el Padre Antonio, vestido todo de negro como la muerte, prematuramente envanecido de un presunto triunfo. Gloria lo esperó sentada en la silla.

Cuando entró al oratorio, el Padre Antonio reparó inmediatamente en el hábito negro que cubría a la Madre Superiora. Nunca antes la había visto en atuendo de monja.

Como era su costumbre, el Padre Antonio habló el primero, tocándose el bolsillo de la chaqueta:

— Muy bien, Madre, aquí le traigo el billete de París.

— Siéntese, Padre, que tenemos que conversar —le dijo ella con una de esas miradas que calan las intenciones.

— Espero que sea algo importante, hija, porque el tiempo apremia.

— Lo es.

Se sentó a la mesa frente a Gloria. Se hizo un silencio glacial en el locutorio. Desde mi escondite, parecían dos bultos negros de los que asomaban perfiles nevados. De vez en vez, alguna ráfaga de aire movía la llama de la vela haciendo danzar las siluetas en las paredes.

Pude apreciar que ya a Gloria el miedo no le helaba la sangre —yo estaba armado. El sacerdote que se las daba de hombre de bien parecía un espantajo.

— Durante la entrevista que tuvimos en Iville —comenzó lentamente Gloria, con ánimo de inquietarlo— se me quedó algo en el tintero.

— Pues, adelante, hija: dilo.

— Desde que mi tío, el difunto cardenal y violador mío, me nombró superiora de este convento, comencé a escribir un diario. Yo le llamo *El Libro del Destino*. Este cuaderno que ve ante mí contiene la relación de hechos ocurridos ayer y hoy, con lujo de detalles, respecto a su persona. Los otros dieciséis libros descansan duplicados en dos escondrijos accesibles, por testamento, a reporteros de publicaciones desafectas a la Iglesia. Todo cuanto usted ha ocultado sobre los vicios del cardenal, el atentado de *coup d'état* de los monjes y hermanos homosexuales, el asesinato del novicio, el desequilibrio mental que usted le provocó al muchacho amnésico en Iville, mis propias componendas con el alcalde para evitar la autopsia del cardenal, mis misiones eufemísticamente llamadas “diplomáticas” en Roma, el entierro secreto del Padre Bertoldo en el cementerio del monasterio, la nueva amiga rubia del Sr. Obispo de Iville, la participación del Padre Daniel en ocultaciones ilegales, su propia intención de sacarme de aquí para encerrarme en una mazmorra, las quemaduras que sufrió en las manos y los brazos por brujerías cuando quiso hablar con las sombras de los muertos, etc. Mi testamento estipula que dichos documentos se den a la luz pública en caso de muerte o de que mi cuenta corriente quede en estado durmiente por tres meses. Todos mis presuntos herederos han sido informados electrónicamente.

Transcurrieron dos minutos en un silencio absoluto. El jesuita no se movía. “Tal vez se haya desmayado —me dije y, estirando el brazo alrededor del marco de la puerta del gimnasio, prendí la luz”. Lo vi descolorido como la muerte, con la lengua pegada a la boca, la mirada casi estrábica perdida en el espacio y las quijadas trabadas. Ni siquiera



notó que se había aclarado la sala. No tenía ánimo para estallar en maldiciones ni para defenderse. Al fin y al cabo, le acababan de probar que estaba descubierto, que sus grandes genialidades habían fracasado. Le habían sacado del cuerpo su alma criminal para que el mundo pudiera verla.

— ¿Está muerto, Padre? —le preguntó Gloria en un tono insólitamente sarcástico. ¿Acaso lo alegran de los zumos de Baco?

— ¿Cómo sabes esas cosas? —indagó el jesuita, aún con la mirada vacía.

— *That's only for me to know*. Digamos que mi hechicería es más potente que la suya.

— Podemos reconsiderar todo esto, hija —propuso él, acuciado por el momento.

— Naturalmente. Yo voy a hablar y usted va a escuchar. Si no quiere escándalos y cárcel, hará cuanto le diga.

— ¿Qué se te ofrece?

— Ponga esos billetes de avión sobre la mesa. (El Padre Antonio lo hizo automáticamente.) Devuélvale la rubia al obispo esta misma noche porque me quedo de superiora en este convento. En vez de ir a París de abadesa, iré cuando quiera y me quedaré cuanto me plazca. De ahora en adelante, y en perpetuidad, el obispado me va a pagar por mis servicios diez veces lo que sea el sueldo mínimo del país en todo momento, más gastos personales, viajes, etc. Y comuníqueme al obispo que se acabaron los favores políticos para siempre.

— Está bien.

— Ahora, márchese de aquí o le echo un maleficio —ordenó la diosa con un vapor de lágrimas felices en las pestañas.

Cuando el Padre Antonio se marchó, Gloria se puso a examinar los billetes de avión. El billete a nombre del Padre Antonio iba a París y luego a Roma. El de ella era de ida solamente. Había un tercer boleto de ida y vuelta a París a nombre del Padre Daniel.

— El Padre Daniel es ahora la presunta presencia del demonio en el monasterio —le advertí.

— Tenemos que tenerlo muy vigilado.

— Gloria —le confesé— te has batido muy bien sola. Ya no me necesitas.

— ¿Te vas?

— No he dicho tal cosa.

— ¿Qué quieres tú de mí, J.?

— Todo.

— ¿Estás consciente de lo que dices?

— Sí.

— Eso me gusta.

— Podemos procrear una raza mejor, no por el amor del prójimo que no vale la pena, sino por amor al mundo. ¿Aceptas?

— Sí —respondió y dos lágrimas cristalinas asomaron a sus pestañas.

— Dudaba de tu sinceridad —confesé avergonzado.

— ¡Ni tal sospeches, *double agent!* Yo no dudé de la tuya porque eres deliciosamente inocente.

— Sí, soy casi un santo.

— Oye, ¿y si nos sale un Bertoldo o una demonuca?

— Los criaremos también: no somos jueces de la Creación ni, mucho menos, infanticidas.

— La noche cuando me sorprendiste y me tapaste la boca, supe que eras un ángel de Dios. Ahora me dices que has venido a plantar tu simiente en mí, sin intervención de ningún espíritu.

— ¡Huerfanita!

— ¡Novicio descarriado!

— *À nous deux maintenant.* (Balzac.)

— Quiero conocer a Miami, al penacho de los cocoteros, a esas irisadas gotas de lluvia de las que hablas y al éter. Luego nos iremos a París. A la vuelta, espero que me traigas *très grosse* con tu más-que-humana semilla. ¿Te sientes capaz de intentarlo?

— ¡Pues, claro! Si nos dejan, plantaré tu primer retoño en la corona del Arco del Triunfo.

— También visitaremos las mazmorras del convento X.

— Naturalmente. Ese día, preocupado por tu salud, el Papa Negro le pedirá al Cielo que no se descauce la corriente del Sena ni se quemen sus aguas.

— Dices que no te necesito, pero tu locura me da aire en qué volar. Además, ¿quién mantendrá a raya a mis enemigos?

— Tendré vigilado al Padre Daniel. Él es abad hoy, pero será obispo de Iville algún día porque es político... y el obispo actual será cardenal. Aunque tal vez yo te convenza a ti un día de que dejemos todo esto por la vida del trópico, a donde llegan los vientos cálidos con sus alas mojadas.

— Tal vez, J. Pero ahora, para mayor seguridad, tú también puedes escribir lo que ha ocurrido. Lo publicaremos en Latín, con los nombres cambiados para proteger a los culpables, y se lo enviaremos a quienes nos quieren mal, incluyendo al Papa Negro.

— ¡Qué gran idea, Gloria! *Mais si j'écris leur histoire ils descendront de moi!* (Vigny)

— *Alors, c'est à toi maintenant.*

Al otro día, salimos del convento entre la niebla y nos subimos al auto. Ya a Gloria no le importaba que se supiera que tenía coche y amante. Yo seguía considerando las palabras de Alfred de Vigny y los caracteres que engendraría en la historia que escribiría.

Repentinamente, consideré que me tendría que quedar a vivir en Xville por un tiempo. En invierno, es divertido cazar conejos y liebres de noche con una luz potente y una escopeta de bajo calibre; también se puede pescar en los lagos... pero a mí la espera de la pesca me aburre.

Nos detuvimos a desayunar antes de subirnos a la carretera que va al sur. Cuando nos bajábamos del auto, algo así como un airón nos apresó la mirada. “¡Ah, no: es una mujer de pelo muy oxigenado! —advirtió Gloria al fin.” Sí, era una mujer sentada a la sombra de un fresno cercano al restaurante. Tenía entre sus manos un letrero de cartón que rezaba: *Take me to Miami, please.*

— ¡La del rótulo es Elvira, la demonuca! —previne.

— ¿Qué le habrá ocurrido?

— Me imagino que, como te quedas de superiora en el convento, el Padre Daniel la ha echado. No la debe de necesitar para nada.

— El Padre Daniel debe de ser impotente u homosexual porque el cuerpo desvergonzado de esa mujer tiene como un encanto maldito y guarda mucha promesa.

— Él se las da de célibe, Gloria.

— ¿Te lo crees?

— Yo sólo creo en Dios. Sin embargo, de la rubia te puedo decir que las puterías le han salido mal varias veces. Lleva el escándalo tras de sí. El ideal de Elvira parece ser cualquier idiota que recoja sus suspiros.

— De cierta manera, me da lástima de ella y de los idiotas, J.

— El camino del mal es cuesta abajo. No obstante, me parece que si la demonuca amase a su prójimo como Dios manda, se podría redimir hasta con un acto sexual. La sé perfectamente capaz de abreviar las horas de celibato de cualquier asceta encalcenturado por gozarla.

¡Llévemola! —me requirió la huerfanita. Puede ponernos en antecedentes de las historias sexuales de los de Iville... tal vez hasta las del obispo. Al fin y al cabo, sus negreros son ahora nuestros enemigos.

— ¡Muy bien pensado!

Nos acercamos al árbol de Elvira como quienes se acercan al prójimo en un mundo donde imperan la buena fe y la justicia. Ella nos miró con fingida humildad, aunque impresionada por la blanquísima belleza de Gloria. No sabía si la temible demonuca me había reconocido como el amigo de sus antiguos enemigos: ella había resultado golpeada muy rápida y bárbaramente la noche de nuestro encuentro en mi forma humana.

“Acompáñanos a desayunar, hermana —le dijo Gloria— que luego te llevaremos a Miami.” A Elvira se le iluminó el rostro. Saltó sobre sus pies, esbozando una simpática sonrisa. Echó la pancarta al suelo —yo la recogí y la metí en un basurero— y nos escoltó a la mesa.

Nos sentamos, pedimos el desayuno y nos presentamos. Elvira nos dio un nombre falso. Al cabo, Gloria le preguntó: “¿Cómo llegaste hasta aquí, hermana?” A la demonuca le chispeaban los ojos de rabia cuando nos dijo: “Unos monjes sinvergüenzas me engañaron ...”

*Y patatí-patatá...*